

JOAQUÍN DE SAINT-AYMOUR

A person is walking on a tightrope that is suspended by several thin wires. The tightrope is illuminated by a bright yellow spotlight from above. The background is a map of Europe with various labels like 'EA 12h', 'SA SR', 'EA 13h', 'NL', 'SL', 'EA 15h', and 'EA 14h'.

EL
ELEGIDO

SÓLO ALGUNOS SUPERAN LA PRUEBA

The top of the Eiffel Tower is visible in the bottom right corner of the cover, partially obscured by the Lectulandia logo.

Lectulandia

Gastón y Pascual son amigos de toda la vida. En su época de estudiantes inventan un juego que busca concordancias entre lo real y lo imaginario. Un juego en apariencia inocente que los lleva a descubrir lo que tienen en común el inventor de la pila eléctrica, el péndulo de Foucault, el arquitecto Gaudí y un anciano coronel español que escapa a Francia con las últimas huestes derrotadas del carlismo. Complots iniciáticos donde el vampirismo, la física cuántica y el asesinato de la familia del zar Nicolás II se entrecruzan con la momia de Lenin y los secretos que oculta la Sagrada Familia.

El Elegido desarrolla complots iniciáticos donde el vampirismo, la física cuántica y el asesinato de la familia del zar Nicolás II se entrecruzan con la momia de Lenin y los secretos que oculta la Sagrada Familia mezclando personajes tan dispares en una trama apasionante, sorprendente, con giros inesperados en la historia y mezclándolos en una narración sobresaliente.

Lectulandia

Joaquín de Saint Aymour

El elegido

ePub r1.0

Titivillus 06.01.15

Título original: *El elegido*
Joaquín de Saint Aymour, 2003
Diseño de portada: Opalworks
Ilustración de portada: Opalworks

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Se formó, en medio de las más densas tinieblas, una sociedad de seres nuevos que se reconocen sin haberse visto antes, se entienden sin haberse expresado, se ayudan sin ser amigos... Esa sociedad toma del régimen jesuita la obediencia ciega, de la francmasonería las pruebas y las ceremonias exteriores, de los templarios, las evocaciones subterráneas y la audacia inaudita.

MARQUÉS DE LUCHET

Sverdlovsk (Rusia),
miércoles 17 de julio de 1918

Tzask, el pequeño perrito, mascota inseparable del zarevich Alexei Romanov, levantó una de sus *lacias* orejas y abrió los ojos. Escuchó con atención los ruidos y rumores humanos en torno a la casa del comerciante Ipatiev en la que se hallaban confinados hacía días, desde que los bolcheviques de Lenin se alzaran en armas contra el imperio ruso. Pero Tzask nada entendía de política. Bostezó y se arrebujó en el suelo, a los pies de la cama de su joven dueño, al que escuchaba toser levemente de cuando en cuando.

Pasaba más de media hora de las once de la noche. La casa de Nikolai Ipatiev, donde los soviets de los Urales habían llevado por la fuerza a la familia imperial, permanecía en silencio hasta ese momento. Pero ahora Tzask estaba seguro. Volvió a alzar la cabecita. Había escuchado unos sospechosos susurros en el piso de abajo, donde dormían los doce soldados bolcheviques que custodiaban a sus amos, el zar Nicolás II Romanov, la zarina Alejandra Feodorovna, las grandes duquesas Olga, María, Tatiana y Anastasia; el zarevich Alexandrovitch; y, durmiendo en la habitación contigua, el médico de la familia, Yevgueni Botkin; el ayuda de cámara del zar, Alexei Trupp; la doncella de la zarina, Anna Demirova, y el cocinero, Ivan Jaritonov. Y él mismo, Tzask, que estaba cada vez más inquieto.

Gruñó un poco, y en su mente perruna se formó un mal presagio activado por el instinto animal. Había vuelto a escuchar sospechosos rumores humanos abajo y, aunque no comprendía, sabía que aquellos hombres vestidos de soldados y armados, que les habían tratado con tanta rudeza, no eran de fiar.

—Vamos, Gudonov, es la hora, arriba —el jefe de los soviets de los Urales zarandé a uno de sus compañeros dormido en un camastro.

—¿Ya? ¿Qué hora es? —se desperezó.

—Falta poco para las doce horas en el nuevo calendario gregoriano.

—Todavía no entiendo por qué el camarada Lenin ha cambiado el calendario ruso de toda la vida por ese nuevo que ha impuesto la Iglesia Católica de Roma.

—Eso no nos importa a nosotros, es alta política —zanjó el camarada jefe—. Despierta a los demás y estad preparados.

Luego, sacó de su bolsillo el telegrama recibido el día de ayer donde las órdenes estaban claras: «Al camarada jefe de los soviets de los Montes Urales (Siberia),

Yakov Yurovsky. Haga lo que se le ha ordenado exactamente a las cero horas del 18 del corriente». Seguidamente, Yurovsky miró la firma que ordenaba aquel magnicidio y frunció el ceño.

La familia imperial y sus ayudantes dormían en el piso superior de la casa Ipatiev, un pequeño inmueble en el campo con dos plantas y sótano. Solo Tzask se removía nervioso sobre la sucia alfombra damasquinada del suelo. El murmullo de voces se acrecentó. Ahora eran varios los hombres que hablaban a susurros. Tzask oía el roce de las ropas al vestirse, el crujido de las tablas de los camastros, los ahogados bostezos... Unos minutos después se puso en pie sobresaltado. Acababa de escuchar el funesto chasquido metálico que hacen las armas al cargarse. Salió de la habitación de sus amos al descansillo y comenzó a gruñir hacia las escaleras que comunicaban ambas plantas, enseñando los colmillos blanquísimos que brillaban en la oscuridad. El zarevich tosió y se dio la vuelta en la cama. Siempre tenía el sueño inquieto; su enfermedad no le daba tregua.

De repente se escuchó el tropel. Tzask se irguió sobre sus cuatro patas, y ahora sí, alertado, comenzó a ladrar. Alguien subía por las escaleras portando una luz que iba esparciendo fulgor por las paredes y el techo conforme se acercaba.

—¿Qué sucede, Tzask, por qué ladras?

La duquesa Olga, de veintidós años, acababa de despertarse.

—¡Cállate! ¡Maldito perro! —ordenó Yakov Yurovsky, el jefe de aquella chusma, llegando al final de la escalera con una linterna.

Tzask, que había salido al pasillo, retrocedió asustado hacia la habitación, con intención de defender a su amito Alexei.

—¿Qué pasa?

Acababa de asomar por la puerta de su habitación la cabeza canosa y bonachona del doctor Botkin.

Yurovsky, sacando su revólver de seis balas de la funda de piel marrón, pegó una patada a ambas puertas y gritó:

—¡Vamos, arriba, a levantarse todos!

Los soldados esperaban en el descansillo con sus fusiles preparados.

La primera en salir del cuarto fue la jovencita Anastasia, de diecisiete años. Iba descalza y con un camisón albo de seda. La zarina Alejandra se incorporó en la cama sobresaltada sacudiendo el hombro de su marido.

—¡Nicolás, Nicolás, los soldados...!

Tenía cincuenta años y problemas reumáticos en las piernas; necesitaba su silla de ruedas para levantarse, pero esta se encontraba en la habitación de su doncella. Tzask seguía ladrando asustado.

—¡Vamos, arriba todos, he dicho; nos vamos! —volvió a gritar Yakov Yurovsky.

—¿Adónde? —preguntó el zar Nicolás Romanov, que acababa de salir de la habitación, y empujaba a Anastasia hacia adentro.

—Ya lo verán. Ahora a vestirse todos, ¡deprisa!

El doctor y la doncella se precipitaron hacia el cuarto de sus señores para asistirles. El cocinero comenzó a vestirse muerto de miedo. Las duquesitas se desperezaban interrumpidas en su sueño adolescente poblado de guapos príncipes y lujosas fiestas en palacio.

Nicolás Romanov tenía la faz pétrea y compungida, pero no delataba miedo; se mantenía erguido y digno en su majestad imperial.

—¿Qué pasa, qué quieren? —preguntó la zarina con el rostro desencajado por el sueño y el miedo, alzándose de la cama con la ayuda de Anna Demirova y el doctor Botkin.

—¡Vamos, todos afuera y abajo! —ordenó Yurovsky empuñando su revólver.

Comenzaron a aparecer las duquesas como ratoncitos asustados.

La zarina salió tras ellas con un vestido de raso verde y rosa a medio arreglar, mientras el doctor Botkin ayudaba a caminar al jovencito zarevich, que estaba terriblemente pálido y sudoroso como una figura de cera que se derrite al calor.

—¡Alex, Alex, hijo mío! —gritó Alejandra sin poder caminar hacia él, mientras la doncella la sostenía.

—Vamos, señora, cálmese, hemos de bajar.

—¿Qué sucede, mamá, adónde nos llevan? —musitó con débil voz Alexei.

Pero entonces Yurovsky y sus hombres envolvieron a sus imperiales huéspedes y los empujaron a trompicones escaleras abajo hacia el sótano. Fue un estertor de gritos y llantos, quejas y lamentos envueltos en los ladridos incesantes de Tzask. Desembocaron todos en el frío y sucio sótano de la casa. Estaba vacío y del techo pendía una débil bombilla eléctrica que dejaba difusos los contornos de aquel espacio indefinido. Había por allí unos cajones de madera.

—¡Siéntense todos juntos y permanezcan quietos y en silencio! —Les mandó el camarada jefe Yurovsky poco antes de salir de allí cerrando la puerta detrás de él.

La familia imperial se sentó en los cajones, con los sirvientes y el médico detrás de ellos y de pie. Nadie se atrevía a decir nada, ni casi a respirar. Hasta Tzask había dejado de ladrar, pero miraba inquieto hacia la puerta cerrada del sótano. Nicolás II, que había cogido su gran abrigo de campaña de recia piel gris adornado con la negra águila bicéfala imperial de Rusia, se lo quitó y cubrió con él a su hijo Alexei, abrazándolo contra sí.

De pronto, la puerta del sótano se abrió de golpe y entraron a raudales los soldados. Levantaron las armas y...

Eran las cero horas y siete minutos del día 18. El infierno se desató. Nicolás II fue a decir algo alzando un brazo, cuando sonó la espantable descarga de fusilería como un horrible trueno y el aire se anegó de sangre y dolor. El humo de la pólvora se fundió con los gritos de odio de los soldados y los quejidos desgarrados de las víctimas. Las balas estallaban contra los blandos cuerpos de los criados y las duquesitas, desgarrando el pecho de la zarina, causando espasmos en la carne quemada, esparciendo goterones de sangre por el aire y las sucias paredes...

Tzask, sostenido entre los bracitos del zarevich, fue alcanzado en la pata derecha trasera y se retorció aullando de dolor. La zarina se ahogaba por instantes en su propia sangre saliéndole a borbotones por el pecho. A la duquesa María le habían alcanzado tres balas en pleno rostro segándole la vida de cuajo. Sus hermanas, heridas de muerte, braceaban casi sin sentido unas contra otras como muñecas rotas, contorneándose conforme el plomo mordía ardiente aquí y allá lacerando sus cuerpecitos de mujer en ciernes y empapando de sangre sus camisones de dormir.

El zar se estrechó contra su hijo, atrayéndolo con fuerza hasta su regazo. Cuatro balas le alcanzaron al mismo tiempo en lugares no vitales, pero se mantuvo quieto y firme sin quejarse, parapetando al zarevich envuelto en su gran abrigo. Un proyectil de revólver se alojó veloz y quemante en el costado de Tzask, que redobló sus chillidos de dolor. Los soldados acababan de cargar sus armas y lanzaban una nueva andanada sobre el indefenso grupo. Seis balas más, una seguida de la otra, partieron hacia el zar de todas las Rusias. En apenas décimas de segundo, le alcanzaron de sopetón en el hombro izquierdo, la oreja del mismo lado, la barbilla, el pulmón derecho... y las otras dos entraron mordiendo el corazón, justo a un centímetro por encima de la rubia cabecita de Alexei. El corpachón de Nicolás, como una fontana de sangre bautizando a su hijo, comenzó a derrumbarse. Antes de que cayera pesadamente sobre el zarevich, dos balas más penetraron en Tzask reventándolo sobre los bracitos desmayados de Alexei.

El fragor del fuego había cesado. Una niebla azulada ahogaba casi por completo la temblorosa luz de la bombilla. Se escuchó un último tiro aislado. Acababa de impactar sobre la cabeza del perro. Luego, el silencio y la oscuridad.

España,
1975

Gastón Garcelán había sido siempre un niño tímido. Mejor dicho, más que tímido era un solitario. Se escondía debajo de la mesa camilla cuando llegaban visitas, le costaba hacer amigos en el colegio y, aunque sacaba excelentes notas, nunca destacaba entre los demás, como sí lo hacían esos otros chicos que ya desde pequeños despuntan como líderes naturales organizando peleas y partidos de fútbol en el patio del colegio. Gastón evitaba a la gente y se sumía en su mundo de libros y juegos, y los unos reforzaban a los otros. Leía y reproducía aquellas historias de Julio Verne, Emilio Salgari y Alejandro Dumas, las primeras novelas que cayeron en sus manos tras una etapa de tebeos y cómics de *Hazañas Bélicas*, el *Jabato* y el *Capitán Trueno*. Un barreño viejo de su abuela era la canastilla del aeróstato de *Cinco semanas en globo*. En la cálida oscuridad de debajo de la mesa camilla imaginaba el puesto de mando del *Nautilus*. Los maizales de las afueras de la ciudad eran una impenetrable selva virgen, y el sótano de la vieja casona de la abuela se convertía en las mazmorras del castillo donde él jugaba a ser Edmundo Dantés, conde de Montecristo.

Todo ello sería más o menos normal si no fuese porque Gastón abordaba esos juegos siempre en solitario. El resto de los personajes con los que interactuaba no existían, mejor dicho, solo estaban en su imaginación, lo que no obstaba para que él los recreara de forma tan real que mantenía vivas conversaciones con ellos en voz alta.

—¡Defiéndete, bellaco! ¡Probarás el acero de mi espada!

Llegada la incierta frontera entre la adolescencia y la juventud, los padres de Gastón, gente sencilla y trabajadora, habían comenzado a preocuparse, ya que el chico seguía con sus juegos de imaginación. Incluso decía que tenía un amigo inexistente con el que hablaba a menudo, el *hombre antiguo* le llamaba, pues al parecer él le imaginaba vestido a la moda del siglo anterior. A veces, antes de dormirse, mantenía largas conversaciones con él. Y sus padres lo oían inquietos desde la cama:

—¿Tú crees que deberíamos llevarle a un médico? —preguntaba la madre preocupada.

—Mujer, no exageres, lo que pasa es que Gastón siempre ha tenido mucha

imaginación. Y además, tonto no es; saca muy buenas notas.

La pobre mujer asentía no muy convencida, pero dudaba.

—Siempre está rodeado de sus libros, no tiene amigos...

—Querida, ¿qué daño pueden hacerle los libros? Anda, ya verás como cuando crezca un poco y se eche novia se le pasan todas esas tonterías.

Y así fue. Al menos en principio.

En los años ochenta Ana era la chica más atractiva del grupo. Todos los muchachos de la pandilla se masturbaban obsesivamente pensando en ella, con esa delectación que es aún mayor cuando sabemos que aspiramos a un imposible. Todos ellos menos Gastón Garcelán, para quien Ana era algo más que la tía buena del grupo. La tenía idealizada. Porque en aquellos años, todavía algunos muchachos, sobre todo en provincias pequeñas, idealizaban tanto a las mujeres que incluso apartaban de su mente los pensamientos libidinosos, como si aquellas chicas fuesen ángeles celestes. Luego, con la edad y el tedio del matrimonio, si es que al final se casaban con ella, el ángel celeste se convertía en malhumorada ama de casa, y ahí se acababa el ideal. Podría decirse que Gastón estaba enamorado, al menos platónicamente, de Ana, pero él no lo hubiera definido así, entre otras cosas porque temía esa palabra. Evitaba decir «amor», como si ese fuera un sentimiento imposible en su existencia.

Los jóvenes de provincias de aquellos años tocaban la guitarra y escribían poemas para conquistar a las chicas. Ellas ni tocaban la guitarra, ni componían versos ni otras gaitas. Mucho más prácticas, se limitaban a esperar y a dejarse querer por aquellos torpes muchachos, pero si el que las rondaba era el poeta del grupo, el místico (este duraba poco en la manada, porque muy pronto acababa en el seminario o alistándose en el Ejército), o lo que es peor, el empollón, rol que ocupaba siempre el más feo, ellas se limitaban a ignorar sus requerimientos, a veces hasta con crueldad. Porque aquellas muchachas sin más futuro que el matrimonio competían entre sí por el muchacho con más dinero y mejor posición familiar. Para echarse una buena novia, no uno de aquellos adefesios de desecho, había por tanto que ser de *buena familia*.

Gastón Garcelán no cumplía este requisito, y encima era el empollón del grupo, así que por mucho que intentó tener una historia con Ana, esta siempre le esquivó, y como era de suponer, ella terminó al final con Fernandito Fructuoso, el mayor de todos los amigos, cuyo padre era director de un banco, aunque Fernandito, a su edad, cursaba segundo de Económicas desde los tiempos de Carlomagno. Así fue como Gastón decidió abandonar la pandilla y acudir solo a las discotecas, que por entonces, con aquello de la *fiebre del sábado noche*, estaban muy de moda.

Cuando vio a Rebeca, lamentó por primera vez llevar sus gafitas de plástico transparente, amarillento por el uso y los años, pues habían estado pegadas a su cara desde que inició la enseñanza primaria. Aquellas gafas eran como una especie de talismán. Podía habérselas cambiado por otras de aspecto más actual, pero se había dado cuenta de que le aportaban a su rostro todavía infantil cierto aire de madurez

que no tenía, y él se hacía la ilusión de que le proporcionaban una apariencia intelectual.

Rebeca estaba acodada en un pilar, con cara de aburrida, en aquella discoteca de barrio, y Gastón la observaba ya hacía un rato desde lejos. Rebeca no tenía nada en especial, y por no tener no tenía ni tetas, aunque sí un enorme y desproporcionado culo que, merced a sus estrechos hombros y poco pecho, daba a su figura el aspecto de un bolo; a lo que contribuía que estuviera pálida como un exvoto de cera. Era un desecho. Pero aun así, en aquella mezcla de resignación y tedio se entreveía un cierto encanto indolente que la hacía resaltar entre todas las demás mujeres más atractivas, ocupadas en bailar ostentosamente para provocar las miradas.

En tales circunstancias, Gastón no deducía si aquello que de forma casi abrupta había sentido al ver a la bella nínfula de orondas posaderas era lo que se llama un flechazo o más bien un lanzazo; y si lo era, no tenía más remedio que reconocer que había alcanzado tan sublime herida griática por la vía de exclusión forzosa, después de sumar un buen número de fracasos cosechados al acercarse a otras mujeres de mejor ver, y decirles cualquier inoportuna tontería (¿acaso no todas las tonterías son inoportunas?), comprobando dolorosamente que ellas ni se habían molestado en mirarle. Era comprensible; la actitud solitaria de Gastón Garcelán, su incipiente gordura y sus gafitas de intelectual-niño-grande no eran lo más adecuado para tener éxito en aquel ambiente más bien poco intelectual de las discotecas.

Lo de Rebeca fue una apuesta contra sí mismo. Se dijo: «a que esta también me dice que no». Y con tal espíritu de triunfo se arrancó hacia la solitaria víctima, se plantó ante ella y la abordó con la obligada pregunta: «¿tienes fuego?», sin esperanzas de nada. Pero ella dijo sí. Y así fue como perdió su apuesta y ganó una novia.

Luego, la rutina, que es la carcoma de la vida, hizo el resto. Gastón fue dejando de un día para otro, de una semana para otra, de un mes para otro... el reconocer que todo aquello no era más que una «historia», una aventura sin fundamento y sin ánimo de perdurar, ya que el hombre, una vez conquistado el monte de Venus, en lo único que piensa es en bajar cuanto antes de allí, pues pronto descubre que más que un monte es un ávido volcán que amenaza con tragarse. Podría haberle dicho a ella esa fatídica frase que se reservan las parejas para cuando algo marcha mal: «tenemos que hablar», y quizá se la dijera alguna vez, pero Rebeca Boronad, perteneciente a una familia donde los hombres eran abogados o notarios, y las mujeres simplemente se casaban, tenía tan asumido que tras el correspondiente paso por la cama aquello era un noviazgo oficial, que no se dio cuenta de que la relación no tenía ningún futuro. ¿Por qué duró tanto entonces? Por una parte, como ya se ha dicho, él no sabía ni veía el momento oportuno para afrontar la ruptura (y mientras tanto, siempre podía descargar sus tensiones sexuales sobre el cuerpo anchuroso pero cálido de ella, lo que en cualquier caso, siempre es mejor que la propia mano, hábil pero demasiado previsible). Por otro lado, y he aquí lo determinante, ella era hija de un notario, que

había sabido hacerse una buena cama antes de retirarse. La madre de Rebeca, hija única de una familia propietaria de extensas fincas en Murcia, lindando ya con Andalucía, había aportado al matrimonio una sustanciosa dote de tierras de secano y regadío, eso además de diversas casas y haciendas, fruto de la herencia acumulada por sus laboriosos ancestros. Vamos, que la novia de Gastón tenía además de buenas carnes bastantes posibles. Y Gastón era pobre. El reparto de los dones de Dios es así de caprichoso.

La familia de Rebeca pasaba temporadas en cada una de las casas que poseían en varias provincias limítrofes, en un continuo trasiego que efectuaban en un viejo Mercedes blanco, una ronda que tenía como fin el vigilar a los aparceros y capataces de las fincas, para que el pago del diezmo por parte de los fámulos se respetara íntegro y sin estraperlos. Pero la mayor parte del año habitaban una amplia casona campestre enclavada en medio de una gran extensión de maizales, almendros, trigales y viñedos, que el notario, con el dinero de su mujer, había comprado años atrás a la vieja viuda de un coronel carlista regresado rico de su exilio en Francia. La anciana señora, dotada de una envidiable fortaleza, había vivido hasta más de los cien años encerrada allí, conservando el caserón intacto, tal como el marido lo había dejado a su muerte.

El palomar del caserón del viejo coronel carlista Ambrosio Grimau era un mundo de mierda seca y ulular de fantasmas invisibles, que eran las palomas escondidas por los resquicios de las vigas de la techumbre, en esa permanente emisión de una sola sílaba que tienen ellas por diálogo. Gastón Garcelán encontró los libros metidos en una caja de cartón, cubierta de gallinaza y lamparones de lechuza, donde anidaban pequeños ratones rosados que vivían felices a ese calor literario sin saber lo que se estaban comiendo.

Allí había encontrado Gastón un refugio para reponerse de la voracidad del coño volcánico de su novia. De por qué el coronel había decidido relegar a la clandestinidad del palomar aquel montón de libracos antiguos sobre ciencias ocultas, nada se sabe. Quizá es que, a pesar de la apariencia de buen católico, había sido infestado por la moda decimonónica del espiritismo durante los años en que estuvo exiliado en Francia, entablado entonces contacto con la extraña *école* de trasnochados herederos de las tesis hipnóticas de Franz Anton Mesmer y Allan Kardec. ¿Por qué el coronel había trabado amistad con este tipo de personajes, tan contrarios a su ideología tradicionalista y religiosa? Puede que en aquellos raros volúmenes ocultos en el palomar, estuviera parte de la explicación.

Las peripecias de la campaña militar y del posterior exilio político se narraban en un montón de cartas amarillentas atadas por una cinta de tela roja, que Gastón no tuvo más remedio que cortar pues el nudo se había solidificado y no había forma de desatarlo. En esos folios caligrafiados con una elegante pero apresurada letra, quizá por las urgencias y las incomodidades de la guerra, el coronel daba cuenta a su

esposa, que se había quedado en España, de las últimas batallas en las que había participado antes de atravesar los Pirineos camino del exilio con las últimas tropas carlistas de Ramón Cabrera. Gastón Garcelán desechó de inmediato los libros y se centró en aquel pequeño tesoro epistolar que casualmente había encontrado mientras huía de la vida cotidiana que compartía desde hacía ya meses con Rebeca Boronad y su familia.

—¿De dónde sales? —preguntaba ella al verle bajar las escaleras de los áticos del vetusto inmueble, con la ropa llena de polvo y el pelo con telarañas—. Hueles a orines de gato.

—He encontrado allí arriba, en las bóvedas, una caja de cartón llena de libros antiguos en francés.

—Eso será para tirar; siempre estás rebuscando en la basura —reprochaba ella—; además, ¿es que tú sabes francés?

—Pero cariño —aclaraba él con la ilusión del que ha encontrado una joya valiosa, mostrándole el bloque de cartas—, mira lo que había, es...

—Mierda —sentenciaba ella impertérrita.

—No, no, escucha, es correspondencia del coronel carlista, cartas desde su exilio escritas en primera persona, ¡un tesoro histórico!

Pero eso a ella no le impresionaba lo más mínimo. Gastón Garcelán, a pesar de su origen humilde de clase media, tenía aspiraciones de convertirse en un intelectual, y ya iba conociendo que la burguesía es inculta por naturaleza, y encima con orgullo. Los burgueses aborrecen la cultura y los libros, como no sea para adornar con ellos los estantes huecos de la librería que todo hogar *como Dios manda* ha de tener en el salón de visitas. Y aquella joven de albo rostro y abultado culo, como una menina de Velázquez, era el último eslabón genético de la rama más inculta y rancia de una familia de la más fatua burguesía de provincias.

Gastón seguía siendo un solitario, pero en la Universidad, donde se había matriculado en Filosofía y Letras, había reencontrado un amigo de la infancia. Gastón Garcelán y Pascual Alcover se habían conocido cuando niños en el colegio. Para Alcover, Garcelán era un bicho raro que en las horas de recreo pasaba el tiempo leyendo tebeos, incluso libros, sin hacer caso de nadie ni involucrarse en los absurdos juegos de contacto físico a los que se entregaban sudorosos el resto de sus compañeros de colegio. Un día se le había acercado y se había sentado junto a él.

—Hola, me llamo Pascual.

Gastón alzó la vista del tebeo que estaba leyendo ensimismado. Aquel muchacho flacucho que acababa de abordarle tenía una piel tan macilenta que se le difuminaba con la grisalla de la barba que ya le apuntaba, como un prematuro San Francisco. Alto, desgarrado y torpón, parecía compartir la misma fobia por el ejercicio físico y el alboroto viril. Por fin un camarada con el que hablar de algo más profundo que de cromos de futbolistas en calzones o calendarios de bolsillo con mujeres en ropa interior. Desde entonces, los dos amigos habían jugado en el patio del colegio a reproducir las historietas de los cómics y las películas que veían durante el fin de semana en el viejo cine Rex, que hasta algo después de la muerte de Franco solo proyectaba de romanos y de indios.

Los dos muchachos imberbes habían mantenido su virtud rechazando los pornográficos calendarios y, en su lugar, destripando relojes y motores eléctricos para comprender su funcionamiento, cazando mariposas y otros bichos, pescando ranas en los embalses del campo, y en otros diversos experimentos de ciencias naturales que aprendían en el colegio. Hasta que con la recién estrenada democracia llegó al Rex el cine de despelote, y la atención de los muchachos pasó por primera vez de la física empírica a esa otra química mucho más atractiva, gran misterio de las ciencias naturales, incapaz de catalogarse en la tabla de elementos.

Aquello sucedió precisamente en el año de las aulas mixtas, bendito invento que traían los nuevos aires liberales a las arcaicas escuelas nacionales. También por entonces Gastón pasó de los cómics a los libros, leyendo su primer relato serio, *El pozo y el péndulo*, de Edgard Allan Poe, y ya no paró hasta que envenenado por su interés hacia las historias raras, el mundo de la ficción y la farsa, acabado el bachiller se matriculó en Filosofía y Letras, soñando convertirse algún día en un admirado intelectual empeñado en descubrir los secretos y el sentido de la existencia. Por el contrario, el tímido y apocado Pascual Alcover decidió estudiar Ciencias, despertándosele por entonces una voraz curiosidad por todo lo experimental, la tecnología y, con ello, la naciente informática.

Algunos años después, mientras Gastón pasaba de Poe a Lovecraft, y de este a Víctor Hugo, Pascual empleaba su tiempo en matar marcianitos catódicos con su primario *Atari Spectrum*, con aquel teclado negro a cuyo costado se alojaba la cinta de casete, que hacía las veces de primitivo disco duro. Por lealtad y comodidad, ambos amigos decidieron encontrarse a medio camino entre sus respectivos entretenimientos, de forma que pudieran realizarlos juntos. La literatura y la aritmética. El libro y la computadora. Quizá fue así como empezó todo...

Gastón no recordaba a quién de los dos se le había ocurrido el juego. Muchas tardes se juntaban en casa de uno o del otro para estudiar, pero por hacerse los graciosos, terminaban entrecruzando sus diferentes materias en el absurdo cometido consistente en establecer coincidencias entre temas dispares, mezclar correlaciones de datos, tergiversar las analogías y forzar los sinónimos y antónimos..., todo ello con arbitrarias reglas para regir de alguna forma aleatoria tal pandemónium. Por ejemplo, uno proponía una fecha o hecho histórico, y el otro debía contestarle de acuerdo con algún tipo de oculta concordancia aritmética, un símil o un disímil, una tesis o una antítesis...

Algunas veces, Gastón Garcelán llevaba a su novia Rebeca a estas reuniones privadas. Pero aquello era como meter un zorro en un cajón de gallinas, o mejor dicho, como arrojar gaseosa dentro de la batería del coche. El ambiente se enfriaba, la ironía absurda del juego no terminaba entonces por efervescer. Las mujeres son demasiado prácticas, terrenales, para entender tales juegos de la mente y del intelecto, pensaba Gastón. Ellas prefieren los juegos de manos...

—¿Pero qué tonterías estáis diciendo? —preguntaba ella, y de paso, se permitía criticar la música que escuchaban.

Gastón y Pascual se miraban en silencio y cómplices. Habían descubierto al mismo tiempo aquel extraño grupo de rock gótico o medieval, y desde entonces su música era como un himno para ellos. No paraban de escucharla.

—Es Jethro Tull —decía casi con devoción, como el sacerdote recita un salmo, Pascual Alcover.

—Es insoportable —protestaba Rebeca Boronad.

Quizá hay cosas que solo pueden entender los hombres, se decía Gastón Garcelán, mientras decidía introducir en el juego el contenido de las cartas de Ambrosio Grimau, sin mencionarlas. Porque Rebeca hubiera desanimado al muchacho calificando el hallazgo epistolar de principios del siglo xx como «mierda», encontrada en un montón de porquería polvorienta y cagarrutas de rata. Por eso, aludiendo a lo escrito en las ajadas cuartillas del viejo coronel, Gastón, haciendo un significativo gesto a su amigo, muda indicación de que a pesar de la presencia de Rebeca comenzaba la sesión del juego de coincidencias, dijo con un peculiar acento en la voz:

—Vampiro; 1839.

—¿Qué dices? —preguntó Rebeca sin entender.

—¿Vampiro? —inquirió Pascual, algo extrañado por la nueva propuesta.

—¿Se puede saber qué coño hacéis? —preguntaba de nuevo Rebeca al darse cuenta de que ambos amigos tramaban algo juntos. Y es que las mujeres, tan dadas ellas a sus confidencias íntimas, soportan mal ser excluidas de las complicidades secretas entre hombres.

—1839... —repitió rascándose la cabeza Pascual Alcover—, ¿qué es, una ópera heroica?

—Oye, si vais a estar así me voy, ¿eh?... —amenazaba ella, pero sin verdadera intención de marcharse.

—Tú bebe y calla —ordenó Gastón—. Escucha pero no molestes —agregó al cabo de unos segundos. A veces los tímidos se arrancan con una salida de tono como esa, o se enfadan con quien no deben y en el momento menos oportuno.

Ella se encogió de hombros y se asestó un buen trago de cubalibre de ron, como queriendo señalar «eso, problema vuestro; a mí qué me importa». Y mirando para otro sitio, hacía, en efecto, como que no le importaba, aunque en realidad siguiera aquella enigmática conversación en clave que acababan de iniciar su novio y su amigo, a quien Rebeca no aguantaba, como es sabido que las novias no soportan nunca a los amigos de siempre de sus novios, pues parece que ellas solas quisieran ser las únicas y las últimas personas importantes en la vida de aquel con quien han decidido unirse.

La presencia de Rebeca la soportaba Alcover (todavía sin novia) con paciencia de amigo, y aguantaba en silencio y hacía como que no oía las impertinencias que aquel elemento extraño, aquella tercera en discordia, suponía para la franca camaradería de los dos jóvenes. Pero aquella tarde, Pascual Alcover se ciñó al juego aceptando el desafío lanzado por Gastón, olvidando a su impertinente novia. Le daba vueltas en su cabeza a la palabra y a la fecha sugeridas:

—Vampiro..., 1839...

—Sí —confirmaba Gastón, lacónico y divertido por la intriga que había suscitado.

Rebeca Boronad suspiraba sonoramente como remarcando su aburrimiento por la absurda incógnita.

—Veamos —Alcover se concentraba juntando las manos, apoyando la boca sobre los pulgares juntos, hinchando de cuando en cuando el labio inferior, en actitud de profunda reflexión.

—Piénsalo —concluyó Gastón con afectada seriedad—, pero en la próxima reunión tienes que traer la respuesta. Son las normas, ya sabes.

Quizá nada habría sucedido si Gastón no hubiese echado a rodar los dados de aquel juego de coincidencias. Puede que las cosas pudieran haber ocurrido de otro modo si no hubiese acudido aquella tarde a casa de su amigo.

—Ven después de comer a tomar café —le había ofrecido Alcover al cabo de un tiempo sin verse ni llamarse—. Creo que ya he resuelto tu binomio palabra/número vampiro-1839.

—¿Ah, sí?, pues ya era hora, creí que te habías perdido; ¿y qué has concluido? —preguntó Gastón dudando, pues por unas cosas y por otras habían pasado más de dos meses, y su amigo, en todo ese tiempo, no le había llamado, ni tampoco había dado señales de poder resolver el enigma propuesto.

—Tú ven; ya verás... He tenido ayuda para resolver tu extraña coincidencia. Y por cierto, ya me explicarás luego qué narices significa todo esto.

—¿Ayuda? —Ahora el intrigado era Gastón.

—Sí, cuando vengas te la presentaré.

«La», Alcover había dicho «la». ¿A qué se había querido referir —se estaba preguntando inquieto Gastón tras colgar el teléfono—, a una nueva computadora quizá? O tal vez a una persona. Porque incluso Pascual podía relacionarse con una persona y no solo con sus computadoras. Bueno, puede que no, pero entonces, ¿quién le había ayudado? ¿Acaso, rompiendo más normas (una de ellas era que el juego ha de jugarse sin ayuda externa), había sido capaz de introducir a un tercero?

Gastón Garcelán acudió intrigado a la cita con su amigo Alcover, otra vez más acompañado de Rebeca, de quien no se había podido librar. Nada más abrirle la puerta, y mientras atravesaban el pasillo de la casa hasta la habitación del fondo, donde Pascual Alcover tenía su *sancta sanctorum*, con el equipo de música y el teclado *Spectrum* conectado a la pantalla de un viejo televisor de blanco y negro a lámparas de vacío, Garcelán intuyó que algo no marchaba como siempre. Había estado acudiendo a esa casa desde la infancia, y por más que parezca un detalle sin importancia, el pasillo olía a tabaco; y ni los padres de Alcover ni Alcover fumaban. El misterio se desveló al entrar en la habitación. Allí, ocupando precisamente la silla en la que habitualmente se sentaba Gastón en sus visitas desde hacía tantos años, se encontraba aquel ser. Era una mujer, aunque realmente, a él le pareció más bien un huno.

Se trataba de una muchacha mayor, alta, pelirroja, con una melena descuidada y hosca, vestida con unos pantalones vaqueros no muy limpios, un jersey de cuello alto excesivamente amplio y unas sandalias de cuero crudo, horrendas. El atuendo se completaba con uno de esos fular de seda y lentejuelas tan típicos de los *hippies*,

también en color lila y un colgante metálico que reproducía unas hojitas de marihuana. La muchacha tenía la cara enrojecida, no se sabría decir si por naturaleza sanguínea o a causa del güisqui que estaba bebiendo (sujetaba el vaso de tubo con hielo con la misma mano que el cigarrillo, dándole al gesto un cierto aire masculino), y no llevaba ni pizca de maquillaje ni color de labios. Sus caderas escuálidas se perdían entre las costuras de los vaqueros y los amplios bajos del jersey, todo lo contrario que Rebeca, que había acumulado su carne cetácea, como un lastre, en la zona del trasero y los muslos, y nada parecía haber quedado del barro primigenio de la costilla de Adán para haberle moldeado siquiera unas medianas tetas y darle armonía a su plano busto.

—Victoria..., este es mi amigo Gastón, y esa su novia Rebeca —dijo Pascual Alcover sin darle excesiva importancia a la presentación, por mucho que Gastón, mientras buscaba y se acercaba otra silla, no le quitara ojo a aquella demacrada pelirroja de aspecto *progre*. ¿Era esa... cosa la que había ayudado a Pascual a resolver el enigma propuesto? En efecto, así lo parecía, pues mientras él, todavía no repuesto de la aparición, miraba con ojos de incertidumbre y recelo a su novia, que sin embargo no se mostraba ni poco ni mucho preocupada por la inusual presencia femenina en casa de Alcover (incluso se había atrevido a darle dos besos), quizá porque ante la manifiesta delgadez de la tal Victoria, ella, Rebeca, quedaba como una modelo de alta costura. Cuando Gastón acompañó a Pascual a la cocina para traer la bebida y los vasos, preguntó en voz baja:

—¿De dónde la has sacado?

—Hace poco que acaba de llegar de Ibiza, por lo visto ha estado allí varios años viviendo con los *hippies*.

—Coño, Pascual, tú, con lo que eres, ¿te has ligado una *hippie*?

Pascual Alcover se alzó de hombros, como indicando: los caminos del corazón son inescrutables. Y luego, ausente o más bien indiferente a todas esas consideraciones sobre el efecto que había causado su pareja, puso el *Acualung* de Jethro Tull y entró en materia.

—Bien, Gastón, creo que tengo la clave de tu acertijo. Mi conclusión general es que el vampirismo era una superstición popular que estuvo vigente en Europa a lo largo del siglo XVIII y buena parte del XIX —hizo una pausa de efecto buscando la aprobación de la audiencia.

Garcelán asintió levemente mientras se servía un cubalibre de ginebra, a la vez que miraba de reojo a Victoria, temiendo quizá que se convirtiera en una vampiro y se abalanzara sobre él o su novia con las fauces ansiosas de sangre.

—Luego descubrí un dato más reciente. En 1818, el doctor Polidori escribe su célebre obra *El vampiro*, un texto clásico, que iba a influir más tarde sobre toda la literatura del género, incluyendo el famoso *Drácula*, del irlandés Bram Stoker. Sin embargo, lo sé, esa no era la fecha exacta que me habías indicado. Estaba en un lío, hasta que de pronto apareció ella. Por cierto —indicó cambiando el tono de voz,

como haciendo un paréntesis—, a Victoria la conocí hace un mes en un seminario que daba un psicólogo chileno sobre los peligros del psicoanálisis de Freud.

—¿Peligros? ¿Qué peligros? —preguntó interesada Rebeca, que estaba estudiando enfermería y acababa de dar el módulo de psicología.

—Seguramente se refería a lo cara que es la terapia —dijo Garcelán por hacerse el gracioso.

—Pues no, el ponente decía que el origen de esa técnica deriva de su propia etimología: Psico-Anal-Isis. O sea, un método para desvelar los secretos del subconsciente o, metafóricamente, desvelar a la diosa Isis, por medio de darte por culo con raras explicaciones psicológicas inventadas por Freud —y añadió como buscando aprobación—: ¿verdad, amor?

¡Amor, la había llamado amor! Gastón se estremeció en la silla. ¡Su entrañable amigo Pascual *salía*, pues, con aquella sílfide mongol al menos diez años mayor que él! Por su parte, ella ni se inmutó al escuchar que la nombraban.

—Ya sé que incumplí las normas del juego al pedirle ayuda a Victoria, pero es mi novia, ¿no? —Dejó caer como indicando que Rebeca también estaba presente en las sesiones—. Ella fue la que me sugirió que averiguara los nombres de todos los vampiros que se conocen del siglo XIX hasta encontrar uno que hubiese vivido o tuviese que ver algo con el año indicado...

Gastón se removió inquieto.

—¿Pero es que los vampiros existen? —preguntó Rebeca con acento de incompreensión, torciendo la boca con asco. Momento en el que Victoria se volvió hacia ella y la miró con la expresión de ser el mismísimo Nosferatu.

—Bueno, me refiero a vampiros literarios, o en todo caso a personas enfermas que creen serlo —justificó Alcover.

La pelirroja asintió mirando a su «amor».

En esos instantes, revolviendo su inexistente culo en la silla y lanzando una bocanada de humo precedida por un trago de güisqui, Victoria habló. Había permanecido muda como un misterioso oráculo céltico, pero sin duda decidió tomar la palabra en ese momento de la conversación para apoyar y ampliar lo que hasta entonces había dicho su «amor»; Pascual ahora la miraba con absurdo embeleso, encogiendo la nariz y achinando los ojos a causa de la neblina que anegaba a esas horas el cuarto, tras la combustión de un paquete entero de cigarrillos por parte de Victoria.

—Fue fácil —indicó ella poco expresiva y con un cierto acento extraño en la pronunciación, como si le patinara el embrague en las erres—, todo cuanto hice fue estudiar las referencias que había de casos de vampirismo en el siglo XIX. Comprobé que hay varias, porque como dice Pascual, ese era un fenómeno entre literario y social que estaba entonces de moda; el vampiro era una figura literaria y romántica, propia del gusto por la Edad Media y sus misterios que acompañó al romanticismo. Pero —añadió la pelirroja con su amanerada forma de expresarse— el hecho más

resaltado en cuanto a la eclosión de la literatura vampírica y romántica fue protagonizada en 1818 por Lord Byron y un grupo de excéntricos amigos que habían apostado para ver cuál de ellos escribía la mejor novela de terror gótico y romántico...

—A qué cosas se dedica la gente... —deslizó Rebeca con doble intención. Victoria pareció no haberla escuchado, porque siguió adelante.

—Con un poco más de indagación descubrí que en esa época, precisamente en torno al año 1839, existía en España un presunto vampiro llamado Onofre, a quien apodaban el *Murciélagu*, famoso porque se había infiltrado en el ejército carlista y se dedicaba a morder a los militares.

Gastón Garcelán no pudo evitar dar un bote en la silla y poner unos ojos como de lechuza cuando escuchó el nombre del vampiro español. ¡Era cierto!, la tal Victoria había dado con la clave del enigma que a él le rondaba en la cabeza y le inquietaba desde que leyera las cartas de campaña del coronel Ambrosio Grimau.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pascual Alcover dándose cuenta de la reacción de su amigo—, parece que has visto un fantasma.

Fue entonces cuando Gastón reveló a todos los allí presentes lo que sabía. Y como en una confesión pública, o como cuando algo nos sienta mal, y lo mejor que podemos hacer es vomitarlo, comenzó a contar aquella extraña historia que había leído en los papeles personales del viejo militar.

Las semanas siguientes pasaron como pasan las semanas anodinas de una vida burguesa sin sobresaltos, una detrás de otra sin solución de continuidad. La vida muelle y programada que llevaba la familia de Rebeca Boronad, con el cascarrabias de su padre, notario jubilado acostumbrado a que todos sean siervos suyos, discurría de lunes a viernes sin alteraciones en ninguna de las costumbres de la familia.

Gastón Garcelán, atrapado como un invitado de piedra en este agobiante ambiente de convencionalismos, cada día aguantaba menos a la familia de Rebeca y el rebuscado rol de incidencias en que discurría su vida cotidiana y doméstica, todo gestos de cara a la galería, como si la única ley a tener en cuenta fuese *el qué dirán*.

La relación con Rebeca había durado más de lo deseado. Eran los años noventa y aún seguían juntos por no discutir, cosa que no era de su talante. Para no pasar por el aro de los convencionalismos de su familia política, Gastón Garcelán ponía siempre como excusa para ausentarse sus estudios para terminar la siempre aplazada tesis doctoral en literatura francesa, refugiándose en los amplios rincones y recovecos de aquel vetusto caserón, donde estaba invitado como prometido de la niña. Uno de los lugares preferidos para desaparecer seguía siendo la buhardilla, con el palomar adosado, donde sabía que podría pasar horas sin sobresaltos leyendo y releendo aquellas cartas encontradas entre la mierda, descubriendo en ellas nuevos datos sobre el enigmático incidente vampírico que había sufrido el feroz militar.

La segunda reunión de la recién creada cofradía de las casualidades significativas era el próximo sábado, y Gastón Garcelán no estaba dispuesto a que aquella pelirroja escuálida le arrebatase de nuevo el protagonismo. Debía ponerse al día, llevar a la cita pruebas y datos superiores a los que pudiera recoger por su cuenta la erudita novia de Alcover. De esta forma es como Garcelán cayó quizá en la telaraña de su juego, inoculándose a sí mismo el propio veneno (el veneno de uno es siempre el más deletéreo, pues de él no existe antídoto), empujado por la necesidad de que la realidad no le estropease el perfecto mundo de ficción y de ilusión que se había creado para refugiarse de la mediocridad exterior.

Las anotaciones que había encontrado dentro de aquel provecto mazo de cartas de Ambrosio Grimau le ponían sobre una nueva y esperanzadora pista. ¿Quién era el médico de Barcelona que había desvelado a ese impostor llamado el *Murciélagu* con tan curiosas artes físicas, y que tan providencialmente fue llamado para salvar *in extremis* la vida de Grimau? Las anotaciones epistolares indicaban que /tal personaje, llamado Francisco Salvá i Campillo, era un reputado doctor. Había estudiado en la Universidad de Valencia el conocido texto *Commentaria* de medicina del célebre científico holandés Gerard van Swieten, profesor de la Universidad de Viena, que en

1755 había escrito un *Informe médico sobre los vampiros*. Esto hace ver a las claras que Salvá era por entonces uno de los mayores expertos españoles sobre enfermedades *lunares*, casi todas relacionadas con la locura contagiosa, y que se atribuían a extraños fluidos, emanaciones o caprichos de la mente y el alma, tales como el sonambulismo, la melancolía o el vampirismo.

Estaba anocheciendo, y los sucios cristales del tragaluz del ático atemperaban aún más la ya escasa luz del día. Gastón Garcelán, sentado en el escritorio que se había habilitado a modo de despacho personal en el palomar del caserón, se quitó las gafas de arcaica montura, las dejó sobre la mesa y se frotó los cansados ojos. Cuando alzó la vista y vio aquella sombra delante suyo, su corazón se aceleró sobresaltado. Rápidamente se volvió a poner las gafas. No era un vampiro —resopló—, era Rebeca, que había subido, en contra de lo habitual, para ver qué hacía su novio allí arriba a esas horas.

—¿Qué haces aún aquí?, mira que eres raro.

—Ya sabes, estoy con el asunto ese del viejo coronel.

—¿Al que le mordió Drácula?

—Drácula, no; un vampiro.

—¿Y no es lo mismo?

Él no respondió.

—Yo también he estado haciendo mis averiguaciones —le indicó ella con aire de colegiala coqueta que espera así lograr el aprobado de su profesor.

—¿Ah, sí? —Gastón se levantó; sabía lo que estaba a punto de suceder—, ¿no me digas? ¿Y qué has averiguado tú? —añadió rodeándola por el talle.

—Ya lo verás el sábado —susurró ella al mismo tiempo que le desabrochaba el botón del pantalón.

Lo hicieron allí mismo, primero apoyados sobre el viejo escritorio abarrotado de legajos y libros antiguos sobre una extraña historia de vampiros y héroes de olvidadas guerras. Luego, revolcándose con pasión entre la gallinaza y la mierda seca del suelo.

Sábado por la tarde. Allí estaban los cuatro reunidos en torno al equipo de música de Pascual Alcover, que ya había preparado los discos de Jethro Tull y las bebidas. Y allí estaba Victoria, con similar atuendo *hippie* que la vez anterior, esparciendo humo como un botafumeiro andante. De nuevo había ocupado con su insignificante culo la silla que desde hacía años había pertenecido a Gastón Garcelán.

Se notaba en el ambiente la expectación por saber cómo terminaba el capítulo de Ambrosio Grimau, que Garcelán les había contado el sábado anterior. Incluso a Rebeca se le veía interesada en esta ocasión.

—Oh, pues muy bien —arrancó Gastón sintiéndose protagonista—, la verdad es que la cosa terminó muy bien para el coronel. Se curó totalmente, se refugió en Francia durante unos años, y luego, cuando acabó la guerra, regresó a España, donde vivió una vida tranquila hasta su muerte. Los dos hijos que tenía murieron durante la contienda, y no dejó más herederos que su mujer, que aún le sobrevivió algunos años internada en una residencia de ancianos. El padre de Rebeca, aprovechando que era el notario de su testamento, le compró la casa a la buena mujer por cuatro cuartos, ¿no es así?

—Oye, tú, con mi padre no te metas, ¿vale?

—¿Pero en esas cartas que dices, realmente pone que le mordió un vampiro? —preguntó Alcover, como tratando de convencerse él mismo de un hecho tan poco acorde con su mentalidad cuadrículada.

—Ya te lo he dicho, lo insinúa.

Las nalguitas de niña de Victoria se movieron cadenciosas en la silla, y con la parsimonia de quien reserva una sorpresa para el final, lanzó una bocanada de humo antes de hablar. Luego, adoptando el papel de árbitro moderador del grupo, aunque nadie se lo hubiese otorgado, indicó con aire desmitificador:

—No tan deprisa. Ya os dije el otro día que eso del vampirismo no es más que una moda de la época, pura invención literaria y romántica...

—¿Quieres decir que...? —Gastón intervino molesto por el descarado descrédito hacia su versión que parecía estar intentando la pelirroja...

—... que si bien esa historia puede esconder visos de realidad, no debe tomarse al pie de la letra —sentenció la novia de Pascual con su hablar rebuscado y su granulado acento. A todo esto, Alcover volvía a mirarla con ese tonto arrobo suyo.

—Si se le buscan los tres pies al gato, se le encuentran —concluyó inesperadamente la novia de Alcover.

—En eso estoy de acuerdo, ¿ves? —Las miradas se volvieron hacia Rebeca, que era la que había hablado—; porque toda esta historia de vampiros me parece un

cuento chino.

Gastón, Pascual, incluso Victoria, la miraron con asombro.

—¿No se os ha ocurrido pensar, en lugar de enmarañarlo todo tanto, que lo que le pasó a Grimau no fue más que una enfermedad? De primeras, se me ocurre que después de tantos años de guerra, lo que debía tener el pobre era, con perdón, una depresión de caballo.

—No creo que fuera solo eso, querida —intervino Gastón con el acento de quien dice: vamos, tú qué sabrás de estas cosas.

—¿Y por qué no? —insistió ella con ademán molesto por el tono paternal que había empleado su novio para disuadirla y hacerla callar.

—Mira, está claro aunque tú no lo veas —remarcó Garcelán taxativo—, que a Ambrosio Grimau le debió ocurrir algo, y desde luego relacionado con el vampirismo, lo pone en sus cartas, y...

—Tonterías —replicó inusualmente combativa Rebeca—; para mí todo eso tiene su explicación científica.

—¿Ah, sí, y qué sabes tú de la ciencia? —se burló ya molesto Gastón por la terquedad y la insistencia de su novia en echar aquel jarro de agua fría sobre la agradable y metafísica reunión.

—¿Que qué sé...? Oye guapo, te recuerdo que estoy estudiando psicología...

—Enfermería... —rectificó irónico Gastón, mirando a los demás con cara de condescendencia, como indicándoles: No le hagáis caso.

—Es parecido —respondió ella.

—No, no lo es —remarcó obcecado Garcelán.

—Bueno, está bien —intervino autoritaria Victoria (una vez más el espíritu femenino les hacía asociarse para su defensa, aunque las dos supieran que no se soportaban)—, nosotros ya hemos dado nuestra versión, dejemos que ella explique la suya. ¿De eso va este juego tan idiota, no?

Gastón no parecía muy convencido, iba a decir algo, pero se calló y accedió con su silencio.

—Veréis, en mi opinión, lo que le sucedió a Grimau es que contrajo una enfermedad de las llamadas porfirias.

—¿Y eso qué es?, si puede saberse —interrumpió Gastón.

—Si me dejas, lo explico.

—Eso, déjala, hombre —ahora también Alcover salía en defensa de Rebeca.

—Pues las porfirias son enfermedades que tienen como causa un mal funcionamiento de la secuencia enzimática del grupo hem de la hemoglobina. Y para los que no lo sepan, el grupo hem o hemo es un complejo en estado ferroso con protoporfirina IX. La secuencia enzimática necesaria para sintetizarlo se transmite por herencia y es autosómico-dominante; esto quiere decir que un error en la secuencia genética produce las enfermedades porfirias...

—¡Oye, tú, lo que sabe esta! —Enfatizó Alcover señalando a Rebeca con el

índice. Gastón dio un trago y miró para otro lado, como si aquello no fuese con él.

—Uno de los síntomas de estas enfermedades —continuó Rebeca— es la hipersensibilidad a la luz, de ahí que el coronel se pasara todo el día metido en la tienda de campaña. Porque las porfirinas, que son zonas de pigmentación que le salen al enfermo en la piel, absorben todas las longitudes de onda de la luz solar, y transportan esa energía lumínica al oxígeno de la sangre, que se reactiva de tal forma que destruye los tejidos, principalmente en la zona de las encías, los dedos..., y así es como los dientes parecen más grandes y sangrientos y las uñas más largas..., vamos, como en los vampiros.

—¡Increíble! —exclamó Pascual Alcover impresionado.

—Vale, pues como veis, con eso ya tendríamos al paciente con un aspecto horrible de ultratumba, y además, solo sale por la noche, cuando no hay sol, porque le molesta la luz. Ahora vamos a lo de chupar sangre.

—Eso, vamos —Alcover se divertía de lo lindo.

—Pues resulta que aunque la enfermedad no tiene cura, mejora con el cambio de sangre, por eso antes se le hacían a los pacientes constantes transfusiones, aunque la mejoría era solo momentánea. Pero algunos enfermos que no tenían acceso a esas transfusiones o a otras medicinas con que paliar su mal, quizá por instinto, se la chupaban a los animales... o a las personas.

—¡No te digo!

—Pero aún hay otra cosa —agregó Rebeca volviéndose a su novio—; dices que en las cartas pone que a Grimau le sangraba una antigua herida, que no terminaba de curarse. Normal, todo encaja; se sabe que las porfirias son similares a la hemofilia, el paciente sangra en abundancia con cualquier pequeña herida.

—Pero el médico catalán que le atendió... —Garcelán comenzó a aducir algo, como queriendo aún defender su tesis vampírica frente a la científica de su novia.

—¿Qué? Simplemente lo que hizo ese médico es llamar uno por uno a los soldados para comprobar quién había podido contagiar la enfermedad al coronel.

—Pero los espejos que dice en las cartas que usó, esos efluvios que les hacía aspirar..., y luego, el corte de la cabeza... —Gastón no se daba por vencido, aunque estaba perdiendo la calma.

—Lo de los espejos no sé para qué sería, porque no me creo yo eso de que los vampiros no se reflejan. No sé, puede que los usara para proyectarles la luz de forma indirecta y comprobar a quién le molestaba, o para verles el aura; entonces se creía en esas cosas...

—¡El aura, cágate! —explotó Alcover.

—En cuanto a lo de la cabeza cortada, está claro que es una concesión a la superstición, efecto placebo para el paciente y para todos, una de las mejores medicinas que existen.

—¡Ja, ja, ja, eso sí que es medicina expeditiva y tajante! —Reía divertido Pascual Alcover.

—Y sobre el asunto de los efluvios —siguió Rebeca—, me imagino que el médico debió usar alguna sustancia que fuera repelente solo para quien estuviera enfermo, y así se delataría él mismo al aspirarla.

—Ya, te refieres a los ajos —indicó con ironía Gastón.

—Pues sí, mira. Por si no lo sabes, resulta que el ajo contiene una sustancia muy volátil llamada dialkilsulfito, que si el enfermo de porfiria la come, o incluso simplemente la huele, empeora repentinamente, con lo cual, ahí tenemos un método infalible y rápido para detectar al afectado por esa enfermedad.

—¡Vaya, hombre, Gastón, ¿esta es tu Rebeca de siempre?! —Alcover se regodeaba satisfecho por la lección científica que acababan de recibir. Victoria, por su lado, fumaba inexpresiva como siempre. Gastón, lejos de sentirse orgulloso por los insospechados conocimientos de su novia, notó en el estómago la punzada de los celos. Estaba perdiendo protagonismo. Ahora recordaba que Rebeca, la otra tarde en el palomar, poco antes de hacer el amor, le había dicho que ella también había estado investigando.

Todo había acabado. Rebeca Boronad había dado al traste con el juego de coincidencias; o mejor dicho, ella había encontrado sus propias concordancias, fatalmente discordantes con las de su novio.

—No sabía que en enfermería os enseñaran todas esas cosas —murmuró Gastón como admitiendo su derrota, pero en su pecho albergaba un imperdonable rencor hacia su novia.

Entonces, por si faltara algo para desarbolarle por completo, Victoria intervino pasando el rodillo de su crudo escepticismo:

—En realidad esto a lo que jugáis me parece una mierda. Os habéis embarcado en algo muy peligroso. Un día u otro, alguno de vosotros puede encontrarse por este camino con algo de lo que ha elucubrado convertido en realidad; y ese día habréis perdido las reglas, pasaréis de ser jugadores a ser una parte del juego sujetos a las consecuencias de lo que vosotros mismos habréis creado.

—Bueno, amor —reaccionó Alcover—, ¿no crees que exageras?

Estaba un poco confundido por aquella recriminación repentina de su novia. Pensaba que no había que dramatizar tanto, no era más que un juego sin consecuencias, ¿no?

Victoria no parecía estar de broma, incluso había interrumpido su constante fumar para ilustrar lo que quería enfatizar:

—Vuestro juego de palabras no es más que puro azar, dialéctica hueca. Y además no habéis inventado nada; hace tiempo que se sabe que con veinticuatro letras se puede escribir todo; mezclándolas adecuadamente permiten hablar de cualquier cosa, incluso explicar lo inexplicable y hasta crear sinsentidos. Bastan unos cuantos monos tirando las letras del alfabeto al azar.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó serio Alcover.

—Cicerón dijo que las letras del alfabeto arrojadas al azar acabarían por

componer un verso latino si se arrojan un número suficiente de veces. Mucho más tarde alguien afirmó que seis monos provistos de máquinas de escribir producirán en unas cuantas eternidades todos los libros que contiene el British Museum.

El disco de Jethro Tull se había acabado, y la aguja daba vueltas en silencio como un ouroboros atrapado en el laberinto repetitivo y eterno del surco.

Entonces, Gastón Garcelán, por romper aquel incómodo vacío que le oprimía, había preguntado:

—¿Nos estás llamando monos?

París,
1993

La primera vez que Gastón Garcelán vio aquel reloj en la torre del viejo templo gótico, con su sucia esfera de zinc, eran las seis de una tarde de primavera. París hervía con aquella claridad que cautivó a los impresionistas y fauvistas: los ígneos amarillos de las hojas y los aceitosos verdes o los claroscuros del Bois; las filas de árboles de Saint-Germain, tornasolados por un cálido color violeta diluido hacia el atardecer, que hacía resbalar brillos negros en la pizarra de las mansiones de los bulevares orientados al céfiro.

Gastón levantó por casualidad la cabeza y vio el reloj de la torre, luego la bajó y miró instintivamente el suyo. El de la vieja iglesia marcaba las doce y media. Una hora vertical, equidistante, que separaba en dos la circunferencia como una tangente diametral. Solo una semana después, al pasar por el mismo lugar, alzar de nuevo la vista y ver que el reloj de zinc seguía en su fijo verticalismo horario, creyó Gastón comprender lo que estaba queriendo decirle esa señal: que hacía ya seis años que a él se le había parado su reloj interior en París, desde que dejara su cómoda ciudad de provincias, su familia, sus amigos y su novia. Un día (o una noche) aquel reloj de torre había decidido dejar de funcionar precisamente en esa hora en que las manecillas se convierten en una sola, larga y erecta, como una lanza. La Lanza de Longinos.

Había llegado a la ciudad del Sena con un contrato en prácticas como ayudante de una gran biblioteca estatal, aprovechando una beca para mejorar el idioma. Luego, al acabársele la beca, había aceptado una ampliación de contrato, y luego otra, y así, sin darse apenas cuenta, habían pasado seis años. Se le había parado el reloj, ahora lo entendía. Aun así, podía hacer un buen balance de todo ese lapso. Recordaba especialmente el intenso y apasionado año vivido con aquella chica que había tomado al principio por pintora bohemia, aunque luego resultó ser una especialista en literatura francesa de exquisita educación y gran cultura. La había conocido una tarde en el Barrio Latino, pintando aterida por el frío del otoño los ocres árboles y las húmedas estatuas de bronce cubiertas de verdín y mierda seca de paloma. Mierda de paloma... ¿Qué habría sido de Rebeca Boronad? ¿Dónde estaría ahora? Recordaba que tuvo que dejarla, bueno, en realidad fue ella quien lo dejó a él. La relación había ido deteriorándose desde que Rebeca decidió pasar de la enfermería a estudiar

psicología; y sobre todo desde que había comenzado a adelgazar y a ponerse atlética en un gimnasio, exigiéndole que él hiciera otro tanto para rebajar «esa barriga», así se lo dijo. De modo que ambos lo dejaron, se dejaron el uno al otro y decidieron «quedar como amigos», que es como menos se queda, ni amigo ni nada.

Pero Gastón había descubierto a aquella preciosa francesita y se había quedado de golpe prendado de ella. Se había sentado a mirarla, muerto de frío, en un pretil. Luego, cuando ya oscurecía y no quedaba luz para seguir pintando, la chica había recogido los bártulos y él se había decidido a seguirla. Era la cosa más hermosa que había visto nunca. Pero pocas calles más allá, ella entró en un imponente inmueble de fachada sucia y de triste estilo neoclásico que le daba al edificio el siniestro aspecto de un panteón abandonado. *Ateneo artístico y literario*, leyó Gastón grabado en una placa de mármol con letras de latón infectadas por el cardenillo. Dudó. Se había quedado helado mirando a su preciosa pintora, y ahora que la tenía acotada en lugar seguro, ¿iba a desistir? Tres minutos después estaba acodado en un desgastado mostrador de madera rellenando una ficha de matrícula para las «clases magistrales de iniciación a la pintura del conocido artista internacional (aunque a Gastón le resultaba totalmente desconocido), el pintor Emile Duc».

El salón con suelo de madera donde unas diez o doce personas de diversa edad practicaban sobre caballetes y mesas con nefastos resultados y escasa esperanza de futuro, era un espacio de paredes amarillentas debido al humo del tabaco y de las estufas de leña que antaño calentaban el lugar, ahora cambiadas por funcionales radiadores de aceite. El aula era de un marrón feo y triste, pero se estaba caliente y bullía un reconfortante ambiente de concordia estudiantil. En los descansos, en la pequeña cafetería del ateneo, flotaba esa camaradería que surge cuando varias personas comparten el miedo, el nerviosismo o la ignorancia común.

Entre los alumnos había de todo, desde un banquero hasta un gendarme, desde una señora mayor que acudía con un repelente perrito pequinés, hasta un jubilado de la Legión Extranjera; todos embutidos en el cuchitril que era la cafetería, robada a un rincón entre la sala de lectura, siempre vacía, y el aula magna donde recibían las clases. Allí fue donde Gastón intentó entrar en relación con Colette, que así se llamaba su bella pintora. Pero ella parecía esquivarle, y al final él siempre volvía al aula de pintura con el exlegionario agarrado a un brazo contándole reiterativas aventuras coloniales en Argelia.

—Créame, joven, aquello sí fue una carnicería... ¡Ah, eran otros tiempos, cuando Francia aún tenía un ejército!

Una tarde lluviosa, más o menos a los quince días después de matricularse, Gastón estaba en su mesa de trabajo pegada a una puertaventana que daba a la calle, viendo con parsimonia en el cuadrado del cristal caer la lluvia detrás del ambiente negro del exterior, salpicado de cuando en cuando por húmedas y fugaces luces de automóviles, amarillas y resbaladizas, mientras rotulaba indolente el nombre de Colette rebordeando los contornos de las letras de tan sagrado nombre con distintas

barritas de cera de colores. ¿Qué estaba haciendo allí? A él nunca le había interesado la pintura. Él, que cambiaba de novia con más rapidez que algunos cambian de camisa. ¿Valía la pena aquella espera, más aún, aquel ridículo, las soporíferas clases del pedante Emile Duc, por seducir a una mujer, por muy bella que fuese? Pero es que Colette rayaba la perfección.

De improviso, sin pensar muy bien su acción, Gastón tomó el color negro a la cera y junto al colorista nombre de Colette, pintado como el rótulo de un circo debajo de los bosquejos abstractos que estaba tratando de realizar en su lámina, escribió: «Je meurs par manger ton vagin». Luego, sintió la necesidad de ir al lavabo, que estaba fuera de la sala. Para cuando regresó, Gastón ya iba pensando en cualquier otra cosa, dándose ánimos para acabar aquella lámina abstracta sin sentido, impuesta como ejercicio por el fatuo profesor. Cuando llegó frente a su mesa de trabajo se quedó petrificado. Debajo de su obscena frase «me muero por comerte el coño», había un texto escrito a bolígrafo con la letra redondeada, casi infantil y tierna, que decía: «Bien, dans la salle de lecture». Volvió la cabeza hasta la mesa que ocupaba Colette. Ella estaba allí, aplicada sobre su lámina, manchándola de colores al pastel, ajena a todo.

Emile Duc estaba diciendo:

—Vamos, señores, esa lámina abstracta es para hoy. No pensarán ustedes que están pintando la Gioconda.

Gastón miró de nuevo aquel texto escrito en su ausencia. Afuera seguía lloviendo como si nada. Se giró de nuevo pensando que quizá alguno de sus compañeros de clase había visto su atrevida frase y le había gastado una broma. Miró cauto alrededor. La señora del perrito estaba en su sitio regañando al animal por haberse intentado comer un lápiz de color.

—¿Y ahora qué hago yo sin el verde? ¿Me lo quieres explicar, *Chippi*, eh? El verde es... Oh, el verde es im-pres-cin-di-ble.

El exlegionario disimulaba con una actitud reflexiva el sueñecito que estaba descabezando sobre su lámina; incluso se había desconectado el audífono para mayor comodidad y silencio. Y en cuanto a Colette... ¡Un momento! Ahora Colette no estaba en su sitio. El corazón de Gastón comenzó a retumbar ante la visión de la mesa de la chica vacía. ¿Sería posible que...?

—Vamos, señores, desarrollen su instinto, actúen sin pensar. El arte abstracto es improvisación. Eso es, ¡improvisen! No se demoren demasiado, la siguiente lección de esta tarde va a tratar ya sobre el arte figurativo. ¡Ah, el arte figurativo! Ahí les quiero ver.

Gastón salió de incógnito al recibidor donde se abría el resto de las estancias. Era tarde y el pequeño bar había cerrado. Todos los parroquianos del ateneo, menos los alumnos de pintura, parecían haberse marchado ya. Estaba oscuro debido a los barnizados paneles del zócalo, los artesonados y los ennegrecidos óleos de los muros, que mostraban retratos casi invisibles de afectados y anónimos señores en pose

trascendental. A su derecha, la puerta de la sala de lectura estaba entornada. Por entre el marco y la hoja de madera panelada en forma de cruz por listones en inglete surgía delatora una línea de luz que se proyectaba en forma de paralelogramo fosforescente por el piso ajedrezado en blanco y negro.

Gastón empujó la puerta con suavidad. Enseguida vio a Colette. Estaba de pie al lado de una de las mesas de lectura. Solo había una lámpara encendida, la que estaba a la derecha, a la altura de su cadera. Llevaba puesto un jersey de punto de cuello vuelto en color hueso. Su expresión era neutra y serena, pero en sus ojos increíbles y bellos como piedras preciosas refulgía una chispa de sonrisa picara y predispuesta. Le caían unas hebras claras y rebeldes por encima de su frente. Con el jersey vestía una falda de color azul oscuro que le llegaba por encima de las rodillas, y calzaba unos zapatos planos de color negro brillante con calcetines *jacquard* en tonos a juego. Era la típica indumentaria de estudiante.

—Ya era hora —dijo ella, aumentando la intensidad de su mirada picara hasta resultarle dolorosa a Gastón. Y en el acto, ella alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara y la apagó. Gastón, palpitante y sin aliento, bloqueado por tan buena acogida, cuando esperaba si acaso una severa petición de explicaciones, ruborizado ahora que recordaba lo explícito de su frase escrita en la lámina, se quedó a oscuras en el umbral. Pero no tardó en reaccionar. Cerró la puerta sin hacer ruido y avanzó cauteloso pero decidido hacia la silueta de Colette que se recortaba del fondo gracias a la líquida claridad que penetraba por una de las ventanas.

Ninguno de los dos dijo nada para romper la quieta tensión que invadía el ambiente, pero la respiración de ella había comenzado a agitarse en su pecho, oprimido por la lana del jersey. Él se le acercó a cuarenta centímetros tratando de verle el rostro. Ella bajó un poco más los brazos que tenía pendientes al costado, tomó dos pliegues de tela de la falda a ambos lados de los muslos y tiró de la prenda hacia arriba, incitante. La falda subió dos palmos. El brillo de la piel de sus piernas parecía relucir en la oscuridad de la estancia. Gastón se arrodilló frente a Colette. Le cogió las dos manos, aún aferradas a los pliegues de la falda, y las acompañó treinta centímetros más arriba, justo por encima de la cintura. Apareció entonces el blanco nacarado y virginal de las braguitas de encaje. Ahora Gastón ya no estaba en el presente, perdía por momentos el control de su conciencia. Obedecía impulsos ancestrales, atavismos pautados por la especie humana desde el principio de los tiempos.

Notó el tibio olor salado del sudor entre los muslos de Colette. Cogió la suave tela nacarada y tiró de ella hacia abajo. Arriba se dejó oír una leve queja de placer, como un dolor reprimido por el pudor. Las braguitas se deslizaron por la suavidad de los muslos hasta el suelo como un pajarillo muerto. Ella alzó alterno un pie y luego el otro, liberando la prenda íntima de entre sus piernas. Luego Gastón se acercó allí donde el fulgor de los muslos se apagaba en una sombra difuminada. Sus movimientos eran precisos aunque casi involuntarios. Su boca sentía palpitar el

universo entero. Pasaban los minutos... Una dulce eternidad en el paraíso hallado por Gastón.

De pronto, la luz del techo de la sala de lectura, una sucia araña de prismas de cristal, emitió sus habituales destellos irisados por todo el perímetro de cortinajes, librerías, anaqueles, divanes, mesas de lectura, bustos de mármol, apliques dorados, cuadros, tapices, zócalos, molduras... La realidad regresaba a la conciencia como el despertar nos arrebatara de un sueño deseable. Gastón volvió en sí de aquel lúbrico coma, de aquella anulación como una muerte densa, todavía de bruces entre la carne jugosa y salobre y los muslos blanquecinos y untuosos como de santa cera litúrgica.

—Señorita Colette —era el profesor, el «gran artista internacional», Emile Duc quien acababa de irrumpir en el umbral—, la estamos esperando para la siguiente clase.

Colette abrió las manos y la falda rodó hasta abajo como la vela de un barco, cayéndole por encima a Gastón, que seguía aún recuperando su aliento entre las piernas. Emile Duc vio desde el umbral la escena. Aparentó que no se percataba de la presencia de aquella persona de rodillas junto a la mesa. Carraspeó, se dio media vuelta cogiendo la manilla dorada de la puerta, pero antes de salir del todo al recibidor oscuro, se detuvo, y sin volver la cabeza hacia la escena interior, añadió:

—Por cierto, si se encuentra por casualidad con el señor Gastón Garcelán, ¿sería tan amable de indicarle que acuda también a la sala de trabajo? Vamos a empezar la lección de pintura figurativa.

Ella salió primero, y él esperó aún un rato más en la sala de lectura, mirando la lluvia que seguía cayendo en el exterior, todavía atónito ante lo que acababa de ocurrir. Cuando regresó al aula, Emile Duc ya había empezado.

Gastón entró atravesando la sala, sin darse cuenta de que todavía llevaba las bragas de Colette apretadas en la mano izquierda.

Colette, incluso vestida de manera informal, tenía estilo; unos preciosos pies pequeños y perfectos como de estatua griega, que a Gastón le enloquecían, y un hermoso trasero tan firme y terso que causaba dolor acariciarlo. Independiente, encantadora y culta, por lo demás, él apenas sabía nada de su vida. Tras el incidente de la sala de lectura, el sexo floreció entre ellos como los ababoles en primavera, con una irrefrenable explosión de vida y color. Gastón jamás había sentido nada igual, era una energía dolorosa que le traspasaba el cuerpo y le cauterizaba la mente. Se había quedado por completo bloqueado por la belleza perfecta de aquella chica casi inhumana.

Gastón hacía esfuerzos por no recordar aquella palabra..., por no dejar escapar sus sentimientos en las pasionales noches de amor. Evitaba que toda aquella relación recalara en el puerto de un compromiso. Quizá por eso, Colette, que había notado el desapego emocional de Gastón, solo hacía el amor cuando ella lo determinaba y lo decidía, y aun así, Gastón notaba que ella no se entregaba del todo; le daba únicamente hasta cierto límite; le abría el sexo, pero no el espíritu. Luego, saciada,

Colette se marchaba a su apartamento. A veces era ella quien parecía querer un amante en lugar de un novio. No hacían vida de pareja, no vivían juntos, ni iban al cine, pocas veces salían a comer o a cenar, ni siquiera discutían, gran placer masoquista de la mayoría de las parejas; todo en aquella chica, incluida su vasta cultura y su equilibrada educación de alta clase, eran algo como irreal. Y fue quizá eso lo que sedujo a alguien tan nihilista como Gastón, que hasta entonces, en todas sus relaciones anteriores con las mujeres no había sentido más que un mero arrebato sexual.

En aquellos días, tras un duro año de adaptación, él había perdido casi toda su barriga. Eso sí, se había negado a prescindir de sus anticuadas monturas de intelectual trasnochado, que le aportaban, según creía él, un cierto aire a lo Arthur Miller o a lo Sartre.

Gastón había llegado a París buscando la estela dejada a principios de siglo por el viejo militar Ambrosio Grimau, aunque tal contingencia era algo que no quería reconocer, pues le inquietaba el hecho de seguir prendido de aquella historia contenida en las cartas del coronel, que por cierto, sin contar con la aprobación de Rebeca, se había quedado, y conservaba metidas en una caja de zapatos.

Antes de instalarse en París, Gastón había estado trabajando un año contratado en prácticas en la biblioteca pública Arús, en Barcelona, llena de textos y documentos anarquistas y masónicos, y estando allí se había tropezado con una reproducción, a escala de la Estatua de la Libertad. Alguien le había explicado la presencia de aquella talla en tal institución.

—Es una réplica de la que hay en Manhattan, pero también es una reproducción de la original, que está en París, en uno de los puentes del Sena, escala 1/5. Simboliza aparentemente la transmisión del fuego prometeico y libertario de Francia a los Estados Unidos, como la antorcha olímpica, con motivo de la independencia de las colonias americanas. Pero —le había revelado su confidente cogiéndole del brazo y bajando la voz—, hay algo más que pocos conocen. El armazón y la base metálica donde se asienta la enorme estatua hueca por dentro fue diseñado por el ingeniero Gustave-Alexandre Eiffel, el mismo que diseñó la Torre Eiffel de París. Y este ingeniero pertenecía a un misterioso grupo que se apodaba a sí mismo los Compagnons, los Compañeros.

—¿Qué son?

—Como una especie de gremio secreto de modernos profesionales, arquitectos, escritores, ingenieros, físicos... Afirman haber heredado un sincretismo oculto, nada menos que de los antiguos constructores de las catedrales.

—¿Y si es secreto, cómo sabes tú todo eso?

—¡Chsssst!, en esta biblioteca se sabe todo —había respondido misterioso el funcionario.

—Venga ya, hombre —descartó Gastón quitándole importancia al asunto—, esos Compañeros no serán más que masones; nada sorprendente en Barcelona. Ya me he

enterado de que aquí existe una gran tradición masónica y libertaria de izquierdas y republicana.

—¡Chsst!, no hables tan alto —recriminó el funcionario bajando la voz y mirando alrededor—. Mira, aquí uno entiende algo de masones, por algo trabajo en esta biblioteca especializada en la masonería desde hace años; y créeme, esos Compañeros que te digo son otra cosa, no simples albañiles o esnobs revestidos con mandil bordado de escuadras y malletes.

—Bueno, ¿y desde cuándo existen esos Compagnons tuyos?

—No lo sé, pero sí que se dieron a conocer oficiosamente con el proyecto de la Torre Eiffel para la Exposición Universal de París de 1887. Y por cierto, ¿tú no te has preguntado nunca para qué sirve ese engendro metálico, ese mamotreto de hierro de 7000 toneladas de peso, 125 metros de lado y 300 metros de altura?

El compañero bibliotecario y extraño confidente de Gastón no tenía la contestación a su propia pregunta, y Garcelán no era alguien acostumbrado a quedarse sin respuestas, sobre todo cuando el tema, aunque lo hubiese estado disimulando, le interesaba. Porque eso de los Compañeros le recordaba las relaciones filomasónicas que al parecer había mantenido el coronel Ambrosio Grimau durante su exilio en Francia. Así que un buen día, Gastón, quizá por escapar también de una nueva novia que ya le cansaba en Barcelona, presentó su solicitud para una beca de perfeccionamiento del francés que consistía en unas prácticas en la biblioteca estatal de París. Sin saberlo, o sin querer admitirlo (pues la edad nos vuelve escépticos y remisos con nosotros mismos), Gastón seguía con su juego juvenil de las verosímiles concordancias y casualidades conexas.

Gastón vivía en París en la margen izquierda del Barrio Latino. Por las mañanas iba a trabajar a la biblioteca hasta las tres de la tarde. Luego almorzaba y dormía la siesta, único vínculo que le quedaba con las costumbres españolas; y a las cinco y media ya estaba acomodado tras los ventanales de algún café, estudiando los papeles que había expoliado de la caja de cartón de la casa campestre del coronel Grimau, cotejando datos, fechas y hechos con textos que él mismo sacaba de la biblioteca; buscando como siempre concordancias, asociaciones de sucesos fortuitos enlazados con conexiones aparentes, casuales... Como excusa, se engañaba a sí mismo pensando que preparaba su tesis doctoral.

Y así es como dedujo que Ambrosio Grimau había intentado ponerse en contacto en Francia con uno de aquellos conventículos mitad esoteristas mitad científicos y artísticos de su época. ¿Los Compañeros, quizá? Quienes fueran, al parecer, el coronel los había conocido por casualidad. Según aquel mazo de viejas cartas, había sido repasando viejos informes franceses sobre la guerra de España, cuando se había tropezado con el dato. Un español, Fernando Lesseps, había estado de cónsul de Francia en Barcelona en el año 1842. Coincidiendo ambos, Grimau y Lesseps en París, se habían hecho muy amigos, y uno al otro (sin que quedase claro en las cartas quién a quién) se habían aproximado a uno de aquellos cenáculos medio literarios y medio ocultistas tan en boga por entonces. Se reunían cerca del Instituto Latino, en la trastienda de la *Librairie du Merveilleux*, un círculo cultural y esotérico de gran tradición, ya que se decía que había sido fundado en 1888 por ese ocultista y médico llamado Gerard Encausse, más conocido como Papus. Coincidencias, concordancias, casualidades...

—Bueno, ¿y qué? ¿Eso te sorprende tanto? —le preguntaba Colette en medio de esas conversaciones nocturnas sumergidos ambos dentro de la gran bañera antigua que tenía Gastón en su apartamento, rodeados de velas encendidas y varillas de incienso, fumando *Gitanes* y bebiendo *pastís*, con la ventana abierta al fresco del verano y a los efluvios del Sena.

—¿Cómo te crees que comenzó la Revolución de 1848? Pues por una de esas casualidades que a ti tanto te asombran —le estaba contando Colette, mientras él le acariciaba el cuerpo desnudo y mojado, enjabonándole suavemente sus preciosos piecitos de niña.

—¿Ah, sí? Yo creía que habían sido esos *sans culottes*.

—Esos vinieron después a recoger la cosecha cuando ya estaba todo hecho.

—¿Entonces?

—Escucha y aprende: la Revolución la provocó un loco que se había escapado del hospital psiquiátrico de la Salpêtrière. Con el arrebató típico de un endemoniado se

agenció un tambor (o algún avispa se lo puso en las manos), y sin venir a cuento se lio a tocar como un poseso en medio de la calle Rennes. En aquel entonces, la medicina no distinguía entre la locura y la posesión diabólica. Bueno, pues el caso es que el gentío de la calle, contagiado por el tumulto, porque los franceses nos movemos mucho a toque de tambor, azuzado por el frenesí, el ruido y bullicio, el loco va sumando y arrastrando tras de él cada vez a más revoltosos, gente de la calle, mendigos, borrachos, pillos, ya sabes. Después de un rato de pasacalle, a esas alturas ya se ha armado una turbamulta imparable, y entonces alguien, sin más intención que la de continuar con la divertida francachela, empieza a gritar abajo el Rey y el Papa. ¿Por qué?; sencillo, porque los señores feudales y los obispos son desde siempre los opresores del pueblo llano, y cuando se bebe de más, uno se acuerda de quien le jode y no tiene pelos en la lengua.

—Ya, quieres decir que aflora el subconsciente colectivo —indicó Gastón haciéndose el entendido.

—Eso es, y así es como lo arrasaron todo a su paso, treparon a La Bastilla, símbolo del poder del Rey y por tanto de la opresión de los ricos y los nobles, la incendiaron, y así con todo lo que encontraron.

—Uff, tus *sans culottes* parecen *hooligans* más bien —bromeó Gastón pellizcándole el culo.

Colette cogió la pastilla de jabón y se la arrojó a la cabeza.

—Eres un escéptico y un guasón, no te tomas nada en serio. Y por cierto, a ti que te gustan tanto los hechos significativos, en ese hospital psiquiátrico que te digo había estado Sigmund Freud.

—Interesante descubrimiento, ¿cómo lo has averiguado?

—Oye, que una también se interesa por el lado oscuro.

—Me interesa mucho tu lado oscuro, muéstramelo —le susurraba él al oído, mientras ascendía con la pastilla de jabón desde los pies a la entrepierna cálida y húmeda de Colette.

—Quita, eso luego, después de la lección si te portas bien.

Gastón se resignó. Cuando ella decía que no, era que no.

—¿Pero Freud estuvo en ese hospital como paciente? —preguntó él por seguirle la corriente a ver si así cedía.

—No, gracioso, como alumno; quería aprender hipnosis, que era la especialidad del director del centro.

—Pobres pacientes, no me extrañaría que ese loco del tambor fuera un hipnotizado erróneamente por Freud —señaló Gastón.

—No lo creo, porque él no aprendió nunca a hipnotizar, no servía. Por eso, resentido, abandonó Francia, regresó a Austria y creó el psicoanálisis, basado (en qué otra cosa si no) en la palabra; porque no olvides que era judío.

—Sigue, me gusta lo que estás contando; ¿sabes?, eres mejor que yo con esto de los paralelismos y las coincidencias. Ven, ponte, así, eso es, apoya la espalda en mí.

—¿Qué pretendes?

—Hipnotizarte enjabonándote los pezones. Quizá lo consiga...

—Para ya, tonto, que me estás excitando.

—Es igual, tú sigue; me gustas más cuando te excitas.

—A mí también me gusta más cuando me excito —decía ella ronroneando como una gata satisfecha.

—Vale, estábamos en que Freud se rebela contra los hipnotizadores, mesmeristas, esos embaucadores, conspiradores, y recurre a la palabra hablada y la fuerza telúrica del Verbo, a la palabra desencadenada en la conciencia del paciente con la que el terapeuta indaga viajando hacia atrás en el subconsciente, como una vía de exploración al interior de la mente de las personas... —alardeó Gastón con rebuscado tono de experto.

—Oye, casi me lo explicas tú a mí... —dijo ella divertida por tal monserga.

—No, no, perdona, es que me dejo llevar por la costumbre. Sigue, sigue tú, anda. Mientras, yo sigo con los pezones.

—Como te coja *eso* y te lo retuerza...

—¿Retorcérmelo? ¡Viste!, vos *debés* tener algún complejo freudiano de matar al padre... Pero vos no te *preocupés*, que *sho* voy a curarlo con mi terapia —bromeó Gastón imitando el acento de un psicólogo argentino.

—Pues ya que lo dices... Freud era un fanático, un obseso por el sexo y los complejos de poder, y encima era cocainómano y misógino. Cuando Adolf Hitler se convierte en el jefe del III Reich, Freud tiene que dejar Viena, perseguido como todos los demás intelectuales judíos, en su caso acusado además de intentar husmear en las mentes arias de la nueva Alemania.

—¿Es cierto eso?

—Freud quería imponer sobre las masas la supremacía de unos pocos que conocían los secretos ocultos del individuo, es decir, esa especie de secta religiosa de seguidores del psicoanálisis que había fomentado para mayor gloria suya. Pero el nazismo no creía en más superioridad que la dictada por las leyes naturales, y para darle el tinte científico a su tesis, se había ceñido a la teoría de la evolución de las especies de Darwin, en la que se afirma que las razas superiores han de regir sobre las inferiores. Resumiendo: Freud defendía la ley del más sabio y el nazismo la ley del más fuerte. Eran irreconciliables.

—Ya veo —musitó asombrado Gastón, revolviéndose en la bañera algo molesto por la erudición de aquella chica.

—Pero ni los psicoanalistas ni los nazis —continuó Colette— se dieron cuenta de que en aquellos grupos esotéricos y pseudocientíficos de los siglos XVII y XVIII que habían provocado la Revolución Francesa se estaba incubando la semilla de una nueva religión.

—¿Qué religión?

—El socialismo. Por primera vez en la historia, los *muchos* se habían rebelado

contra los *pocos*, esgrimiendo la autoridad de la mayoría, que es la autoridad de la democracia, frente a cualquier otra consideración racional o natural.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —inquirió serio Gastón.

—Te sorprendería saber lo que se aprende en los colegios de monjas hoy día.

—Sí, ¿eh? Bueno, de todas formas me encanta tu capacidad de síntesis —concluyó Gastón deseando terminar ya con aquella conversación que le asombraba y le molestaba a la vez—. Pero bueno, ¿qué te parece si salimos de la bañera? Me estoy reblandeciendo.

—Mientras no se te reblandezca *eso*...

—¡De ninguna manera, *eso* se pone bien duro cuando hace falta!

—Ya salió el orgullo torero español.

Una mañana, al llegar Gastón Garcelán a la biblioteca donde trabajaba, su compañero Louis le estaba esperando en la puerta.

—No entres, nos vamos.

—¿Adónde?

—El director nos ha encargado que echemos un vistazo a la colección de libros antiguos que hay en un viejo inmueble de Montmartre.

—¿De quién son?

—De un muerto. La policía encontró ayer a su dueño sin vida sentado en un sillón, y parece que no tiene familiares ni herederos, por eso, antes de que el Estado lo requiese todo, como suele hacer en estos casos, vamos a ver si podemos encontrar algo que merezca la pena.

Los libros se encontraban en un antiguo edificio de tres plantas con las paredes casi reventadas. La casa estaba situada en un intrincado laberinto de callejuelas, húmedas y flanqueadas por altas fachadas ennegrecidas por la polución. El suelo del sombrío callejón donde estaba la vivienda del muerto aún conservaba el antiguo canalillo del empedrado por el que drenaban las aguas fecales que siglos atrás los vecinos arrojaban desde las ventanas con sus bacines rebosantes de heces.

Cuando llegaron al lugar, ambos bibliotecarios vieron que en la puerta de la casa estaba aparcado un coche de la policía subido a la pequeña acera de adoquines. Al entrar, Gastón y Louis quedaron inmersos en la oscuridad casi total tras rebasar el desportillado portal de sillería. El interior del inmueble era lóbrego y olía a rancio como la boca enferma de un tísico.

—Vaya sitio —murmuró desalentado Gastón.

En eso, un policía surgió de entre las sombras abriéndose paso en ellas con el haz de su linterna. Louis reaccionó:

—Buenos días, gendarme, somos los bibliotecarios que...

—Ah, sí, pasen, pasen. Los libros que buscan están en el piso de arriba, tengan cuidado al subir, el edificio no tiene luz eléctrica.

—¿Cómo que no, entonces el dueño...? —preguntó Gastón.

—¿Ese viejo? —El gendarme se alzó de hombros—; parece que vivía así desde hace años, en medio de toda esta mugre. No me extrañaría que tenga sus buenos miles de francos en el banco; estos usureros son así.

—¿Era prestamista?

—No lo sé, creo que era judío, esos son todos prestamistas, ¿no?

—¿Cómo murió? —indagó curioso Louis.

—Pues ya lo ven, de viejo y de miseria. Lo encontramos ayer por la mañana sentado en el butacón de una de las habitaciones, después de que los vecinos avisaran

de que dentro olía mal. Llevaba varios días pudriéndose y estaba tan descompuesto que era irreconocible. En fin, bueno, señores, yo me marcho ya, solo estaba esperándoles para entregarles la llave; cojan lo que crean oportuno. Cuando vayan a marcharse, dan un golpe a la puerta y pasan luego por la gendarmería a devolver la llave. Pero no olviden cerrar bien, si no, esto se llenará pronto de pintores bohemios, o peor —aconsejó ya en la calle, mientras subía al coche.

Gastón y Louis se quedaron solos plantados en la oscuridad como dos hongos.

—Ya podía habernos dejado la linterna —protestó Louis, mirando en derredor.

Alumbrándose con los mecheros inspeccionaron someramente el lugar. Más adentro de aquel antro, la hediondez del aire era casi irrespirable; olía a serrín húmedo, orines y a ese mantillo de musgo que prolifera en la superficie de las paredes cuando escasea la ventilación y la luz solar.

—Esto es como una mazmorra; Gastón, ten cuidado no pises ahí. Parece una reja de sumidero, fíjate qué barrotos tan gordos. ¿Qué demonios habrá ahí abajo?

—La celda del conde de Montecristo.

—Seguro que conduce al alcantarillado. En París todos los caminos llevan al alcantarillado —sentenció Louis—. Bueno, vamos arriba a ver esos libros.

En contraste con la planta baja, el piso superior del caserón tenía incluso un aspecto noble. Menos fétido, pero igual de cochambroso que el de abajo, estaba decorado con estilo decadente, solo que todo estaba desgastado, envejecido, tullido y cubierto por una gruesa capa de polvo casi solidificado, y manchas de humedad que surgían del estuco en zonas del techo o de las juntas mal cerradas de las ventanas y balcones por donde se notaba que entraba el agua en los días de lluvia.

La biblioteca del judío («el judío errante», había bromeado Gastón), un mueble de poca relevancia, estaba no obstante atestado por completo de volúmenes. Parecía contener trescientos o quizá cuatrocientos, de los que, tras un examen a simple vista, tan solo cincuenta o sesenta ofrecían algún interés por su hechura, antigüedad aparente, edición, temática o encuadernación. Los demás quedaban descartados. Demasiado actuales; incluso había folletines, colecciones de revistas ilustradas encuadernadas y ediciones baratas de bolsillo.

Los bibliotecarios se enfrascaron en sacar los mejores libros, depositándolos para revisarlos mejor en la alargada mesa del salón, no sin cierto asco, pues al rato ambos ya estaban rebozados de polvo y mugre.

—Será mejor que lo dejemos de momento —indicó Louis al cabo de tres horas de inspeccionar y anotar títulos—. Vamos a comer algo y luego volvemos hasta que tengamos luz para ver el resto de los que quedan.

Durante el almuerzo, en uno de esos bullangueros *bistrot*, Louis sacó la lista provisional confeccionada con los libros anotados como previsiblemente interesantes.

—Veamos lo que tenemos —indicó Gastón.

—Es curioso, casi todas las obras que tenía ese tipo son sobre conocimientos heterodoxos: ocultismo, alquimia, cábala..., ah, y hasta de los rosacruces, ya sabes,

esos personajes misteriosos que no se dejan ver nunca.

—¿Entonces cómo se sabe que existen? —preguntó Gastón divertido ante el contrasentido.

—Porque no se dejan ver. Si apareciesen como si tal cosa, como tú y como yo, ya no serían rosacruces.

—¿Y quién te ha dicho que yo no soy un rosacruz? —preguntó Gastón haciéndose el misterioso.

Ambos funcionarios aprovecharon el café para repasar durante casi una hora toda la lista de volúmenes anotada aparte como susceptibles de ser salvados de los escombros. Ante los primeros bostezos de Gastón, acostumbrado a la siesta que ese día le había escamoteado tan apresurada catalogación, Louis determinó levantar manteles:

—Bueno, ya está bien de tertulia. Vamos a trabajar, pronto se hará tarde y se irá la luz diurna. Anda que no tener electricidad...

—Natural, porque el dueño de la casa era judío, y los judíos reniegan de los inventos modernos, prefieren el candelabro de siete brazos. *Fiat lux!* La luz del conocimiento —dijo Gastón.

—Mira que eres..., lo mezclas todo, esa luz se refiere a Prometeo, el rebelde.

—Satán —remarcó Gastón saliendo a la calle en dirección a la decrepita casona.

—No, hombre. Lucifer, Luz Bel; no es lo mismo que Satanás —corrigió Louis.

—Pero en todo caso, maligno —indicó Gastón—. Ya lo dijo Ernst Jünger: «El segundo poder de las profundidades es Eros: allí donde dos seres se aman sustraen una parte de su terreno al Leviatán».

—Y me pregunto yo, ¿por qué será que todo lo bello ha de ser en esencia malo? —dijo Louis.

—No sé, dímelo tú, oh Sócrates.

—Solo sé que no sé nada —proclamó Gastón teatral, como declamando la típica frase.

—Pero ya sé por dónde vas, te estás refiriendo a las mujeres, ¿eh? Ya me he dado cuenta de lo buena que está tu novia, cabronazo —exclamó Louis un poco achispado por el vino de la comida.

—Oye, a mi novia ni nombrarla, ¿eh? —contestó Gastón dando un traspies también motivado por el exceso de alcohol.

—Estás borracho, ¿sabes?

—Y tú.

—Para un día que paga la biblioteca...

En aquellas placenteras abluciones nocturnas a la luz de las velas y entre efluvios de incienso y *Gitanes* rubios, Gastón se ponía a veces más intelectual que de costumbre. Una de esas noches en la enorme bañera victoriana de su apartamento con vistas al Sena, le reveló a Colette el hallazgo de la colección de libros del coronel Ambrosio Grimau que había encontrado oculta hacía años en casa de una antigua novia.

—¿Has tenido muchas novias? —preguntó ella en ese punto.

—Algunas —contestó Gastón evasivo, y a continuación alargó la mano y le enseñó el paquete de cartas del militar carlista.

—¿Qué dice en ellas?

—El coronel le cuenta a su mujer, que se quedó en España esperándole, todas las pesquisas que hace en Francia para encontrar a no sé qué grupo de Compagnons que conocen algún tipo de terrible secreto. Cuando las encontré dejé pasar ese dato, pero en Barcelona alguien me dijo que esos Compañeros existían realmente.

—¿Y los encontró?

—No lo sé. Llega un momento en que Ambrosio Grimau regresa precipitadamente a España, donde su mujer ha recibido al parecer una nota de alguien que le cita en Barcelona para hablarle de esos dichosos Compañeros. Luego ya no hay más cartas después de la primavera de 1923.

—Debió morir en esa fecha —zanjó ella.

—Lo extraño es que en el templete funerario que el coronel mandó erigirse en el jardín de su casa de campo, no existe ninguna fecha ni reseña de fallecimiento; es más, el sepulcro está vacío.

—¿Cómo que está vacío? —preguntó Colette.

—Como te lo digo. La familia de mi exnovia me lo contó; no hay nadie enterrado en ese mausoleo.

—Bueno, estará en otro lugar.

—Sí, ¿pero dónde? La vieja viuda del coronel, que le vendió la casa al padre de mi exnovia, nunca dijo qué había sido de su marido. Es como si lo hubiese estado ocultando hasta que un día buscó al notario y le dijo que deseaba vender la casa para pasar los últimos días de su vida en una residencia de ancianos. ¿No te parece raro que la vieja decidiera vender la casa con todos los recuerdos dentro, incluso con el templete funerario donde presuntamente estaba enterrado su marido?

—Quizá él no regresó nunca de Francia y ella se sintió despechada, y por eso quiso quitarse todos los recuerdos de encima. Los viejos son así, pierden la cabeza con la edad...

—Es posible... —murmuró Gastón pensativo, y por extraño que pareciera, sin

ganas de sexo.

—Te temo cuando pones esa cara. ¿En qué estás pensando? —le preguntó ella.

—Las cartas del coronel hacen referencia a otros españoles que se encontró aquí en París, entre ellos algunos catalanes, incluso cita a Antonio Gaudí, que por esos años se había hecho cargo de seguir las obras del templo de la Sagrada Familia.

—No sé qué tiene eso de raro.

—Me parece que esos Compañeros participaban en algún misterioso proyecto a escala mundial.

—Ya, un complot secreto —contestó escéptica Colette.

—Pues podría ser... —Gastón alargó la mano de nuevo hacia el taburete donde tenía todo el material cerca de la bañera y cogió un libro—. No te lo había dicho, pero fíjate en lo que encontré el otro día rebuscando en la librería del viejo judío muerto.

—¿Eso lo sabe tu compañero Louis?

—No. Pero mira, se titula *Nos Feratu*, creo que es un texto médico sobre los no muertos, o sea, los vampiros.

—¿Quién es el autor?

—Un tal *Doktor Wagner*.

—Parece alemán.

—Obvio; pero atiende, aquí cuenta que en todas las épocas, pero principalmente desde los siglos XVII al XIX, aparecieron en toda Europa diversos personajes que aseguraban que no morían jamás, el más famoso de ellos, ya sabes, fue el conde de Saint-Germain.

—¿Y tú lo crees?

—Bueno, ese personaje existió realmente, lo he estado investigando. Claude Louis de Saint-Germain fue un político y militar del siglo XVIII, que organizó un cuerpo de ingenieros militares. Luego parece que hizo algo destacado en ese campo y se le concedió el título de conde.

—¿En qué enciclopedia barata has mirado eso?

La pregunta de Colette era casi una ofensa.

—¿Cómo?

—Me parece que te has confundido, Gastón. Claude Louis de Saint-Germain existió, pero era un filósofo aficionado al iluminismo y al ocultismo. Se codeaba con la rancia nobleza francesa partidaria de la Fronda y la *grandeur*, le daba lo mismo por el espiritismo que por las tertulias artísticas y literarias, y acudía a los salones más exquisitos de París... Era lo que se llevaba entonces. En fin, como ves, ¿qué tiene de raro?

—Eso digo yo; antes les daba por esas cosas y hoy vamos a Disneyworld, ¿no? —bromeó Gastón para quitarle hierro a la erudición de Colette.

—¿Así que ahora robas libros en vez de prestarlos? —reprochó ella sin tregua.

—Bueno, no tiene mucha importancia, es un ejemplar sin valor material. Ni siquiera tiene un interés histórico, no tiene fecha de edición, ni otras reseñas, parece

un librito panfletario, de aquellos que se escribían para propagar algo entre líneas. Seguro que Louis lo habría desechado y al final los del Ayuntamiento lo habrían tirado a la basura junto con los otros que no nos llevamos a la biblioteca.

—Si tú lo dices...

—El caso es que aquí lo pone bien claro, no me lo estoy sacando de la manga —dijo mientras pasaba las páginas del viejo volumen encuadernado en un carcomido cartón de color marrón—. El ingeniero barcelonés Fernando Lesseps entra en contacto con esos conventículos, entre ellos su colega francés Gustave Eiffel. Pero Eiffel no solo construye la Torre, sino que además le encargan el armazón y la base metálica de la Estatua de la Libertad, que Francia regala a Estados Unidos; y no sé, pero a mí eso me suena a invasión oculta, es como una especie de caballo de Troya, un tótem en terreno ajeno.

—Otra vez desvarías con esa rara manía tuya de establecer relaciones y coincidencias.

—No, no, escucha —insistió Gastón—. ¿No te has preguntado por qué se construyó la Torre Eiffel, esa cosa tan fea que en su día levantó las iras de casi todos los franceses, entre ellos Leconte, Alejandro Dumas hijo y Guy de Maupassant? Te recuerdo que en su manifiesto en contra de la Torre como símbolo de París durante la Exposición Universal, la habían calificado de «inútil y monstruosa», obra de las «barrocas y mercantiles imaginaciones de un constructor de máquinas».

—Pues claro, los firmantes de ese manifiesto eran unos envidiosos, porque no pertenecían a la secreta cofradía de los importantes profesionales progresistas adelantados de su época. En cambio —remarcó Colette—, esos patriotas, como tú los llamas, eran unos carcamales, añoraban un pasado gótico ya caduco, estaban en contra del progreso. En esa época todavía el neogótico y el modernismo eran los estilos de unos cuantos extravagantes.

—Vale, admito que la Torre era un elemento de moda un poco excéntrico para mentalidades tradicionalistas; pero eso no explica por qué se encarga del proyecto un grupo ocultista...

—Eso te lo has inventado tú —atajó Colette.

—... que se llama a sí mismo los Compagnons y que además procura fabricar también la estructura interna, y no lo olvides, metálica, de la Estatua de la Libertad.

—No entiendo qué insinúas.

—Que la Torre y la Estatua parecen hermanas, dos elementos de conexión a miles de kilómetros, ya te lo he dicho, dos tótems; está claro, se trata de una conexión telúrica. Y es más, ahora que citas el modernismo, lo mismo pienso de la Sagrada Familia de Gaudí. Yo viví en Barcelona un tiempo, y bueno, hice mis investigaciones, que por cierto, ahora me encajan con todo esto.

—Sí, hombre, lo que tú digas... —dudó Colette.

—Y por su parte, Fernando Lesseps, que por cierto, a esas alturas había afrancesado su nombre, pasando a llamarse Ferdinand, construye el canal de Suez.

¿Por qué? Para a unir el Mar Rojo, gran referente bíblico, con el mar Mediterráneo, cuna de la civilización occidental. De repente, Lesseps se hace famoso y se cubre de gloria por tan magna obra, y... Espera que cambie de postura, que se me está durmiendo el pie... Ya. Veamos: el canal de Suez se termina en 1869, y en 1875, Inglaterra se hace con el control del paso marítimo, gracias a la ayuda del ingeniero. Entonces a Lesseps le nombran vizconde, y en 1879, cuando ya tiene setenta y cuatro años, le encargan el canal de Panamá, y allá que se va. Pero provoca un escándalo económico con la empresa constructora y aparentemente entra en quiebra y las obras se detienen. Se descubre un desfalco con las cuentas, ya sabes, desvíos de capital, comisiones exageradas...; le multan e intentan meterlo en la cárcel. Al final, una empresa desconocida que surge de pronto de la nada compra a la arruinada y prosiguen las obras. Más tarde se descubriría que todo había sido una estratagema comercial, un gran montaje para que el canal de Panamá pasase a control de los Estados Unidos. Y adivina quién, por esas fechas de confusión económica y de obras, acude en ayuda de Lesseps.

—No tengo ni idea —admitió Colette.

—Pues nada menos que el ingeniero Eiffel, que retoma y acaba el proyecto del vizconde Ferdinand.

—¿Y...?

—Pero cómo que «y». ¿Es que no te das cuenta de la conexión? —Enfatizó Gastón—: Gente que pertenece a la misma hermandad va por el mundo haciendo torres modernistas, estatuas ciclópeas, catedrales neogóticas y abriendo pasos marinos entre los continentes... Si eso es un complot, no lo sé, pero la lógica de los hechos habla por sí misma.

—Yo no veo más lógica que el espíritu de progreso y desarrollo técnico que caracteriza el siglo XIX y principios del XX. Esos a los que tú llamas iniciados no son más que hombres de su tiempo, todo lo más un *lobby* de profesionales e inversores para hacerse con grandes proyectos internacionales.

—No, te equivocas —corrigió él—, son unos iluminados, unos adeptos, están realizando su Gran Obra alquímica. Hay una clave oculta que debe dar algún sentido a todo esto.

—Y yo sé cuál es.

—No me digas... ¿tú? —Gastón volvía a minusvalorar la opinión de las mujeres, como ya lo hizo años atrás con su novia Rebeca Boronad.

—Claro, ya te lo he dicho: el dinero. Imagínate, un paso marítimo para el comercio del Mediterráneo con Oriente, el sueño de los comerciantes medievales y renacentistas. Y el canal de Panamá, que ya idearon los españoles tras el descubrimiento de América, acortar un viaje de 4800 kilómetros a través del peligroso Cabo de Hornos. Un considerable ahorro de tiempo y combustible. Y quien controla el paso, controla el comercio; siempre ha sido así.

—Adoro tu espíritu pragmático, pero te olvidas de la Torre, que aparentemente no

vale para nada, y sobre todo de la Estatua de la Libertad, otro lujo innecesario.

—Son símbolos, elementos que atraen al turismo, divisas —concluyó Colette sin darle importancia al argumento de Gastón.

—Eso será ahora, no cuando se alzaron. Yo creo más bien que detrás de todo esto hay un plan premeditado.

—Todo lo premeditado que tú quieras. Si dejamos correr la imaginación... A ver, por ejemplo: imagina que la muerte de *Lady Di* en París, junto con su novio, fue un complot...

—Ya, contra los almacenes Harrod's de Londres, que son del padre del novio. ¡Venga, ya, eso está muy visto! —Rio Gastón.

—Yo no he dicho esa versión, la dices tú. La mía es la siguiente: los caballeros templarios escapan de Francia por la persecución del rey Felipe el Hermoso. Algunos huyen a España y Portugal, pero otros, van más lejos. Cruzan hasta Inglaterra y allí se establecen llevándose el Grial. Una facción oculta, el verdadero núcleo sincrético del Temple ha permanecido en las sombras de forma clandestina, y sigue en Francia, esperando años y años el momento de la venganza contra los herederos de su desgracia. Para hacerse fuertes introduciéndose en sociedad se alían con la aristocracia francesa. Mientras tanto, los templarios ingleses se han aliado con la aristocracia inglesa y escalan poder en torno a la familia real. *Lady Di* y su novio están en París, se dirigen a toda pastilla en un potente Mercedes cruzando calles para escapar de los *paparazzi*. Los templarios de Francia han preparado su venganza contra los de Inglaterra. Pagan a varios periodistas del corazón para que con sus potentes motocicletas jueguen a la caza del zorro con la pareja de enamorados. Los fotógrafos les conducen hacia el puente del Alma, un lugar interesante, pues comunica con las alcantarillas de la ciudad, kilómetros de pasadizos subterráneos inexplorados desde el siglo XVIII en que se construyeron. Allí viven ocultos los templarios. El Mercedes entra por el paso subterráneo del puente, los siniestros templarios provocan de alguna forma el accidente, el coche derrapa y debido a su alta velocidad queda hecho cisco. La venganza ha sido perpetrada. La familia real británica, envuelta en el escándalo y el descrédito, su personaje más querido y popular, Diana de Gales, muerta. Ya está.

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Gastón boquiabierto.

—De una novela sobre el péndulo de Foucault.

—No lo puedo creer. ¿Y quién es el autor de esa tontería?

—Un escritor italiano.

—¿Quieres decirme que es una mera coincidencia? —preguntó Gastón perplejo.

—Pues sí, imaginar coincidencias y buscar concordancias como tú haces es sencillo, cualquier tonto puede encontrarlas.

—¿Me estás llamando tonto?

—Te estoy diciendo que tus presuntas deducciones no valen nada, no son más que casualidades tomadas al azar.

—Casualidades significativas, en todo caso —remarcó Gastón.

—Tan significativas como el hecho de que estemos ahora tú y yo aquí, juntos dentro de la bañera. Y además, ¿sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Que la culpa de que te calientes tanto la cabeza con todo eso la tienen esas anticuadas gafas que llevas, no te las quitas ni siquiera para hacer el amor ni para bañarte. Es como un antifaz que usas para parecer lo que no eres.

Ese razonamiento lo había dejado caer Colette en un serio tono admonitorio; pero a continuación, como restándole importancia, añadió en tono de broma:

—Deben de tener algún tipo de cristal hipnótico.

—Sí —bromeó a su vez Gastón—, con ellas veo el aura, el mundo de los espíritus de Kardec, las corrientes telúricas, los ectoplasmas de los templarios muertos en la hoguera...

—Ven aquí, yo sé lo que necesitas —incitó ella.

Una aburrida tarde de viernes en la biblioteca pública, tarde lluviosa que se hacía eterna y de la que no se veía la hora de acabar la jornada laboral, Louis había ido en busca de Gastón a su pequeño despacho de auxiliar bibliotecario.

—No te lo vas a creer, hay un tipo ahí fuera que me ha preguntado por la colección de libros de Israel Absalon.

—¿Tenemos una colección de...? Un momento, ¿Israel Absalon? Ese nombre es judío.

—Obviamente.

—¿El viejo judío muerto? ¿Se refiere a *esos* libros?

—Parece que sí.

—¿Quién es, cómo sabe lo de los libros?

—No lo sé, puedes verle tú mismo, está en la sala de lectura.

—¿Qué le has dicho?

—¿De los libros que pertenecían al judío muerto? Que todavía están sin clasificar.

Escondidos tras una columna de la planta superior de la sala de lectura, ambos bibliotecarios espiaban a un hombre muy alto, quizá superior a los dos metros, que se hallaba acodado sobre una de las grandes mesas bajo la luz amarillenta de la lámpara, revisando, más bien escrutando, un desgastado volumen y tomando notas en un cuadernito negro que parecía un misal. Tenía un aspecto impresionante, nada convencional. Los cabellos negros desparramados por los hombros, lisos y peinados con la raya en medio. Llevaba puesto un largo y recio abrigo marrón verdoso con trabillas en las hombreras, dos filas de botones en la pechera y cinturón de gruesa hebilla metálica.

—Qué tío más raro, ¿cómo se llama? —preguntó Gastón.

—Y yo qué sé, nunca lo he visto antes por aquí.

—¿No has mirado su ficha?

—No creo que esté registrado; simplemente ha entrado, ha preguntado por la colección y luego sin decir nada se ha dado la vuelta. Cuando he venido a avisarte ha debido de tomar ese libro que tiene ahora. Lo que sí puedo decirte es que ese tipo tiene acento extranjero.

—¿Qué acento?

—Pues no sé, desde luego no parecía meridional.

—No tiene aspecto de serlo, con ese pelo y ese abrigo con cuello de piel de lobo o algo así... —describió Gastón.

—Pues me he fijado, y debajo lleva una especie de dormán color escarlata con entorchados, como un militar antiguo —añadió Louis.

—¿Crees que deberíamos avisar a la policía?

—¿A la policía, por qué?

—No sé, es muy raro, ¿no? ¿Cómo sabía...?

—Bah, a lo mejor es un conocido del judío ese —concluyó Louis.

Los dos compañeros habían vuelto al despacho a esperar el final de la tarde y el comienzo del fin de semana. Para cuando salieron de allí, el hombre del pelo largo y el abrigo marrón no estaba, y ellos habían olvidado el asunto.

Al otro día, sábado, aprovechando que no tenía que ir a trabajar y que Colette había ido a pasar el domingo con unos parientes que vivían en el campo, a unos ochenta kilómetros de París, Gastón había decidido comprobar el curioso dato que según Colette aparecía en esa novela sobre el péndulo de Foucault. No es que Gastón se hubiera creído lo de la conspiración templaria para acabar con la princesa Diana, pero es que además, desde el tiempo que llevaba viviendo en París no había visitado las alcantarillas que hizo famosas Víctor Hugo en *Los miserables*.

Cogió el metro Alma-Marceau y se plantó frente al número 93 del Quai d'Orsay, por donde se accede a las cloacas, cerca del Pont de l'Alma. No es precisamente barato entrar, el billete cuesta 25 francos. En un folleto que le habían dado junto con el ticket decía que de los 2100 kilómetros de alcantarillas que hoyan París por debajo, 480 metros están abiertos al público. Gastón había imaginado que en la visita al subsuelo estaría solo y podría disfrutar de un rato de tenebroso paseo por las entrañas de la ciudad, y con un poco de suerte ver alguna señal de los templarios clandestinos ocultos en el intrincado laberinto de pasadizos, bóvedas, sótanos, colectores y acequias inmundas. Pero no era así la cosa. Desde la misma entrada aquello era un río de turistas, en especial japoneses, filmando y fotografiándolo todo. Ni siquiera olía a cloaca propiamente dicha, aunque sí a poca ventilación, tal como en el túnel del metro. Por descontado, no había templarios ni señales o inscripciones simbólicas de secretas logias masónicas, ni rosacruces, sino de trecho en trecho, algún anuncio publicitario descolorido.

Iba a marcharse ya, decepcionado y agobiado por el tumulto, cuando le vio. Allí, entre la jauría de sonrientes japoneses y sonrosados alemanes, destacaba por su palidez grisácea, su gran estatura e inusual atuendo, el visitante del viernes en la biblioteca. A pesar del sofoco reinante llevaba puesto su largo abrigo con cuello de piel abrochado con sus dos filas de botones. Miraba abstraído a su alrededor, casi inexpresivo, con el pelo largo y, ahora que se fijaba, una barba de perilla alrededor del mentón de su cetrino rostro inquietante. Le pareció a Gastón que el sujeto gigante le había mirado fugazmente con unos ojos negrísimo y profundos, como los de un hipnotizador. Unos ojos que llevaba semiocultos tras unas gafas redondas de cristales rojos que le daban un vago aspecto lobuno y feroz. Pero quizá no había sido más que uno de esos cruces de mirada involuntarios. Luego, simplemente, la riada de turistas había hecho que le perdiera de vista.

Al salir de los subterráneos, Gastón caminaba pensativo por el casual encuentro

cuando el teléfono móvil disparó su señal de mensaje en el buzón de voz. Se detuvo y escuchó. El pulso se le aceleró y una ola de calor le subió de repente hasta el rostro. El mensaje era de un hombre que le saludaba por su nombre y le citaba para dentro de una hora en cierto café próximo a la casona del judío muerto. Sin duda, había sido grabado en el tiempo que había pasado dentro de las cloacas por falta de cobertura telefónica. La voz grabada hablaba con evidente acento extranjero, quizá ruso, checo o polaco, pero no era, por así decirlo, un acento natural, sino uno de esos que suenan demasiado forzados, como los actores de una mala película deficientemente doblada; o mejor, con esa manera que tienen los escritores mediocres de evidenciar la nacionalidad rusa de un personaje, recurriendo a la fonética para hacerle hablar pronunciando la erre bien marcada.

¿Qué podía hacer sino acudir a la extraña cita? Aquel misterio le estimulaba. Por eso se dio prisa en recorrer la distancia que le separaba del lugar indicado por la voz rusa o lo que fuera. Quince minutos antes de lo consignado, Gastón ya estaba en el café. A la hora en punto aparecía por la puerta el hombre del abrigo, entrando con grandes zancadas y luego deteniéndose en mitad del local para otear desde su altura superior por encima de las cabezas de parroquianos y el humo del tabaco. Vio a Gastón, que desde la mesa del fondo le miraba con la incógnita y el interés reflejados en el rostro. Cuando se acercó a él, el hombre improvisó una leve inclinación, que debido a su estatura resultó incluso deferente, a la vez que Gastón hacía un amago de levantarse para saludar, pero sin completar del todo la maniobra, dejándose caer de nuevo en la silla.

El gigante se desabrochó el abrigo y lo colocó sobre una silla libre. Llevaba debajo aquel dormán de aspecto militar; en la mano, una chistera totalmente fuera de lugar y de tiempo, y un rebuscado broche de oro y piedras preciosas uniendo el cuello de su anticuada camisa. Parecía que se hubiese vestido para una fiesta de disfraces, pero algo en la forma de llevar tan peculiar atuendo, hacía ver que aquel gigantón no iba disfrazado, sino que esta era su forma habitual de vestir.

—Buenas tardes, señor Garcelán. Me disculparé mi manera de contactar con usted, pero el asunto en el que me hallo inmerso requiere toda discreción.

Efectivamente, el tipo hablaba como una película mal doblada o como una novela mal escrita. Se quitó los guantes de piel amarillos y los dejó sobre el abrigo. Como es antigua costumbre en Francia, ahora totalmente en desuso, previamente había colocado la lustrosa chistera en el suelo, al lado de la silla. Una vez sentado, tendió por encima de la mesa su mano grande, huesuda, arrugada y adornada con gruesos anillos de oro y pedrería.

—Me llamo Pierre Rakosky.

A todo esto, Gastón, con el café delante, seguía mudo de asombro, mirando alternativamente el grueso abrigo verdoso, que parecía un oso pardo agazapado sobre la silla; los anillos de oro con escudos grabados o piedras brillantes engastadas y los fríos ojos negros hundidos debajo de espesas cejas y detrás de las gafas redondas de

cristales rojos, dando un inquietante aspecto a su rostro de hombre sin edad, porque ¿cuántos años tendría aquel tipo? ¿Cuarenta y cinco, cincuenta? Puede que más, era difícil precisarlo. Su expresión cambiaba según recibiese la luz, o según el perfil y la actitud que mostrara.

—Seguramente se estará usted preguntando para qué le he citado. Bien, se lo aclararé, usted no me conoce y...

—Sí le conozco —interrumpió Gastón, al tiempo que un camarero se acercaba para tomar nota. «Vodka», pidió lacónico el recién llegado, deteniendo su introducción hasta que el mozo se marchó.

—Ah, sí, ¿me conoce?

—Le vi ayer en la biblioteca —afirmó Gastón.

—Es cierto, estuve allí; ya veo que es usted un buen... ¿cómo se dice?... fisonomista; ¿pero cómo es posible eso?, yo no le vi. Ah, ya, no me lo diga, algún compañero, claro... comprendo —le dio un trago al vaso de vodka nada más depositarlo el camarero sobre la mesa. Luego lanzó una exhalación sonora de placer.

—¡Aaaah!, ahora es otra cosa. Yo soy del Este, ¿sabe?, pero en este país de usted, el condenado clima húmedo es mi perdición.

—Señor... —Gastón, sin aclararle que él no era francés, intentó acortar el exordio de aquel hombre. Iba a decir su nombre, pero no lo recordaba ya, ni creía que aun así supiera pronunciarlo.

—Pierre Rakosky —adelantó el otro dando un nuevo trago al vaso de vodka.

—Pues bien, señor Rak..., quisiera saber lo que desea, para qué me ha citado, si no le importa.

—¡Ah, sí, sí, sí, sí!, ustedes los latinos y su tradicional prisa, diría mejor... ¿cómo se dice?... vehemencia. No, ya veo que no saben tomar ni disfrutar una copa con un camarada; conversación, calor humano...

—Señor Rak...

—Está bien, está bien —Pierre Rakosky levantó la mano como pidiendo disculpas—, al grano, como dicen ustedes, ¿no?

—Si es tan amable —remarcó Gastón.

—Muy bien, desde luego... Ya habrá adivinado usted por mi visita a la biblioteca y el discreto encuentro que tuvimos en las alcantarillas que me intereso por algo que usted sabe.

—¿Yo? Oiga, si se refiere a los libros de ese viejo fallecido, nosotros no...

—No, no, no, no. No me refiero a los libros de ese... ¿cómo se dice?... intrigante de Absalon, por otro lado un simple eslabón de la cadena, un don nadie, ¿se dice así, eh? Ya se habrá dado usted cuenta de que los libros que tenía ese conspirador de retretes no eran excesivamente... ¿cómo le diría?... principales; ¿se dice así?, no, mejor importantes, valiosos; y no estoy hablando desde el punto de vista económico.

—¿Entonces?

—Ah, se interesa usted. Bien, bien, le diré algo. Ese chiflado cabalista judío de

Absalon andaba con malas compañías, gente poco recomendable, no quiera usted saberlo...

—No quiero, eso no es asunto mío.

—Ah, bien, bien, bien, discreción, mejor así... Pero mejor le hablo de... Verá usted, quisiera saber qué han hecho ustedes con el *Apparatus*.

—Perdón, ¿con el qué?

—El *Apparatus* —repitió.

—No sé qué...

—Oh, bien, ya veo, entiendo. Claro. Me olvidaba de... En fin, olvidaba que estoy hablando con alguien del Sur, donde se regatea siempre el precio. La... ¿cómo se dice?... la mordida, o si lo prefiere, la comisión; ¿se dice así? Pero por mí no lo haga, ¿sabe?, tengo dinero, no moneda del Este, no, le hablo de dólares americanos, ¿eh? Sí, sí, lo admito, ahora soy yo el que tiene prisa por llegar al asunto, es cierto, sí, pero mire, zanjemos esto. ¿Cuánto quiere por el *Apparatus*, la máquina de Aristóteles? No es un libro, ustedes solo trabajan con libros, ¿no? ¿Entonces? Hay acuerdo, ¿no? Usted pone el precio.

—Oiga, no sé de qué me está hablando —afirmó Gastón—. En aquella casa no había más que muebles viejos, unos pocos libros, la mayoría sin valor, como usted ha dicho, y en todo caso, mucha mierda.

—Ah, claro, mierda. Sí, sí, sí, entiendo.

—Sí, eso es, no había ningún... «aparatum» ni ninguna máquina de Aristóteles, ni de Platón ni de ningún otro.

—¡Ah, ja, ja! —Pierre Rakosky batió palmas mecánicamente dos o tres veces, como un niño pequeño aplaude en el circo—, ya veo, ya veo, el humor, claro, la... ¿cómo se dice?... ironía; ya salió. No, si me parece bien..., me parece bien. Pero, al grano, sé que el *Apparatus*, derivado de la máquina de la Lógica de Aristóteles estaba allí, lo había conseguido ese hebreo por medio de sus sucias artimañas de raza, lo quería para impedir que nosotros... O quizá para venderlo al mejor postor, puede incluso que al Islam..., sé que esos perros infieles van detrás de hacerse con él... En fin, ya se imaginará usted, tratándose de un judío...

—Mire, señor —intervino Gastón, molesto por tanta verborrea y sospechando que aquel hombre no andaba bien de la cabeza—, creo que ya hemos hablado bastante. Le agradezco su interés, pero ya le he explicado que en aquella casa solo había libros, que yo sepa, y en cualquier caso, si a usted le interesa alguno, no tiene más que pasar por la biblioteca para verlos; rellena una ficha, se da de alta y...

—Oh, ah, ya, claro, claro, entiendo. Cómo no, la burocracia, el popeleo, se dice así, ¿eh?

—Papeleo —corrigió Gastón dando un suspiro de resignación. Cuando se lo contara a Louis no se lo iba a creer.

—Claro, claro, era eso, hay que registrarse..., bien entendido, entendido —mientras decía esto había cogido con su mano derecha uno de los gruesos anillos de

su mano izquierda y tiraba de él hacia fuera. Cuando por fin lo sacó del dedo, depositó la joya junto a la taza de café de Gastón. Era dorado, grande como un albaricoque, y llevaba engastado un rubí del tamaño de un garbanzo.

—Verá, amigo mío, camarada, si me lo permite. Este anillo perteneció a una casa imperial. Vale más de 300 000 dólares. ¿Cree que servirá para hacerme sin burocracia ni popeleo con el *Apparatus*?

Quizá fue por la sorpresa de aquella acción inesperada, o por la visión del oro y el brillo del rubí, el caso es que Gastón reaccionó de manera diferente. ¿Qué objeto era ese que buscaba con tanto afán su estrafalario interlocutor? Ni él ni Louis habían visto nada parecido a una máquina en la casa del judío muerto. ¿A qué se estaba refiriendo el tipo? ¿Y si hiciera como que sabía en efecto lo de ese *Apparatus*...? —se dijo Gastón—, quizá así aquel raro personaje siguiera hablando de qué se trataba. A Garcelán le comenzaba a picar la curiosidad ante tanta insistencia.

—¿Para qué sirve esa máquina? —preguntó fingiéndose más dispuesto a colaborar.

—Ah, le interesa, ¿eh? Sabía yo que estaba tratando con un hombre inteligente; no hay más que ver cómo se atiende a razones —dijo el gigante acariciando con un dedo el anillo y empujándolo suavemente hacia Gastón—. El *Apparatus* deriva de la máquina de la Lógica de Aristóteles, que es el primigenio mecanismo teórico para descubrir... ¿cómo se dice?... las esencias, las conexiones, las claves, los secretos, las lenguas perdidas que se hablaron en Babel..., pero sobre todo, el efecto de los astros sobre las personas, y no estoy hablando de esa cosita del zodiaco...

—Ya; ¿podría ser un poco más concreto?

—¿Concreto? —El extranjero parecía sorprendido—. Le hablo de conexiones entre nosotros y los astros, ¿y usted me pide que sea más concreto? Le hablo del número y de la palabra como vínculo de Sabiduría; la aritmética y la gramática conjugadas, las claves ocultas del lenguaje y la matemática para decir sin decir o para decir otra cosa de lo que aparentemente se dice, o no decir lo dicho sino todo lo contrario, para decir así lo indecible y encontrar lo inencontrable...

—Vale, vale, oiga, no me líe —interrumpió Gastón—; ¿qué tiene que ver todo ese trabalenguas con las conexiones entre nosotros y los astros?

—¡Pero camarada, ¿usted vive en París y me pregunta por las conexiones entre lo conocido y lo desconocido?! ¡Santa ignorancia! Usted, perdone, pero vive en el lombo.

—Limbo.

—Bien, eso. ¿Y qué cree que buscaban si no su paisano? Eugéne Ducretet y el mío, Aleksandr Stepanovich Popov, intentando unir... ¿cómo se dice?... ¿telegráficamente la Torre Eiffel con el Pantheon?

Gastón Garcelán quedó de pronto paralizado al escuchar eso. El extranjero acababa de nombrar la Torre Eiffel. No pudo evitar un vahído de emoción. Sin embargo, hizo un esfuerzo por disimular su impresión. Debía permanecer frío, atento,

evitar mostrarse demasiado interesado. No sabía realmente aún ante quién estaba, pero le empujaba el interés por ver adonde conducía aquella entrevista sorpresa, saber cuánto sabía su interlocutor. ¿Pero saber qué? ¿Cómo se reconoce lo que se quiere saber cuando no se sabe lo que se quiere? ¿O cómo se sabe lo que se quiere si no se le reconoce?

Gastón lanzó un anzuelo:

—Ahora que lo dice, quizá pueda ayudarle. ¿Qué aspecto tiene esa máquina?

—¿El *Apparatus*? Oh, camarada, es una evolución del *Organon* de Aristóteles, claro está. Le supongo a usted un hombre culto, así que no le repetiré los detalles del principio que lo hace funcionar. Ya sabe que Aristóteles describe diez categorías con las cuales todo se puede expresar: sustancia, cantidad, cualidad, relación, tiempo, lugar, situación, condición, acción y pasión. Y el *Organon*, quién lo duda, es el método, la máquina que trabaja con las combinaciones de todos los elementos; más uno no nombrado: el undécimo elemento.

—¿El undécimo elemento?

—Así es, camarada..., la ¿cómo se dice?... la aleatoriedad, el azar; o si lo prefiere, la casualidad, término poco preciso y vulgar; así que yo lo designaría más bien con la palabra anglosajona *serindipity*.

Gastón no podía creer lo que oía. ¿Era posible que el tal Rakosky y él estuvieran jugando al mismo juego sin saberlo? ¿Era el *Organon* un método para generar coincidencias y concordancias, una máquina de lo improbable que convertía lo probable en posible? Las ideas le volaban en desbandada por la cabeza.

—Pues bien —seguía el extranjero—, el *Apparatus*, no me pregunte cómo, hace descubrir las combinaciones de números, letras y categorías que contiene inscritos. Resultado: el *Apparatus* calcula lo invisible, lo no manifiesto. ¿Y para qué sirve eso?, se preguntará usted. Perdóneme, pero he de ser necesariamente... ¿cómo se dice?... crítico en este punto. Solo le diré que lo que en apariencia no existe para nuestros sentidos, es simplemente porque no ha podido ser calculado, nombrado. Y yo busco eso precisamente, lo que está oculto a la mayoría.

—Sí que es enigmático —dijo Gastón pensativo.

—No puedo darle más datos. Lo que quiero conseguir gracias al *Apparatus* es una, ¿cómo diría...?, una operación de fe, no es lugar para no creyentes.

—Luego es un lugar.

El extranjero carraspeó nervioso y miró de soslayo a su alrededor, como si temiera la presencia de algún espía.

—Quizá me he expresado mal... —dudó—; en todo caso, ya he hablado demasiado. Y ahora, camarada, ¿me dirá dónde está el *Apparatus*?

Gastón se sentía un poco aturdido por aquella sarta de datos y revelaciones tan inverosímiles como interesantes para su perpetuo juego de concordancias. Puede que estuviera dando demasiado crédito a un desconocido trastornado. La prudencia, que es como la clase media denomina a la mediocridad, terminó por aflorar. Con un dedo,

apartó de sí el anillo de rubí, acercándolo de nuevo hacia su dueño.

—Lo siento —dijo Gastón dando por zanjada la entrevista—, me temo que no puedo serle de ayuda; en casa del judío no había nada como lo que usted describe.

El lunes siguiente, Gastón Garcelán le había contado a Louis toda la conversación mantenida con Rakosky, aunque omitiendo, sin saber muy bien por qué, el encuentro aparentemente fortuito en las alcantarillas. Se había tropezado al extranjero por la calle, mintió Gastón. Louis le había amonestado, «te estás obsesionando», y había añadido:

—¿No te creerás todo lo que te dice un desconocido por ahí?; esto es París, aquí hace siglos que pulula lo peor de toda Europa. ¿No has leído *Los misterios de París*, de Eugenio Sue? Si lo que te gustan son los misterios, aquí tendrás muchos, si lo que buscas son secretos, complots, conspiraciones y tramas ocultas, aquí te abordará gente que te jurará estar en el meollo de todos los conventículos ocultos y las manos negras. Es una ciudad llena de aprendices de brujo, intrigantes y abyectos.

—Pero esa máquina de la Lógica tiene su lógica, aunque no estuviera en casa de Absalon... —indicó Gastón.

—¿El qué, el *Organon*? Pues claro, pero eso no quiere decir que funcione, no es más que un juguete teórico de la antigüedad, un ábaco para entretenerse haciendo permutaciones. Normal que pudiera haber una cosa así en casa de un judío. Vamos, hombre —descartó Louis—, todo eso que te ha dicho tu ruso de pacotilla no es ningún secreto.

—¿Ah, no?

—Como deberías saber —ilustró Louis—, el llamado *Organon* o *Instrumento* de Aristóteles es un método que usa diez categorías para describirlo todo, siempre que se haga la correcta combinación, o sea, como él dice en su *Metafísica*, «A difiere de N por la forma, AN de NA por el orden, Z de N por la posición», y así. Pero lo que no dice Aristóteles es cuál es la combinación correcta que revela la esencia oculta de todo. Porque no la sabe.

—Bien, puede que tengas razón —admitió Gastón—, ¿pero y eso de la conexión electromagnética entre la Torre Eiffel y el Pantheon?

—Creo que ese ruso te ha tomado el pelo, no sé si para divertirse o más bien porque estará chalado, ¿no viste el aspecto que tenía? Por cierto, ¿sabes qué libro era el que estaba ojeando el viernes por la tarde? Pues una copia facsímil del *Nuctemeron*.

—¿Tenemos ese libro?, me suena al *Necronomicon* —repuso Garcelán con evidente incredulidad.

—Es un ejemplar muy raro atribuido a Apolonio de Tiana. El original está guardado en la caja fuerte, pero disponemos de una copia para investigadores, aunque hasta ahora no la había consultado nadie.

—¿Pero de qué va? —preguntó Gastón.

—El *Nuctemeron* no es en realidad una obra independiente, forma parte, a modo

de apéndice, de algunos pocos ejemplares que se conservan en todo el mundo del *Dogme et Rituel de la Haute Magie*, de Eliphas Levi. Y ya imaginarás —estaba añadiendo Louis— que esa no es precisamente una lectura científica.

—El ruso me dijo que estaba buscando el undécimo elemento —señaló Gastón.

—No te digo... Un lunático —concluyó Louis.

De regreso a casa, Gastón Garcelán le había contado su encuentro con el enigmático personaje también a Colette.

—Vaya, te dejo solo un fin de semana y me la pegas con un ruso —bromeó ella.

—Pero lo curioso es que se interesara por ese ocultista también judío, Eliphas Levi, que por cierto, era otro de los que frecuentaban esa *Librairie du Merveilleux*.

—¿No has dicho que ese ruso ojeaba el *Nuctemeron*? —preguntó ella.

—Bueno, sí, pero no sé de qué va ese libro. Louis me explicó algo, pero sigo sin enterarme. ¿A ti te suena de algo? —Gastón, por primera vez, estaba pidiendo ayuda a Colette, reconociendo así la superioridad de sus conocimientos.

—Solo sé que de él extrajo Gerard Encausse su seudónimo, Papus.

—¿Cómo?! —exclamó Gastón—. ¡Ese sí me suena, precisamente fue él quien fundó el grupo que se reunía en la *Librairie*! Lo dice el librito que encontré en casa del judío muerto, el del *Doktor Wagner*.

—Oye, cálmate, te encuentro un poco exaltado —pidió Colette.

—Así que ese Papus también andaba metido en esto...

—No es de extrañar, ese sí que puede decirse que era un iniciado. Supongo que sabrás que estudió cábala y alquimia, y con todo eso aún le quedó tiempo para las cosas serias, pues en 1894 se licenció en Medicina en la Universidad de París.

—¿Lo ves? —Gastón relacionaba los datos.

—Además —añadió ella—, se sabe que fue médico y confidente del zar de Rusia; luego, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, se alistó en el cuerpo de sanitarios del ejército francés, y allí murió, en 1917 de una rara enfermedad de la sangre.

—¿Una enfermedad de la sangre, dices?! —El corazón de Gastón saltaba alocado.

—Sí, ¿qué pasa?; creo que anemia, tuberculosis, no sé, algo de eso. ¿Por qué lo preguntas? Te estás poniendo muy raro Gastón.

—Por nada, por nada... —él no quería revelarlo, pero acababa de acordarse de aquellas enfermedades de la sangre, las porfirias, que había sufrido el coronel Ambrosio Grimau, incluso de la mordedura del presunto vampiro el *Murciélagos*. Y Papus había pertenecido al mismo grupo ocultista que Salvá i Campillo, el médico que había curado a Grimau... Demasiadas coincidencias.

—Seguro que ya estás estableciendo paralelismos —adivinó Colette. Garcelán cambió de registro para no revelar sus pensamientos.

—Sí, porque el ruso citó también a Eiffel...

—¡Ja, ja, ja, ja, pues claro! —Rio encantadora Colette. Su risa tenía la facultad de ponerlo todo en su sitio—. Mira por la ventana, Gastón, estamos en París, desde todas

partes se ve la Torre Eiffel. Maupassant desayunaba casi todos los días en el restaurante de la Torre: «Es el único lugar de París desde donde no la veo», decía, porque el monumento no le gustaba.

—Puede ser, pero te repito lo que ya te dije: a mí todo eso de las conexiones electromagnéticas me confirma que algunos andaban tramando algo grande, a escala mundial; si no, fíjate, ya tenemos dos tótems gigantescos: la Torre y la Estatua de la Libertad. Luego intentan la conexión, de modo experimental, escala reducida, entre la Torre y la cúpula del Pantheon. Por cierto, ¿qué hay allí?

—¿En el Pantheon? —preguntó ella—. Es una tumba, un mausoleo donde están enterrados casi todos los líderes de la Ilustración y la ciencia: Rousseau, Víctor Hugo, Émile Zola, Voltaire, incluso *Madame Curie*.

—¡Lo ves, se trata de un símbolo!, esa gente trabaja con símbolos, investigan lo oculto, lo telúrico, ¿pero es que no lo entiendes?

—¿El qué? —preguntó Colette confusa.

—Pues que intentan establecer una red de conexiones en todo el mundo, por eso, otro de ellos, Fernando Lesseps, se dedicaría más tarde a abrir pasos entre los continentes realizando los canales de Suez y de Panamá, me pregunto si para que fluya la energía o para...

—Ya estás desvariando como siempre —le regañó Colette un poco harta de la paranoia de aquel muchacho.

—Quizá, pero algo me dice que si el ruso ese nombró a Ducretet y a Popov y su experimento electromagnético entre pináculos de París, es por alguna razón, no casualmente. Y creo que voy a indagarlo; esta noche me quedaré después de la hora de salida en la biblioteca a ver qué averiguo.

—Como quieras, corazón —suspiró resignada ella—. Cuando termines de jugar a Sam Spade en busca del halcón maltés, si no es muy tarde, puedes pasar por mi apartamento a contarme lo que hayas encontrado.

—Pasaré a algo más que eso —dijo él guiñándole un ojo.

—Me gusta tu sentido del deber.

—Primero el trabajo y luego el placer.

—Sí, eso ya lo he notado —concluyó ella con cierta expresión sombría.

Tras la hora de cierre de la biblioteca, Gastón se había quedado a solas en el edificio. Hacía un buen rato que había cesado el tumulto de visitantes, bedeles cerrando puertas y apagando luces y señoras de la limpieza vaciando ceniceros y papeleras. Por los altos y estrechos vitrales que daban a la calle apenas se distinguía ya un cielo opalino camino del negro total.

A Gastón le gustaba aquella extensa y alta sala de lectura, atrio portentoso de columnas estrechas y delgadas como las de una estación de ferrocarril modernista, que ascendían hasta las ojivas allá en las alturas, y sostenían (milagro arquitectónico de suspensión de pesos, fuerzas y contrafuerzas, como las catedrales góticas) los gigantescos arcos de medio punto que flanqueaban el vacío pétreo, solitario ahora de estudiantes, investigadores o pensionistas desocupados.

Esperó paciente, primero en su pequeño despacho del ala de oficinas, después vagando por las salas que se iban evacuando de gente como ocurre en una de esas viejas películas proyectadas hacia atrás. Gastón, asomado desde el segundo piso de la sala de lectura, justo en el mismo lugar desde el que hacía unos días había visto por primera vez al gigante del abrigo pardo y la chistera, escuchaba los últimos ecos del día que devolvían las columnas, los arcos, los muros de madera de las estanterías llenas de papel impregnado de signos con una Babel de trazos que pretenden contener toda la presunción, el conocimiento y la imaginación humanas.

Una biblioteca —meditaba Gastón—, ¿no es el mejor ejemplo de que la vida no puede abarcarse si no es recurriendo al azar, a la casualidad, a la concordancia en el unir las informaciones aparentemente inconexas, a la *serindipia*, como recordaba que había mencionado Pierre Rakosky el otro día? ¿No es acaso cierto —se preguntaba Garcelán en silencio— que nunca tendremos bastantes años en nuestra vida para revisar todo lo contenido en este edificio? Entonces, qué hacer si no recurrir a un método aleatorio, como el *Organon* de Aristóteles, a una lógica no del instinto, sino a la que deriva de la combinación aparentemente casual, como los monitos tecleando durante siglos en sus máquinas de escribir, tal como un día, años atrás, les había explicado Victoria, la novia de Pascual Alcover.

Así que ahora de pronto se encontraba entregado a la tarea de recopilar material, indagar, no presuponer, dejarse llevar por el dato, no dejarse convencer de inmediato por lo apuntado en este u otro libro, consultar varias fuentes, escrutar, desconfiar de las primeras apariencias...

Serían las cuatro de la mañana cuando Gastón alzó la vista de los libros y los papeles amontonados encima de una de las largas mesas, se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados por varias horas de estudio debajo de la amarilla luz. Pasó la mirada por las notas que había estado tomando; había reunido en torno a sí varias

enciclopedias para compilar ideas generales superficiales. Luego, indagando en los hechos descritos, ahondando en los protagonistas secundarios de los grandes acontecimientos y las personas de renombre, sus investigaciones se habían diversificado, ramificado hacia otros campos, personajes, fechas, acontecimientos escondidos, detalles aparentemente superfluos o inconexos. Quizá no se daba cuenta, pero en parte hacía todo aquel esfuerzo para superar la cultura que esgrimía Colette para someterle, según pensaba él, como la mantis religiosa devora al macho después de hacer el amor.

Ahora que repasaba todo el trabajo en conjunto, recordó que le quedaba algo por mirar. El libro que había estado examinando el ruso del abrigo la otra tarde, el *Nuctemeron*, de Apolonio de Tiana. Se levantó y fue en su busca arrancando ecos al caminar por las salas vacías. Tomó el cuidado facsímil de su sitio en una recóndita estantería, donde el polvo era aún más evidente que en otros lugares habitualmente transitados. Nada más abrirlo por cualquier lugar para echar un mero vistazo, vio la hoja de papel. Doblado por la mitad, a modo de señal o referencia, había dentro del apergaminado y amarillento volumen un folio blanco. Al desplegarlo vio la figura de una esfera, y unida debajo de ella, lo que parecía una cruz invertida. El grabado llevaba al pie, en letra escrita a mano con pluma de tinta negra, una anotación: «ver Jacobo Bernoulli».

¿Quién se había dejado aquella hoja visiblemente nueva y reciente dentro de precisamente *ese* libro? Gastón no lo dudó ni por un momento: Pierre Rakosky. ¿Pero era un descuido, una señal indicativa sobre esas páginas del libro, con el fin de volver otro día sobre ellas? Gastón le hizo caso a la anotación. Cogió una de las enciclopedias más manejables, de esas que había despreciado Colette, y buscó la referencia: «Jacobo Bernoulli (1654-1705). Sabio matemático suizo, natural de Basilea. Fue uno de los primeros que aplicaron el cálculo diferencial e integral propuesto por Leibniz, y resolvió por este medio varios problemas considerados como irresolubles, entre ellos el de los isoperímetros. Su obra más notable se titula *Ars conjectandi*». ¿Qué significaba eso? Aquello no parecía tener ninguna relación con el autor del libro ni su *Nuctemeron*. Quizá el ruso había puesto allí como referencia el primer papel que se sacó del bolsillo con una anotación anterior sin relación alguna con lo que andaba buscando, o quizá esa hoja no fuera del ruso.

¿Qué tenía entonces entre manos? En apariencia, lo anotado parecía obedecer a una pauta circular que se cerraba sobre sí misma arrojando algunos datos significativos. Había sido fácil informarse sobre el experimento de Eugéne Ducretet y Aleksandr Popov, citados el otro día por el gigantón del pelo largo, esos dos investigadores, uno francés y otro ruso, que habían unido sus esfuerzos en 1889 para aquella extraña experiencia de transmisión telegráfica sin hilos desde la Torre Eiffel hasta el Pantheon. ¿Pero con qué fin? ¿Quién era Popov, y qué hacía un ruso colaborando con los franceses? Gastón Garcelán no dejó de anotar algunos hechos de la biografía de Popov, aparentemente irrelevantes, pues como sabe todo investigador,

la verdad muchas veces se oculta tras los detalles pequeños a los que nadie presta atención. Popov era hijo de un sacerdote ortodoxo, incluso había estudiado en el seminario. Desde joven se interesó por la electricidad, y más tarde por los descubrimientos de Hertz sobre las ondas electromagnéticas. «Atención —se encendió una alarma en la mente de Gastón—, ¿no era a la electricidad a lo que se dedicaba el italiano Alessandro Volta, quien había vendido el invento de su pila a Francia? ¿Qué tenemos entonces?: un exseminarista de la Iglesia Ortodoxa rusa que de pronto cambia a Dios por el electromagnetismo. Quizá un adepto clandestino iniciado en Francia por los camaradas de logia para ayudar a lograr la Gran Obra. O un infiltrado ruso en los conventículos de inventores y científicos franceses. ¿Un Compagnon? ¿Quién sabe? ¿Un genio solitario y sin amo? Verificar.

»Nuevo dato. Resulta que Popov, quien había inventado realmente la telegrafía sin hilos con sus artilugios, queda ensombrecido para siempre en la historia por el italiano Marconi. Aunque el ruso había realizado su experimento emisor en San Petersburgo, en marzo de 1896, Marconi había emprendido algo similar en Italia, pero en el mes de junio. A pesar de existir esa diferencia constatada en el registro de patentes, Marconi es ensalzado y se encumbra en la gloria de los inventores laureados, como descubridor de la radio, mientras que a Popov casi nadie le conoce hoy. Pero lo más extraño es que el ruso, como si esto no le importara mucho, en lugar de protestar, dos años después de su experimento en San Petersburgo viaja a París y se une a Ducretet para realizar esa emisión desde la Torre Eiffel al Pantheon. Indagar. ¿De dónde le viene a Popov su afición por las emisiones telegráficas y el electromagnetismo? Una intuición, un recuerdo vago... Quizá no es mucho, pero verificar. Correspondencia del coronel carlista: Ambrosio Grimau se exilia en París, y allí intenta entrar en contacto con cierta logia de iniciados, quizá los Compagnons. Se tropieza con un compatriota español, el ingeniero Fernando Lesseps. Grimau le cuenta a Lesseps sus peripecias en la guerra, puro heroísmo. Narra el extraño caso de su enfermedad, que le curó un paisano suyo, de Barcelona, Francisco Salvá i Campillo. “¿Pero qué dice usted?, le conozco, el doctor Salvá i Campillo, uno de los *nuestros*, un sabio, un adelantado de su época”. Entonces, Fernando Lesseps le cuenta a Ambrosio Grimau la otra faceta científica del médico Francisco Salvá. Parece que en 1795, Salvá había inventado un curioso artefacto que transmitía señales eléctricas mediante los impulsos de una botella Leiden. Luego, el doctor intenta lo mismo, pero esta vez a través del agua, usando la cualidad conductora del mar. Realiza su experimento tratando de transmitir un mensaje desde la costa de Alicante hasta la isla de Mallorca. Verificar. Encontrar: según los anales de la Academia de las Ciencias de Barcelona, Salvá i Campillo presentó en 1800 un informe donde hablaba de la aplicación del galvanismo a la telegrafía sin hilos. En dicho informe figura un esquema del artefacto fabricado; se compone entre otras cosas de diecisiete pares de hilo de alambre recubierto de papel. A cada uno de los pares de alambre le corresponde una letra del alfabeto. Indagar. ¿A qué se parece esto? ¿A la máquina de

la Lógica de Aristóteles? ¿El *Organon*? Tranquilo. Respirar hondo, aunque esté prohibido fumar aquí dentro, encender un *Gitanes*. Verificar. Veamos otra vez: 1804, nuevo informe de Salvá i Campillo a la Academia de las Ciencias de Barcelona. En él explica en esta ocasión cómo transmitir impulsos eléctricos mediante un código de seis conductores. Pero esta vez, en lugar de utilizar una botella Leiden usa... ¡una pila de Volta! La información conseguida regresa a su punto de partida. Volta. ¡El círculo se completa! Los hechos del pasado se han cernido sobre el presente.

»Tranquilizarse. Eso es, otro *Gitanes* rubio, el humo calma los nervios; ¿qué hora es ya?, no importa, indagar, verificar. Vamos a ver; es necesario comprobar quién es ese Volta. Sospecho que es otro de los misteriosos *Compagnons*. ¿Qué dicen las enciclopedias? Poco más de lo que se aprende en primaria. Que nació en Lombardía en 1745 y se llamaba Alessandro Giuseppe. Era amigo de Luigi Galvani, quien le contagió su interés por el electromagnetismo y la electricidad. Galvani decía que el contacto de dos metales diferentes y el músculo de una rana producía electricidad. Ahora eso parece una majadería, pero entonces todavía permanecía en boga la teoría del “magnetismo animal”, tal como la había formulado el médico alemán Franz Anton Mesmer. Pero Volta no se lo cree. Descubre que el músculo de la rana no tiene nada que ver con la electricidad, aunque sí la unión de metales diferentes, intercalando una solución líquida alcalina entre ellos a modo de sándwich. Así es como en 1800 inventa la pila eléctrica y se enemista con Galvani, que sigue empeñado en el “magnetismo animal” de sus ancas de rana. Luego viene la gloria. Napoleón le concede un título nobiliario, mira por donde, igual que a Lesseps. Más tarde, la unidad de potencia eléctrica pasaría a llamarse *voltio* en su honor. Hasta aquí todo normal, salvo el hecho curioso de que cuando inventa la pila, en vez de proclamarlo en su país lo comunica al Colegio de Francia. Lesseps le había *vendido* el canal de Suez a los ingleses, y Volta hace lo mismo con su pila a los franceses».

Gastón Garcelán ya no podía más. Decidió suspender la investigación nocturna. Cuando abandonó la biblioteca, el aire fresco de la madrugada le hizo bien en los pulmones atosigados de *Gitanes* y polvo de libros. Salió por una de las puertas traseras de servicio del gran edificio que daba a una calle secundaria de postigos y trastiendas, bares y comercios, mal iluminada y de dirección única. Por eso, lo último que esperaba ver a esas horas, era al gigante del largo abrigo pardo, chistera y gafas rojas. Sin embargo, allí estaba. Caminaba despacio calle arriba con las manos dentro del recio gabán militar y la cabeza gacha, como pensativo, como un sabueso a la espera...

—¡Hombre, qué casualidad, si es el joven y sabio bibliotecario! —Pierre Rakosky, sin ningún pudor aparente, se estaba haciendo de nuevo el encontradizo.

—Usted —dijo Gastón sorprendido, constatando y preguntando a la vez.

—Ya ve, camarada...

—¿Dando un paseo, no?

—Uno es viejo, ya sabe, me cuesta dormir... —el ruso hizo un gesto vago, como justificando su presencia allí sin necesidad de otra explicación mejor.

—Claro —contestó Gastón escéptico—, y se ha dicho: voy a pasear por detrás de la biblioteca...

—¿Por qué no?, ande no sea usted suspicaz, ¿se dice así? Venga, le invito a un café.

Gastón se encontraba cansado, pero sobre todo molesto por el hecho de que el ruso de dedos enjoyados pareciese estar espiando sus movimientos. Iba por eso a rechazar la invitación, pero lo pensó mejor. Ya le había dicho que en casa de Absalon no había ninguna máquina, de modo que ¿qué quería ahora? De mala gana comenzó a andar hacia el bulevar con el gigante a su lado. Entraron en uno de los pocos cafés que abren tan temprano, donde se dan cita trabajadores que han de madrugar mucho para acudir al tajo fuera de la ciudad. Esta vez, Pierre Rakosky fue directo al grano, como él acostumbraba a decir.

—Y qué, camarada, ¿ha encontrado esta noche algo interesante en la biblioteca? Oh, bueno, sí, sí, ya sé, ya sé, usted trabaja allí, simplemente estaba haciendo... ¿cómo se dice?... horas extras, nada inusual.

Gastón estaba comenzando a hartarse de aquel acoso. Por eso decidió contraatacar exento de pudor:

—Pues mire, sí he encontrado algo.

—¿Ah, sí, y qué es? —preguntó sin mucha convicción Rakosky.

—Una curiosa biografía de Alessandro Volta —mintió Gastón, ya que la única referencia hallada sobre Volta había sido un simple artículo enciclopédico.

El ruso se quedó paralizado. Sin embargo, no le quitaba a Gastón de encima aquella mirada suya tan inquietantemente hipnótica, que ahora parecía haberse tornado de repente inquisitiva y tortuosa. Por fin reaccionó, borrando de su semblante la inquietud que parecía haberle causado escuchar el nombre de Volta.

—Vaya, camarada, ya veo que ha estado usted investigando. Pero si he de serle sincero, no me sorprende; ya me he dado cuenta de que es usted una persona inteligente, por eso le pedí su colaboración el otro día. Bien, bien, ¿y qué más ha encontrado, si puedo preguntarle?

Gastón no quería desaprovechar la oportunidad de asestarle un nuevo golpe.

—Una nota referente a Bernoulli —deslizó como si nada.

Rakosky acusó también esta vez la inesperada información. Sus ojos negros se entrecerraron casi imperceptiblemente, mientras su cara arrugada estaba terminando por parecerse a su verdense abrigo, de forma que ahora todo él semejaba a un enorme oso acosado. Gastón no se amedrentó y aprovechó la indecisión del ruso para rematar la faena. Estaba arriesgándose demasiado, pero, qué diablos, él no era quien perseguía a nadie haciéndose el enconadizo por todo París.

—Lo que no entiendo —dijo Gastón con aparente tranquilidad, como si no hubiera notado la tensión de su interlocutor— es dónde encaja ese Bernoulli, lo

admito.

—¿Encajar, en qué? —preguntó el gigante suspicaz, mirando a través de sus redondas gafas rojas.

—No lo sé, esperaba que usted me lo dijera.

El ruso bajó la cabeza hacia la taza de café que tenía delante. Al cabo de un tiempo alzó su cabellera negra y dijo:

—¿No le parece que quiere saber demasiado, camarada?

—Bueno, usted es quien quería hablar, ¿no?; además, soy documentalista, ¿recuerda? Me estoy documentando.

—Ya —Rakosky suspiró mirando más allá de las paredes del bar con sus ojos negros llenos de Dios sabe qué pensamientos—. El caso es que —continuó—, Jacobo Bernoulli se relaciona con lo que le estuve comentando el otro día. Ese suizo es el padre de la combinatoria, ya sabe, la parte de las matemáticas que se encarga del estudio de las agrupaciones que pueden formarse con un número finito de elementos, para hallar la regla que permita formar todos los grupos y su número. Y fíjese en el paralelismo de esto con el *Organon* de Aristóteles: los grupos más importantes que pueden formarse son variaciones, permutaciones y combinaciones. Las variaciones son grupos que se diferencian en el orden o en la naturaleza de sus elementos. En las permutaciones los grupos son distintos si sus elementos poseen distinto orden, ¿va entendiendo?, mientras que las combinaciones diferencian sus grupos por la naturaleza de sus elementos. Bernoulli publicó en 1666 su tratado aritmético *Dissertatio de arte combinatoria*, donde idea un método simbólico, como un código, ¿entiende?, para probar de forma sistémica el pensamiento humano. Eso mismo es lo que pretendía Aristóteles con su máquina de la Lógica.

—Bien, ¿y qué, para qué sirve eso? —preguntó Gastón aparentemente escéptico, pero muy interesado en el fondo, aunque no entendiese nada.

—¡Que para qué sirve! ¡Es usted imposible, camarada! ¡¿No se da cuenta?! Acaso no es usted tan inteligente como le suponía... Se trata del principio que une la combinatoria y la teoría de las probabilidades.

—Perdone mi ignorancia, todo eso ¿qué demuestra?

—¿Cree usted en el azar, camarada?

—Depende —Gastón se sobresaltó, pues ¿acaso no era precisamente con eso con lo que estaba jugando desde la infancia?

—Pues imagine que la combinatoria puede predecir matemáticamente los juegos de azar, y si no me cree, le recuerdo que en el siglo XVII físicos tan famosos como Fermat y Pascal ya comenzaron a interesarse por ello antes que Bernoulli. Luego retomaría el tema Laplace, quien formuló la conocida definición de combinatoria: «Siendo A un suceso asociado a una experiencia aleatoria, la probabilidad del suceso A será la proporción del número de resultados del experimento favorables a A sobre el número de resultados posibles del experimento». Se parece como dos gotas de agua, ¿se dice así?, a la teoría de la Lógica de Aristóteles.

—Puede, pero sigo sin ver cuál es la aplicación práctica de todo eso.

—Ya se lo dije, camarada. Encontrar lo que está pero no se ve.

Gastón contraatacó:

—Vamos a ver si lo entiendo, la combinatoria de Bernoulli se fundamenta en el *Organon* de Aristóteles, y de alguna forma todo eso se relaciona también con los experimentos sobre telegrafía sin hilos de Ducretet y Popov... realizados por cierto gracias a la pila eléctrica descubierta por Volta.

Pierre Rakosky estaba visiblemente incómodo. Miraba como una fiera acosada, se frotaba las manos. De repente se irguió y, exhibiendo un cierto aire autoritario y paternal, sentenció:

—Camarada, le aconsejo que abandone toda esta investigación. No siga indagando. Váyase con su bella novia, cásese, tengan hijos, siente la cabeza, ¿se dice así?... viva una vida normal.

De repente el gigantón se había puesto serio, incluso casi había perdido su cómico acento del Este; parecía otro. Se alzó, cogió su chistera y se dirigió a la salida. Pero al cabo de tres pasos se detuvo, se dio media vuelta y añadió:

—Olvide todo esto, amigo, hágame caso..., antes de que sea demasiado tarde.

Envuelto en su largo abrigo verdegris, desapareció entre la gente.

Cuando Gastón salió del bar, ya lucía una tenue claridad en el cielo. Se dirigió como un autómatas, con la confusión en la mente y el sueño en los ojos, hasta el apartamento de Colette. Subió, entró en su habitación, donde ella dormía plácidamente, se desvistió y se metió en la cama mirando pensativo hacia la oscuridad del techo. Quizá el ruso tenía razón: casarse, tener hijos, un hogar, olvidar todo... Pero ¿querría Colette casarse con él? Si ni siquiera vivían bajo el mismo techo. Se quedó dormido, y al cabo de lo que le pareció un minuto, sonó estridente el despertador. Abrió los ojos y sintió cómo se los apuñalaba el sol intenso que entraba por la ventana. El reloj marcaba las siete de la mañana. Colette, a su lado, se estaba despezando.

—Buenos días —dijo ahogando un bostezo—, ¿ya has encontrado el misterio que custodian los guardianes del secreto?

—No —contestó él cansado y sin humor.

Después de aquel encuentro de madrugada, Gastón pasó unos días meditando en las últimas palabras que el gigante ruso le había dicho, y que habían sonado a insinuada advertencia. Luego, no sabría decir si por temor o por hastío, lo olvidó todo. Simplemente se sumió en la rutina de su trabajo, las noches de bañera y sexo con Colette; pequeños placeres cotidianos como el *Gitanes*, el *pastis*, los cafetines... París le reabsorbió para su causa.

Una tarde, al regreso del trabajo, callejeando por los barrios de costumbre, se tropezó de nuevo con la iglesia del reloj parado. Alzó la vista recordando la posición curiosa en que se habían detenido por última vez las manecillas, las doce y media en punto. Pero para su perplejidad, Gastón comprobó que ahora el reloj de la sucia esfera de zinc y las saetas de hierro oxidado marcaba las once y veinte. Esa no era la hora *correcta*, así que intrigado por el hecho, decidió esperar un rato para ver si es que habían puesto en marcha el reloj, pero se les había olvidado ponerlo en hora. Al cabo de diez minutos las saetas no se habían movido de su obstinada posición. El reloj seguía parado pero en *otra* hora. Cómo era posible —se preguntaba Gastón—, si la maquinaria estaba parada, que hubiese avanzado hasta cambiar de posición. La iglesia gótica tenía un aspecto decrepito de abandono y ruina, con la piedra renegrida, los tejados invadidos por la hierba salvaje, las grandes puertas de madera cerradas y muy sucias. Estaba claro que allí no se celebraban misas ni ninguna otra liturgia desde hacía mucho tiempo.

Dando la vuelta por el callejón lateral de la pequeña placita donde estaba enclavado el templo, encontró una estrecha puerta de madera con los cristales tan sucios que parecían opacos. En el marco tenía un antiguo timbre negro de baquelita. Gastón oprimió el pulsador y un sonido cascado de electroimán se escuchó dentro con estridente eco. Al cabo de un rato la puerta se abrió. Apareció en el umbral un hombre mayor de aspecto pulcro, incluso atildado. Lucía una abundante cabellera y una poblada barba, ambas casi totalmente blancas por la edad. Sin embargo, sus ojos claros eran joviales, más que eso, juveniles. Vestía una anacrónica levita negra según los usos de principios de siglo para la moda elegante de un *gentleman*, camisa blanca de cuello alado y corbatín anudado con un elegante lazo azul, y se apoyaba en un bastón negro con rebuscada y artística empuñadura de plata. Todo él parecía sacado de una de esas antiguas fotos color sepia.

Se saludaron. Con agradable voz dijo llamarse Jules Never. Gastón le pidió disculpas por la molestia y le explicó su curiosidad por el reloj de la torre. Pronto se dio cuenta de que aquel anciano caballero disfrutaba de un humor envidiable en sintonía con sus ojos vivarachos y encendidos. Parecía además ser un buen conversador, aunque su acento y su léxico eran antiguos y algo amanerados,

demasiado literarios, como sacados de una novela romántica, quizá Proust, o mejor Gerard de Nerval.

—Ahora mismo me disponía a tomar el té —dijo el anciano.

—Ah, entonces no le molestaré; ya pasará otro día...

—No, no, se lo digo por si le gustaría acompañarme, y de paso le cuento lo que le interesa sobre el reloj.

La casa que habitaba Jules Never se componía de unas cuantas habitaciones no muy grandes, adosadas al muro medieval del templo. Todo en el interior era sencillo, espartano, antiguo y bastante envejecido, pero aun así, flotaba un aire de cierto decoro trasnochado y decimonónico.

—Me atiende una beata, ya sabe usted cómo son —justificó Never aludiendo al orden y la limpieza—, por ganarse el cielo hacen lo que haga falta, incluso cuidar a un pobre viejo como yo.

—Usted no es viejo —terció amable Gastón.

—Oh, muchas gracias; ¿eso cree? Bueno, después de todo, un caballero nunca envejece; madura. Pero, siéntese, por favor. ¿Té o café?

Jules Never le sirvió, mientras hablaba una cháchara sin freno, cambiando locuaz de un tema a otro, a la vez que devoraba con apetito la merienda.

—Ah, es usted español; bien, bien, un noble pueblo que no se deja doblegar fácilmente. Yo, aunque soy francés, les admiro. Ni nuestro gran Napoleón Bonaparte pudo con ustedes.

—¿Conoce usted España? —le preguntó Gastón por cortesía.

—Conozco muchos sitios... —dijo desenfocando sus ojos claros, como si los recordase todos de golpe. Había algo nostálgico o bucólico en su acento—. He viajado por todo el mundo, créame ¡por todas partes! ¿Qué pensaría si le digo que he estado incluso en el futuro? —le preguntó Jules Never acercándose y bajando el volumen de la voz.

—Pues...

—¡Ah! —gritó Never como si hubiese caído de pronto en algo olvidado—, pero usted preguntaba por el reloj de la torre. Pues sí, está parado, hace años; luego iremos a verlo, si quiere. Cuando yo llegué aquí, funcionaba. Luego, declararon el templo en ruina (hubo algunos desprendimientos de las cornisas y el obispo no quiso correr riesgos), y el relojero dejó de venir. Ahora lo cuido yo.

—¿Es usted relojero?

—En cierto modo... Soy, por decirlo así, el guardián del tiempo —si el tal Never quería resultar inquietante, lo estaba consiguiendo—. No, en serio, soy una especie de vigilante.

—¿Cómo?

—Se lo explicaré: el templo está desacralizado, cerrado al culto, y el obispado pensaba clausurarlo. Yo pedí permiso para mantenerlo abierto a los visitantes amantes del arte gótico, y me lo concedieron. Total, esta vieja iglesia solo sirve ahora como

tumba de alguien que se hizo enterrar junto al altar mayor. Pero bueno, otra vez me voy por las ramas; usted venía a saber por qué el reloj se mueve si está parado, ¿no es eso?

Gastón afirmó.

—Pues sí, se mueve —indicó Never dicharachero—, incluso un reloj parado depende de las leyes físicas, no está totalmente muerto como pueda pensarse. Sí, ya sé que le parece raro. El reloj permanece por un lado fijo, pero por otro lado no es así, pues se desplaza junto con todo el planeta, y además, todo gira a su alrededor como un giroscopio gracias a las pesas de péndulo que lo mueven. ¿Ha oído usted hablar del péndulo de Foucault?

—Algo... —Gastón recordó al instante la novela del escritor italiano de la que le había hablado Colette.

—Verá usted, lo que hizo Léon Foucault en 1851 fue demostrar definitivamente la rotación de la Tierra mediante un péndulo gigante. Suspendió un hilo metálico de 67 metros de largo, en cuyo extremo inferior había atado una esfera de hierro de más de 20 kilos de peso, y el extremo superior lo había atado al techo de un templo. La esfera, por su parte baja, tenía un pequeño puntero, casi a ras de suelo, que rozaba una capa de arena húmeda que previamente se había extendido en el piso, de tal forma que a cada oscilación del péndulo, el puntero marcaba el recorrido en la arena. Pronto se descubrió que el surco oscilaba y realizaba un dibujo, un trazo cambiante conforme la tierra rotaba sobre el suelo del templo del Pantheón, de cuya cúpula estaba suspendido el péndulo.

—¿En el Pantheón ha dicho? —Gastón se había estremecido.

—Sí, Foucault colgó su péndulo de la cúpula del interior del Pantheón, un lugar amplio, para que todos pudieran contemplar el experimento. Desde entonces, a ese simple ingenio técnico se le conoce como péndulo de Foucault.

¡El Pantheón —Gastón estaba exaltado por el nuevo descubrimiento que le devolvía a sus olvidadas investigaciones—, el mismo edificio desde donde habían transmitido Ducretet y Popov con su artilugio de telegrafía sin hilos! Sin duda —pensaba excitado—, la conexión de todo ello era más que telegráfica. Gastón le preguntó a su anfitrión por qué el científico francés había elegido ese lugar para su experimento con el péndulo, y Jules Never le había contestado con una extraña sonrisa de condescendencia, fingiendo que no le había escuchado.

—Ande, pruebe estos bizcochos, los hace la beata de la que le he hablado.

Luego, tras la merienda, fueron juntos a la torre. Desde allá arriba bajaban los cables de acero como grandes péndulos rematados por una pesa de piedra como lastre en el extremo.

—Perdone que no pueda subir a mostrárselo y que se lo cuente todo desde aquí abajo, pero hace años que mis piernas ya no pueden ascender por esas tortuosas escaleras de caracol de piedra resbaladiza que llevan hasta la máquina. La imagino oxidada, manchada por el detrito de las lechuzas, quizá sirva ahora como nido de

estorninos y golondrinas, entre engranajes que tiran para un lado y para el otro, y que ahora se niegan a avanzar, puede que porque no se ponen de acuerdo en la dirección de giro... no sé..., perdone, no me haga mucho caso, son cosas de viejo —Never murmuraba extasiado apoyado en su bastón y mirando hacia arriba por el oscuro hueco de la torre.

Gastón le había hecho un gesto de indulgencia y comprensión, y el buen hombre se había animado a seguir.

—El tiempo no es lineal, sino circular. Como el círculo, o como la esfera, el tiempo no tiene ni arriba ni abajo, ni antes ni después. Piense en esto: si usted quisiera regresar a una fecha concreta del pasado, lo primero que debería conocer es en qué fecha se encuentra en el momento de la partida, para así poder descontar los días, los meses y los años hacia atrás desde un punto dado en el tiempo. ¿Conforme?

—Es lógico —asintió Gastón, entretenido por los razonamientos de aquel peculiar hombre vestido al estilo de otras épocas.

—¡Pues no señor! No podría hacerlo ni aunque tuviera la mejor máquina del tiempo, la de H. G. Wells...

—¿Cómo es eso? —Gastón le seguía la corriente, suponiendo que el anciano quizá estuviese algo trastornado por la edad.

—Se lo plantearé de otro modo. ¿En qué fecha cree usted que se encuentra ahora mismo?

—Pues es obvio... —Gastón iba a decir el dato pedido.

—Ya, ya —interrumpió Never—, usted me contestará con el número y el día de la semana, el mes y el año en que nos encontramos hoy mismo.

—Claro.

—Bien. ¿Pero de qué calendario?

—¿Cómo dice? —El asunto se estaba tornando interesante para Gastón.

—Sí, ¿qué calendario usaría usted como punto de referencia para su viaje al pasado? ¿El juliano, el gregoriano, el islámico, el budista, el azteca...?

—¡Tiene razón! —exclamó Gastón—. Entonces, ¿qué podríamos hacer para saber la fecha *real* en la que nos encontramos?

—¡Ah..., eso es! —secundó complacido Jules Never—. Usted ha venido a ver el reloj, ¿no? En realidad no está parado, como usted piensa, sino que atrasa en relación con el movimiento de la Tierra a través del espacio. La Tierra se aleja a gran velocidad de su momento anterior, luego los relojes del planeta no pueden seguirla.

—Sigo sin entender...

—Nuestro planeta está ahora mismo girando alrededor de su eje a 1666 kilómetros por hora; alrededor del Sol a 107 244 kilómetros por hora; junto a todo el sistema solar a 777 600 kilómetros por hora dentro de la Vía Láctea, galaxia que a su vez se desplaza a 2 880 000 kilómetros hora por el espacio. Si suma las cantidades, dan una velocidad global de 3 966 510 kilómetros por hora. ¿Entendido?

Gastón hizo un ademán asertivo, aunque trataba de aunar toda aquella

información en su cabeza.

—Pues bien —continuó Jules Never—, según la teoría de la relatividad, formulada en 1905 por Einstein, los relojes en movimiento atrasan respecto a los que están en reposo. Para demostrarlo creó la llamada *paradoja de los gemelos*: si uno de los dos hermanos viaja en una nave espacial a una velocidad próxima a la de la luz y regresa a la Tierra cuando según su calendario han pasado veinte años, se encontrará con que su hermano es sesenta años más viejo. La teoría de la relatividad juega a favor del gemelo que ha viajado a más velocidad.

—Ya entiendo.

—Pero ¿y si en lugar de viajar a más velocidad hacia el futuro se quiere viajar hacia el pasado? Imagine por un momento que yo vengo del futuro, eso querría decir que conozco lo que va a suceder y puedo obrar en consecuencia. Es decir, puedo hacer trampa al volver al pasado y cambiar la historia del mundo.

—Es cierto, ¿y qué cambiaría usted? —Gastón había comenzado a tomarse en broma las argumentaciones de su anfitrión.

—Oh, bueno, no sé, cualquier cosa... Quizá aquella muchachita que se resistió a mis cortejos. Pero, en fin... puede que sea mejor así. Pero mire, en realidad, no siempre se trata de cambiar algo. Puede que, al contrario, lo que alguien intente si puede dominar esta técnica es que no cambie determinado suceso del pasado.

—¿En qué está pensando? —preguntó Gastón entre escéptico e intrigado.

—Le pondré otro ejemplo: imagine si alguien consiguiera evitar o impedir la muerte de Cristo en la cruz; eso querría decir que no resucitó, y que por tanto no sería el hijo de Dios, y el cristianismo no se habría fundado sobre el milagro de la resurrección. ¿Qué consecuencias tendría eso en el presente? La Iglesia Católica se iría al garete; la bancarrota para la multinacional más grande del mundo. Miles de curas mendigando en la calle...

—¿Quiere decir que a la Iglesia no le interesa que nadie regrese al pasado? —Gastón había comenzado a inquietarse de nuevo.

—Claro. Pero no se preocupe. Ya se lo he explicado, para regresar al pasado desde un punto concreto del presente (o sea, del futuro) hace falta saber en qué punto temporal se encuentra exactamente quien desea hacer ese viaje, de lo contrario se arriesgaría a aparecer en una época pasada pero no en la correcta. Así que antes que nada, haría falta conocer el año cero de la humanidad.

—¿Y cómo se calcula eso?

Jules Never se inclinó hacia Gastón, como temiendo ser oído por alguien, por mucho que estuviesen absolutamente solos en la torre del templo.

—Le interesa, ¿eh? Ahora no se sabe, pero se averiguará en el futuro. De hecho, yo vengo de allá.

—Ah.

—¿No me cree?

—Oh, no..., quiero decir que, bueno... —Gastón se rascó la cabeza confuso por

aquella conversación.

—Puede que ahora no lo entienda, pero usted y yo no nos hemos encontrado por casualidad; en realidad nos conocimos en el futuro, aunque yo entonces jugaba otro papel —aseguró Never.

—Quiere decir que se ha reencarnado...

—En todo caso sería una reencarnación hacia atrás. Pero sí, le estoy hablando de una especie de postencarnación... si lo quiere ver así.

Después de ese inverosímil contacto con el anacrónico Jules Never y su reloj semiparado, a Gastón Garcelán le abordó la certeza de que había llegado la hora de regresar a España. Sin saber por qué, algo le decía que era *tiempo* de volver.

Las dos semanas que siguieron, las pasó como un autómatas, una sombra de sí mismo, haciendo los preparativos y resolviendo las cuestiones burocráticas y laborales para el traslado a España. Colette lo había comprendido, incluso le había dicho que sabía que ese momento llegaría y que estaba preparada para ello. Era un espíritu independiente y libre, no sufriría por su ausencia, y eso es precisamente lo que le molestaba a Gastón.

Como regalo de despedida, Colette le dio una de sus bonitas bufandas de cachemira; ella misma se la puso al cuello antes de darle el último beso de adiós en el aeropuerto de Orly.

—Ojalá encuentres tu camino en la vida —le susurró.

Solo Louis le había preguntado el porqué de su repentina decisión, y luego le había recriminado que fuera a abandonar a su novia, no entendía cómo podía ser tan impasible ante los sentimientos de las personas... Pero Garcelán se había encogido de hombros por toda respuesta, como quien obedece a un isocronismo que no determina uno, sino leyes y fuerzas invisibles que influyen misteriosas, y nada puedes hacer por llevarles la contraria, pues no somos más que unos engranajes que giran solo por la rotación de otros engranajes, y que a su vez transmitimos el movimiento a otros, y esos a otros... Eternamente.

Salerno (Italia),
1999

Balduino Letto se apresuró esquivando los setos y los árboles del cuidado jardín; caminaba con celeridad por los senderos de la gran mansión palaciega campestre, entre las buganvillas, las rosaledas, las retamas y los laureles. Aquel hombre extraño le había mandado llamar por medio del personal de servicio. Y no quería hacerle esperar, le cautivaba la personalidad, la presencia, el carisma, los aires nebulosos que envolvían a aquel huésped, que se alojaba como él en la casa Ruffolo, una de las magníficas y antiguas villas de verano que pueblan esta bellísima comarca italiana de Positano, llamada por sus habitantes la Divina Costiera.

Balduino Letto había gastado casi todos sus ahorros en estas vacaciones en los montes de Lattari, frente al golfo de Salerno, el famoso Sorrento italiano, considerado desde principios de siglo como uno de los lugares más exquisitos, caros y de moda de toda Europa, refugio de artistas, actores, millonarios y escritores. En villa Ruffolo planeaba reflexionar sobre su futuro y plantearse su fe. Había interrumpido hacía unos meses sus estudios en un seminario jesuita de Roma, y ahora quería darse un tiempo para pensar sobre si su abandono de la carrera eclesiástica se debía a una crisis de fe o a sus muchas obsesiones juveniles en torno al sexo, las dudas existenciales, el pecado, la culpa, la redención por el sacrificio cristiano, la obediencia ciega a sus superiores (*perinde ac cadaver*), sumisión absoluta, y la entrega espiritual a una causa cuyo jefe es presuntamente todopoderoso pero que jamás se ha dejado ver. Aquellas vacaciones iban a ser para él como unos ejercicios espirituales. Así se las había planteado.

Y así estaban transcurriendo hasta que una mañana temprano arribó a la lujosa villa un viejo automóvil BMW deportivo color crema. Un modelo anticuado, un clásico, pero perfectamente limpio y cuidado. Descendió de él un caballero de edad madura pero de excelente forma y estatura media. Miró alrededor satisfecho, y bajó algunas de sus cosas de viaje, pocas. Se registró en la casa-hotel, cuyos dueños, unos viejos nobles italianos, mantenían su posición gracias al exclusivo alquiler de su mansión solariega. El recién llegado parecía un hombre salido del pasado, con un traje de corte y material anticuado. Semejaba, con sus maletas de cuero marrón envejecido, uno de esos viajeros despreocupados debido a sus rentas, que recorren el

gran mundo dedicados a contemplar lo mejor de la vida, olvidándose de todo lo demás.

Aquel mismo día, durante la cena con unos pocos huéspedes en la gran galería acristalada de la villa, Balduino Letto tuvo oportunidad de conocerle. El nuevo huésped había estado cenando solitario en su mesa, disfrutando de la *bruschetta*, los *spaghetti alle vongole* y la *grigliata di frutti di mare*, todo regado con un vino afrutado de Nápoles. Para la cena se había vestido con un traje ligero de lino en colores claros. Había llegado al tiramisú, glorioso postre de esta zona, y al café, cuando Letto se decidió a abordarle. Se presentó y fue invitado a sentarse.

Lucía una noche apacible y transparente. Olían el galán de noche, las rosas, las buganvillas, el espliego y el romero, en perfecta armonía con el ligero toque de incienso que los dueños siempre mantenían prendido de lujosos pebeteros por varios rincones de la mansión. Balduino Letto suspiró profundamente como si acabase de contemplar el rostro secreto de la existencia. En aquel instante la vida del exseminarista cambió de golpe, aunque él todavía no lo sabía. El hombre decía ser *Dramatiker*.

—Soy el *Doktor* Richard von Wagner —se presentó alargando una mano grande y roja como un cangrejo gigante.

Percibió Balduino el inocultable acento alemán del recién conocido, amén de la palabra *Doktor* empleada en Alemania como sinónimo de doctorado en cualquier ciencia o arte, no solo en medicina. El dramaturgo pensaba pasar una buena temporada en aquella hermosa villa rodeada de olivos, viñas y pinos marítimos de copas redondeadas, y debajo de las lomas, la luminosidad restallante que alcanza en esta zona de villas y pueblecitos el mar Mediterráneo. Una comarca privilegiada, un paraíso. Sin ir más lejos, la villa Ruffolo había sido residencia veraniega de algunos papas. El lugar perfecto para unos ejercicios espirituales.

Herr Doktor Wagner se presentó como una vaga mezcla de viajero e investigador.

—Un interesado en el género humano. Ahora ando tomando notas sobre ciertos acontecimientos ocurridos en el siglo pasado —le confesó jovial el *Ritter*, mientras Letto, un muchacho tímido, anclado a su pasado pueblerino y modesto, lleno de complejos y con poco mundo en su equipaje, se sentía cada vez más impresionado por su nueva amistad. Hasta entonces, desde que había salido de su pequeño pueblo, había permanecido recluido en el seminario. Quizá por eso se estaba dejando admirar cada vez más por aquel personaje anacrónico, elegantemente despreocupado, campechano pero mundano y sofisticado a la vez, que le invitó a café y luego a champaña.

Fue una magnífica velada. Al otro día, temprano, mientras Balduino Letto, todavía en pijama, trataba de quitarse de los ojos la gasa del sueño, descubrió al *Doktor* desayunado, ya perfectamente vestido y peinado, oliendo discretamente a jabón perfumado, y con igual buen apetito que durante la cena. Allí y entonces nació una relación, que podría llamarse de amistad, sino fuese porque Letto, a falta de su

acostumbrado director espiritual asignado en el seminario, adoptó unilateralmente a aquel hombre, quizá diez años mayor que él, como director, tutor, jefe y guía. Fausto entregado a Mefistófeles.

El seminarista dio dos golpes sobre la puerta de nogal entreabierta de la habitación del dramaturgo. Nadie contestó, él abrió y entró en la rica y espaciosa habitación que le había sido asignada al recién llegado.

—¿*Ritter*?

No había nadie. Sobre una mesa vio algunos objetos personales de su admirado viajero. Había un periódico, *Il Corriere della Sera*, del día anterior abierto, con uno de los artículos de opinión señalado con un trazo ovalado por la tinta azul de una *Montblanc* lacada que reposaba junto al diario. Balduino se acercó, encendió un cigarrillo y leyó. El artículo, escrito por un tal Vincenzo Fumo, hablaba sobre la conveniencia de que el Papa dimitiera y dejara paso a su sucesor. Comentaba con ironía el último empeño del Pontífice en pedir perdón de todos los crímenes cometidos por la Iglesia en el pasado. Y terminaba diciendo que la Iglesia Católica estaba perdiendo su influencia en la nueva Europa y en Rusia.

—Ah, *mein Freund* Balduino, ya has llegado —saludó el *Doktor Wagner* entrando en la habitación.

El seminarista aún estaba de pie aguardando respetuoso.

—Pero siéntate, hombre. ¿Quieres un té? —ofreció el siempre jovial viajero.

Letto, abrumado de satisfacción por haber sido calificado de *amigo*, y de ser recibido en aquel templo privado, apenas pudo contestar a la invitación.

—Te he mandado llamar porque quiero saber tu opinión sobre lo que está ocurriendo en el Vaticano.

—¿Mi opinión? —preguntó lleno de gozo el seminarista.

—*Ja*. ¿Qué opinas tú del Papa, Balduino?

Letto se sorprendió por la directa pregunta. Tras unos segundos de reflexión, respondió:

—Que está muy enfermo.

El dramaturgo sonrió mirando el periódico abierto.

—¿Crees que Su Santidad debe dimitir por ello? —preguntó el viajero mientras servía el té.

Balduino se rascó la cabeza.

—Bueno —contestó—, he oído que eso es lo que piensan algunos. ¿Pero es que Dios puede presentar su dimisión?

—*Nein*. No es lo mismo, el Papa es solo un hombre —indicó el *Doktor Wagner*, se diría que divertido.

—Es un hombre-Dios, *sine ulla intermissione in perpetuitate temporum*, sin interrupción hasta el fin de los tiempos. En el seminario estudiamos que en estricto derecho canónico, un papa no puede dimitir, ya que no tiene a nadie a quien

presentarle su renuncia, nada más que a Dios mismo. Pero el canon 332 del Código de la Iglesia contempla no obstante la «renuncia del Romano Pontífice».

—*Ja*. ¿Y tú qué crees?

—Bueno, yo no... —al seminarista le incomodaba aquel tema de conversación. ¿Para hablar de eso le había citado el *Dramatiker*?

—Quizá el Papa deba dejar el cargo... La profecía ha de cumplirse —indicó entonces el aventurero.

El seminarista, extrañado, evitó decir nada sobre aquella enigmática sentencia que su jefe acababa de pronunciar. Pero viendo que pasados unos segundos, *Herr Doktor* seguía mirando absorto hacia el jardín, mientras tomaba su té, se atrevió a preguntar:

—¿Ha dicho usted la profecía, *Ritter*?

—*Ja*. ¿Tú crees en Dios, Balduino? —espetó de pronto el dramaturgo, regresando de su viaje al limbo. Había formulado la pregunta con indiferencia, como si en el hecho de creer o no creer, dada la situación de inminente ordenación sacerdotal de aquel muchacho, fuese posible la elección.

El seminarista no supo qué contestar.

—¿Callas, *mein Freund* Balduino? Tu silencio es un clamor.

—*Ritter*, yo...

—Tú... Tú no puedes creer si no ves; eres hijo de tu tiempo... Dichosos los que creen sin ver —sentenció, y luego, volviendo bruscamente al tema, agregó—: Sí, Balduino, se acerca el día... la fecha del *Prophezeiung*, ¿sabes?

—¿La profecía?

—*Ja*. ¿No has oído hablar del tercer secreto de Fátima?

—El tercer secreto... —repitió asombrado Balduino. No pensaba que el mundano viajero del BMW clásico y aspecto de *bon vivant* creyera en aquellas rancias supersticiones milagreras.

Herr Wagner suspiró y guardó silencio unos segundos antes de volverse hacia el muchacho, que fumaba con delectación, envolviéndose en humo como un sacerdote en sacro incienso.

—*Ja*, Balduino, ¿dirías que ando mal de la cabeza?

—Yo no digo eso —se excusó Letto apresurado.

—*Nein*. Pero lo piensas, ¿eh? —insistió malicioso el viajero.

—Yo...

—Pues por si no lo sabías, el Papa piensa revelar pronto el tercer secreto de Fátima, coincidiendo con el aniversario de la aparición de la Virgen.

La inesperada información dejó boquiabierto al seminarista. Claro está que había oído hablar en el seminario de aquel famoso milagro portugués ocurrido en Fátima en 1917, pero nada sabía de que el Vaticano tuviese pensado revelar uno de los mayores enigmas religiosos contemporáneos.

—*Ja*, ha llegado la hora de hacerlo; los enemigos de la Iglesia acechan como carroñeros en torno al Papa. Si él no se muere solo le matarán, y la única forma de

detenerlos es revelar lo que sabe sobre las presuntas revelaciones de la Virgen María en Fátima.

—¿Usted cree que quieren matar al Papa? —preguntó Letto escandalizado.

—Recuerda que ya lo intentaron en una ocasión. Hace tiempo que ya no solo intentan influir en él aprovechando sus debilidades físicas, ahora incluso se inventan lo que nunca ha dicho, y luego lo proclaman a los cuatro vientos, pues para eso dominan la oficina de prensa del Vaticano. Sí, Balduino, el Papa está secuestrado en la Santa Sede, pero el tercer secreto de Fátima le rescatará ante Roma y el mundo.

Luego, el extravagante viajero dejó transcurrir unos momentos de silencio, y agregó finalmente:

—Las profecías están para cumplirse.

Después de aquella extraña conversación en los aposentos de Richard von Wagner, Balduino Letto estaba definitivamente satisfecho por la reciente relación establecida con tan interesante personaje. Pensaba el seminarista que iba a tener el privilegio de enterarse por medio del *Doktor Wagner* nada menos que del enigmático tercer secreto de Fátima. No le cabían dudas de que su nuevo amigo estaba al tanto de todo, incluso de los mejor guardados secretos eclesiásticos. Aquel sí era un hombre de mundo. Sin embargo, poco sospechaba el joven Balduino Letto que con ello, el misterioso aventurero y dramaturgo le iba a hacer partícipe, por algún motivo premeditado, de un intrincado laberinto de hechos que más le hubieran valido seguir ignorando.

—Balduino, *mein Freund* —le abordó una tarde el caballero alemán—, tengo un asunto, una especie de misión, que proponerte respecto a lo que te comenté el otro día sobre el tercer secreto de Fátima.

—Lo que usted diga, *Ritter* —aceptó el seminarista.

La costumbre de obedecer, impresa durante los años de educación jesuita, era bien patente en Balduino Letto. Además, él, un simple estudiante de Teología en vía muerta, indagando en los sacros misterios del milagro de Fátima... La propuesta, aunque extraña, era irresistible.

—Pero antes he de ponerte al día de ciertos datos —agregó *Herr Wagner*.

—Le escucho.

—Como supongo que sabes, tras aparecérsese la Virgen a Lucía en Fátima, la muchacha ingresó en un convento y allí, después de nuevas visiones, aconsejada por su confesor, decidió escribir el mensaje que le había revelado la Virgen. El texto, lacrado para que nadie tuviera acceso a él, llegó finalmente al Vaticano, donde ni los papas Pablo VI, Juan XXIII, ni Juan Pablo I quisieron aventurarse a revelar su contenido. Juan XXIII se negó a hacer público el texto; «no quiero ser profeta de tantos males», dijo. En cuanto a Pablo VI se sabe que había declarado en privado sobre el mensaje de Fátima que «un castigo vendrá sobre el género humano. Los grandes y poderosos perecerán del mismo modo que los débiles y pequeños. También serán duros tiempos para la Iglesia; cardenales contra cardenales y obispos contra

obispos...».

—Eso ya está ocurriendo, *Herr Doktor* —interrumpió Balduino.

—*Ja*, es cierto. Y cada vez que el Papa se convierte en instrumento de la profecía de la Virgen de Fátima, las fuerzas antagónicas quieren impedirselo. No es la primera vez. Recuerda, como te dije el otro día, el atentado que sufrió en 1981, justo en el aniversario de la aparición de la Virgen en Fátima. ¿Quién puede dudar de que la coincidencia de fechas estaba planificada?

—¡Es verdad! —exclamó asombrado Balduino, que hasta entonces no había reparado en aquel detalle.

—*Ja*, pero hay más: el tercer secreto de Fátima coincide con la Centuria X, cuarteta 72 de Nostradamus, que dice así: «En el año 1999 y siete meses, del cielo vendrá un gran Rey del Terror. Él resucitará al gran Rey de Angolmois, ante el cual Marte reina». No necesito recordarte que estamos en 1999 —deslizó adrede *Herr Wagner*.

—La verdad, me parece poco formal recurrir a Nostradamus, no somos unos visionarios...

—Escucha —propuso el *Dramatiker*—, porque Nostradamus añade que ese gran Rey de Angolmois vendrá precedido por un *Verfinsterung*, un eclipse de sol. Y justamente este año, en agosto, se espera un gran eclipse de sol.

—¡El eclipse! —exclamó el seminarista. El *Doktor Wagner* asintió.

Era cierto que todo el mundo estaba pendiente del eclipse de sol, el último del milenio, porque no pocos lunáticos veían en ello la señal del fin de los tiempos y todas aquellas paparruchas de exaltados apocalípticos que nada le gustaban al seminarista dada su educación estrictamente teológica. Precisamente por eso, no le había prestado mucha atención a aquel acontecimiento astronómico, por lo demás, tan natural como el llover.

—*Ja*, el eclipse de sol del día 11 de agosto es para la profecía de Nostradamus la señal de los tiempos. Según ese visionario francés, tras el fenómeno celeste un Rey del Terror vendrá o se manifestará proclamándose emperador o Papa, suprimiendo todas las religiones, incluida la Iglesia Católica de Roma, y levantando un nuevo trono que unificará todos los poderes de la Tierra; un rey, un emperador..., o un Papa hereje.

—Bueno, *Ritter*, si me lo permite —opinó Balduino esgrimiendo su escepticismo místico—, tal como yo la interpreto, la profecía de Nostradamus no anuncia nada así, lo que dice sobre el Rey del Terror supongo que no es más que una metáfora del eclipse, porque como usted sabe, antiguamente el oscurecimiento del sol atemorizaba a la gente, como si fuese a ocurrir un cataclismo.

—*Nein*, la profecía dice claramente que el Rey del Terror vendrá después del eclipse.

—¿El Rey del Terror? Parece el título de una película de serie B —bromeó Letto.

—La profecía de Nostradamus y el secreto de Fátima anuncian que tras el eclipse

de sol del día 11 de agosto de este año, el gobierno mundial de un rey de la Europa más oriental intentará unir su corona con la del antiguo imperio ruso para oprobio de la Iglesia Católica.

—Pero un momento, *Herr Doktor*... —Balduino comenzaba a perder el hilo abrumado por todo aquello—, ¿no estará hablando en serio?

—*Ja*, totalmente.

—Pues a mí se me ha enseñado en el seminario a pensar con lógica, y esto que me está usted contando no tiene ninguna.

—¿Ah, no? —El *Dramatiker* se estaba divirtiendo visiblemente de lo lindo con aquella polémica.

—No —argumentó el seminarista—, porque lo primero es que la profecía no coincide en su fecha. Nostradamus se refiere claramente al año 1999, pero añade «y siete meses», es decir, que según eso la llegada de ese rey será en julio, que es el séptimo mes.

—Ah, *mein Freund*, esa discordancia se debe al cambio del calendario juliano por el gregoriano, impuesto por la Iglesia —aclaró *Herr Wagner*—. Si las fechas no coinciden es porque Nostradamus escribió su profecía antes del cambio del calendario.

—Vaya por Dios...

—*Ja*. ¿Ves ahora como todo es cierto? Pues bien, la profecía de Nostradamus hace referencia al resurgir de la Iglesia Ortodoxa de Rusia. ¡Estoy hablándote de un emperador-papa ruso!

Balduino Letto no sabía ya si creer o no en lo que estaba escuchando.

—Sin embargo, con el fin de frenar esa ofensiva —continuó el *Doktor Wagner*—, el papa Juan Pablo, mediante el tercer secreto de Fátima, se propone sostener la fe católica hasta el final y extender a la Santa y Apostólica Iglesia de Roma hasta las tierras de Rusia. Pero algunos quieren impedirlo de manera tajante y por no muy buenos modos.

—No entiendo que...

El *Dramatiker* levantó la palma de su mano derecha reclamando silencio y atención.

—Ahora es cuando voy a explicarte tu cometido —dijo el viajero alemán con cierta solemnidad, y añadió enseguida—. Por supuesto, tendrías todos los gastos cubiertos.

—Estoy a sus órdenes —ofreció de nuevo Balduino. ¿Por qué no iba a aceptar?, después de todo, aquello era más divertido que estudiar aburridos tratados teológicos en el seminario.

—Bien, quisiera que fueras a *Spanien*.

—A España... —repitió sorprendido Letto.

—*Ja*, a la imperial Toledo, ya sabes, sede de la Primacía de la Iglesia en ese país. ¿Crees que podrás hacerlo, *mein Freund*?

—No hay problema, tengo contactos en Roma, no me costará mucho que me envíen allí con la excusa de algún cursillo o cualquier otra cosa en el seminario.

—Bien, *wunderbar*. Escucha con atención: he tenido noticia de ciertas maquinaciones de alguien cercano a una de las facciones más conservadoras de la Curia romana actual. Se trata de Vincenzo Fumo, un hombre sin escrúpulos, una especie de abogado del diablo, encomendado por algunos poderosos integrantes del Vaticano para que investigue en Toledo la crucifixión de Jesucristo, pues parece que los enemigos de la Iglesia se proponen demostrar que Cristo no resucitó, y por tanto, no era hijo de Dios, con lo que su doctrina se convertiría en papel mojado. Y eso justamente cuando el año que viene la Iglesia Católica pretende celebrar el segundo milenio del cristianismo.

—¿Por qué investiga la crucifixión de Cristo en Toledo, no sería más apropiado en Palestina? —inquirió Balduino con razón.

—No lo sé con certeza, pero parece ser que han detectado en Madrid o en Toledo a alguien desconocido hasta ahora que parece conocer ciertas informaciones al respecto. Es una persona que sabe demasiado, incluso parece manejar determinados datos que desconocen todas las facciones interesadas y enfrentadas en el Vaticano y fuera de él, donde amenaza con desencadenarse una guerra civil por estos motivos.

—Pero esa persona... ¿Cómo saben que está allí? ¿Quién es?

—Balduino, no seas ingenuo, el servicio secreto de la Iglesia es el mejor del mundo. Tienen sicarios y espías por todas partes, y a la mínima pista saltan las alarmas. Estamos hablando al parecer de un hombre, una persona joven, quizá dependa de alguna poderosa organización política o económica europea, no sé... Creo que no lo sabe ni Vincenzo Furno. Por eso supongo que su sistema es ir y remover la inmundicia para ver qué encuentra.

—Pero esa persona, ¿no será alguien que introduce por diversión informaciones falsas?

—¿Un intoxicador? *Ja*. Puede ser... Pero sea como sea, tú has de encontrarle e investigar lo que sabe, antes de que caiga en las garras de Furno.

—¿Pero está en Madrid o en Toledo?

—Quizá en los dos sitios, ambas ciudades están muy cerca la una de la otra. Sin embargo, sé que esa persona ha sido localizada últimamente en Toledo.

—¿Y no pueden ser dos personas distintas?

—*Nein*, no lo creo, lo que pasa es que ese hombre se ha trasladado de ciudad.

—¿Y cómo le encontraré? —preguntó un poco preocupado Balduino; no esperaba que su misión fuese tan rara.

—Las últimas averiguaciones apuntan a que trabaja en la biblioteca pública que existe en el Alcázar.

—De acuerdo, dígame entonces qué tengo que hacer.

—Irás allí y te enterarás de todo lo que puedas sobre ese bibliotecario o lo que sea. Quizá él pueda conducirnos a esa otra persona de Madrid que tanto sabe; o, como

te digo, puede que ambos sean el mismo... Ese es tu cometido, Balduino; me mantendrás informado de todo vía teléfono celular; en todo caso, no has de llamar nunca aquí a la villa.

—¿Pero cómo voy a...?

—No te preocupes —le tranquilizó *Herr Wagner*—. Sé que sabrás hacerlo. Aprovecharás tu buen dominio del español y tu condición de estudiante de Teología para localizar, seguir y entrar discretamente en contacto, si es conveniente, con esa persona de la biblioteca; y sin que lo note, averiguarás todo lo que puedas sobre lo que sabe y cómo lo sabe.

—Está bien —admitió Balduino resoplando por la responsabilidad que acababa de aceptar.

—Un último consejo: no reveles a nadie tu verdadera misión. Y ten cuidado, ese Vincenzo Furno es muy peligroso.

Gastón Garcelán había cambiado su forma de vida y se había convertido en un nómada. Sustituyó en pocos meses el *glamour* de París por la adustez de Toledo, la airosa aguja de hierro de la Torre Eiffel por la pétreo verticalidad cúbica del Alcázar; el remansado Sena, lleno de *bateaux*, puentes y turistas, y enmarcado en brumosos bulevares, por los recovecos sinuosos y silvestres del Tajo hoyando el peñasco de la vieja ciudad imperial. En fin, cambió la biblioteca de París por la de Toledo. De libros a libros, como un peculiar juego de la oca; el libro como símbolo de su vida, pensaba Gastón, mientras se acomodaba a la pequeña ciudad de las tres culturas encaramada al único promontorio del páramo de Castilla.

Evitaba pensar en Colette. Su recuerdo le hacía daño. A veces se sentía culpable por haberla abandonado de aquella forma y no haberse quedado junto a ella para siempre. Había sido un cobarde, como casi siempre lo era ante el compromiso. Pero aquella chica era tan hermosa que él se sentía casi de forma involuntaria, impelido a formar con ella una familia, a sentar la cabeza de todas sus alocadas ideas filosóficas de incierto futuro, casarse con Colette y dejarse de tonterías de una vez por todas. Y tales ideas le producían un escalofrío existencial; no podía permitirse claudicar, él era libre y debía seguir siéndolo, cualidad imprescindible, pensaba, para convertirse en un verdadero intelectual.

Para distraerse, pues aún echaba de menos el fragor constante de la gran ciudad, un clamor que no encontraba en Toledo, Gastón se marchaba muchos fines de semana a Madrid, allí donde todo es gentío y soledad. Visitaba las librerías y las grandes superficies comerciales revisando las novedades editoriales, como quien no puede vivir sin saber qué es lo que se lleva esta temporada, solo que en lugar de moda, él únicamente se preocupaba de los libros.

Una tarde de sábado que vagaba entre los anaqueles y estanterías de una gran librería de las pocas que aún quedan, situada en la Gran Vía, alguien le tocó en el hombro exclamando en voz alta sin pudor por el sitio donde se encontraban (hacía años que relacionaba libros con silencio):

—¡Pero bueno, pero mira quién es! ¡Fíjate! ¡Pero si es mi amigo Gastón Garcelán! ¡No lo puedo creer; ¿de verdad eres tú?!

Gastón se volvió hacia el desconocido, un tanto molesto por la interrupción. Al principio no reconoció al intempestivo salteador de clientes; pero luego, al fijarse, al quitar con un ejercicio de imaginación la espesa barba negra que poblaba aquel rostro pálido que ciertamente le parecía vagamente conocido, como nos ocurre al llegar a un lugar donde no hemos estado nunca, pero que sin embargo nos asalta la certeza de que ya lo conocíamos, Gastón cayó de golpe en la cuenta de que aquel hombre, más o

menos de su edad, pero que semejaba tener siete u ocho años más, no era sino su amigo de la infancia Pascual Alcover.

El reencuentro fue caluroso, copioso en recuerdos, con esa ansia de intentar narrar en pocas horas los muchos años transcurridos. Primero en una cafetería, luego, pues no era bastante para que ambos realizaran las crónicas respectivas de sus peripecias y avatares desde que ambos salieran de su pequeña ciudad de provincias, Pascual Alcover propuso:

—¿Por qué no vienes a cenar a casa? ¿Sabes?, me casé con Victoria, ¿la recuerdas?, aquella pelirroja tan sabihonda...

—¡Te casaste!

—Sí —Alcover guiñó un ojo a su amigo— es que la dejé embarazada. Pocos días después de que tú te marcharas tuvimos que casarnos, ya sabes como son en nuestra ciudad, si no te casas...

Gastón Garcelán recordaba bien a Victoria, cómo olvidar aquella mujer varios años mayor que Pascual, con sus estrechas caderas ocupando la silla de la habitación de su amigo, que desde siempre había sido la *suya*. Aquella sabelotodo que fumaba y bebía copiosamente mientras sentenciaba con sus enciclopédicos conocimientos, lo mismo daba del tema que se tratase. Y precisamente, a eso mismo se dedicaba ahora, como iba a comprobar Gastón poco después tras aceptar la invitación de su amigo.

La pareja vivía no lejos de la Gran Vía, en un amplio y cómodo piso construido en los años sesenta; viejo pero grande y bien hecho, como ya no se construyen ahora. Tenían un hijo pequeño, de siete u ocho años. Victoria había cambiado. Madura, pero mucho más atractiva, de cuerpo y de rostro: «engordé al tener al niño», le había confesado a Gastón cuando se saludaron, quizá al ver que él miraba con apenas disimulado asombro las apetecibles caderas de aquella pelirroja que había conocido años atrás como una sílfide. El piso de la pareja era también burgués y aburrido, poblado por ese carácter práctico y racional con el que algunas personas confunden la felicidad. Pero ambos estaban cómodos con su poco exigente forma de vida. O al menos, eso parecía.

Durante la cena, Pascual Alcover le contó que él trabajaba en el área de informática del Ministerio de Cultura. Ella, aprovechando la oportunidad de uno de esos programas de televisión que dan opción a llamadas exteriores para responder a alguna pregunta, se había introducido poco a poco en ese particular mundo de los concursos televisivos de preguntas y respuestas con premios en metálico, hasta que desde hacía más de un año se dedicaba a ello de forma casi profesional en una ronda por televisiones regionales.

—Victoria es como una enciclopedia. Ella lo que le pregunten..., hay que ver lo que sabe; arrasa en todos los programas —se vanagloriaba orgulloso Pascual.

Vivían bien, aunque el dinero se dilapidaba sin posibilidades de ahorro con esa voráGINE tan *macro* que se estila en Madrid, donde todo es *macro*, donde se gasta por encima de lo necesario, como imbuido por no se sabe bien qué fuerzas comerciales

que hacen del tener y el consumir, más que una exigencia, una forma de vida.

Gastón vivía en un estado obnubilado que le llevaba errabundo, tal como sucediera en París, desde su casa hasta la biblioteca del Alcázar, y de allí hasta su casa, transitando por el laberinto de callejuelas de Toledo. Un día, caminando por uno de aquellos callejones de los barrios altos, se tropezó con una pequeña tienducha de antiguallas para turistas, espadas con falsa herrumbre, muebles carcomidos artificialmente, apócrifos azulejos de Tala vera... No había cartel en la destartalada puerta ni tampoco escaparate. Dentro, como agazapados en la oscuridad reinante, existía un submundo húmedo y opresor colmado de libros polvorientos y ajados, cubiertos de moho y meados por las ratas. Olía a tártaro y vapores de azufre, como si el saber contenido en aquellos volúmenes se estuviera descomponiendo en algún elixir primordial, en una suerte de alquimia literaria. La tendera, con la típica fisonomía de una bruja octogenaria (ropas negras, casi talares; gafitas redondas de fino alambre plateado, encorvada y frotándose las ganchudas manos), le salió al paso con mil genuflexiones de su ya flexionado cuerpo, sin duda de hacer abluciones e inclinaciones ante la mesa de los panes ácidos. Porque resultaba que era judía.

—Pase, pase, señor, me llamo María Salón Demetrius, pero me llaman María la judía; todo lo que aquí hay está a su disposición. ¿Le interesa algo en particular?

Gastón, no supo muy bien por qué, quizá por llevar encima el obsesivo pensamiento de las últimas semanas, el caso es que preguntó a la vez que lanzaba una ojeada curiosa a su alrededor:

—¿Tiene algo de Papus?

—¡Oh, el gran iniciado, qué digo, el verdadero sicofante! —exclamó la anticuaría con un ceremonioso aspaviento, como si le hubiese sido solicitado lo mejor de su comercio—. Ya lo creo, el gran mago de su época; dicen que era un alquimista reputado, qué digo, ¡un auténtico taumaturgo! ¿Sabe usted que fue nombrado médico personal del mismísimo zar Nicolás II, sustituyendo al asesinado Rasputín? Lo que yo le diga, un adelantado de su época.

Cuando acabó la reseña de autor no solicitada, la sefardí miró a Gastón como si hasta entonces no le hubiera visto.

—¿Pero usted que deseaba? —le preguntó observándole reticente por encima de las gafas de alambre y con una pizca de sospecha en la voz.

Gastón recordaba bien que el ruso Pierre Rakosky había estado interesándose en la biblioteca de París por el volumen de Apolonio de Tiana, el *Nuctemeron*, y Colette le había dicho a su vez que de aquella obra, Gerard Encausse había sacado su seudónimo ocultista, Papus. Preguntó a la vieja por el *Nuctemeron*.

—Ah, ya veo que es usted un enterado, un experto, quizá. ¿Me equivoco? Ese que

acaba de nombrar es un enigmático libro, sí señor. Fue traducido y explicado por primera vez por el mago Eliphas Levi. Se titula *Nuctemeron* o *La Luz del Ocultismo*, porque esa palabra viene a significar algo así como el día de la noche, o la noche iluminada por el día. Contiene un sistema de antiquísima magia asiria para la iniciación.

La bruja terminó de nuevo la información bibliográfica, y sin más, se sumió en lo que estaba haciendo cuando Gastón había entrado en su tienda, dándole la espalda como si ya no le interesase como cliente. Finalmente, añadió seca y distraída, a modo de despedida unilateral:

—No, no tengo ningún libro de Papus. Hace unos días vino un coleccionista de Madrid, que dijo ser especializado en reunir obras antiguas de esoterismo, y me compró *La ciencia de los números*, el único ejemplar que tenía de ese autor.

Era a principios de verano. Gastón Garcelán, tras haberse aclimatado por completo a su nuevo estilo de vida en Toledo, más sencillo y austero que en París, un sábado había decidido convertir en efectiva la invitación que le había hecho Pascual Alcover tras el casual reencuentro de ambos en Madrid.

—Pásate cuando quieras; yo siempre estoy libre si no es día laborable, y la verdad es que los fines de semana me aburro un poco —le había confesado Pascual semanas atrás al despedirse.

Parecía habérselo dicho como pidiendo auxilio, pues era bien visible la vida grisácea y monótona que apesadumbraba desde hacía años la existencia de su amigo de la infancia.

Por eso no le extrañó nada la alegría que mostró cuando Garcelán le llamó por teléfono para avisarle de que al día siguiente, domingo, tomaría el tren de cercanías y pasaría el día con la pareja en Madrid.

—¡Estupendo, hombre, ven; comeremos juntos y luego hablaremos de nuestras cosas! Ahora mismo aviso a Victoria para que lo disponga todo.

—Bueno, pero no quiero que os molestéis demasiado por mí, ¿eh?

—¿Molestia? ¿Qué dices, hombre?, anda, anda...

En el trayecto de Toledo a Madrid Gastón Garcelán se estaba preguntando por qué motivo, y por primera vez en meses, si no en años, se había acicalado tanto para una simple invitación a comer, y además con amigos de toda la vida. Se había puesto colonia después del *after shave*, y eso solo lo hacen los hombres cuando van en pos de una nueva conquista femenina. Acaso no quería reconocer, ni siquiera pensar en que lo había hecho por Victoria. La mujer de Pascual había cambiado. Gastón se había sorprendido al verla tras varios años, y casi no reconocerla, con su delgada cintura de siempre, pero ahora contrastando con sus rotundas caderas esculpidas gracias, según ella, al parto. Se le veía tan sabihonda como siempre, más esa pizca de enigmático silencio, pero su mirada años atrás casi siniestra era ahora envolvente y sensual. Gastón no quería reconocerlo, pero ante su presencia la entropierna le emitía

señales inequívocas. Se estaba sintiendo atraído por la mujer de su amigo.

El nuevo encuentro fue también muy cordial. Victoria agasajó al amigo de su marido con una estupenda comida hecha por ella misma, demostrando sus dotes culinarias; de hecho, Gastón, que como todo soltero solitario descuida un poco el apartado gastronómico, hacía tiempo que no disfrutaba de un ágape así. En la mesa habían hablado de mil cosas, mientras Garcelán no podía reprimir de cuando en cuando miradas algo más prolongadas de lo correcto a Victoria, que aunque entretenida en servir y retirar platos, y en atender las muchas preguntas que le hacía el niño por todo lo que aparecía en el televisor, bien podía haber captado.

La copa y el puro (curiosamente, ahora era Pascual quien fumaba. «Yo lo dejé antes del embarazo», indicó Victoria) abrió una entretenida sobremesa. La conversación, que antes había saltado sin concierto de aquí para allá, se fue centrando ahora y haciéndose más cercana, más íntima en torno a lo cotidiano y lo actual. Mientras tanto, Victoria había retirado la mesa e incluso había lavado los platos («déjalo querida, ya lo haré yo luego», le había asegurado Pascual con escasa convicción, sentado en su sofá como un patriarca gitano, mientras boqueaba humo del cigarro), y Gastón había comenzado a recomerse por dentro, pues lo que en realidad pretendía con su visita era rescatar a su amigo de la infancia para el viejo juego intelectual de concordancias.

Pero al ver a Pascual tan acomodado, le daba miedo comenzar a hablar y ponerle al día de todas las nuevas excéntricas averiguaciones y descubrimientos que se amontonaban desde hacía tanto tiempo en su cabeza en busca de conexiones acertadas. Además, recordaba que a Victoria nunca le había gustado ese juego. Aun así, poco a poco, aprovechando el mucho alcohol que bebía Alcover y el puro que consumía mientras tomaba café tras café (algo insólito en él), Gastón fue intentando centrar la conversación en torno al tema que le interesaba.

Pasaba así la tarde en ese dulce matar el tiempo tan familiar y de salita de estar, con el sempiterno murmullo de fondo de la *tele*. Entretanto, Victoria miraba a Gastón de reojo de cuando en cuando, mientras le daba la merienda a su hijo, ayudándole además con los deberes del colegio. El chico, travieso e inquieto, como son los niños a esa edad, parecía muy despabilado. A Gastón, que nunca le habían gustado los niños, le hizo gracia no obstante que el pequeñajo Nicolás, Nico, con ese desparpajo de los inocentes, ya hubiera comenzado a llamarle sin más «tío Gastón», y con las mismas, a freírle a preguntas sin duda porque se había dado cuenta, a pesar de ser un simple infante, de la buena relación que unía a este visitante con su papá.

—¿Y en qué andas ahora? —le había inquirido Pascual sin ningún ánimo de ahondar en nada específico, simple pregunta referida al trabajo. Pero Gastón había aprovechado el resquicio para inaugurar la conversación que tanto deseaba.

—Pues mira, precisamente ando metido en una investigación de lo más apasionante —contestó tratando de captarle para su causa.

—¿Ah, sí? —preguntó Alcover sin demasiado interés, dándole placenteras

caladas al puro, y mirando sin ningún interés especial y como hipnotizado al televisor. Quizá es que a Pascual poco le decía ya la palabra pasión..., eso si es que la reconocía. Pues ahora era Alcover, otrora tan delgado como un santo asceta, quien mostraba una oronda barriga y unas maneras de descuido casi grosero.

Retrepado en el sofá, con el cenicero cerca, reposando en el desgastado brazo del mueble, un feo sillón de saldo, ya demasiado viejo incluso para pasar siquiera por decoroso, Pascual chupaba su puro de mediocre heráldica. Mientras tanto, con no menor gesticulación de fingido entendido, imprimía leves giros con la mano derecha a la copa que se había servido con un castizo coñac de esos sin marca que se venden a buen precio en los supermercados de barrio. Era la típica estampa de un acomodado en pantuflas. Gastón le miraba sin entender cómo había realizado su amigo, tan semejante a él en la infancia, aquel recorrido vital, aquella caída en picado, hasta traicionar todas sus idealistas promesas de adolescencia.

—Vaya, vaya, ¿conque esas tenemos? —preguntó Alcover sin quitar la vista perdida de la pantalla del televisor, como sin darle importancia a lo que Garcelán acababa de revelar—. Por lo que veo has estado bastante ocupado estos años; ahora entiendo por qué no te ha dado tiempo a casarte.

Había en esas palabras un tono de hastiado paternalismo, como cuando un padre escucha la confesión de alguna travesura cometida por un hijo díscolo y le receta un consejo sin venir mucho a cuento.

—He creído que los viejos tiempos... —comenzó a argumentar Gastón, y al momento, sin saber muy bien por qué, se arrepintió de haberlo hecho. Porque se estaba dando cuenta del gran abismo que se había abierto en unos años entre su amigo y él. ¿Había acudido en realidad a pedirle ayuda para sus extravagantes investigaciones, o más bien a remover el pasado envenenado por la nostalgia?

—¿Los viejos tiempos? —preguntó Pascual. Parecía haberle chocado aquella frase—. ¿Los viejos tiempos? —repitió de nuevo sonriéndose sarcástico, sin dejar de mirar el televisor, como sopesando los términos:

—Ya no hay viejos tiempos —dijo volviéndose descreído hacia Gastón—; en realidad hace tiempo que se murieron, precisamente de viejos. Todo aquello pasó, ¿sabes?; ya no somos los mismos, nos hemos hecho mayores, ¿te enteras? Los viejos tiempos se quedaron atrás, y ahora los viejos somos nosotros.

Pascual Alcover aplastó casi con rabia apenas contenida el resto del puro sobre el cenicero de cristal y añadió con plúmbeo pesimismo, volviendo de nuevo la cara al televisor:

—Y con esos viejos tiempos se quemaron para siempre nuestras ilusiones y nuestros sueños; ¡oh, sí, nuestros sueños...! —añadió riéndose con amargura de sí mismo por la ocurrencia.

Gastón iba a replicar algo, quizá a pedir disculpas por haberle molestado con el recuerdo de otras épocas, o algo así. Pero no pudo, porque Alcover no había terminado aún su reproche:

—Pero no, tú siempre has sido el más idealista de los dos, lo admito. Claro, además, por ti no pasan los años, es así, ¿no? —amonestaba en tono agrio, mirándole de nuevo—. Y por esa razón apareces ahora de pronto, al cabo de ocho o nueve años, vienes a mi casa y a mi vida, te comes mi paella y me tocas los cojones con una historia de locos que has ido recopilando a lo largo de tus viajes por el mundo y... ¡Oh, vamos, mírate! Tan apuesto aún, tan joven, tan perfumado..., ¡coño, si pareces un señorito!

—Pascual...

—Y por lo visto crees que todo eso te da derecho a llegar aquí como un salvador y a rescatarme de mi santa y aburrida rutina familiar para embarcarme en tus sueños locos de Peter Pan que se niega a crecer.

Alcover se había callado de nuevo, pero ahora Gastón ya no sabía qué contestar a ese chubasco de acusaciones. De pronto, su amigo se atizó de golpe el resto del coñac que todavía le restaba en la copa, lanzando una ruidosa y soez exhalación de aliento. Y entonces, empleando un acento de recapitulación, como un juez dictando sentencia, proclamó:

—Pues bien, te ayudaré. ¡Qué coño! Me aburro mortalmente. Hace tiempo que no hago otra cosa que comer, dormir y trabajar. No, no, ni siquiera hago ya *eso* en que estás pensando, ya no me la encuentro ni para mear. Te voy a decir algo —Pascual, que parecía un poco atontado por el vino de la comida y las postreras copas de coñac barato, se incorporó pesadamente separando con esfuerzo su carnosa espalda del respaldo del sofá, con la intención de susurrar cerca del oído de su amigo, aunque Victoria y el niño trasteaban en otro lugar de la casa. Le olía el aliento a coñac, y tenía en la barba granos de arroz de la paella. Con la torpe maniobra, arrojó el cenicero al suelo sin darse cuenta, esparciendo por la moqueta la colilla y la ceniza del puro. Todo aquello podría haber sido cómico, si no fuese porque resultaba patético.

—Te voy a decir algo —regurgitaba al hablar, como si tuviese la digestión pesada —... No te lo vas a creer, Gastón, pero desde que Victoria y yo tuvimos al niño —gemía penoso como implorando comprensión o lástima— ya no hemos follado más que dos o tres veces. La tengo a pan y agua a la pobre. Bueno —añadió enseguida recuperando el volumen normal de la voz, y como intentando eximirse de parte de la culpa—, es que además ella casi nunca está en casa, ¿sabes? Va siempre de aquí para allá, de un programa de televisión a otro. Incluso sospecho que... —eructó—. Bueno, dejemos eso. El caso es que yo me quedo aquí solo y aburrido; mi vida es una mierda —concluyó en tono acre de mal actor patibulario, y a Gastón le pareció incluso que su amigo iba a soltar alguna lágrima de circunstancias.

Pascual estuvo así un rato, cabizbajo y en silencio, mientras se escuchaba hablar al locutor de la *tele*, y en la salita de estar se oía otro televisor y al niño de vez en cuando, bombardeando a su madre a preguntas. De repente, como si la nube que le oprimía hubiera pasado, Pascual Alcover se incorporó de nuevo frotándose las manos

y subiéndose las mangas de la camisa (que se había manchado de vino durante la comida) como quien se dispone a emprender una tarea trabajosa.

—Bueno, ¿por dónde empezamos entonces?

Gastón, rehaciéndose como pudo de aquella dramática confesión inesperada, arrancó explicándole a su amigo el curioso encuentro con la judía de Toledo, reconociéndole que aquel nuevo enigma que le planteaba el juego se le había atragantado debido a las dimensiones que estaba tomando, ya que abarcaba la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad, el templo de la Sagrada Familia, el extraño grupo de escritores, ingenieros, arquitectos, científicos, filósofos, inventores y nobles que parecían pertenecer todos ellos a ese conventículo llamado los Compañeros. A ello añadió después los libros antiguos del judío muerto, y sobre todo aquel *Apparatus* que no había visto nunca, del que iba en pos el ruso Pierre Rakosky, pues decía que se trataba de la máquina aristotélica... Luego le puso al corriente de sus propias divagaciones sobre lo que buscaban Volta, Popov, Lesseps y Ducretet con sus experimentos catódicos, eléctricos, magnéticos, dinamométricos, mesméricos entre la Torre Eiffel, la Sagrada Familia, la Estatua de la Libertad, el Pantheon y el Conservatorio de París... En fin, solo un loco hubiera argüido que todo aquello pudiera tener algún tipo de remota conexión. Pero según le dijo Gastón a su amigo, todo parecía que venía a concitarse en esa obra que había escrito tan enigmático personaje, Apolonio de Tiana: *Nuctemeron*, del cual había obtenido Gerard Encausse su seudónimo, Papus...

—Bien, pues manos a la *Obra* —había replicado resuelto Pascual Alcover, remarcando humorísticamente la palabra obra para darle su sentido masónico al empeño—. ¿Cómo dices que se llamaba ese coleccionista esotérico que le compró a la anticuaría de Toledo el libro de Papus, *La ciencia de los números*?

—No lo he dicho, porque ella no me lo dijo, solo dijo que era de aquí, de Madrid.

—Ah, bueno, hombre —señaló Alcover irónico—, si es de Madrid el campo de acción se reduce. Vamos, tanto como buscar una aguja en un pajar. Pero bueno, Gastón, ¿tú sabes las pequeñas y grasientas imprentas, librerías de coleccionista y cuchitriles de lance que hay en esta ciudad sin contar con las casetas de la cuesta de Moyano? ¿Has ido alguna vez al Rastro y has visto la cantidad de vendedores y tienduchas de mala muerte que se apiñan por esa zona? Ya me dirás quién demonios puede ser ese esotérico coleccionista tuyo y cuál de todas es su tienda.

—La librería *La Esfera*.

Quien había hablado era Victoria, que había entrado de improviso en el salón mientras su marido y Gastón debatían. Tras la comida se había puesto un atuendo más cómodo. Hacía calor y no tenían aire acondicionado. Ahora llevaba un vestido de muselina, medio transparente, casi desvergonzado; sujeto a sus pecosos hombros con finos tirantes. Era un vestidito muy corto y veraniego *de andar por casa*, que dejaba ver por arriba una generosa porción de sus maduros pechos, y por debajo parte de sus blancos y apetitosos muslos, remate y capitel de unas largas piernas bastante bien

modeladas para su edad. Además, iba descalza, con lo que la sensación de desnudez se acentuaba. A Gastón le pareció que no llevaba sujetador, y por eso los pechos rebotaban libres el uno contra el otro tras la vaporosa tela. Sufrió una oleada de deseo.

—Librería *La Esfera* —repitió Victoria mientras se dirigía a su marido—, así se llama un pequeño comercio de obras de ocultismo, esoterismo y magia negra.

—¿Ah, sí, querida —preguntó Pascual con incredulidad y ternura—, y cómo se llama su dueño?

—No lo sé, pero creo que no es de Madrid —terció ella agachándose con visible enfado a recoger del suelo el cenicero y la colilla del puro que momentos antes había tirado Pascual Alcover con descuido. Victoria se inclinó como en una genuflexión, con la cabeza hacia su marido, de forma que las nalgas quedaron casi pegadas a la altura de la cara de Garcelán, sentado frente a su amigo. Gastón contuvo la respiración por unos instantes al notar la presión elástica de las bragas clavándose sobre el culo de Victoria. La deseaba desesperadamente, ahora estaba claro. Allí mismo, con ella apoyada en el sillón, casi de bruces, humillada, él le hubiera subido la gasa del vestidito, le hubiera arrancado las bragas y hubiera hecho suyo aquel coño que Garcelán, presa del arrebató y el sofoco, imaginaba denso y pelirrojo, áspero al tacto y agrio al paladar.

Ella, tras recoger el cenicero y dejarlo de forma ruidosa en la mesita baja, justo delante de Alcover, se sentó en el sillón que quedaba libre, en medio de ambos amigos, como dispuesta a seguir arbitrando la conversación.

—¿Pero tú cómo sabes que se trata de ese coleccionista? —preguntó Garcelán volviéndose a Victoria. Y al hacerlo temió que sus ojos delataran el deseo que ardía en sus entrañas.

—No lo sé —contestó ella sosteniéndole su obsesiva mirada que bullía tras las anticuadas monturas de sus gafas de intelectual—, pero me lo imagino; ¿no trata de eso vuestro juego?: lo que no se ve a simple vista, se imagina.

A Gastón Garcelán no le pasó por alto la doble lectura de aquella frase, como si Victoria, en efecto, se hubiera percatado del deseo que había prendido en el amigo de su marido.

—Desde luego —aprobó Gastón mirándola fijamente.

—Bien, pues no imaginemos tanto —atajó Alcover en tono algo molesto, quizá también con doble sentido, pues había creído percibir el leve juego de miradas—; y centremos el asunto. A ver, ¿dónde vive ese dichoso anticuario? Quizá sería interesante hacerle una visita y preguntarle por su interés hacia las obras de Papus.

Victoria les explicó a ambos que tenía entendido que el coleccionista regentaba su negocio de compra venta de libros en la calle Mayor, no muy lejos de allí. Pero como ya era tarde y Gastón temía perder el último tren a Toledo, se despidieron acordando que al otro día, lunes, Pascual se acercaría por allí, averiguaría lo que pudiera sobre el coleccionista y se lo contaría a su amigo.

Cuatro días después Victoria llamaba por teléfono a Gastón para decirle que había ido a buscar la librería *La Esfera* y la había encontrado, incluso había hablado en persona con el dueño.

—¡No me digas! —exclamó Gastón perplejo y sorprendido—, pues la verdad es que yo ya empezaba a sospechar que todo fuese una broma, o que ese tipo no existiese. Por cierto, ¿y Pascual?

Gastón se estaba preguntando por qué no le había llamado su amigo. No esperaba que fuese Victoria la que tomase la iniciativa de ir a buscar la librería del anticuario coleccionista, después de todo a ella no le gustaba aquel juego.

—¿Por qué lo preguntas, no te sirvo yo? —dijo ella.

Lo que menos esperaba Gastón era aquella contestación, que lo mismo podía traducirse como reproche que como insinuación. No supo qué decir, y Victoria añadió entonces:

—Lo que ocurre es que Pascual ha estado un poco indispuerto dos días, nada grave, pero no ha podido salir él, y al final, ayer decidí ir yo misma en busca del anticuario.

Gastón sufrió una decepción.

—No sabes cómo te lo agradezco; ¿y qué aspecto tiene ese tío?

—Su negocio está en la calle Mayor, cerca del Palacio Real. No es más que un local de planta baja polvoriento y con un pequeño escaparate a la calle, lleno de esas descoloridas láminas con imágenes del Madrid de los Austrias, libritos de esos de satanismo, magia, cébala y alquimia, y breviarios con estampitas de santos.

—Pero él... —Gastón quería más explicaciones que corroboraran lo que estaba sospechando.

—Es un hombre curioso, parece viejo, pero tiene una actitud casi juvenil, no sé... Lleva un pelo largo por los hombros, unos ropajes fuera de época... Recuerdo que me llamaron la atención sus gafas de cristales rojos, ah, y que tiene acento de extranjero, ruso creo. Pero me trató de forma muy amable, incluso galante, y...

—¿Cómo has dicho?

—¿Qué?

—¿Has... has dicho gafas rojas y acento ruso?

—Sí, creo que sí, o checo, o ucraniano, o polaco, o algo así, ¿por qué?

A Gastón le estaba temblando la mano del teléfono, casi se le cae al suelo, mientras el bedel de la biblioteca, haciendo como que estaba ocupado en otras cosas, miraba de reojo y escuchaba la conversación tratando de hilvanar su sentido.

—Por nada, sigue. ¿Le preguntaste por el libro de Pappus?

—Sí —contestó Victoria—, y me confirmó que lo había comprado él, es más, me confesó que compraba todas las ediciones de Gerard Encausse, porque según me dijo, buscaba cualquier matiz nuevo sobre esa obra suya en particular, o quizá algún apunte al margen hecho por un anterior dueño. Admitió que había estado en Toledo, donde había adquirido el ejemplar de Pappus a esa vieja anticuaría que tú dijiste.

—¿Y qué más? —urgió Gastón anhelante.

—Pues nada, luego, como hacen casi todos los hombres, pasó al ataque, ya sabes; me preguntó insinuante que a qué debía el interés y la visita de alguien tan bella como yo. Para quitármelo de encima le contesté que era para hacerle un regalo a mi marido, al que le había dado hacía poco por coleccionar libros raros.

—Ya...

—Luego, más calmado, me pidió las señas para avisarme de si encontraba algo que me pudiera interesar en particular. Se despidió de mí dándome un beso en la mano y llamándome ahora «señorea». Ya te digo, era muy cortés y amable.

—Ya veo... —murmuró Gastón pensativo.

—Ah, vestía una especie de casaca y encima un enorme abrigo de color gris, creo, y llevaba los dedos de las manos casi cubiertos de anillos.

—¿Estás segura? —inquirió Gastón.

—¿Qué quieres decir?, pues claro que estoy segura.

—¡Es el mismo —exclamó Gastón sin poder contener su excitación, y sin darse cuenta de que el bedel seguía espionando la conversación disimuladamente—, tiene que ser el mismo! ¡Es Pierre Rakosky! ¿Pero qué está haciendo aquí en España?

Gastón Garcelán, aturdido aún por la inesperada sorpresa, se despidió de Victoria agradeciéndole la llamada. Antes de ello acordaron que él volvería a Madrid el fin de semana para comprobar personalmente la identidad del coleccionista y recabar más datos, si era posible, ahora que sabían dónde encontrarle.

—¿Por qué no te vienes el sábado y pasas los dos días con nosotros? Ya sabes que tenemos sitio de sobra. Puedes quedarte en la habitación de invitados —ofreció Victoria.

Garcelán aceptó, esperanzado de que aquello fuese más que una mera invitación de hospedaje.

Lo primero que hizo Gastón en cuanto llegó, dejó sus cosas y saludó a sus amigos, fue acercarse a la calle Mayor para hacerle una visita al misterioso coleccionista. El corazón le latía a cien por hora cuando encontró el lugar. *La Esfera* casi le pasó desapercibida, porque tenía echadas hasta abajo unas viejas persianas metálicas oxidadas, tanto en la puerta como en el escaparate. Por allí no había otro negocio de ese estilo ni comercio de libros similar, así que aquel debía ser el que buscaba. En la persiana de la puerta había sido fijado con cinta adhesiva un folio con unas frases escritas a mano en una elegante letra de aspecto antiguo trazada con estilográfica: «Compra-venta de libros *La Esfera*. Cerrado por vacaciones». Gastón se quedó perplejo en medio de la acera, mirando como hipnotizado aquel papel, mientras recibía los codazos y empujones de los turistas que pasaban a raudales haciendo fotos aquí y allá. En la parte superior del folio figuraba el dibujo impreso de una pequeña esfera de color negro rematada por debajo con una cruz bizantina.

—Bien, ¿y qué tiene de raro que el tipo ese haya cerrado para tomarse unas vacaciones? No tendría nada que vender de momento —adujo Pascual Alcover.

—No sé, pero estoy seguro de que es el mismo tipo, Pierre Rakosky, el que intentó sobornarme en París para que le vendiera o le dijera cómo hacerse con la máquina aristotélica de aquel judío muerto.

—Chico, creo que lo complicas todo mucho, te estás imaginando cosas —le amonestó Alcover.

—Está bien, pues establezcamos paralelismos verosímiles. Tú dirás lo que quieras, pero esta es la segunda vez que le sigo el rastro a ese ruso, o más bien me lo sigue él a mí; y de nuevo me encuentro con el emblema de la esfera y la cruz invertida.

—¿Pero por qué está la cruz invertida?

—No lo sé. La primera vez que vi ese símbolo fue en un papel metido entre las páginas del facsímil del *Nuctemeron* que hay en la biblioteca de París, y el papel llevaba escritas unas notas con el mismo tipo de letra que este.

—¿Unas notas? —preguntó Pascual.

—Sí, una alusión a Jacobo Bernoulli.

—Bien, pero no puedes determinar solo por eso que fue el ruso quien dejó esa nota entre las páginas del libro; pudo haber sido cualquiera.

—Mi compañero Louis me dijo que era la primera vez que alguien se interesaba por la copia del *Nuctemeron*, y no olvides que ambos papeles llevan el símbolo de la esfera y la cruz. Además, ya te digo que recuerdo bien su letra picuda y barroca. Es la misma que la del folio de la tienda, solo que aquella estaba en francés y esta en español.

—De lo que se deduce que tu amigo tiene acento ruso, nombre francés y escribe al menos en francés y español. ¡Ese tío es un cosmopolita! —Rio divertido Pascual.

—Con esos datos aún no puedes estar seguro de que sea el mismo —intervino entonces Victoria, que acababa de sentarse junto a los dos amigos—. No se puede intentar completar un rompecabezas partiendo de una ficha errónea.

—Bien, pues empecemos por la ficha correcta: Victoria, ¿por qué no preparas unos cafés? Mientras —sugirió Pascual—, Gastón y yo vamos a analizar las otras fichas disponibles de este rompecabezas.

A Pascual Alcover se le veía ilusionado por comenzar de nuevo aquel juego. Victoria obedeció aparentemente sumisa la sugerencia insolente de su marido, pero no del todo convencida de tener que servirle.

—Yo no sé qué será esa esfera con una cruz debajo, pero sí sé quién es Jacobo Bernoulli, era un experto en combinatoria —indicó Alcover.

—¿Y tú qué sabes de eso? —preguntó Gastón, recordando la conversación mantenida al respecto en París con Rakosky.

—Estudié Ciencias, ¿recuerdas? Y sé más cosas de las que tú y Victoria creéis, no soy el tonto del trío —reprochó molesto Alcover.

—Vale, vale, hombre, no te enfades.

—Te explico lo de Bernoulli si no me tocas más los cojones.

Gastón alzó las manos como diciendo, haya paz, y Pascual continuó.

—La combinatoria estudia las propiedades de los diversos grupos que pueden formarse, según una ley dada, con un número finito de elementos. Los tres tipos de grupos más importantes que pueden formarse son variaciones, permutaciones y combinaciones.

—Oye, Pascual —interrumpió Gastón—, ¿te has dado cuenta de que eso que acabas de decir se parece mucho a nuestro juego?

—Ahí quiero llegar. Eso que llamas la máquina aristotélica me ha recordado los orígenes de la informática —indicó Pascual.

—No veo qué tiene que ver en esto la informática.

—Pues sí, porque los principios de la informática casi rayan en la magia. Mira, en 1620, Francis Bacon, basándose en Ramón Llull, propone su *Organum*, que él llama máquina de pensar, y que funcionaba tomando como base las posibilidades combinatorias de discos concéntricos grabados con signos.

—¿Qué signos? —preguntó Gastón.

—Me imagino que de magia. Bacon fue quien formuló el axioma de la magia: «Para gobernar la naturaleza es preciso obedecerla». Pero no nos desviemos del tema. Después de Bacon, ya en el siglo XVIII, viene ese Bernoulli y más tarde Leibniz, que descubre el cálculo infinitesimal.

—No sé adónde quieres ir a parar, Pascual.

—Pero hombre, está claro. Son métodos de combinatoria de signos, como los ábacos, son los principios con los que más tarde trabajarían los ordenadores.

—Ya —Gastón no estaba muy convencido de aquella línea de investigación.

—Creo que lo que busca tu ruso es la máquina que calcula el nombre de Dios, como los judíos —concluyó Pascual.

—¿Tú crees?

—Claro, ¿no has leído nunca ese cuentecito de Arthur Clarke, «Los nueve billones de nombres de Dios»? Recuerda que ahí se dice que unos monjes budistas compran un potente ordenador en los Estados Unidos para introducir los nombres de Dios posibles que ellos han estado calculando durante siglos, para que el ordenador determine cuál es el auténtico. El ordenador lo hace, y entonces ocurre algo insólito. Como la finalidad del ser humano es vivir descubriendo a Dios poco a poco, sin adelantarse al tiempo, entonces Dios, ya revelado y manifestado, da por concluida su propia misión y destruye el universo.

Gastón resopló pensando en ello durante unos instantes.

—Ahora que lo mencionas —comenzó a decir—, quizá haya alguna relación entre esa combinatoria informática y la máquina aristotélica que iba buscando Rakosky. Porque resulta que según me dijo ese ruso, Aristóteles intentó crear un método de combinaciones de elementos para explicar todas las cosas del universo.

Pascual asintió:

—Es algo parecido a lo del cuento de Clarke.

—Por eso Aristóteles escribió la *Metafísica*, donde diferencia entre la importancia de la posición, del orden o de la forma —añadió Gastón.

—Sí —objetó Pascual—, pero Aristóteles solo creía en la lógica, así que se olvidó de un elemento primordial para que funcione la máquina, que sería perfeccionada después por Lull y Bacon.

—¿Qué elemento?

—El azar, investigado por Bernoulli.

—El azar... ¡claro! ¡El azar! —explotó Gastón entonces, entendiéndolo—. ¡El undécimo elemento!

—¿Cómo dices?

—Ahora lo comprendo, lo que buscaba Rakosky es una categoría más de las diez que componen el *Organon* de Aristóteles: ¡el azar! Y mira por dónde, ahora me entero de que Bernoulli es el descubridor de ese elemento... ¡Es increíble, todo comienza a encajar!

Más tarde, interrumpiendo aquella jerigonza de conversación, había entrado Victoria y había amonestado a los dos amigos:

—¿Aún estáis con ese juego vuestro? Dejadlo ya, ¿vale? Además, Pascual, recuerda que le prometiste a Nico que le llevarías esta tarde al cine.

—Es verdad, lo siento, Gastón, tengo que... Si quieres venir, es una *pelí* de dibujos animados —invitó Pascual.

—Ya soy mayor para esas cosas —se excusó Gastón, que veía llegar el momento de quedarse a solas con Victoria—. Te espero aquí. Cuando vuelvas seguimos hablando de todo esto.

Allí estaban los dos sentados, más la *tele* que hacía de tercero y testigo con voz pero sin voto.

—El niño está muy crecido —indicó Gastón por decir algo.

—Sí.

No sabía cómo abordar aquella inesperada situación.

—¿Quieres una copa? —ofreció Victoria.

Gastón no bebía, pero le parecía que no podía rechazar la invitación, quizá era la forma mejor de romper el hielo.

—Sí, gracias —él se dispuso al ataque.

Ella llegó con la copa y la dejó en la mesa baja junto a Gastón, rozándole la pierna ligeramente. Él lo interpretó como una segunda insinuación. Vamos bien, pensó. Iba a formular la primera frase de introducción. Algo poco comprometedor, algo como: «Victoria, ya sé que no te caigo bien», pero ella se adelantó:

—Gastón, ya sé que te caigo mal.

Él se atragantó con la copa. Tosió y la dejó sobre la mesa encima del posavasos serigrafiado con el acueducto de Segovia.

—Perdón.

—Quiero decir —continuó Victoria—, que ya sé que siempre has creído que al casarme con Pascual te robé a tu amigo.

—Victoria...

—No, déjame continuar. Yo quiero tanto a Pascual como tú, ¿sabes? Es un buen hombre... Bueno, tiene sus cosas, como todos, pero es un buen marido y un buen padre. Quizá me casé con él por circunstancias... Quizá no esté lo que se dice enamorada, pero aun así no me arrepiento.

Gastón siguió escuchando y preguntándose qué tipo de conversación era aquella. ¿Acaso el matrimonio le utilizaba para confesar sus problemas íntimos cada uno por su lado, como si fuese uno de esos terapeutas familiares americanos?

—Sé que nunca te caí bien, que irrumpí en vuestra cómoda y entretenida vida de estudiantes —sonrió ella—; aún me acuerdo de aquella tarde cuando eché abajo sin consideración aquel juego vuestro de casualidades.

Gastón comenzaba a entender los derroteros de la conversación.

—Y de eso precisamente te quería hablar: por favor, Gastón, deja a mi marido en paz, olvida, o si no quieres no lo olvides, ese juego, pero no inmiscuyas en él a Pascual.

—¿Pero por qué? —Gastón seguía sin entender el miedo de Victoria por un inocente juego intelectual.

—Escucha, Gastón, te contaré algo: ya sabes que me pasé la juventud en Ibiza, en una comuna *hippie*. Nunca fui una niña fácil, mis padres me lo dieron todo, estudios, caprichos, viajes... todo. Todo menos el amor de una familia; su matrimonio no funcionó nunca desde que yo recuerde. Todo eran discusiones, hasta que se separaron. Yo me quedé con mi padre por circunstancias legales; siempre le culpé de la ruptura. Así que en cuanto pude, siendo aún casi una niña, me fugué a Ibiza con otros amigos. Viví unos años locos, ya sabes, amor libre, vegetarianismo, meditación trascendental, haz el amor y no la guerra... íbamos a cambiar el mundo... Bob Dylan, Joan Baez, John y Yoko, amor y paz, drogas. Lo probé todo, desde el peyote al ácido. Vivíamos en el campo, en una choza casi, vendíamos artesanía en el mercadillo y gastábamos todo en drogas y discotecas. Pasábamos los días al sol colocándonos o recuperándonos del colocón. No sabíamos en qué día ni en qué mes estábamos, ni en qué año, vaya. Un día estaba yo dormitando en la playa, en una cala de esas que por la noche montan una discoteca ambulante, a reventar de LSD, vagando por otros mundos psicodélicos y todo eso, cuando creí notar que alguien se me acercaba y se sentaba a mi lado. No lo podría asegurar con certeza, pues el ácido te provoca esas alucinaciones. Parecía la voz de un hombre, incluso supuse que hablaba con cierto acento italiano. Pero no estoy segura de esos detalles. Yo ni me moví, no podía, de hecho no sabía si todo aquello estaba sucediendo de verdad o era una visión inspirada por la droga.

»—Despierte de una vez de su sueño —dijo la voz—. Usted no es quien cree ser, es la heredera del mayor imperio de la tierra, y está llamada a algo más que a

permanecer aquí ociosa y drogada. Levántese, regrese a la Península y búsqenos. Su futuro y el de toda la Humanidad dependen de ello.

»Eso es más o menos lo que escuché. Era como te digo una voz de hombre, eso es seguro, porque tenía una vibración baja y resonante. El episodio me dejó preocupada, era como si se hubiesen inmiscuido en lo más profundo de mi subconsciente y hubiesen espiado mi pasado. Pero pronto lo olvidé achacándolo a los efectos del ácido. Seguí durante varios meses más mi estilo de vida alocado, las comidas comunales, el sexo en grupo, las drogas como una liturgia libertaria... Al cabo de unas semanas me empecé a encontrar mal. No sabía lo que tenía, así que acudí a una vieja curandera que vivía en unas cuevas en medio de la isla.

»—Niña, tú no estás mala, estás preñada.

»Lo primero que pensé fue en abortar. Pero luego, pensándolo mejor, me dije que quizá aquello era una señal del cielo, o de quien fuese, para abandonar aquella vida que me estaba matando poco a poco. Regresé y me instalé en Madrid, donde en unos bajos comerciales, con otros amigos que se vinieron conmigo, instalamos una *boutique* de moda ibicenca que traíamos de la isla. Nos fue bien, prosperé; no sabía nada de mis padres, no quería verlos. Un día, al cerrar la tienda y mientras caminaba hacia el centro para tomar una copa, me tropecé con un cartel que anunciaba una conferencia sobre el psicoanálisis y las teorías enfrentadas de Freud y de Jung. Siempre me habían interesado esas cosas, así que entré. La conferencia ya había comenzado, estaba hablando un profesor argentino o chileno, creo, diciendo cosas sin demasiado sentido. Un hombre maduro, sentado a mi lado con gafas oscuras, me preguntó:

»—¿Qué piensa usted de lo que dice el ponente?

»Al instante reconocí la voz. ¡Era la misma que me había hablado en Ibiza aquel día del LSD! La conferencia había terminado, la gente se ponía de pie y se dirigía a la salida; yo estaba aturdida, mirando a aquel hombre de la voz ronca. Él, entonces, sacó una tarjeta del bolsillo y me la dio, desapareciendo después entre el público. Al cabo de un rato, ya en la calle, miré la tarjeta. Venía la dirección de cierta parroquia, que luego me enteré pertenecía a la Compañía de Jesús. Fui, no sé muy bien a qué ni por qué. Un amable párroco, inevitable sustraerse a su corrección y su bondad, me cogió del brazo y me invitó a unos cursillos sobre la Biblia que se estaban impartiendo en una sala parroquial del templo. Accedí no muy convencida, no sé si pensando quizá que el misterioso hombre de la voz ronca podía estar allí. Pero no estaba. Aquella fue la primera vez que vi a Pascual Alcover. Se encontraba sentado entre los pocos asistentes, me saludó sin conocerme desde su lugar. Alguien que pretende ligar, me dije. Era un muchacho alto, desgarbado y delgaducho. Feo. No me gustaba nada, pero parecía buena persona.

»Resultó que Pascual era un chico sencillo de provincias que estaba estudiando Ciencias en Madrid. Me pareció simpático, sencillo y natural, nada que ver con las gentes sofisticadas y tóxicas que había conocido en Ibiza. Me resultaba inofensivo,

desangelado, quizá por eso comenzamos a salir. Y al poco, casi sin darme cuenta, ya habíamos cambiado los cursillos sobre la Biblia por otros prematrimoniales.

—Pero has dicho que estabas embarazada —preguntó Gastón interrumpiéndola.

En eso la puerta del piso se abrió y entró en tromba Nico, seguido de su padre.

—¡Mamááá! ¡No veas qué *pele* más *chuli* hemos visto, ven que te la cuente!

Ahí quedó zanjada a la fuerza aquella interesante confesión de Victoria. Gastón regresó a Toledo un poco mohíno, como a quien no le han salido las cosas bien. Había ido en busca de sexo y Victoria le había endosado la historia de su vida.

Gastón Garcelán y Pascual Alcover habían mantenido en casa de este algunas reuniones más de fin de semana para seguir adelante con su recuperado juego, hasta que un día Victoria había llamado por teléfono a Gastón a Toledo y le había pedido, sin que lo supiese su marido, que pusiera fin de una vez a todo aquello. Esta vez parecía hablar muy en serio. Su voz sonaba preocupada, incluso temerosa. Gastón se había ofrecido a ir a visitarles y hablar de ello, pero ella lo había rechazado taxativa, y él se dio cuenta de que Victoria pensaba que su presencia no causaba buena influencia sobre Alcover, y de que ella había decidido cortar aquellas conversaciones, incluso a costa de la vieja amistad de ambos. Tampoco era de extrañar —pensó—, las mujeres casadas se vuelven posesivas hacia su marido y su familia en general. De modo que si quería seguir jugando a aquello, que en realidad para él no era un juego, debía hacerlo solo, le había dicho Victoria categórica, dando por zanjadas las visitas a la familia.

Al día siguiente Gastón recibió una carta de Louis, su antiguo compañero de la biblioteca de París. Le invitaba a su boda. ¿Por qué no? Un reencuentro con los viejos escenarios le haría bien. Así que pidiendo adelantados unos días de las vacaciones de verano, se plantó en París.

Le agradó sentir de nuevo la anchura de horizontes de la ciudad. Nada más llegar se decidió a hacerle una visita a Colette. Este era en realidad el motivo inconfesable por el que se había decidido a acudir a la boda de su compañero. Ahora Gastón estaba frente a su puerta preguntándose cómo lo recibiría ella después de tanto tiempo sin llamarla ni escribirle ni una sola vez. Pero Colette no estaba en casa.

Louis se casaba con una chica estupenda, harían buena pareja. La boda, sencilla y con mucho encanto, había dado paso al banquete en un pequeño hotel muy recoleto y romántico a orillas del Sena. Todo estaba transcurriendo apacible y normal. Incluso a Gastón le había bajado un poco la fiebre de sus obsesivas fantasías.

Poco antes del banquete, mientras los invitados esperaban a los novios en el vestíbulo, Gastón había encontrado en una de las mesas del hotel un folleto abandonado allí que informaba de una exposición en el Conservatoire des Arts et Métiers, el famoso Museo de las Ciencias de París. ¡Qué casualidad!: la exposición era con motivo del bicentenario de la invención de la pila de Volta. Notó que se le erizaba el cabello. Como si fuera un cleptómano, se guardó el folleto en el bolsillo, y durante el banquete no pensó en otra cosa que en leerlo y ver hasta cuándo duraba aquella muestra. Parecía como si alguien lo hubiese dejado allí para que él lo encontrara.

Se sentía al mismo tiempo ilusionado por el hallazgo y traspasado por una especie de fatalidad que le obligaba a seguir adelante con aquella historia. Era una sensación

agridulce de sentirse vivo, por momentos se sentía una pieza imprescindible en aquel caos de la vida cotidiana sin aparente sentido. Cuando terminó la cena y se despidió de los novios, sacó el papel, y de camino a su hotel, vagando por las solitarias calles, como un sonámbulo, fue leyendo el contenido de aquel *casual* encuentro. En efecto, se trataba de una exposición de artilugios de ciencia antiguos realizados por científicos del Renacimiento. La muestra se titulaba *De l'étincelle á la pile*, y reunía un catálogo de invenciones del pasado, todo con motivo del aniversario de Volta. Tenía que ir.

Al otro día, Gastón se duchó, tomó un café en el bar del hotel, y con la prisa que le apremiaba por visitar aquella exposición, se encaminó hacia el número 60 de la calle Réamur, por donde se accede al Museo de las Ciencias. Cuando llegó y vio la verja de hierro cerrada se desoló. Un cartel indicaba: «Musée des Arts et Métiers. Ouvert du mardi au dimanche. Heures d'ouverture: de 10 á 18 heures. Fermé les lundis et jours fériés». ¡Qué fatalidad! Así pues, los lunes cerraban el museo.

Gastón caminaba ahora vagando sin rumbo mientras trataba de serenarse y pensar. «¿Qué hacer? Debería regresar mañana a España; mi avión sale muy temprano, era lo previsto en un principio. El miércoles tengo que estar en el trabajo, pero...». Cavilando las opciones entró en un bar y pidió un *pastis*. «Ya no podré ver la exposición de Volta y su pila, y quizá habría encontrado allí una clave, algún resquicio para saber el porqué de todos esos experimentos electromagnéticos; qué intentaban comunicar o emitir Popov y Ducretet desde la Torre Eiffel al Pantheón... ¡Un momento! —Detuvo su pensamiento en seco—. ¡Claro, el Pantheón! Quizá eso sí esté abierto, también es un museo, pero es monumento nacional, puede que no cierren ningún día de la semana».

Cuando llegó, miró con asombro casi infantil la gran cúpula de ochenta y tres metros de altura. Recordaba lo ilustrado en su día por Colette, cuando él le preguntó por aquel monumento francés: El Pantheón nació en 1764 bajo el reinado de Luis XV, originariamente como templo de Santa Genoveva, patrona de la ciudad. Pero en 1791 fue transformado en un templo laico que sirvió para enterrar en él a los hombres de la Revolución, la Ilustración y la Ciencia.

Ahora Gastón estaba de suerte; el monumento nacional de hombres ilustres estaba franco. Entró y se orientó enseguida hacia la cripta subterránea. En un opresor ambiente de lujosa catacumba neoclásica contempló con la absorta reverencia de un turista foráneo las lápidas de los prohombres progresistas de Francia. Allí estaban entre otros Malesherbes, Mirabeau, Monge, Fénelon, Carnot, Berthollet, Laplace, David, Cuvier, Lafayette, Voltaire, Rousseau, Bichat, Zola, Hugo, Jaurés... y la única mujer: Marie Curie.

Gastón se estaba ahogando de estar allí abajo en la cripta. Sudaba copiosamente cuando decidió salir. Entre las columnatas y frisos del antiguo templo se encontró mejor. Mientras tanto, todo el enorme atrio se había llenado de visitantes. Miró hacia arriba, buscando la luz y la atmósfera de la gran cúpula; justo allá arriba, desde aquel

mismo lugar, el ruso Aleksandr Stepanovich Popov y el francés Eugène Ducretet habían recibido las señales emitidas desde la Torre Eiffel, o viceversa, mediante su aparato de telegrafía sin hilos. ¿Por qué? ¿Qué tenía de particular aquel edificio? Recordó que Jules Never le había dicho meses atrás que allí era donde Bernard Léon Foucault había realizado su primer experimento con el péndulo, sin embargo, Gastón no vio péndulo alguno por ningún lado.

Mientras se hacía esas y otras conjeturas bajó la vista que volaba junto con su imaginación por aquellos espacios blancos y enormes. Al hacerlo, al mezclarse su visión con el gentío que trasegaba el atrio del templo de aquí para allá, le vio. O más bien, le pareció verlo. Fue de soslayo, apenas de pasada, y a continuación se perdió entre la masa. Como quien contempla una aparición, a Gastón le parecía haber visto a Pierre Rakosky.

Al día siguiente, muy temprano, Gastón tomó el avión hacia España. Regresaba todavía más abrumado por los acontecimientos. Había partido hacia París con la idea de desentrañar alguna secreta pista, y le parecía haberse topado con ella cuando encontró en el hotel el folleto de la exposición sobre Volta en el Museo de las Ciencias. Las circunstancias parecían confabularse contra él y aplicarle sus propias y perversas reglas. Era como si el juego de coincidencias estuviese cobrando vida propia y amenazara con suplantar su voluntad para imponer la *suya*.

El compañero de asiento de Gastón Garcelán en el avión de regreso a España era un tipo extraño. Vestido como un personaje literario de principios de siglo. Tenía una cara ancha y surcada de eso que se llama arrugas de carácter. Unos ojos intensos, claros pero de mirada poderosa, un cabello rubio, revuelto y algo más largo de la moda actual. Su rostro arrebolado revelaba una naturaleza sanguínea, parecía en conjunto uno de esos turistas alemanes o austríacos que piden en España las cañas de cerveza de a litro y se las beben como el agua...

—¿*Spanien*? ¿Ha disfrutado de su estancia en París? —Le abordó el hombre en francés pero con acento alemán.

—¿Perdón? —Garcelán se vio sorprendido por el abordaje imprevisto de su vecino.

—Regresa usted de París, ¿*Nein*? Ah, *wunderbar*, la ciudad de Isis y de los nautas, de la *grandeur*... El corazón de Europa; allí se han fraguado los mayores acontecimientos del continente. Perdón, me presentaré: soy Richard von Wagner.

—Yo Gastón Garcelán. ¿Es usted alemán? Habla muy bien el...

—*Ja*, soy alemán. Pero soy eso que llaman con tan mal gusto los burgueses y los horteras, un ciudadano del mundo.

—¿Y a qué se dedica?

—A investigar.

—¿Es usted detective? —preguntó Gastón.

—*Nein*, no exactamente, ¿acaso lo es usted?

—Oh, perdón; lo siento, no hago otra cosa que preguntarle —se disculpó Gastón.

—Ah, pero no se preocupe —restó importancia el alemán—. En realidad quiero decir que soy tan detective como lo pueda ser usted.

—¿Yo?

—*Ja*, ¿acaso usted no lleva meses, por no decir años, investigando?

Gastón Garcelán se quedó pasmado por la sorprendente pregunta.

—¿Cómo sabe que...?

—Bueno —el alemán hizo un gesto vago con la mano—, entre nosotros...

—¿Y qué investiga?, es decir, si puedo preguntárselo —el corazón de Garcelán palpitaba acelerado. ¿Quién demonios era aquel tipo?

Lo escrutó tratando de averiguar algún rastro de su identidad. Tenía ante sí a un hombre de unos cincuenta o quizá sesenta años, vestido con un estilo de profesor anticuado, como un Lord Byron. Destacaba un pañuelo anudado al cuello de su camisa de alas. El estilo decimonónico se completaba con pantalón claro y zapatos del mismo color, como si aquel hombre acabase de llegar de unas vacaciones de Córcega, Niza o el Sorrento. Portaba una vieja carpeta de piel marrón reforzada con cantoneras de cobre, como la de un rancio pasante. Mediana estatura, de ademanes recios y modales mesurados, brillaba en su chaleco pardo la cadena de oro de un reloj de bolsillo, con la que jugueteaba entre los dedos de su mano izquierda, y sonreía con la franqueza de un *gentleman* bien educado. Aunque algo en él te hacía poner en guardia a causa de su mirada clara intensa y analítica. Semejaba, en fin, el personaje sacado de un libro antiguo, pensó Garcelán, similar, por cierto, a Jules Never. ¿No sería otro de esos Compañeros?

—Si permite que se lo diga, caballero —terció Von Wagner de buen humor—, estoy precisamente investigando cierto asunto que le concierne.

Garcelán, molesto por el misterio insolente que contenía aquella aseveración, contestó poco cortés:

—Lo dudo, no creo que sus asuntos y los míos tengan ninguna coincidencia.

El hombre sacó una tarjetita del bolsillo de su chaqueta y se la tendió a Gastón. La tarjeta llevaba impreso su nombre: *Herr Doktor Richard von Wagner*, y debajo la ocupación: *Dramatiker*.

—¿Dramaturgo —preguntó Gastón—, no ha dicho que era investigador?

—*Ja*, ¿y no es lo mismo? Investigo la naturaleza del alma humana.

Luego extrajo una pluma Montblanc de laca negra, anotó con ella un número al dorso de la tarjeta y se la tendió a Gastón.

—Estudio el caso Romanov —dijo de improviso adoptando una sonrisa maliciosa y descarada, mientras sus mofletes arrugados se arrebolaban como una amapola.

—¿El caso Romanov? —repitió Garcelán ocultando otro golpe de sorpresa. El zar, Papus, los Compañeros...

—*Ja*. Investigo por mi cuenta el asesinato no resuelto de Nicolás II y su familia.

—No investigue más —intervino Gastón—, los culpables fueron los

bolcheviques.

Su compañero de asiento le miró fijamente con su sardónica sonrisa y sus chispeantes ojos claros; en su ancho rostro se percibía un cierto aire de placentera despreocupación o calculado nihilismo.

—*Nein* —negó Wagner—. Me refiero al responsable, al *cerebro* que planeó el crimen —indicó como sin darle demasiada importancia.

—Han pasado, ¿cuántos...? ¿Ochenta años? ¿Qué hará usted cuando lo encuentre, meterlo en la cárcel? —preguntó sarcástico Gastón.

Herr Doktor volvió a mirarle entre divertido e impasible.

—Evidentemente, no. Pero la humanidad tiene derecho a saber de quién partió la orden del magnicidio.

—¿No fue idea de Lenin? Vamos, que yo sepa —opinó Gastón por seguir aquella conversación en pleno vuelo.

El presunto dramaturgo alzó los hombros.

—¿Quién sabe? Quizá usted lo descubra... —dijo entonces volviéndose hacia la ventanilla.

—¿Yo?

—*Ja* —Von Wagner giró de nuevo la cabeza hacia Gastón—, tengo entendido que es usted muy bueno para las investigaciones, algo así como un Hércules Poirot. Además, quizá comparta con usted documentación valiosa para elaborar su tesis doctoral.

—Un momento, ¿cómo sabe que...? —Gastón estaba a punto de levantarse de su asiento y salir corriendo y pedir socorro a una azafata.

—Usted conoce a ciertas personas... Como Pierre Rakosky, por ejemplo —sonrió *Herr Wagner* con su acostumbrada malicia indiferente.

Ahora sí que Gastón empalideció al oír ese nombre.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó a continuación Gastón tenso y seco, poniéndose en guardia.

—Tranquilícese, solo le pido su colaboración, nadie va a ser juzgado; como usted acaba de sugerir, quedan pocas personas vivas relacionadas con todo eso. Me guía tan solo el afán de esclarecer aquellos sucesos tan desgraciados para Rusia. Toda nación tiene derecho a enterrar a sus muertos, pero también a conocer a sus asesinos.

—¿Para qué, a estas alturas? —interrumpió Gastón envarado—. Creo que remover el pasado no contribuye nada a la reconciliación popular en Rusia.

Herr Doktor pareció reflexionar sobre eso antes de contestar:

—Reconozco que uno de los motivos de mi investigación es para saber si existen descendientes vivos de los Romanov.

—¿Descendientes vivos de los Romanov, lo dice en serio?! —exclamó jocoso Gastón—. Vamos, hombre, eso es imposible, murieron todos.

—*Ja*. Quizá. Sus cuerpos fueron encontrados en 1975 en una fosa enterrados, descuartizados y quemados por ácido sulfúrico...

—¿Lo ve?

—Menos los del zarevich Alexei y la duquesa María —completó *Herr Wagner*.

—Bueno, y aunque ambos infantes se hubiesen salvado, ¿cómo iban a demostrar sus descendientes que forman parte de la dinastía imperial después de tantos años? —objetó Gastón.

—Está muy claro: con la prueba del ADN.

—¿Se ha practicado la prueba del ADN a los cadáveres? —preguntó sorprendido Gastón.

—*Ja*, el gobierno ruso la autorizó el año pasado.

—Bien, pero, aun disponiendo de esa prueba, ¿cómo piensa averiguar usted quién ordenó su muerte?

—Cuando esto salga a la luz pública va a estremecer los cimientos de la historia.

—¿Va a salir a la luz pública?

—Quizá lo escriba, sí —reconoció Von Wagner—. Sería un *wunderbar* libreto. ¡Maravilloso!

Gastón parpadeó nervioso, aquel tipo parecía una aparición surrealista, similar a la que le había parecido la presencia de Jules Never en el arruinado templo gótico de París. Le estaba pareciendo que aquel alemán era un personaje de novela. No era la única vez que tenía esa impresión, lo mismo que con Wagner y Never le había sucedido también con María Salón. Aquel Richard von Wagner parecía recién salido de un libro antiguo, hablaba como un tropos literario, el típico personaje secundario destinado a darle al lector la información complementaria de la narración. Un recurso un poco pobre, usado por los escritores mediocres.

—Supongo que tendrá alguna prueba sólida para iniciar su investigación —terció Gastón por ver dónde terminaba todo aquello.

—*Ja*, de momento, las balas.

—¿Cómo?

—Desde 1898, el ejército zarista usaba como arma corta de reglamento el revólver Nagant, fabricado en 1895 en la factoría belga de Emile y Léon Nagant, en Lieja. Pues bien, las balas disparadas por uno de esos revólveres fueron las que mataron al zar Nicolás. Los once soldados soviéticos que dispararon el 18 de julio de 1918 contra la familia imperial iban equipados con armas del ejército zarista. ¿Quién se las había proporcionado?

Gastón escuchaba perplejo.

—Ahora solo falta determinar quién dio la orden, y por qué —agregó el alemán.

—¿Y entonces, Pierre Rakosky qué pinta realmente en todo esto?

—Tenga cuidado con ese hombre, pertenece a una funesta secta religiosa —advirtió Von Wagner.

—¿Qué secta?

—La Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio.

—No la había oído nombrar nunca.

—En cambio, usted conoce bien el símbolo de esa secta —le indicó *Herr Wagner*.

—No entiendo.

—La esfera y la cruz invertida.

Gastón se estremeció en su asiento.

—Es más que un símbolo zarista —ilustró el *Doktor*—, es una metáfora de lo que significa Rusia para el mundo, y de otra cosa... —hizo una pausa, miró por la ventanilla, y añadió:

—Rusia se encuentra dividida por los Urales entre Europa y Asia, lo que en términos filosóficos puede traducirse entre los continentes de la razón y la intuición; y en términos psicológicos entre los hemisferios izquierdo y derecho del planeta. Por este motivo Rusia tiene una función simbólica de integrar la razón y la intuición, la ciencia y la religión.

Aquel tipo, pensaba Gastón, tenía la facultad de que todas las tonterías que decía sonaran como verosímiles y posibles.

—Ya, bueno —abordó Gastón desechando con su tono de voz esa enrevesada explicación—, lo que no entiendo es qué tiene que ver ese Rakosky con el zar.

—Ese hombre pretende reinstaurar la monarquía en Rusia por medio de una descendiente del zarevich Alexei, para así magnificar su secta religiosa ante la Iglesia Patriarcal de Moscú, a la que odia por haberse aliado con el Gobierno durante la época soviética. De hecho —agregó *Herr Wagner*—, los de la Iglesia Rusa en el Exilio prefieren a los católicos que a los ortodoxos rusos actuales, representados por el patriarca Alejo II.

Gastón suspiró algo abrumado por tanto nuevo dato:

—Pero el zarevich Alexei Romanov murió asesinado junto a su familia, usted acaba de decirlo...

—*Nein* —negó el alemán—. Yo no he dicho que muriera, lo que he dicho es que su cuerpo no apareció, cuando salieron a la luz los restos, lo que ha dejado la puerta abierta a la especulación de una posible descendencia imperial clandestina.

—Sí, pero de ahí a que sobreviviera... —comenzó a objetar Gastón.

—La versión popular dice que el joven príncipe no fue alcanzado por las balas de los soldados, que los proyectiles rebotaron contra su perro, que llevaba en el regazo, o contra el recio abrigo de su padre, con el que lo había cubierto momentos antes del tiroteo para que no pasase frío. Luego, cuando los cuerpos fueron cargados a un camión para enterrarlos en una mina cercana al pueblo de Kopiatki, el zarevich saltó del remolque en plena noche y tuvo la suerte de ser encontrado por los soldados del ejército blanco del zar, que estaba acampado en la zona.

—Me parece muy rocambolesco —descartó Gastón—; además, todo eso me suena a sebastianismo.

—Yo no doy ni resto verosimilitud a esa historia, de hecho sé que la versión más probable sobre la descendencia de los emperadores asesinados es la rama dinástica que proviene del duque Wladimir, biznieto del zar Alejandro II, por tanto, legítimo

descendiente de los Romanov.

—No sabía nada de ello —confesó Gastón.

—*Ja*, es cierto al menos que el duque Wladimir se estableció en España y tuvo una hija un poco díscola que desde muy niña se marchó a vivir de *hippie* en Ibiza, donde tuvo un hijo de padre desconocido, y...

Gastón dio un respingo en la butaca del avión, girándose violentamente hacia su interlocutor sin poder evitarlo.

Von Wagner continuó como si no se hubiese dado cuenta de la reacción:

—... ni siquiera le dio tiempo al duque a revelar a la hija su verdadera ascendencia imperial. Hace poco, el duque murió en un accidente fuera de España. De la madre nunca más se supo.

—Un momento, un momento, vamos a ver si me centro... —Gastón estaba a punto de sufrir un ataque; le había cambiado el color de la cara—, usted se está refiriendo a...

—Señores pasajeros, estamos iniciando la aproximación a Madrid. El comandante ordena que se abrochen los cinturones y permanezcan en sus asientos. En breves momentos tomaremos tierra en el aeropuerto de Barajas. Muchas gracias.

El anuncio de la azafata de vuelo había interrumpido la conversación. *Herr Doktor* había hecho luego un gesto como si el protocolo del aterrizaje fuese motivo para suspender la conversación. Se había recostado sobre el respaldo cerrando los ojos como en una concentración oriental. «Hay gente muy rara por ahí», se dijo Gastón alzándose de hombros y tratando también él de relajarse y reponerse de aquella intempestiva conversación. «Debe haber alguna razón oculta para todo este embrollo», se dijo respirando hondo para recuperar la serenidad perdida.

Ya en la terminal del aeropuerto, el alemán se había despedido precipitadamente de Gastón dándole un fuerte apretón con sus rudas pero al mismo tiempo tiernas manos.

—Adiós, *mein Freund*, quizá nos volvamos a ver.

A su regreso de Francia, y a pesar de la prohibición de Victoria, Gastón había telefoneado a Pascual Alcover para contarle su experiencia en el Pantheon, y cómo le había parecido reconocer allí a Pierre Rakosky, pero sobre todo el encuentro con aquel enigmático personaje alemán en el avión. Sin embargo, no pudo. Al parecer, en casa de su amigo habían desconectado el teléfono. Qué extraño.

Una tarde, a la salida de la biblioteca del Alcázar, Gastón se vio impelido a visitar de nuevo la tienducha de antigüedades de aquella sefardí con aspecto de bruja. Cuando llegó, la vieja encorvada le miró a través de sus gafillas de alambre con esa mezcla de indiferencia y parsimonia de siempre. Garcelán acababa de recibir la impresión definitiva de que la anciana estaba representando un papel. Ahora que lo pensaba, María Salón Demetrius parecía, como también el *Doktor Wagner*, otro de esos personajes creados por los escritores mediocres, destinados a dar al lector toda esa información suplementaria que el escritor no sabe cómo encajar en su novela de manera más convincente y creativa. A partir de ahora, se mantendría en guardia, decidió.

—Ah, es usted. Pase y siéntese.

Nada más traspasar el estrecho umbral, la mujer le señaló una silla.

—No sé muy bien por qué estoy aquí —dijo él sentándose.

—Será porque los caminos del Señor son inescrutables, alabado sea el Santo de los Santos —contestó ella.

—Ya, y todos esos caminos conducen a Roma.

La vieja le miró de hito en hito antes de responder algo a aquel tópico.

—Para nosotros los judíos, todos los caminos conducen a Jerusalén, la ciudad santa. Pero, sí, en cierto modo ambos son senderos de una peregrinación, como un viaje iniciático, a eso se refiere la frase con lo de *todos los caminos...* En el camino de la iniciación, el hombre común y corriente ha de convertirse en un héroe, y para ello pasa por diversas pruebas que lo sacan de su ignorancia primordial para convertirlo, no sin un gran esfuerzo personal, en un nuevo adepto de los misterios...

¿Cómo era posible que una vieja bruja como aquella hablara de esa manera tan rebuscada? No quería mostrarse descortés en casa ajena, pero él buscaba respuestas concretas, no hipérboles. Por eso le preguntó a la anticuarla a bocajarro:

—Ya, bueno, ¿y qué sabe usted de Pierre Rakosky?

María Salón hizo una mueca de desaprobación y un gesto de resignación antes de responder:

—¿Debería saber algo?

—¡No juegue conmigo! —explotó exasperado Gastón, levantándose de la silla

con ademán de marcharse. Pero a continuación, dándose cuenta de la ridícula escena que estaba protagonizando, volvió a dejarse caer con el peso de toda su inquietud, y se quedó sentado en silencio mirando las sucias baldosas del suelo.

—Me pregunto a qué se debe su motivación por conocer esas cosas que en situación normal a nadie le importarían demasiado —le dijo María Salón en tono conciliador pero no exento de severidad.

—Digamos que porque estoy preparando mi tesis doctoral —reaccionó Gastón levantando la vista del suelo.

—Ah, bien, en ese caso... Escuche, es hora del cierre.

—No se preocupe, ya me marchó, perdone si... —Gastón se levantó de la silla.

—No, no, quédese; no le estoy echando. Quería proponerle..., es decir, que si le apetece acompañarme a casa; puedo ofrecerle una copa de vino, no tengo otras bebidas más que esa, soy mujer de gustos y vida sencilla.

—Yo...

—Ande, ánimo, le hará bien; se le ve tan preocupado...

—Pues no sé... —dudó Gastón.

—Venga, hombre, déjeme echarle una mano con eso de su tesis, ¿qué le parece?

La dueña de la tienducha habitaba no lejos de allí una modesta vivienda antigua, tan oscura en su interior como la covacha en la que vendía su mercancía. De una anticuada y oronda nevera color crema que tenía instalada en la pieza que hacía las veces de salita de estar, presidida por un retablo tallado y polícromo de la última cena, sacó un frasco de cristal sin etiqueta alguna, que contenía un líquido oscuro, y que Gastón, contagiado por lo lúgubre del ambiente, juzgó oportuno considerar vino, y no la sangre de Nuestro Señor Jesucristo recogida con sadismo a pie de cruz en el Calvario por algún judío antepasado remoto de aquella vieja bruja. ¿Por qué tendría una hija de Sión un cuadro de la última cena en el salón de su casa? La contestación a esa pregunta que entonces se había formulado a sí mismo Garcelán, llegó días más tarde:

—¿Le sorprende? Verá, en realidad es una especie de exvoto.

—¿Un exvoto?, me parece que ahora lo entiendo menos.

—Sí, a modo de homenaje —aclaró la vieja—; para recordar a uno de los nuestros que figura en el cuadro.

—¿De los *nuestros*?

—A Judas, por descontado; un infiltrado, el primer espía extranjero a nuestro servicio —aclaró ella sonriente, medio en serio medio en broma.

—Conque de los *nuestros*... —repitió Gastón incrédulo—. ¿Acaso pertenece usted al Mossad?

Pero la vieja había hecho entonces un gesto vago con la mano, que dadas las circunstancias podía tanto significar «ande, ande, qué tonterías dice usted», o bien «silencio, las paredes oyen».

Sin embargo, como se ha dicho, aquella conversación tuvo lugar días más tarde,

durante otra visita de Gastón a la bruja, cuando ya ambos habían establecido una incipiente relación fundada presuntamente en la ayuda para la tesis que la vieja le había brindado. Porque aquella tarde Garcelán todavía recelaba incluso del vino que le escanció su anfitriona en un vaso sólido y pesado, de esos de cristal basto y sin adornos, como los que sirven para contener las flores de plástico en los nichos de los cementerios.

La vieja anticuaria le había conducido, atravesando oscuras estancias de la casa con olor a arcón cerrado, a un recóndito rincón, un cobertizo ganado a una terraza que sobrevolaba la trasera de la vivienda ofreciendo desde allí una estampa casi aérea de Toledo, tachonado de torres, campanarios y veletas de iglesias y palacios. El cuchitril, de no más de seis metros de largo por tres de ancho, era el taller (así lo llamó ella) donde cada día tras cerrar la tienda, se entretenía reparando cachivaches de todo tipo.

—Arreglo cosas viejas, sí. Porque Yahvé, bendito sea el Santo de los Santos, se encuentra en todas partes, incluso en los mecanismos que no funcionan. Por eso yo los reparo, para que puedan así manifestar la gloria del Creador.

Colgados en sucesivas capas de las paredes del taller, había una panoplia inenarrable de objetos de diversa especie y procedencia, materiales, cable, cajas de tuercas, tornillos; y aparatos de todas clases, principalmente eléctricos: radios antiguas de válvulas, modelos de radio-transistor de los años 60, una gramola, imanes, ventiladores, dos o tres televisores de blanco y negro... y por el banco desparramados, soldadores, condensadores, diodos, estaño, voltímetros y amperímetros, bobinas, dínamos, placas de circuitos, osciladores...

A Gastón Garcelán, toda aquella abigarrada colección del taller de alquimista de la judía le parecía en broma el Museo de las Ciencias de París que no había podido finalmente visitar. Así se lo dijo riendo a la vieja sefardí.

—Ah, ha estado usted en el Conservatoire —indicó ella interesada—. Un lugar interesante, ¿no?

—En realidad, no lo sé, no he ido nunca —lamentó Gastón al recordar su única y frustrada visita al conocido museo francés.

—¿Ha pasado usted varios años en París y no ha visitado el Conservatoire? —Casi se escandalizó la vieja.

Gastón se alzó de hombros.

—Pues es un lugar que contiene muchas pistas en clave, usted ya me entiende...

—Bueno, qué quiere que le diga... —respondió Gastón elusivo.

—Oh, venga, conmigo no tiene por qué disimular, usted y yo pertenecemos al mismo gremio, ¿no? —María Salón le guiñó un ojo.

—¿Le parece?

—Incluso a la misma orden, diría yo... —añadió ella.

—Creo que se confunde —terció Garcelán no sin cierto tono de distancia.

—... porque el libro es una gnosis —agregó la vieja—, y usted y yo formamos parte del mismo espacio sincrético, del mismo templo: usted trabaja en una biblioteca

y yo acumulo libros antiguos.

—Sí, pero yo presto los libros —aclaró él con intención de herirla—, mientras que usted los vende. Yo custodio los libros para disfrute y beneficio de todos, mientras que usted los esparce, los disemina, los dilapida y los pone en manos del mejor postor.

Aquello último había sido un golpe bajo. Por un momento, Garcelán temió que la sefardí le echara de allí golpeándole la testa con un oxidado candelabro de siete brazos. Pero en lugar de eso, María Salón adoptó un tono neutro, centrando su atención en un cable que estaba soldando. Al cabo de dos o tres minutos de silencio, indicó sin levantar la cabeza para mirar a su interlocutor, como acostumbraba a hacer:

—Ah, ya veo por dónde va —su voz sonaba levemente contrita—; usted se refiere al libro de Pappus, *La ciencia de los números*, que vendí a ese colega mío que...

—Sí, a Pierre Rakosky —remachó Gastón entre dientes. Sin embargo, la anticuaría no pareció haberle escuchado, y quizá por eso, irritado, él añadió de inmediato con renovada saña:

—En realidad usted y yo, ya ve, no somos tan similares como cree.

—Oh —ella pareció reaccionar ante eso, soltando el soldador como si hubiese finalizado la tarea, y volviendo, ahora sí, su mirada a Garcelán—, pero usted se equivoca, porque en realidad sí hay algo que nos une.

—No me diga.

—Las ganas de saber, más aún, la necesidad imperiosa de saber. Qué otra cosa si no impulsa desde siempre a la raza humana. Solo que nosotros, el pueblo elegido, sabemos lo que buscamos: el *Shem Shemaforash*; mientras que ustedes los gentiles buscan pero sin saber qué.

Gastón estaba dándole vueltas en su cabeza al responso que acababa de soltarle María Salón, cuando comenzó a sonar su teléfono móvil en el bolsillo. Se sobresaltó. ¿Quién podía ser a estas horas?

—¿Diga?

Era Pascual Alcover.

—¡Pascual, hombre!, ¿cómo estás? Cuanto tiempo sin...

—Escucha, Gastón, no me interrumpas —la voz de Pascual sonaba perentoria y como entrecortada, quizá por el nerviosismo o porque el teléfono no recibía bien la señal—. Ellos me han encontrado y sé que no tardarán en... Primero han ido por Victoria, y ahora... Sé que me queda poco tiempo, creo que ya... y por el niño... ¡Dios mío, no serán capaces de...!

—¿Pero qué estás diciendo, Pascual? Cálmate, ¿quieres? ¿Dónde os habíais metido?, os he estado llamando y no...

—Tienes que creerme, Gastón, no sigas con eso, déjalo, olvídalo, no trae nada bueno, ellos saben..., creen que todo es verdad..., ¿entiendes? Márchate lejos...; pero no, no, están en todas partes..., no confíes en nadie, no hables con nadie...,

ahora querrán saber si tú sabes... Tenías razón, ese ruso, ese...

—Gastón..., ¿oye...?

—¿Algún problema? —preguntó María Salón viendo el rostro preocupado que se le había quedado a Gastón tras colgar.

—Se ha cortado.

Cuando se despidieron en el umbral, ya de noche, ella le había invitado a volver cuando quisiera para seguir «con lo de su tesis», recalcó la sefardí con sorna. «Quizá», le había respondido Garcelán cuando ya enfilaba la solitaria callejuela, que a esa hora olía a huertos y al aire cálido y denso de primeros de agosto.

Sede clandestina del FSB.
En algún lugar de Moscú (Rusia)

El director carraspeó, dejó la colilla del puro habano en el cenicero de concha sobre su gran mesa de trabajo de pino oscurecido por los años y se sirvió más de medio vaso de vodka que bebió casi de un trago. En su estado, sabía que no debía fumar ni beber, pero... La tísica calefacción central de carbón de aquel enorme y siniestro edificio de cemento, acero y ladrillo donde se encontraba era una gélida tumba incluso en verano. El vodka entonaba el ánimo de Derechev Bartok, director de operaciones especiales del FSB. Ofreció un trago de licor con un gesto a quien le acompañaba en esos momentos en el desangelado despacho, de altos techos y grandes ventanas, más parecido a una fábrica que a una vivienda. Nadeza Löbl, agente operativa del FSB, actual departamento de espionaje de Rusia, posterior al KGB, negó. No bebía nunca, prefería mantener su proverbial frialdad y dominio personal.

Löbl era un áspid de mujer. Treinta y dos años, un prominente cuerpo de actriz porno, con grandes pechos que apenas podía contener debajo de su blusa, algo más de 90 centímetros de cadera, pero la cara labrada por las sucesivas *vivencias* profesionales en los siniestros burós del antiguo KGB soviético, donde había entrado como espía colaboradora siendo todavía una adolescente. Quién sabría los *favores* que habría tenido que conceder hasta llegar a su importante cargo dentro del organigrama.

La acerada agente se mantenía de pie junto a una de las grandes ventanas de cristales emplomados, en actitud vigilante hacia la calle. Odiaba a los políticos, incluso a los comunistas, esos falsos camaradas que convivían en la nueva Duma reformada y parlamentaria que presidía Vladimir Putin, por cierto antiguo jefe del KGB, codeándose ahora con los corruptos demócratas herederos de la perestroika. Quizá por eso, sus manos largas rematadas en uñas pintadas de negro acariciaron la culata de la pistola que llevaba debajo de su traje de chaqueta barato y gris, y que le hacía semejar a una severa institutriz.

Al mismo tiempo, en el aeropuerto de Moscú estaba tomando tierra un IL-76 de la Fuerza Aérea Rusa, procedente de Siberia. El enorme avión transportaba, además de la tripulación y la escolta militar, un único pasajero. En cuanto se detuvo en la pista reservada oficial, dos soldados le ayudaron a descender del aparato, y luego entraron

en un automóvil que les aguardaba con el motor en marcha. Tenían prisa, les esperaba el director de acciones operativas del FSB. El viajero se derrumbó como un fardo en el asiento del coche. Todavía llevaba en el cuerpo restos de los 40 grados bajo cero a los que desciende la temperatura en el campo de concentración Tcheidze, en el extremo del Gran Norte, en Siberia. Un campo de prisioneros «enemigos del pueblo» que hoy, en 1999, no existe oficialmente. Un campo donde hoy todavía permanecen recluidos y languideciendo moribundos y enfermos en sus camaretas oxidadas centenares de disidentes políticos olvidados por el nuevo régimen ruso.

—¿Pero quién es ese fantasma que has desenterrado de un campo de trabajo de la época de Stalin? —preguntó el director operativo a su agente del FSB—. ¿Sabes, Nadeza?, nunca has dejado de sorprenderme... —la tuteó inopinadamente.

Derechev Bartok se levantó y se aproximó algo tambaleante por el vodka (ya se había bebido media botella) a la mujer del traje gris, que seguía mirando hacia la calle junto a la ventana. A su jefe le gustaba, él sabría por qué, permanecer en la oscuridad. ¿Tenía algo que ver con el hecho de que se llamara Bartok, que significa murciélago? ¿Cuál era la verdadera identidad de aquel hombre? Nadie parecía saberlo en toda Rusia. Con más de sesenta años, treinta de ellos pasados en la temible checa, la policía soviética de Stalin, luego en la Stasi, la siniestra policía de la Alemania oriental, más tarde en el KGB y ahora en el remodelado FSB, Derechev Bartok (si es que ese era su verdadero nombre, cosa muy improbable) parecía uno de esos imprescindibles hombres de Estado que trascienden a los gobernantes de uno y otro signo con la solidez y la imperturbabilidad de un faro en medio del mar. Es curioso que vistiera también siempre de negro, como un murciélago, y que en las pocas ocasiones en que salía de los interiores de sus lúgubres y múltiples sedes clandestinas repartidas por todo Moscú, ocultara sus acuosos ojos azules con unas oscuras gafas de sol. ¿Le molestaría la luz como a los vampiros?, estaba pensando en ese momento Nadeza Löbl con el impaciente rostro pegado a los cristales. La primera visita que aguardaban en aquella tarde trascendental para el futuro de Rusia se estaba retrasando. Así suelen ocurrir las cosas, la gloria futura de los Estados se teje en una sucia tarde amarillo azufre por unos cuantos grises funcionarios de segunda fila.

Tras el fiero aspecto de la agente operativa Löbl solo había hielo y acero. Podía matarte en segundos con un golpe certero en alguna parte vital del cuerpo, inyectándote en un rápido gesto alguna sustancia letal o simplemente pegándote dos tiros con su pistola reglamentaria siempre dispuesta a la altura de su cadera. Eso precisamente es lo que ahora estaba mirando el director operativo. La cadera, no la pistola de su subordinada. Bartok se había levantado de su sillón y tenía ahora a la agente sujeta por un brazo, mirándola con lascivia.

—Como te digo, Nadeza —siguió tuteándola en contra del reglamento—, nunca has dejado de sorprenderme... ni de gustarme.

Él le echó un reojo a los grandes pezones que se le marcaban en la blusa beige.

—Camarada director —dijo ella dirigiéndose taconeando hacia la entrada del

despacho—, el presidente del Partido Socialista Soviético de Rusia acaba de llegar.

Derechev suspiró resignado, regresó al escritorio y se sentó de nuevo. Había que reconocer que la camarada Löbl tenía carácter. Justo en ese momento, el diputado comunista Yuri Rodzianko, presidente del PSSR, entró como un mercancías sin llamar ni saludar a la agente que sostenía la manilla de la puerta del despacho, y con las mismas se sentó en un sillón frente a la mesa del director.

—¿Qué es eso que he oído que está usted tramando hacer con la momia del abuelo Lenin?! —bramó el diputado a bocajarro sin previo saludo, mientras los belfos le temblaban y sus carnosos labios de sapo escupían motitas de saliva.

—Tranquilícese, diputado Rodzianko...

—¿Que me tranquilice! Pero si desde ese traidor de Mikhail Gorbachev todos están empeñados en quitar a Lenin de su mausoleo en el Kremlin para enterrarlo en cualquier cementerio. ¡Escúcheme —extendió el gordo brazo hacia el director—, Lenin no es un muerto cualquiera, es el padre del Partido y de la Unión Soviética! —gritó lanzando escupitajos y temblándole la gran barriga.

—La Unión Soviética ya no existe, camarada Rodzianko...

—¿Quién...? —El presidente del PSSR se giró hacia la puerta, desde donde había llegado la voz.

—... y usted debería saberlo mejor que otros, pues no en vano es diputado de un parlamento democrático; la Duma pasó a la historia.

—¡*Tcherkovnij Viestnik*! —chilló sorprendido el diputado comunista al ver al hombre que acababa de entrar; y luego, volviéndose de nuevo hacia el director operativo del FSB le inquirió tembloroso y excitado—. ¡Exijo saber qué está pasando aquí!, ¿qué clase de encerrona es esta?

—Por favor, camarada Rodzianko —intentó apaciguarle Bartok—, le pido de nuevo que se calme. El prelado ha venido en son de paz, ¿no es cierto, monseñor Ovitch?

El *Tcherkovnij Viestnik*, o Mensajero Eclesiástico de la Iglesia Patriarcal de Moscú, acababa de llegar a la altura del escritorio del director. Iba vestido de seglar con un buen traje de corte occidental, pero del cuello le pendía una dorada cruz bizantina signo de su dignidad eclesiástica. Derechev Bartok se levantó, rodeó la gran mesa de pino, e inclinándose le besó el anillo al recién llegado. En cambio, el diputado comunista no solo se negó a levantarse ante la autoridad eclesiástica, sino que incluso volvió con ofendida dignidad su cabeza hacia el lado opuesto.

—Así es, camaradas —dijo con suavidad el obispo—; en los actuales tiempos, a todos nos conviene un esfuerzo solidario de reconciliación nacional en beneficio de la nueva Rusia. ¿A quién le interesa reavivar viejos odios entre la Iglesia Ortodoxa y el Partido Soviético?

—¡Precisamente! —rugió el diputado señalando acusador al prelado—. Son ustedes los que reavivan esos viejos odios y polémicas al canonizar al zar Nicolás II y a muchos de los imperialistas enemigos del pueblo que...

—Que fueron asesinados vilmente por sus antepasados bolcheviques —completó el Mensajero Eclesiástico.

—¡No estoy dispuesto a...! —El gordo diputado se levantó de golpe rojo de ira y con ademán de marcharse.

—Camaradas, por favor. Siéntese, camarada diputado —pidió el director—; cálmense ambos. Nos encontramos aquí para tratar un asunto trascendente que nos concierne a todos.

—Eso, por cierto, ¿para qué he sido citado con tanto secreto? —preguntó monseñor Ovitch paseando la vista por aquel siniestro despacho.

—Para escuchar a un prisionero político que acaba de llegar de un gulag, y para que me den luego su opinión al respecto —aclaró el director de operaciones especiales del FSB.

Los dos visitantes enmudecieron. Lo cierto es que era mejor calmarse, aquel hombre que había tras el escritorio y que ahora se fingía tan diplomático y conciliador, podía hacerte desaparecer para siempre o someterte a los más crueles vilipendios y atrocidades físicas y psíquicas que jamás haya imaginado el ser humano.

Justo en esos instantes, dos soldados Spetsnaz saludaron marcialmente.

—¡A sus órdenes camarada director!, permiso para entrar.

Tanto el diputado como el obispo sabían que las Spetsnaz o fuerzas especiales rusas, inspiradas en las SAS británicas o el Delta Forcé de los Estados Unidos, surgieron en 1974 en el seno del KGB. Aquellos dos hombres que acababan de aparecer en el umbral eran del grupo *Alpha*, la unidad de elite más eficaz del ejército ruso, a las órdenes directas del FSB. Ambos visitantes contuvieron la respiración.

—Adelante, teniente, adelante —concedió Bartok—, descansen.

Los dos soldados dieron dos pasos hacia el interior del despacho y adoptaron al mismo tiempo la posición militar de descanso. En medio de ambos, sujeto por sus poderosos brazos, figuraba un despojo humano.

—Camarada diputado, monseñor... Permítanme que les presente al teniente Mililukof y al sargento Chuglin, del grupo *Alpha*.

Luego, dirigiéndose a los soldados, ordenó:

—Acomoden al prisionero en una silla y permanezcan fuera a la espera de mis órdenes.

Sentaron al despojo humano, que apenas se movió, y salieron de la habitación. La agente Löbl cerró la puerta.

—Camaradas —dijo Bartok dirigiéndose a los atónitos visitantes—, les presento al profesor Alexander Iziaslaff, que acaba de hacer un largo viaje desde Siberia para estar con nosotros.

El gordo diputado comunista y el obispo no podían apartar los ojos horrorizados de aquel ser, que permanecía estático sobre la silla con los ojos sin expresión, las manos recogidas en el regazo, como si estuviese esposado, y los pies, embutidos en

unas viejas zapatillas, juntos, como un niño bueno. Iba vestido con tan solo dos prendas muy desgastadas de un color indefinido en tela de sarga. Sobre el lado izquierdo del pecho figuraba una inscripción como acuñada sobre el tejido en letras negras, casi borrada, pero aún causaba escalofríos: Tcheidze. Los dos visitantes sabían que aquel era el nombre del campo de concentración más remoto y desconocido de Siberia, fundado en los años 30 por Stalin.

Lucía el prisionero una barba blanca y reseca, tan carcomida como si padeciese lepra; la cabeza sin pelo, como los enfermos que reciben tratamiento de radioterapia, la piel acartonada y fofa como una patata podrida. No parecía que respirase, ni miraba a ninguna parte.

—Camarada Löbl —el director se dirigió a la agente operativa—, ¿quiere leernos el expediente del profesor Iziaslaff?

¿ **E**llos, quiénes eran *ellos*? —se preguntó Gastón Garcelán—. ¿En qué asunto andaba metido su amigo Pascual? ¿Qué significaba aquella angustiosa llamada telefónica, como un aviso, como una advertencia...?

Tenía que averiguar lo que estaba sucediendo. Había pasado la noche debatiéndose entre el sueño y la vigilia, mezclando desordenada y locamente los argumentos de la vieja sefardí con aquella llamada de teléfono de su amigo. Al otro día, sin pedir siquiera el permiso en la biblioteca, tras comprobar una vez más que en casa de Pascual Alcover nadie contestaba al teléfono, cogió el primer tren para Madrid.

Todavía era muy temprano, y lo primero que hizo al llegar al inmueble donde vivía Pascual fue buscar al orondo y sudoroso portero del edificio, a quien conocía Gastón de las otras visitas. Pero don Alfonso no estaba. Mientras dudaba si subir hasta el piso de su amigo o esperar en la puerta de la calle a que regresara el portero, sintió de pronto que le agarraban las piernas.

—¡Tío Gastón, tío Gastón, menos mal que has venido, no dejes que me lleven!

—Pero Nico, ¿qué haces tú aquí, y tus padres?

—¡No dejes que me lleven esos hombres, no dejes que me lleven, tengo miedo!
—Sollozaba amargo y asustado el niño.

—¿Qué estás diciendo? Vamos, anda, levántate de ahí, ¿qué hacías debajo de la mesa del portero? Contéstame, ¿dónde están tu padre y tu madre?

—¡Se lo han llevado... a papá..., esos hombres... yo venía de... y cuando iba a subir por las escaleras, como siempre hago, los vi que bajaban con papá en el ascensor..., se lo llevaban! Oh, tío Gastón... —el niño estalló en un llanto incontrolable aferrándosele a la cintura como el cachorro de un gato.

Gastón no entendía nada. El portero no llegaba. Lo primero que se le ocurrió fue coger rápidamente al niño y marcharse de allí. Lo hizo a toda prisa, sin pensar previamente adónde ir, tirando del chaval que lloraba sin atender a ningún consuelo. Cuando, tras haberse alejado de allí un buen trecho, Gastón se sintió a salvo (¿pero de qué?), entró en una cafetería muy concurrida. El gentío alegre y bullicioso parecía tranquilizarle y darle seguridad. Quien quiera que fuese el que... no se atrevería a... delante de tanta gente. ¿Pero qué coño estaba pensando? «Vamos a ver. Pensar. Respirar hondo, tranquilizarme yo y tranquilizar al chaval —se decía—. Lo primero es saber qué ha sucedido». Pidió unas consumiciones para él y para el niño, y cuando le encontró más calmado volvió a preguntarle qué había pasado. Entre sollozos y suspiros, al mismo tiempo que engullía con apetito un colacao con ensaimada, Nico empezó a hablar.

Al parecer, Victoria se había ausentado para participar en un programa concurso

de televisión de una cadena local. Como desde su marcha no daba señales de vida, su marido había llamado por teléfono a la televisión, y allí le habían dicho que no existía ningún programa concurso de preguntas y que no conocían a ninguna Victoria. Luego, mientras el padre efectuaba llamadas aquí y allá para averiguar el paradero de su mujer, Nico había salido a dar una vuelta por el barrio, y al regresar vio cómo dos hombres desconocidos bajaban con su padre. El chaval, agazapado en las escaleras, había visto horrorizado cómo conducían a su papá hacia la calle apuntándole con una pistola y le introducían rápidamente en un coche grande negro aparcado encima de la acera. Luego Nico, sin saber qué hacer, sin querer subir a su casa por si allí había más hombres malos, se había escondido muerto de miedo debajo de la mesa del portero, donde había pasado llorando y temblando toda la noche hasta la llegada del tío Gastón.

Eso era todo. Muy extraño. ¿Dónde estaba Victoria? ¿Tenía un amante, engañaba a su marido con otro? ¿Quiénes eran aquellos hombres presuntamente armados? ¿En qué tipo de lío se había metido Pascual? ¿Deudas, drogas...? ¿Qué tonterías estoy pensando!, se reprochaba mientras vagaba sin rumbo por Madrid, tirando de Nico, algo más calmado. ¿Qué vamos a hacer ahora, tío Gastón?, le había preguntado el niño. Y él, fingiendo no haberle escuchado por el ruido del tráfico, no le había contestado. No hubiera sabido qué contestarle. ¿Qué hacer? ¿Denunciar lo ocurrido a la policía? ¿Pero denunciar qué? ¿Que Victoria había desaparecido? ¿Y si se había ido voluntariamente? Gastón sabía que el matrimonio no funcionaba del todo bien. En cuanto a Alcover, ¿que unos hombres lo habían raptado a punta de pistola? ¿Quién iba a dar crédito a la versión de un niño? ¿Acaso había algún robo, o lo que es peor, algún herido o algún muerto? Nada. Todo tenía aspecto de abandono conyugal por parte de la mujer. ¿Y los hombres raros? Abogados quizá, que habían salido con el padre para preparar la demanda contra la esposa. ¿Las pistolas?: simples teléfonos móviles confundidos con armas por la imaginación y la tensión del chico. Conclusión, le habrían arrebatado a Nico, «porque después de todo usted no es nadie de la familia, ¿no?», y se lo habrían entregado en custodia a alguna asistente social del ayuntamiento en espera de noticias de los padres.

No es que Gastón se creyera responsable del hijo de su amigo, ni sintiera lástima por la situación de Nico, pero intuía que el chico podía correr peligro si era verdad que algo raro estaba pasando en relación con el perverso juego de concordancias. Entonces lo decidió. Se lo llevaría a Toledo.

—¿A Toledo? ¿Pero dónde están mis padres? —preguntó más calmado el chaval.

Los niños tienen una asombrosa capacidad de recuperación emocional ante las más fuertes adversidades. Raras veces caen en la desesperación, ni aún menos en la depresión, como les ocurre a los mayores. Gastón Garcelán decidió sacar partido de ello y de la imaginación del pequeño.

—Deben andar metidos en alguna investigación secreta.

—¿Sííí? —preguntó asombrado el chaval—, ¿qué investigación? —De pronto se

le había pasado el temor.

—Ya te digo que es secreta.

—Ah, ya sé, ¿es eso raro a lo que os dedicabais mi papá y tú?

¡Demonio de niño, ¿así que sabía lo del juego de concordancias?!

—Eso es, y espero que tú me ayudes.

Incluso a un niño que acaba de extraviar a sus padres de forma tan misteriosa, la perspectiva de pasar las vacaciones de verano en una ciudad desconocida y con un tío adoptivo tan especial, puede hacerle olvidar su pesadumbre. Gastón le habilitó al chico una habitación libre de la casa y esperó a que las cosas comenzasen a rodar solas. Siempre lo hacían, solo era cuestión de tiempo.

A la hora de comer, y recuérdese que el bibliotecario no era nada habilidoso para los asuntos culinarios, ambos salían juntos buscando por las callejuelas de Toledo algún nuevo lugar donde almorzar, aunque Gastón no sabía muy bien cómo, pero el caso es que casi siempre terminaban en el McDonald's de la plaza de Zocodover, para deleite de Nico, que comía hamburguesas y patatas fritas a manos llenas.

—Escucha Nico, esta tarde tengo que ir a hacer una visita, tendrás que quedarte en casa tú solo. Espero que te portes bien y no armes ninguna...

—¿Adónde vas?

—A ver a una señora.

—¿Qué señora? —insistió Nico.

—Una que vende trastos y libros viejos; y no preguntes más.

—¿Vende libros como tú? —El chaval hablaba comiendo.

Condenado niño.

—No, yo no los vendo, yo los presto —corrigió Gastón.

—¿Puedo ir contigo?

—No, no puedes.

—¿Por qué?

—Porque esa mujer es una bruja.

—¡Venga ya tío!, yo ya soy mayor para creer en brujas. Mejor te inventas otra excusa, esa no mola, ¿vale?

Así es como Gastón, poco acostumbrado a dialogar con un crío de tan pocos años, no había podido sino llevárselo con él a ver a la anticuarla sefardí.

La vieja pareció alegrarse.

—Vaya, hombre, qué sorpresa, se ha traído compañía...

—Es un sobrino que está pasando conmigo las vacaciones...

Gastón acudía esta vez con la idea de que aquel personaje novelesco le revelara de una vez quién era Pierre Rakosky.

Sin embargo, la sefardí había escuchado de nuevo esa petición con la misma indiferencia de siempre. En esta ocasión se habían sentado alrededor de una mesa en la salita de la nevera y el retablo de la última cena, la sefardí había sacado la frasca de

vino y dos vasos, y a Nico le había ofrecido leche («no tengo ninguna de esas bebidas con que los imperialistas contaminan a la juventud», había protestado refiriéndose sin duda a la Coca-Cola). Ante la actitud de cerrazón de ella, Garcelán había decidido entonces jugar su última carta. Sacó del bolsillo el papel que había arrancado de la puerta de la tienda de compra-venta de Madrid.

—¿Me dirá al menos qué significa esta esfera rematada por debajo con una cruz?

Nada más tener delante el grabado, María Salón se retrepó hacia atrás como si le hubieran acercado un escorpión. Luego, con esfuerzo, recompuso poco a poco su tradicional flema, y al cabo de unos minutos contestó:

—Una esfera con una cruz bizantina.

—Sí, eso ya lo veo, pero ¿qué significa? —insistió Gastón.

—Es fácil de asociar ese dibujo a uno de los dos emblemas imperiales que contiene el águila bicéfala impuesta como símbolo de Rusia en el siglo XIV por Iván el Terrible: el cetro y la esfera.

—Ahora que lo dice, es cierto... Pero me pregunto qué simbolismo tiene para Rakosky.

Haciendo gala de una erudición que una vez más parecía impropia de una anciana que malvivía vendiendo cachivaches antiguos y sobre todo falsificaciones a los turistas, María Salón explicó:

—El cetro es un símbolo fálico, que rememora la fertilidad, el poder terrenal, es decir, el zar. La esfera es de ámbito femenino, simboliza la Tierra fecundadora, y si en ella se coloca al revés la cruz, se convierte en el símbolo de Venus, de la fertilidad; en resumen, de la mujer. Ambos emblemas en las garras del águila imperial representan la unión entre el poder terrenal del zar y el poder divino de la Iglesia, calificado de cesaropapismo.

—Ya comprendo, ¿pero qué hay de Pierre Rakosky?

—Es usted obstinado.

—No me gusta dejar ningún cabo suelto en mis investigaciones, recuerde que soy documentalista —se justificó Gastón.

—Veo entonces que no me queda otro remedio que decirle a quién pertenece ese nombre.

María Salón dejó escapar antes un suspiro como de resignación.

—Mire, solo voy a decirle que ese personaje tiene algún tipo de relación con el símbolo de la esfera y la cruz invertida.

—Eso ya lo supongo, ¿pero qué o a quién representa?

La vieja se encogió de hombros y volvió a su proverbial mutismo.

—Bueno —indicó Gastón con tono autosuficiente—, de todas formas yo sé lo que busca ese Rakosky.

—¿Ah, sí? —preguntó escéptica María Salón cayendo en la trampa.

—El *Apparatus*.

El profesor Iziaslaff fue detenido en Gorki en mayo de 1972 por las brigadas de información y doctrina del PECUS. Su abuelo fue uno de los médicos que atendieron a Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, el día de su muerte en 1924, y que participó posteriormente en la autopsia y en el embalsamamiento del cadáver.

Conminado a confesar su culpabilidad por conocer los secretos de aquella momificación, así como a declarar quién o quiénes, y por qué motivo la encargaron, el profesor Iziaslaff se negó a confesar y a firmar su declaración de culpabilidad, por lo que fue sometido a revisión de su personalidad por el equipo psiquiátrico del campo de Talón (Siberia), donde fue inicialmente trasladado tras su detención.

—¿En qué consistía esa revisión de la personalidad? —interrumpió monseñor Ovitch.

Löbl miró pidiendo permiso a su superior. Bartok le hizo un gesto asertivo y ella siguió adelante:

—En la época de Lenin, los enemigos del pueblo que no admitían su culpabilidad eran obligados a revisar minuciosamente su pasado por escrito y mediante largas y tediosas conversaciones mantenidas día y noche ante un potente foco de luz, impidiéndoles dormir. Al cabo de dos semanas, casi todos ellos confesaban y firmaban lo que se les pusiese delante, debido a la destrucción que había sufrido su personalidad; se sentían culpables de casi todo lo que habían hecho mal en su vida, solo pensaban en poder dormir.

—Está bien, siga con el informe —carraspeó Derechev Bartok.

—El profesor Iziaslaff soportó el interrogatorio psicológico sin derrumbarse ni sentirse culpable, quizá debido a su propia condición de psiquiatra, por eso fue sometido al segundo grado de condicionamiento neurológico, que consistía en permanecer durante semanas en calabozos tan estrechos que solo se podía permanecer de pie con los brazos pegados al costado. Pero tras ello, el profesor volvió a negarse a firmar, por lo que se autorizó el uso de la fuerza.

—No es necesario que entre en detalles sobre ello —pidió el director operativo del FSB—, límitese a informar de los resultados del tratamiento.

—Sin entrar en detalles —continuó la agente Löbl—, métodos más directos se le aplicaron al profesor al igual que a otros enemigos del pueblo que se negaban a aceptar su culpabilidad, según las purgas políticas vigentes. Muchos de los más feroces y duros miembros de la vieja guardia, que se habían mantenido firmes en todo el proceso de condicionamiento psicológico, sucumbían a las acciones directas de los especialistas en el proceso de coerción física del reo...

—Por favor —masculló el obispo—, basta de eufemismos.

—Se lo diré sin eufemismos, reverendo —Löbl se encaró con monseñor Ovitch sonriendo malévolamente—: incluso aquellos más duros de pelar, los que gritaban a toda hora animando a sus compañeros a no confesar: ¡Camaradas, no os rindáis nunca!, después de la *coerción física* se les escuchaba chillar enloquecidos de dolor: «¡mamá, mamá, oh, Dios mío, mi cabeza; mamá, ¿qué me están haciendo?!».

El obispo retrocedió asustado aferrándose a su crucifijo dorado.

—Pues bien, después de aquello, los pocos que no habían muerto, firmaban, y luego, incluso aunque fuesen liberados, con el tiempo terminaban suicidándose.

—¿Y el profesor fue sometido a ese proceso? —preguntó espantado el diputado comunista.

La agente Löbl asintió con el expediente en la mano.

—Así es, pero para sorpresa de todos, aguantó sin quebrarse y se mantuvo firme en no declararse culpable. Fue entonces cuando las autoridades decidieron su confinamiento en el campo secreto de Tcheidze, que era como una fosa común adonde se enviaba a los recalcitrantes para hacerlos desaparecer. Allí nadie sabía (ni se sabe aún muy bien) lo que sucedía. Los peores espíritus desalmados de aquella maquinaria represora se encontraban a sus anchas con toda libertad de método y acción. Experimentaban nuevas torturas, probaban drogas y sustancias para romper a la persona por dentro y por fuera...

—Ejem —el director operativo carraspeó de nuevo dándole un nuevo trago al vodka—, no creo que a nuestros invitados les interesen esos detalles, agente Löbl. Por el contrario, nos interesaría saber cuál es finalmente el estado físico y mental del profesor —agregó Bartok temiendo que aquel desecho humano no sirviera para la operación especial que había diseñado.

Nadeza Löbl consultó algunas hojas más actuales del viejo informe carcelario:

—Durante el viaje en avión desde Siberia, un médico militar de la tripulación ha estado atendiendo al profesor Iziaslaff. Se le han detectado graves carencias nutricionales y metabólicas, alta deshidratación, infecciones varias, principio de deformaciones óseas y musculares...

—Bien —interrumpió Bartok—, ¿pero y el estado mental?

—Se le han detectado restos en la sangre de al menos cuatro tipos de sustancias estupefacientes, una de ellas actebroma, debido a lo cual, y teniendo en cuenta los efectos psicóticos invaluables e imprevisibles de estas drogas, no creo que...

—Déjese de tonterías, señora —intervino el despojo humano por sorpresa. Su voz había sonado débil pero clara y coordinada—. Mi mente está tan clara como la suya, y seguramente mucho más todavía que la de ese sujeto de ahí, que se ha soplado casi una botella entera de vodka.

La interrupción del profesor había dejado a todos boquiabiertos. —Me acuerdo perfectamente de todo— añadió el viejo presidiario—, a pesar de las aberraciones que me han hecho durante todos estos años, y que usted, señorita, ha enumerado de forma tan aséptica y profesional. Sí, estoy hecho una mierda, pero aún me acuerdo muy bien

de aquella tarde en que mi padre me lo contó todo: aquellos hombres de la vieja guardia habían ido a casa para avisar a mi abuelo de que Lenin se estaba muriendo. Se encontraba convaleciente en Gorki, donde vivían, y mi abuelo era el médico del pueblo, un buen camarada y un buen patriota. Así que nunca he entendido de qué me acusan, ni de qué quieren que me declare culpable, solo porque yo soy su nieto y sé aquellos detalles del pasado.

—¿Cómo sabe esos *detalles*? —preguntó Bartok.

—Mi padre era por entonces un ilusionado estudiante de medicina, deseoso de emular la buena fama de mi abuelo. Ya he dicho que por entonces vivían en Gorki, a veinticinco kilómetros de Moscú. ¿Quieren saber lo que pasó? Yo se los diré, como se los he repetido miles de veces durante estos años a los que me torturaron: a las seis de la tarde del 21 de enero de 1924 alguien acudió a casa de mi abuelo con el recado: el camarada Vladimir Ilich Uliánov se moría. Nada se pudo hacer por él. Lenin fallecía a las 18,30 horas, a los 54 años de edad de sífilis cerebro-espinal, según la autopsia en la que mi padre estuvo presente como ayudante de mi abuelo. Luego, mi abuelo junto a los profesores Voroviev y Zvarsk recibieron aquella extraña orden; muy extraña, pero no eran tiempos para discutir nada. Tenían que embalsamar el cadáver de Lenin.

—¿Quién dio esa orden? —preguntó el director operativo del FSB.

—No lo sé, fue transmitida por teléfono a uno de los doctores, que al parecer reconoció al interlocutor. No sé si mi abuelo lo supo, pero si fue así, nunca nos lo dijo ni a mi padre ni a mí.

—Entiendo; prosiga.

—El caso es que la orden se cumplió. Voroviev y Zvarsk trataron algunas partes del cadáver con agua oxigenada mezclada con cierta sustancia que no trascendió, pero por lo que dedujo mi padre, en aquella mezcla había glicerina, o quizá parafina, y también acetato de potasa, para que el muerto no se resecase.

—¿Y a qué viene todo esto? —inquirió nervioso el diputado comunista, removiendo su pesado cuerpo en el sillón.

El director del FSB, creyendo que había llegado la hora de explicar a todos los presentes el motivo de la reunión, carraspeó, bebió un nuevo trago de vodka y comenzó a relatar aquella rara historia:

—No sé cuánto sabrán ustedes del cosmismo, esa secta rusa de iluminados que pervive aún en la actualidad —el obispo frunció el ceño, mientras Rodzianko atendía inquieto—. El cosmismo fue, podría decirse así, la génesis de la espiritualidad soviética. La antirreligión en la que se fundamentó Lenin y el PCUS para crear el nuevo imperio contrario a la Rusia zarista y a la Iglesia Ortodoxa. Los cosmistas eran una especie de místicos que habían nacido después de que cierto novelista, un tal Fiodorov, escribiera una obra cargada de un extraño simbolismo esotérico donde hablaba de cosas como la teurgia, la energía cósmica que proyectan sobre la Tierra ciertas conjunciones astrales...

—¿Conjunciones astrales? No es todo eso demasiado supersticioso y antiguo para

que nosotros... —interrumpió Yuri Rodzianko. Pero Bartok le silenció alzando la mano y continuó:

—Aquella secta buscaba en el cosmos el secreto de la vida eterna, la sanación de las enfermedades y... la resurrección de los muertos.

—¡Alabado sea Dios, eso es sacrílego! —gritó monseñor Ovitch escandalizado.

El profesor Iziaslaff asintió como si conociese bien todo aquello:

—Es cierto —intervino—, eso explicaría por qué mandaron embalsamar el cadáver de Lenin.

—¡¿Cómo?! —rugió el diputado.

—¡Anatema, sacrilegio...! —gritó el obispo.

Derechev Bartok retomó el relato interrumpido acallando con un gesto a los presentes:

—Los cosmistas creían en una espiritualidad negra, en la resurrección de los muertos utilizando los poderes cósmicos de la naturaleza, en el nacimiento de lo que ellos llamaban el Hombre Nuevo...

—¡¿El Hombre Nuevo?! ¡Eso es paganismo nietzscheano!

—Está claro que sí, el comunismo era una religión laica y pagana —confirmó Bartok al obispo antes de seguir su relato—. Los cosmistas querían vencer a la muerte; había en esa antirreligión un curioso culto a la sangre, decían como el conde *Dracul* en la novela de Bram Stoker, que «la sangre es la vida». Por eso eligieron el rojo como símbolo de su nuevo Estado, inspirando con ello a los soviéticos la espiritualidad que les hacía falta como nación.

—¡¿Pero qué dice usted?! La URSS un invento de chalados nigromantes... —protestó Rodzianko ante esa versión de la historia que desconocía.

—Así es —siguió Bartok—, los cosmistas son quienes inspiraron desde el primer momento todos los símbolos soviéticos. Arrebataron el rojo, que en realidad era el color del príncipe Vladimir, fundador de Kiev, y lo asociaron a la sangre. La estrella roja es por un lado el pentáculo de los satanistas y además el anagrama simbólico de Sekhmet, la diosa de la muerte, que al unirse al Hombre Nuevo bolchevique debía restituir a Adán su orgullo perdido por culpa de Dios, y devolverle al paraíso, es decir, a la vida eterna, sin la ayuda de Dios. Los bolcheviques, como ustedes saben, sustituyeron la estrella de Belén que simboliza el nacimiento de Cristo, por la estrella roja de cinco puntas, que simboliza el nacimiento del Hombre Nuevo a través de los místéricos ritos de sangre cosmistas.

—¡Eso es abominable, no quiero seguir escuchando! —protestó el obispo haciendo ademán de marcharse.

Entonces, Bartok cambió el tono de voz para remarcar su autoridad:

—Monseñor Ovitch, está usted aquí para colaborar con el FSB en una misión secreta del Estado. Siéntese y preste atención —luego, tornando al acento narrativo, continuó—: Otro de los símbolos cosmistas asociado a la URSS era el sol del escudo soviético, inspirado en el dios Aura Mazdao de los faraones egipcios. Por su parte, el

martillo simboliza al martillo del héroe mitológico Thor y la hoz es una herramienta drúidica. Como ven, se trata de una espiritualidad creada en torno a la muerte y la resurrección, similar a los rituales de la sangre eslavos, como al que se refiere el mito del vampirismo, los no muertos, y a la momificación faraónica egipcia para volver a la vida.

—Asombroso —musitó sorprendido el diputado—. Entonces Lenin...

—En efecto, si se fijan, el mausoleo de mármol de Lenin en el Kremlin es una especie de pirámide egipcia, una mastaba, donde debía reposar el gran faraón soviético, convenientemente embalsamado, como nos ha dicho el profesor Iziaslaff, en espera del advenimiento de una fecha en la que el fundador de la Unión Soviética volvería a la vida para proclamarse el Hombre Nuevo que esperaban los cosmistas.

Entonces, el mensajero eclesiástico, monseñor Vladimir Ovitch se puso en pie ceremonioso, y con la mano derecha en la cruz, recitó de memoria:

—¡Y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse Dios a sí mismo...!

—Más o menos, eso —coligió Bartok.

—¿Pero qué dice usted? —preguntó el diputado sin entender.

El director del FSB se lo explicó paciente:

—Monseñor ha recitado un párrafo de San Pedro en el que el discípulo advierte de la llegada del Anticristo.

—¡El Anticristo, Lenin! —exclamó entonces Rodzianko enrojeciendo, no se sabe si de ira o de gozo.

—Pues sí, tiene sentido —admitió Bartok—, el Anticristo de las profecías católicas se emparenta con el Hombre Nuevo bolchevique de las profecías cosmistas.

—Explíqueme eso —pidió conmovido el diputado comunista.

—Como saben, desde julio del año 988, desde que el príncipe vikingo Vladimir se convierte al cristianismo y conquista la antigua Rus, fundando Kiev, hasta julio de 1918 en que Lenin proclama el nuevo Estado soviético y muere el zar Nicolás Romanov, transcurren 930 años. Desde entonces hasta la perestroika, el período soviético rojo dura 70 años, justo el período de tiempo que las profecías católicas anuncian para el reinado del Anticristo en la tierra.

—¡Dios santo, eso es cierto! —admitió monseñor asustado por la coincidencia.

—Y la suma de ambos períodos da 1000 años, por tanto, en agosto de este año, 1999, se cumple el aniversario de ese período y se anuncia el nacimiento del Anticristo o del Hombre Nuevo, según las profecías de Nostradamus.

—¿Ahora hemos de hacerle caso a ese hereje francés judío? —preguntó sarcástico el obispo.

—Perdón —interrumpió el profesor Iziaslaff dirigiéndose al director—, pero usted ha dicho antes que esos acontecimientos ocurrieron en julio y ahora dice que el aniversario se cumple en agosto. ¿En qué quedamos?

—Esa aparente descoordinación en la fechas se debe a los cambios originados al implantarse en Rusia el calendario gregoriano. Pues bien, he aquí de lo que quería hablarles. Presten atención: hace años que el FSB investiga a esos cosmistas, unos pocos exaltados místicos y ocultistas que viven de la nostalgia reviviendo las épocas gloriosas soviéticas en sus cenáculos, pero que nosotros controlamos de cerca no sea que den un paso más y pasen a algún tipo de acción terrorista. La investigación no ha aportado ninguna evidencia de acciones políticas, pero en cambio sí hemos podido averiguar algo asombroso: el actual líder de los cosmistas, un exaltado llamado Nekrassov, por increíble que esto les parezca, está planeando la resurrección de la momia de Lenin para el día 11 de agosto de este año.

—¿Cómo dice?! —explotó el diputado comunista elevándose de su asiento como un cohete.

—¿El Anticristo! ¿Pero qué tipo de aberración contranatura es esta? —exclamó el obispo alzando de su pecho la dorada cruz bizantina como si estuviese realizando un exorcismo en el aire.

—Les ruego que se calmen y se sienten, camaradas —solicitó Bartok—; el asunto es delicado, desde luego, y por eso están ustedes aquí. Usted, camarada Rodzianko, como representante máximo de la memoria soviética; y usted, monseñor Ovitch, como *Tcherkovnij Viestnik* de la Iglesia Patriarcal de Moscú. A los dos les incumbe este asunto, a uno por las connotaciones políticas y a otro por las religiosas.

Ambos hombres asintieron tomando de nuevo asiento.

—Y en cuanto al profesor Iziaslaff —siguió Bartok—, le hemos rescatado de su infierno en Siberia para que nos ayude...

—¿Yo? —preguntó cauto el científico.

—Usted es la única persona viva que conoce aunque sea de segundas el ritual de embalsamamiento de Lenin. Ha declarado que desconoce quién lo ordenó...

—Así es, nunca lo supe, ni creo que tampoco mi padre.

—Bien, ahora ya sabe que fueron los cosmistas. Pero lo que nos interesa en estos momentos es conocer las posibilidades reales que tiene esa secta milenarista de llevar a cabo su aberrante experiencia con el cadáver de Lenin.

—No lo estará diciendo en serio... —indicó Yuri Rodzianko.

—Totalmente —asintió Derechev Bartok—, el FSB ha detectado ya movimientos en el Kremlin, en torno al lugar donde se encuentra la momia de Lenin y también en la catedral de San Isaac de San Petersburgo. Uno de nuestros grupos especiales, comandado por la camarada Nadeza Löbl, aquí presente —dijo señalando a la mujer con una pluma—, escuchó hace unas semanas en un antro de los bajos fondos una conversación sobre la realización de cierto experimento con la momia de Lenin para devolverle a la vida. Poco después averiguó que aquel hombre, que estaba borracho y hablaba sin control, pertenecía en secreto a la secta de los cosmistas, y era uno de los actuales encargados de mantener en buen estado el cuerpo embalsamado de Lenin. Ya saben que con el paso de los años, el cadáver se encuentra muy deteriorado por la

invasión de hongos, a pesar de la urna de cristal donde se encuentra. Le sacan una vez al mes y le limpian sumergiéndolo en una especie de bañera para humedecer sus tejidos reseco y desinfectarlo de hongos, pero no logran contener la proliferación de esporas. De hecho, su rostro es una careta de cera, realizada hace unos años al haber quedado su verdadera cara desfigurada.

—Bueno —indicó el diputado comunista como disculpándose—, eso es cierto, pero comprendan la decepción de los miles de turistas que acuden cada año al Kremlin a ver la momia de Lenin si al contemplar su rostro vieran un horrible cadáver reseco.

—Ah, bueno, si es por el bien del turismo... —ironizó el obispo.

—¿Pero esa... *resurrección* sería posible? —preguntó Rodzianko a continuación, interesado vivamente en tal posibilidad. Ya se regocijaba con el regreso a la vida del camarada Lenin poniéndose al frente del partido, y él, Yuri Rodzianko, el nuevo timonel de la nueva Rusia comunista que aplastaría a esos demócratas vendidos a los cantos de sirena de Occidente.

—Eso piensan los cosmistas.

—¿Pero cómo?

—Quieren utilizar la coincidencia del eclipse de sol, el último del milenio, que ocurrirá el 11 de agosto, para devolver a la vida a Lenin, pero de una forma sobrenatural, parecida más bien a una resurrección cuántica.

—¡El eclipse! —exclamó el diputado.

—¡Resurrección cuántica! —repitió asombrado el obispo.

El joven Balduino Letto, obedeciendo a su recién adoptado protector, había partido inmediatamente hacia España, donde había conseguido sin mayor problema un destino para continuar sus estudios en el seminario de Toledo, adonde llegó con poco equipaje. Los religiosos siempre viajan ligeros de equipaje. Dios, es decir, la Iglesia, siempre provee.

Para mantenerse y solventar sus necesidades corrientes, se le había aconsejado que se pusiese a disposición del párroco de San Andrés, un pequeño templo situado en la misma plaza que el seminario. El párroco resultó ser un hombre ya mayor, simpático, sencillo y bonachón, con la cara regordeta y enrojecida seguramente por una tensión arterial demasiado alta. Recibió con alegría a su futuro hermano en la fe, aquel maná que le llegaba del cielo en forma de ayudante a punto de tomar los hábitos, y pronto le cedió a Balduino muchas de las responsabilidades de la parroquia.

Balduino Letto trocó su vida ociosa, de la noche a la mañana, en una alegre vorágine de asistencias y ayudas a misas dominicales con la pequeña pero dinámica feligresía del templo, bautizos periódicos, bodas de cuando en cuando, aunque estas menos, pues los novios preferían para casarse recintos religiosos de mayor lustre que aquella vieja mezquita sacralizada con antigua techumbre de madera. Estaba dispuesto a todo por cumplimentar los deseos del misterioso viajero.

No tardó el seminarista en visitar la biblioteca pública del Alcázar, aquel inmenso cubo de piedra reforzado en sus cuatro esquinas por sendas e igualmente severas torres rematadas en lo alto por ese capirote de aristas piramidales de pizarra negra. Algunas hábiles preguntas, ayudado por la exhibición del sayal de profesante que vestía a todas horas, le llevaron muy pronto a conocer la identidad de la persona que buscaba, porque los toledanos son gente sencilla y de bien, acostumbrada desde hace siglos a respetar las vestimentas regias y eclesiásticas.

El hombre que buscaba se llamaba Gastón Garcelán, y en efecto trabajaba allí de bibliotecario, le confirmó un bedel. «¿Quería el reverendo padre (peloteó el funcionario ascendiendo de grado a Balduino) que le indicara dónde?». «No, no quiero molestarle en su trabajo; si es tan amable de decirme su dirección, ya le iré a ver a casa, ya sabe, se trata de una visita personal...». «Cómo no, padre». Asunto resuelto. El bibliotecario vivía en el segundo piso de una casa situada a medio camino entre el seminario y la catedral; no le costaría pues seguir sus pasos. Pero tenía que elaborar un modo de acercamiento que no despertara sospechas. Y hoy día, tal como están las cosas, un cura puede levantar todas las sospechas. ¿Qué hacer? ¿Desprenderse del sayal e ir de paisano en adelante? Imposible, en el seminario habrían sospechado de ese, nunca mejor dicho, cambio de hábitos.

Lo malo es que a todo esto, Balduino no lograba contactar con el *Doktor Wagner* para pedirle su sabio consejo, de modo que él mismo elaboró la estrategia a seguir. Muy sencillo, utilizaría las flaquezas humanas, tal como aconseja Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe*, una de sus lecturas recomendadas *sotto voce* en el seminario de la Compañía de Jesús. Si ese Garcelán es hombre, lo que hoy día no es tan obvio como la apariencia deja ver, lo mejor para atraerle será una mujer. No hay nada que aparte más de su camino a la conciencia de un hombre, no hay dardo más venenoso para su espíritu, ni bacteria que corrompa más su corazón, que la cercanía femenina, pensaba el seminarista, que era él mismo un pusilánime con las mujeres. No es bueno que el hombre esté solo..., de mujer, se entiende. Le buscaría una buena hembra que le sedujera, y luego, sería fácil sacarle lo que fuera a través de ella.

Balduino estaba de suerte. Resultaba que una de las chicas del coro de aficionados que amenizaba las misas dominicales en la parroquia de San Andrés, y que vivía con su viejo abuelo enfermo en un enorme caserón antiguo, era una piadosa y reverente cristiana, fiel cumplidora y obediente de la Santa Madre Iglesia y sus pastores. Aquello le dio pie a Balduino Letto para comenzar a tejer la telaraña de su perverso plan, impulsado por una fiebre desconocida que al principio no supo reconocer.

La joven era una bella muchacha, quizá no con esa cimbreante flexibilidad y línea casi anoréxica que hoy lucen las modelos de pasarela, y todas las demás chicas se empeñan en imitar. Quizá las caderas de esta muchacha, muy bien dibujadas, tuvieran sin embargo algunos centímetros de más de lo que marcan los actuales cánones oficiales de belleza; y sus pequeños pechos, algunos centímetros de menos, colegía el joven seminarista asombrado por sus propias dotes de observación hacia el cuerpo femenino recientemente descubiertas, pero había que convenir que la chica era hermosa. Lucía un cabello negro levemente ondulado, un bonito rostro lleno de dulzura, aunque algo pálido, estilo prerrafaelista, una voz melodiosa, susurrante, de un diáfano vibrato cuando cantaba aquellas canciones litúrgicas en el oficio religioso.

La joven se llamaba, además, Blanca, nombre muy apropiado por el candor y la timidez que emanaba como el perfume de lirio de toda su presencia. Quizá fuera por ello, o por la herida que le había producido siendo niña la trágica muerte de sus padres en un accidente de tráfico, que a pesar de sus 22 años, la muchacha aún no tenía novio, ni siquiera acompañante esporádico, o por decirlo en el bíblico lenguaje pastoral que gustaba de usar el seminarista, Blanca aún no había conocido varón. Era pues la candidata perfecta.

Ya que Blanca era muy devota y aplicada en sus deberes como directora de aquel juvenil coro de iglesia que ella misma había formado hacía unos años, Balduino, como agregado del párroco de San Andrés, no tuvo mayores problemas en ir ejerciendo una creciente influencia sobre su víctima, máxime considerando que ella se confesaba a menudo con el viejo párroco en uno de aquellos confesionarios dobles antiguos, en los que por un lado se recibía en confesión a las mujeres y por otro a los

hombres. La idea era canalla pero válida; ¿no dijo Maquiavelo que el fin justifica los medios? Balduino Letto suplantaría la personalidad del sacerdote en las confesiones para poder acceder al interior de la muchacha e ir conociendo mejor su espíritu con vistas al perverso plan. Algo le decía que su protector, el misterioso viajero alemán, no habría aprobado tales planes, pero el fuego de la juventud reprimida desde la infancia, estaba cobrándose en Balduino su parte en el alma aún no formada del seminarista ante las acometidas del mal. De hecho, sin que ni él mismo lo sospechara, fue cayendo (*rebellioni carni*, la rebelión de la carne) perdidamente enamorado de la chica.

Era aquel que le devoraba un fuego nuevo y puro, como la llama del Espíritu Santo, que le abrasaba las entrañas y le hacía pasar en vela las noches; incluso en una ocasión llegó a utilizar el flagelo para mitigar con el dolor físico de las correas de cuero sobre la espalda ese dolor más ardoroso pero silente que le laceraba el alma. Fue en vano, pues el seminarista no tenía madera de mártir ni carnes de místico. Definitivamente, pensaba en su zozobra espiritual, y en aquel *in statu degradationis*, en estado de degradación, se estaba condenando doblemente por caer presa del deseo sexual y por abocar a la perdición a una joven inocente y virgen, a aquel ángel de Dios que él empujaba del candor a la perversión, como se empuja a un cerdo de su pocilga al matadero para desollarle vivo.

Aquel domingo, después de la misa del mediodía, el seminarista se aproximó a la joven, que se entretenía con sus compañeros recogiendo los bártulos del coro.

—¿Cómo está tu abuelo, Blanca? —le preguntó Balduino sabiendo que la joven vivía entregada al cuidado de su abuelo, un anciano de más de cien años, que permanecía siempre acostado en la cama a causa de una penosa enfermedad.

—Como siempre, don Balduino, muy pachucho, y cada vez tiene peor la cabeza.

—Bien, bien... Oye, tengo que hablar contigo, ¿puedes quedarte ahora?

—Sí, don Balduino, lo que usted mande.

La araña había comenzado a tejer su viscosa trampa sobre la víctima.

La escéptica anticuaría María Salón se había quedado muda. Se percibía su perplejidad a través de esa máscara impertérrita tras la que se ocultaba cuando quería, ignorando a su interlocutor, mirando hacia otro lado o hablando como para sí, ajena a todo. El nombre del *Apparatus* le había vuelto a deshacer su flema, como antes le había sucedido al ver el emblema de la esfera y la cruz invertida. Decididamente, Gastón Garcelán parecía saber más de lo que suponía, y ni siquiera él se daba cuenta de ello.

—¿Quién le ha hablado del *Apparatus*? —preguntó ella avizor en su apariencia de bruja a punto de echarle un sortilegio.

—¿Qué le parecería si le digo que fue el propio Pierre Rakosky?

La vieja sefardí se levantó de la silla. Caminó con pasos cortos y cansinos por la salita hasta detenerse a la altura del retablo de la última cena. Se colocó frente a él con las manos a la espalda, mirando absorta la escena de Jesús y los apóstoles, con esa mirada vacua de quien observa una pecera. En silencio. Transcurrieron unos minutos. De pronto, se volvió hacia Gastón y le espetó al modo como lo hace un mal actor, que habiendo olvidado momentáneamente su papel lo recuerda de pronto reanudando la escena interrumpida:

—Me parecería que está usted loco.

—Mire —terció Gastón—, creo que sería mejor dejarse de misterios. ¿O pretende negarme que se trata del coleccionista de obras ocultistas que le compró a usted ese libro de Papus?

María Salón regresó a su silla con un ademán de resignación. De nuevo fijaba su mirada insensible en el vaso de vino.

—Quizá... —admitió vagamente; luego tornó sus ojos hacia Gastón—, puede que se trate de la misma persona.

—¿Puede? Ya, ¿y quién es? —insistió él.

—Lo único cierto es que va como un mastín de presa en busca de pistas y claves que le acerquen al *Apparatus*.

—Sí, a mí me dijo que tenía que ver con la máquina aristotélica, y que... —María Salón interrumpió a Gastón negando con la cabeza y con la palma de la mano abierta.

—No, no, no; el *Apparatus* es un artefacto que inventó Alessandro Volta para algún tipo de experimento secreto que se traía entre manos.

—¿Un experimento secreto...? —Esta sí que era buena, ahora aparecía en escena Volta. Gastón estaba cada vez más intrigado.

—Y no solo estaba al corriente Volta —añadió la vieja—, sino también ese grupo... esos que había reunido Papus... Los Compagnons.

—¡Ah, los Compañeros! ¿Así pues, existen? ¡Lo sabía! ¿Y qué buscan según

usted?

—El medio para conocer las fechas de los futuros movimientos de los astros, entre otras cosas —contestó la sefardí.

—¿Para qué?

—Para determinar las fechas de los eclipses escamoteadas por la Iglesia.

—Me temo que no le comprendo.

—Mire... —la vieja dejó escapar un suspiro de resignación—, está bien, le diré lo que sé; pero allá usted con las consecuencias... La Iglesia conocía desde antiguo que en determinada época futura de la humanidad se producirá un eclipse muy especial que anunciará el reinado de una mujer en Rusia, una especie de zarina papisa.

—¿Eso es verdad?

La vieja asintió seria.

—Una antigua profecía rusa señala que esa mujer se dará a conocer mediante la aparición de un icono de la Virgen, y que ello será el comienzo del declive del Vaticano y el resurgir de un nuevo cristianismo tomando como base a Rusia. Por eso la Iglesia Católica, para impedir que se cumpliese la profecía, confundió las fechas al transformar el calendario juliano, por el que se regía hasta entonces todo el Occidente cristiano, en gregoriano.

Como se estaba haciendo tarde y la conversación en la que de repente acababa de enfrascarse la vieja le interesaba mucho a Gastón, María Salón, gentilmente (sirva por esta vez el adverbio), ofreció a sus visitantes quedarse a cenar. Antes de que Gastón pudiera sopesar la conveniencia de tal invitación, Nico exclamó lleno de euforia por la propuesta:

—¡Síííí! ¡Vale!

—Bien, bien, pues no se hable más, pasemos a la cocina. Ah, y no se preocupe, no crea que voy a ofrecerle únicamente pan ácimo.

Como buenos camaradas que ya comenzaban a ser, camaradas de investigación, de conjeturas, de coincidencias significativas, de relaciones de datos y fechas, de elucubraciones..., la anticuaría y el bibliotecario colaboraron en la preparación de la cena, que si bien era sencilla, tuvo poco de frugal; incluso acabaron con la frasca de vino, que por cierto no era pequeña. Mientras preparaban el refrigerio, Gastón siguió inquiriendo respuestas a su insaciable ansia de saber:

—¿Pero en qué se funda exactamente para decir que la Iglesia fue la responsable de ese presunto complot para borrar de la conciencia colectiva la fecha del eclipse?

—Mire, le contaré algo que pocos saben: ese eclipse tan especial ocurrirá este año y forma parte del tercer secreto de Fátima.

—¿Cómo?!

—Así es. En la segunda de las apariciones ocurridas en Fátima, la Virgen le dice a los pastorcillos que «cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución de la Iglesia y del

Santo Padre. Para impedir eso —continúa la Virgen— vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón». Luego resalta que «si atendieren mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo».

—Es increíble —meditó Gastón—. ¿Me está usted diciendo que todo el milagro de la aparición de la Virgen en Fátima es un montaje de la Iglesia?

—Sí, porque desde siempre el Vaticano ha ambicionado hacerse con el control religioso del gran imperio ruso.

—Puede que sea como usted dice, pero sigo sin creerme que nadie pueda ocultar así como así nada menos que la fecha de un eclipse, me imagino que todos los movimientos de los astros estarán catalogados y previstos desde hace mucho tiempo —razonó Gastón.

—A ver, pásame el cuchillo; yo pelaré las patatas... No, no, verá, no todos los movimientos planetarios están catalogados... Además, no todos los eclipses se ven a simple vista. Muchos, la mayoría, no se distinguen, pasan inadvertidos. Vaya usted calentando el aceite en la sartén... —le pidió ella.

—¿Dónde está el aceite? —Gastón tropezaba con todo, era un patoso para la cocina.

—En esa alacena... El número y las características de las alineaciones planetarias, algunas de las cuales producen eclipses de luna o de sol, varía mucho a través de los siglos —le estaba explicando la vieja—. El cielo que hoy vemos no es el mismo que vieron nuestros antepasados. La posición de observadores del cosmos en la antigüedad era muy reducida, y si a ello añadimos la confusión del calendario...

—¿Pero cómo se les ocurrió esa modificación de fechas? —Gastón sabía algo de aquel cambio del calendario, pero ya no lo recordaba.

—Encienda el fuego y ponga el aceite a calentar —le pidió ella—. Pues como todo el mundo sabe, el papa Gregorio XIII encargó la reforma del hasta entonces calendario juliano, por el que se regían los cristianos desde tiempos del emperador Julio César.

—¿Y a quién se lo encargó?

—A un grupo de expertos formado exclusivamente por jesuitas, verdaderos artífices de todos los cálculos necesarios para transformar el calendario juliano en el nuevo, llamado gregoriano en honor del papa Gregorio XIII.

—¿Y bajo qué argumento se produjo ese cambio? —Gastón quería conocer todos los detalles.

—Usted es católico, ¿no? Debería entonces saber que teóricamente fue con el fin de que la conmemoración de la resurrección de Cristo no coincidiera con la fiesta judía.

—Entiendo... Oiga, el aceite ya está caliente ¿no cree?

—Aún no, hombre —le indicó María Salón al darse cuenta de lo patoso que era aquel muchacho.

—Continúe, por favor, estoy aprendiendo mucho —pidió él.

—Determinar esa fecha no fue tan sencillo, los cálculos que exigía resolver el cambio de fechas eran demasiado complicados para los conocimientos y los medios que tenían los astrónomos de aquellos tiempos, sobre todo por la diferencia que había entre el verdadero año astronómico y el calendario juliano... Tenga cuidado, hombre —se interrumpió la sefardí—, le he dicho que no se queme... Oiga, no tiene usted mucha maña con la cocina, ¿verdad? No sé cómo se arregla usted a diario...

—En el McDonald's lo dan todo hecho —justificó Garcelán guiñando un ojo a Nico, que se rio con ganas, cómplice de su tío.

—Ya veo, de modo que comen en ese sitio de yanquis que ha colonizado incluso la imperial Toledo. ¡¿Adónde vamos a llegar?!

—Íbamos por la reforma del calendario —terció Gastón retomando el tema que le interesaba.

—Respecto a eso, trato de demostrarle el interés del Vaticano en que la reforma del calendario redujera la posibilidad de que nadie interesado pudiese predecir el eclipse ese tan especial... Dele vueltas a las patatas, hombre, o solo se freirán por un lado... —luego preguntó a sus dos invitados—: ¿Cómo hacemos los huevos, fritos o revueltos?

—¡Revueltos! —gritó Nico, decidiendo por todos.

—Pero —continuó la sefardí, yendo por los huevos a la nevera— como bastante es que la Iglesia intente mantener un secreto para que todos piensen que debe tratarse de algo muy valioso o terrible para que se empeñe tanto en esconderlo, muchos investigadores y físicos de los siglos XVII y XVIII se embarcaron en realizar algún tipo de método o artefacto con el que descubrir de nuevo la fecha concreta de una futura alineación de la Luna y el Sol, aunque a esas alturas nadie supiera muy bien qué era ni para qué servía lo que estaban buscando.

—Ya veo... —murmuró pensativo Gastón, que estaba cada vez más interesado en aquella trama descomunal. Además, todo eso le seguía recordando curiosamente a la conversación mantenida aquella vez con el viejo Jules Never en el viejo templo gótico de París.

—Bien, ahora vamos por el embutido —dijo ella—. ¡Auténtico de Tala vera de la Reina!

—¿Pero qué relación tiene todo esto que me cuenta con Pierre Rakosky? —preguntó Gastón, mientras retiraba las patatas de la sartén.

La vieja suspiró antes de contestar, moviendo la cabeza con aire pesaroso, como si quisiera advertirle a su anfitrión que cuanto más supiera de todo aquello, peor.

—Antes de nada ha de saber que la Iglesia Ortodoxa buscaba también la fecha de ese eclipse, pero con otro fin.

—¿Qué fin?

María Salón volvió a suspirar y a menear la cabeza negativamente antes de contestar de mala gana:

—Tome los huevos. ¿Sabrá hacerlos...? Devolver a Rusia su zar.

—¿Cómo?! —exclamó Gastón, al que casi se le caen los huevos de la mano. Lo que más le sorprendía era el extraordinario paralelismo que tenía el relato de la vieja sefardí con lo que le había contado aquel Richard von Wagner en el avión durante el viaje de regreso de París.

—A la Iglesia Ortodoxa tampoco le gusta mucho la profecía esa de la zarina papisa —indicó María Salón—. Prefieren restaurar en el trono de Rusia la dinastía de los Romanov a que reine una mujer.

—¡Hummmm, qué bien huele! —exclamó Nico con apetito.

—¿Pero cómo va a reinar una mujer en Rusia?, eso no parece nada probable tal como están allí las cosas, y...

—La Iglesia Ortodoxa Rusa es muy supersticiosa, y cree a pies juntillas en esa antigua profecía que tenía como base el milagroso icono de Kazan... Vaya usted llevando a la mesa los platos, que yo voy friendo los chorizos y preparando la ensalada; ahora le cuento lo de ese icono.

—¡A cenaaaar! —canturreó Nico.

Un rato más tarde, y ya sentados ante el mantel, María Salón continuó combinando las explicaciones con su buen apetito a pesar de su vejez:

—He dicho milagroso porque el icono de Kazan fue encontrado el 8 de septiembre de 1295, según el calendario juliano. Y el 8 de septiembre es la festividad de la Virgen María, precisamente la que representa su imagen en el icono.

—Curioso...

—Para evitar que los bolcheviques lo destruyeran, como hacían con toda la iconografía religiosa de la época imperialista, el icono de Kazan fue llevado a los Estados Unidos por los emigrantes de la Iglesia Ortodoxa en el Exilio, disidentes del Patriarcado de Moscú. Luego lo cedieron a un centro ruso-católico que por lo visto está en Fátima...

—¿Pero la Iglesia Ortodoxa no es rival de la Iglesia Católica? —preguntó Gastón.

—No se confunda, la mayor rivalidad se da entre las dos Iglesias Ortodoxas, la Patriarcal de Moscú y la disidente en el exilio. Y ambas buscan alianzas secretas con la Iglesia Católica para que esta les ayude a desbancar a la rival. Pero mucho me temo quién ganará más con esa rivalidad. A río revuelto... De hecho, una prueba de esa connivencia es que los representantes de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio le regalaron el icono de Kazan al papa Juan Pablo II, que actualmente lo tiene colgado en sus habitaciones privadas, seguramente esperando a ver si se cumple la profecía.

—¿Pero qué dice exactamente esa profecía? —Gastón no le daba tregua a su anfitriona.

—Poco antes de la muerte del zar Nicolás II, una mujer tiene una visión en la que la Virgen le anuncia que el zar morirá, y después de unos años de gran penuria y persecución política a los buenos devotos, en Rusia reinará una zarina. El caso es que la Virgen pintada en el icono de Kazan luce el cabello pelirrojo, está tocada con una corona imperial, cosa poco habitual en este tipo de representaciones religiosas, está

cubierta con el manto rojo, color sagrado de Rusia desde muy antiguo, y además... en una mano sostiene la esfera rematada con la cruz. Por eso algunos piensan que el icono no muestra a la Virgen, sino que es la imagen de la zarina de la profecía.

—¿Pero cómo sabe usted todo eso? —preguntó al cabo Gastón, dándose cuenta humildemente de lo lejos que estaba de conocer las profundidades de todo aquel embrollo.

La vieja sefardí no había respondido. Había hecho uno de esos gestos incógnitos, sumiéndose luego en uno de sus largos mutismos.

La visita había acabado de madrugada. Gastón y Nico se habían despedido de la vieja y habían regresado a casa por las calles desiertas de Toledo, que parecían transportarles a la oscura Edad Media, con sus nigromantes al acecho en cada esquina, el refulgir de los hornos de los alquimistas en alguna lúgubre bodega; los judíos en sus sinagogas empeñados en algún sortilegio, los siniestros frailes dominicos de la Santa Hermandad, con sus antorchas encendidas, dispuestos a quemarles como brujos herejes por indagar en cosas prohibidas...

Justo en ese momento, comenzó a sonar un teléfono móvil muy cerca de ellos.

—Es el mío —confirmó Nico quitándose la mochila de la espalda para rebuscar dentro el aparato.

—¿Tienes teléfono móvil? —preguntó sorprendido Garcelán, deteniéndose en medio de la desierta calle.

—Sí, me lo dejaba papá —admitió el chico sacando de la mochila el teléfono, que seguía sonando insistentemente con la pantalla iluminada.

Gastón se lo cogió a Nico de las manos y contestó:

—Diga.

—¿Quién es usted? —Se escuchó.

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no cree? —contestó Gastón, aunque de sobra se había dado cuenta del conocido acento del Este de quien hablaba.

—Oh, eso no le importa, señor Alcover. Tenemos a Victoria, su mujer... Si no quiere que sufra ningún daño ha de decirnos dónde está el chico.

Gastón cortó de golpe la conversación.

—¿Quién era, tío?

—Era Pierre Rakosky.

En la cama, sin poder dormir, Gastón Garcelán barajaba los hechos tratando de encontrarle sentido a la situación: «Vamos a ver, aceptando la hipótesis de un secuestro, si Rakosky tiene en su poder a Victoria, como se deduce de la llamada, entonces no es el autor de la desaparición de Pascual Alcover, pues además me ha confundido con él. ¿Pero qué quiere ese ruso de Victoria y de su hijo? Por otro lado, si Rakosky no ha secuestrado a Pascual, ¿quién lo ha hecho?».

Para mayor tensión, Nico comenzaba a angustiarse por la ya prolongada ausencia de sus padres, y le reclamaba a Garcelán que cumpliera su promesa de ayudarle a

encontrarlos.

Gastón no sabía qué hacer, él era un bibliotecario, no un detective, por mucha imaginación y empeño que tuviera. Aquella doble desaparición era asunto de profesionales. Pero en eso ya había pensado, y no parecía ser una solución, porque acudir a la policía con aquella historia era ocioso, por no decir imprudente. No existían pruebas de nada, si acaso de que Garcelán se había llevado de su hogar a un menor de edad que no era ni siquiera de su familia. Así que para calmar momentáneamente al chico, le había asegurado, mintiéndole, que estaba trabajando sobre una pista segura, y que pronto tendría noticias de sus padres.

—¿Y por eso vas a casa de la vieja a hablar de esas cosas tan raras? —le había preguntado Nico con ingenuidad infantil.

A Gastón se le habían acabado las vacaciones de tanto tomar días libres, aunque como no tenía mucho trabajo en la biblioteca, aprovechó para intentar atar todos los cabos sueltos del embrollo en que se hallaba metido. Trató de darse ánimos.

Vivía entregado a su investigación confundiéndola con la realidad cotidiana. Lo hacía más por egoísmo personal y por la estética intelectual de descifrar un enigma, que por resolver el paradero de sus amigos. Cada día salía de casa hacia la biblioteca, acompañado de Nico, que se entretenía leyendo tebeos esperando a que terminara la jornada laboral de su *tío*. Muchas veces le esperaba fuera sentado debajo de la estatua del gran ángel esculpido en piedra por Juan de Ávalos a la entrada del Alcázar, en memoria de sus defensores en la Guerra Civil. Luego se marchaban juntos al McDonald's de la plaza de Zocodover. Garcelán se quedaba hasta la noche en la biblioteca, intentando anudar con alguna lógica todos aquellos cabos sueltos sin sentido que le crecían como los tentáculos de una planta carnívora.

Museo del Ermitage.

34, Dvortsovaya, Naberezhnaya,
San Petersburgo (Rusia)

—¡**V**amos a cerrar!

El funcionario del museo, vestido con su atuendo gris, recorría con paso parsimonioso las salas recargadas de miles de obras de arte desde el siglo m antes de Cristo hasta los maestros de la pintura europea del siglo XIX. Impresionantes obras de incalculable valor pintadas por Leonardo da Vinci, Rubens y Rembrandt aparecían y desaparecían a la mortecina luz de la linterna que portaba.

—¡Vamos a cerrar!

El funcionario efectuaba como un ritual casi involuntario el preceptivo y rutinario recorrido diario para comprobar que ninguno de los cientos de turistas y visitantes que acudían a diario al palacio Embankment, más conocido como el Ermitage (la ermita), porque antiguamente solo la corte podía disfrutar de sus obras, se quedase rezagado o encerrado en aquel grandioso edificio barroco.

—¡Vamos a cerrar!

No se dio cuenta de que una sombra humana se retrepaba guareciéndose de la pobre luz de su linterna perdida entre las otras sombras, estas inhumanas, que causaba el amontonamiento de decenas de piezas arqueológicas de enorme valor histórico, pertenecientes a los siglos III al V antes de Cristo, encontradas a principios del siglo XX durante las excavaciones realizadas en el litoral norte del Mar Negro, en los lugares que ocuparon las antiguas ciudades-colonia de Nifea, Teodosia y Panticapea.

La sombra del hombre oculto aguardó a que pasase el ujier vestido de gris oliendo a licor y gritando aburrido:

—¡Vamos a cerrar!

Luego retrocedió por las salas oscuras procurando no tropezar. Tomó una puerta medio disimulada entre los frisos de la decoración y los grandes tapices y cuadros del Renacimiento. Fue cauto y no encendió todavía su linterna, así que las obras de Giotto, Donatello o Masaccio le pasaron inadvertidas entre las sombras. Cuando hubo rebasado y cerrado cuidadosamente la puerta, encendió la linterna para alumbrarse el paso por las escaleras que descendían hasta los sótanos del Ermitage.

Era Simeón Nekrassov, el *posadnik* o líder electo de los cosmistas. Tenía no más

de cuarenta años, pero su carácter fuerte y vehemente había cautivado a los hermanos de secta hacía tan solo año y medio. Además, a su edad, Nekrassov poseía un largo y nebuloso historial de pertenencia a otras sociedades secretas y filomasónicas por toda Europa. Alto, fornido, con el pelo negro como hilachas de pez, la barba poblada y dividida en dos mitades como los antiguos patriarcas noachitas, reforzaba su aspecto de místico con unos penetrantes ojos verdes casi hipnóticos que le daban la fiera determinación de un lobo de las estepas. Incluso vestido con aquellas ropas de abrigo oscuras y poco elegantes, con sus recias botas para caminar por la nieve, Nekrassov apenas podía ocultar su semblanza y el porte aristocrático de los antiguos boyardos imperiales. De hecho, era descendiente de los inveterados y feroces *oprichniks*, la cruel guardia pretoriana fundada por Iván III el Terrible, y que con el paso del tiempo se iba a convertir en un pequeño ejército, miles de hombres vestidos de negro, que montaban caballos negros con cabezas de perro cortadas colgadas de las sillas, como símbolo de lo que hacían con los enemigos del zar. Los *oprichniks* gobernaron Moscovia durante ocho años, dejando a su paso tantas víctimas que incluso el cruel Iván III hubo de disolver aquella monstruosidad de ejército asesino.

Simeón Nekrassov había llegado a los sótanos del museo. Allí el amontonamiento de obras de arte sin catalogar, la mayoría de ellas estropeándose y pudriéndose por falta de condiciones, le ofrecía un refugio más seguro porque era raro que alguien descendiese a aquel Hades a tales horas de la tarde. Los bajos fondos del Ermitage podían ser casi tan grandes como los extensos salones barrocos y sobredorados de arriba. O quizá más, porque era difícil saber dónde terminaba el edificio y comenzaban los túneles y bóvedas subterráneas que partían en todas las direcciones por debajo de San Petersburgo. La humedad del cercano río hacía que el oscuro lugar oliese a cieno y a los hongos de las paredes impregnadas por el salitre. Nekrassov metió la mano en el bolsillo de su gabán y sacó el plano que le había dibujado uno de los hermanos cosmistas que durante años había trabajado en el Ermitage. Recordó que fue en aquella época, durante los años de la pérfida presidencia de Stalin, cuando fueron amontonándose aquí sin ningún cuidado la enorme cantidad de enseres, muebles, objetos de todo tipo y obras de arte relacionadas con el pasado imperialista de Rusia. Las posesiones de los asesinados Romanov que no fueron saqueadas por los propios bolcheviques fueron transportadas hasta aquí en viejos camiones y amontonadas sin concierto como en un vulgar almacén de guardamuebles. Habría costado años clasificar y catalogar la ingente cantidad de pertenencias, muchas de ellas de incalculable valor material o artístico, pero en la época soviética nadie quería contaminarse tocando objetos imperiales.

Recordaba ahora Nekrassov que había sido por simple casualidad, en una de sus incursiones a los sótanos para arrumar algún objeto artístico, cuando el funcionario miembro secreto de los cosmistas había localizado aquel artilugio extraño. Era una especie de caja de madera muy vieja, que al abrirla dejaba ver una serie de piezas metálicas de cobre o latón, bobinas, trozos de cable y carbón y lámparas de diodo.

Parecía una primigenia radio de galena, pero algo le dijo al hermano cosmista que aquello podía ser importante, y así es como ocultó el objeto y dio parte al por entonces *posadnik* de la hermandad.

Acertó, porque aquel artefacto resultó ser según sus superiores de logia el llamado cohesor de Alexander Stepanovich Popov, un ingeniero ruso de finales de siglo inventor de la antena y otros artilugios.

Popov había realizado con aquel aparato diversos experimentos de transmisión sin hilos desde los tejados del Instituto de Física de San Petersburgo a la catedral de San Isaac, donde había colgado un enorme péndulo de Foucault. Popov estaba interesado en aquellas experiencias del péndulo llevadas a cabo en 1851 por el científico francés Bernard Léon Foucault en el Pantheon de París. Para completar tales experiencias, Popov había diseñado en 1895 un extraño artefacto que había bautizado como cohesor, y que según afirmaba, podía captar y medir las perturbaciones electromagnéticas de la atmósfera, incluso emitir y recibir señales si la intensidad eléctrica del aparato fuese suficiente. Nadie sabía entonces para qué podría servir un invento tan absurdo, pero Popov se había marchado en 1898 a París para trabajar con el francés Eugéne Ducretet en la mejora del artefacto. Ambos habían estado realizando similares experiencias de transmisión radioeléctrica desde la Torre Eiffel, recién inaugurada, hasta el péndulo de Foucault en el Pantheon. Después de aquello, el cohesor, o *Apparatus*, como lo denominaban también, había desaparecido. Se le perdió la pista. Los cosmistas, interesados posteriormente en todo lo que tuviese relación con la comunicación cósmica, habían estado intentando hacerse con aquel artefacto. Lograron averiguar que existían dos, uno que se había quedado el francés Ducretet y otro que Popov se había traído de vuelta a Rusia. ¿Dónde estaba el cohesor de Popov? Las pesquisas condujeron a los cosmistas, ya en la época comunista de Lenin, a conocer que el cohesor había estado en manos del zar Nicolás II, con el que había intentado realizar ciertos experimentos secretos que tenían alguna relación con devolverle la salud al zarevich Alexei, el heredero del trono imperial, al parecer muy enfermo de algún tipo de dolencia en la sangre. Los cosmistas habían introducido entonces en la corte a uno de sus miembros, Grigori Effimovich, más conocido como Rasputín, que sin embargo no había podido hacerse con el cohesor. El monje cosmista había seducido a la emperatriz, pero no terminaba de concitar la confianza de Nicolás Romanov. Y eso que Rasputín, gran conocedor de la alquimia, había logrado mejorar la salud del zarevich al darse cuenta de que el mal que le aquejaba era la licuefacción excesiva de la sangre, que empeoraba al serle suministrada por los médicos una nueva sustancia que había aparecido por entonces, la llamada aspirina. Effimovich había descubierto que esa sustancia química empeoraba la salud del muchacho, por lo que la suprimió de su dieta, y en su lugar, le sometió a sesiones hipnóticas y mesméricas que al relajarlo le hacían experimentar una gran mejoría.

Pero cuando el zar cedió y se mostró dispuesto a mostrar a Rasputín el cohesor,

que Nicolás atesoraba como la última esperanza para curar definitivamente a su hijo, aunque no supiese bien cómo funcionaba, un complot de nobles rusos asesinó al monje. Luego, los cosmistas averiguaron que aquel grupo de nobles esperaban la llegada de un gran médico y esoterista francés apodado Papus, quien llegaba poco después a Rusia para poner en marcha aquel artefacto de Popov. No hace falta decir que los cosmistas reaccionaron matando a su vez a aquel ocultista francés que pretendía hacerse con el misterioso cohesor que ellos andaban buscando desde hacía tanto tiempo. Pero poco después, con el estallido de la revolución bolchevique, todas las pistas se perdieron, hasta que un día, el viejo funcionario cosmista del Ermitage dio con él por casualidad en los sótanos.

Y ahora, la suerte estaba echada, pensó Simeón Nekrassov conteniendo la euforia. Él cogería el cohesor de Popov del lugar donde lo había escondido su antiguo hermano de logia y crearía con él al Hombre Nuevo bolchevique de las profecías cosmistas.

¿Qué iba a hacer Gastón Garcelán si no encontraba pronto una pista que le condujera a los padres de Nico? ¿Qué sucedería dentro de poco cuando terminaran las vacaciones de verano y comenzara el colegio? ¿Se iba a quedar eternamente con él, educándolo (bueno, eso era un decir) como a un pequeño salvaje en medio de su desordenada vida de nómada? Cada día estaba más arrepentido de no haber avisado a tiempo a la policía.

Ahora que le costaba separar cada vez más la realidad de la ficción, su encuentro con Blanca iba a imitar en todo a la más bella de las ficciones: la literatura. Y así, revestido de este espíritu creador, Gastón incorporó a la cándida chica en su esquizofrénico juego, emprendiendo con ello la redacción práctica, es decir, el guión de una historia de amor y vejación entrecruzados, en cuya trama se incluyó a sí mismo como perverso protagonista. Con todo, nada hubiese ocurrido si de la imaginación no hubiese pasado a la acción, pero la exigencia estética de este guión imponía traspasar las prudentes fronteras de la realidad para jugar a que todo era real.

Movido por su viciada costumbre de años, trasladó aquella *exacerbatio cerebri* del mundo de enrevesadas concordancias y alocadas conexiones coincidentes que le habían hundido de manera tan tenebrosa en la ciénaga de confusión donde vivía, al ámbito de la seducción, invocando con ello su lado más oscuro, el del ángel caído que se nutre de la inocencia del otro, que disfruta pervirtiéndole, arrastrándolo por el fango, para luego, limpiándose las salpicaduras, despreciarle y abandonarle sin compasión.

Por su parte, para Blanca, influenciada por Balduino Letto, con su encanto y candor naturales, no había sido muy difícil tenderle una trampa a Gastón Garcelán usando sus armas de mujer. Dado que cada día ambos hacían similares recorridos por las calles adyacentes a la catedral, ella había podido insinuar con sus sonrisas y requiebros, como al paso, un presunto interés que, aunque Garcelán sumido como siempre en sus enrevesados pensamientos, tardó en captar, al final se dio cuenta de que aquella muchacha con la que *casualmente* se encontraba tantos días de paso hacia el Alcázar, a la vuelta del trabajo, o en alguno de los comercios cercanos, había quedado seguramente prendada de él. No le pareció raro, pues a pesar de sus gafas de montura anticuada, su descuidado aspecto y su más bien nula complexión atlética, Gastón era consciente de que muchas mujeres sienten un irrefrenable impulso de cuidar a esos chicos paliduchos y abandonados de todo cariño.

Una mañana, de camino al trabajo, mientras Gastón iba pensando en cómo organizar el primer asalto para seducir a Blanca, le abordó un antiguo conocido.

—Señor Garcelán, buenos días.

—¡Richard von Wagner! —Aquel hombre era al último que Gastón esperaba ver

en Toledo—, ¿qué hace usted aquí?

—Bueno, ¿Toledo es el crisol de las cuatro culturas, no? Pues qué mejor sitio para completar mis investigaciones. Además, ¿recuerda?, le dije que quizá nos volveríamos a ver.

—Por cierto —preguntó Gastón al hilo de lo que había estado hablando con la vieja sefardí—, ¿sabe ya quién ordenó la muerte del zar Nicolás II?

—*Ja*. Algo he averiguado, ¿le interesa? Si quiere, le invito a un café y le cuento el estado de mis pesquisas —ofreció el *Doktor Wagner*.

Se sentaron en una terraza de la plaza de Zocodover.

—Nostradamus —comenzó el *Dramatiker* tras tomar un sorbo de su café— dejó escrito en su profecía el acontecimiento del *Verfinsterung*, el eclipse del fin del milenio. La Centuria X, cuarteta 72, dice: *L'an mil neuf cent nonante neuf sept mois. Du ciel viendra un grand Roy d'effrayeur: Ressusciter le grand Roy d'Angolmois, avant après Mars regner par bon heur*. O sea: «El año 1999, séptimo mes. Del cielo vendrá un gran Rey de terror: resucitar el gran Rey de Angolmois, antes después reinar Marte a buena hora».

—Un tanto obtuso —señaló Gastón.

—*Ja*. Hasta ahora yo creía que aunque la profecía menciona el séptimo mes (julio), esto es debido a que Nostradamus se refería a meses lunares (no olvidemos que él era judío), y el eclipse ocurrirá durante el último día de la séptima lunación de 1999, o sea, este año. Otros dicen que el desfase es por la diferencia del calendario gregoriano, que se impuso después de morir Nostradamus.

—¿Y no es así? —Gastón estaba asombrado; las informaciones de aquel extranjero y de María Salón parecían solaparse, complementarse, como si ambos se hubiesen convertido en sus informadores, cada uno por su lado.

—*Nein*, porque recientemente he descubierto que Nostradamus sí se refería efectivamente al mes de julio. En concreto, al 31 de julio, cuando según profecías anteriores estaba prevista la reencarnación del Anticristo en un ser humano que cambiaría el mundo.

—Yo no daría mucho pábulo a esas suposiciones... —descartó Gastón ante el escatológico razonamiento del alemán.

—¿Ah, no? Pues escuche, *mein Freund*, a ver qué le parece esto: el 31 de julio de 1432 nació en Rumanía el conde Vlad Tepes, más conocido posteriormente como *Dracul* —Garcelán abrió unos ojos como platos; el juego de concordancias volvía a cobrar vida en todo su esplendor, incluso se remontaba a los primeros años en que había sido creado junto a Pascual Alcover. ¡Era increíble!

—En realidad —seguía el *Doktor Wagner*, ajeno a la zozobra que arrastraba en esos momentos a Gastón—, el personaje existió. El conde *Dracul* fue un gran héroe del ejército ortodoxo que luchó contra los turcos hasta que le sobrevino una extraña enfermedad que le convirtió en un ser monstruoso.

¡Igual le sucedió al coronel carlista Ambrosio Grimau!, pensó Gastón exaltado

por la coincidencia, sin poder apenas ocultar su impacto.

—Sus hombres —seguía Von Wagner— llamaron para curarle a un monje de una remota región de los Cárpatos, donde vivían los extraños componentes de una antiquísima orden de caballería llamada la Orden del Dragón.

—No la he oído nombrar nunca —dijo Gastón desprovisto casi de pulso.

—*Ja*. Teóricamente, esa orden monástica y militar se extinguió hace siglos. Fue la primera y la única orden religiosa perteneciente a la Iglesia Ortodoxa; fundada en 1418 por el emperador Segismundo de Luxemburgo, Alemania, Hungría y Bohemia, que si lo consulta, comprobará que son los lugares que recorrerá la *Schatten*, la sombra del eclipse de sol el próximo 11 de agosto.

—¿Es cierto? ¿Pero cómo sabían...?

—La orden investigaba la astrología y el esoterismo, estudiaba los efectos producidos por los planetas y las constelaciones sobre los organismos vivos. Eran alquimistas muy avanzados, dueños de conocimientos ancestrales hoy perdidos. Sabían que el paso de la sombra lunar de un eclipse produce alteraciones sobre la cognición, incluso sobre la materia de las personas, si uno se encuentra en el lugar y momento adecuados. Existía la creencia de que aquellos monjes practicaban una extraña ciencia nigromántica que podía devolver la salud a los enfermos de gravedad, a los heridos, e incluso la vida a los muertos.

Gastón se removía nervioso en su silla. Su café se había enfriado intacto en la taza.

—Se entregaban a hechizos por los que trataban de resucitar a los muertos —proseguía el *Doktor Wagner*—, conocían el secreto de la resurrección de la carne, que habían heredado de los judíos establecidos en Hungría y Polonia en la diáspora cuando se destruyó Jerusalén. Era el mismo secreto con el que los hebreos le habían devuelto la vida a Cristo una vez muerto en la cruz. De hecho, la Orden del Dragón había tenido éxito al resucitar a una concubina del emperador Segismundo, llamada Bárbara de Cilly.

—¿Y curaron a Vlad Tepes de su rara enfermedad? —preguntó Gastón confirmando el paralelismo de aquella historia o leyenda con lo sucedido al coronel Ambrosio Grimau.

—El viejo monje que acudió a la llamada de los soldados del conde era casi una momia; puede que fuese algún no-muerto, un *Nos Feratu* revivido por sus rituales ocultistas. Se quedó a solas con Vlad Tepes, y a los tres días, el conde comenzó a mejorar.

Gastón Garcelán estaba sintiendo escalofríos ante la increíble coincidencia con la historia del coronel carlista y el médico catalán Salvá i Campillo, aun así, adujo esgrimiendo sus conocimientos en Historia:

—Pero la leyenda del conde Vlad Tepes dice que murió, que sus enemigos le capturaron y le cortaron la cabeza y se la llevaron al sultán de Turquía.

—*Ja*. El conde sobrevivió siete años después de aquel ritual, pero luego parece

que la enfermedad se reactivó, y el viejo monje de la Orden del Dragón recomendó entonces una solución tajante, nunca mejor dicho. En resumen, fueron sus propios hombres los que le cortaron la cabeza para que no regresara de la tumba. Luego difundieron la noticia de que su señor había perecido en una emboscada a traición, y Vlad Tepes fue enterrado en el remoto castillo de la Sagrada Orden del Dragón, en los Cárpatos, donde esperarían cientos de años que llegara un nuevo eclipse de sol de características similares, para devolverle de nuevo a la vida. Y eso es precisamente lo que ocurrirá el 11 de agosto. ¡El *Verfinsterung*!

—¿Pero por qué el conde no se restableció del todo?

—Los miembros de la Orden del Dragón ya habían comprobado que el cuerpo redivivo por este sistema no se mantenía con vida más que siete años..., los mismos que el reinado del Anticristo según las profecías.

—¡El Anticristo!, nada menos. Perdón, pero esto es demasiado para mí —admitió Gastón.

—*Ja*. ¿No le gusta mi cita? ¿Demasiado hermética, quizá? Pues déjeme que le cuente otra explicación algo más teológica y política de ese mismo suceso. Siglos más tarde de todo aquello, los judíos establecidos en los Balcanes se habían hecho con el secreto de la sagrada Orden del Dragón. Habían encontrado la fortaleza perdida de la Orden, y en ella la tumba de Vlad Tepes. Pues sepa usted, mi querido *Freund*, que ahora se disponen a realizar el ritual aprovechando su conocimiento de que el eclipse de sol del 11 de agosto es uno de aquellos de efectos sobrenaturales.

—¿Pretenden resucitar al conde *Dracul*? —preguntó Gastón escéptico, sonriendo de mala gana mientras a la vez consultaba el reloj, pues ya llegaba tarde al trabajo.

—*Nein*, quieren insuflar el alma maldita del conde en una persona viva aprovechando el paso del eclipse.

—No hablará en serio... —sonrió Gastón nervioso, dando la vuelta al reloj de pulsera en su muñeca.

—*Ja*. Los efectos del eclipse permiten modificar el espacio-tiempo, ir por ejemplo, como la bilocación, hacia atrás en el tiempo y lograr que las cosas sucedan de otro modo. ¿No lo entiende? Los judíos quieren hacer realidad la profecía del Anticristo.

—No me diga, ¡ja, ja, ja, ja! —Gastón explotó en una carcajada nerviosa y casi histérica por la fuerza de la tensión acumulada.

—*Ja*, ría si quiere, pero así es como hace años los integrantes de una misteriosa logia judía establecida en Rusia eligieron al hombre que debía encarnar la maldad del enemigo de la humanidad, representado según las Escrituras por el Anticristo. Me estoy refiriendo a Vladimir Ilich Uliánov.

—¿Quién?

—Más conocido por su seudónimo ocultista, Lenin —sentenció *Herr Wagner*.

—¡Lenin! —Gastón recuperó de golpe la seriedad perdida.

—*Ja*. ¿Y no es desde entonces el comunismo la obsesión del Vaticano? Recuerde

el secreto de Fátima: la humanidad no quedará libre de pecado hasta que no se convierta Rusia y la Iglesia Católica entre triunfante en ella.

—¡Lenin! —repitió Gastón— ¿pero por qué él?

—En realidad, daba igual uno que otro; supongo que eligieron al más exaltado y al más perverso de cuantos pudieron. Así se cumplió la profecía de Nostradamus. El Anticristo, el gran Rey del Terror: *Angolmois*.

—Por cierto, ¿qué significa eso? Parece francés.

—*Nein* —negó el alemán—. Se trata en realidad de un criptograma. Si se cambia el orden de las letras, obtenemos *anglo-siom*, *mons-logia*, *g-salomoni* y *mongolias*.

—Sigue sin tener mucho sentido —Gastón volvió a mirar con impaciencia el reloj.

—Al contrario, todas estas palabras se refieren a la sociedad secreta judía balcánica, heredera en cierto modo de la Orden del Dragón, que estaba detrás de la revolución bolchevique para derrocar al zar y resucitar al conde Vlad Tepes en el cuerpo de Lenin. Fíjese si no: *anglo-siom* se refiere a los judíos occidentales, una parte de los cuales se estableció en los Balcanes y otra en Inglaterra, pasando después a esa gran nación judía que es hoy Norteamérica; *mons-logia* alude a la monstruosa logia de la que le hablo; *g-salomoni* concuerda por un lado con el gran rey hebreo Salomón y con la G, símbolo principal de la masonería, creada por los judíos.

—No me parece una prueba demasiado evidente.

—*Ja*, pero espere. Queda por último *mongolias*, eso sí le sonará, ¿*Nein*? Está bien claro que alude a la inmensa región que antiguamente abarcaba desde los Balcanes a Rusia, unificada posteriormente a la fuerza por el zar Pedro I el Grande. Los judíos balcánicos, desprovistos de su refugio de raza y sus nacionalidades de adopción, nunca le perdonaron esa anexión a Rusia y se conjuraron para acabar con el gran imperio zarista. Así que la sociedad balcánica secreta judía, una vez infiltrada en Rusia, planeó la incardinación del conde *Dracul* en Lenin para el día del aniversario del nacimiento de Vlad Tepes, el 31 de julio. Ahora querían todo el imperio para ellos. Les llenaron la cabeza de ideas revolucionarias a los descontentos campesinos rusos, les pusieron armas en las manos y los lanzaron contra la monarquía opresora y capitalista.

—Vaya, eso casi tiene sentido —admitió Gastón.

—*Ja*. Sin embargo, para que funcionara el perverso plan, los judíos determinaron además que el mandatario de Rusia, Nicolás II y toda su descendencia, debían morir. Con ello se vengaban por fin, al cabo de los siglos, de la forzosa anexión de los Balcanes a Rusia realizada por su antepasado Pedro I. Y como sabe, el asesinato de la familia imperial se cumplió en 1918. Era parte del satánico ritual.

—Pero la ejecución fue el 18 de julio —indicó Gastón.

—Entiendo su objeción, pero escuche: los bolcheviques habían aceptado la reforma del calendario juliano, con el que hasta entonces se regía Rusia, por el gregoriano, impuesto por la Iglesia Católica a toda Europa. El cambio se había

llevado a cabo en febrero de 1918, un año después de estallar la revolución, pasando del 1 al 13 de este mes para acomodar el calendario al del resto del mundo occidental. Los soviets de los Urales habían recibido vía telegráfica la orden de matar a la familia imperial, presa en Sverdlovsk, hoy Yekaterinburg, el 18 de julio pero del nuevo calendario. Un espía del ejército zarista, que estaba acampado entre los bosques, varios kilómetros más allá de donde se encontraba presa la familia imperial, ultimando un plan para el asalto y rescate, vio el telegrama y lo transmitió a los *tekintzi*, soldados pertenecientes a la caballería musulmana del zar, que nada sabían de la reforma del calendario. Llegado el día de la ejecución de Nicolás Romanov y su familia, para los soldados zaristas, que se regían por el antiguo calendario, faltaban aún 13 días, que eran los que se habían descontado para acomodarse al nuevo gregoriano. Demasiado tarde. Cuando llegaron a Sverdlovsk, hacía diez días que el zar y su familia habían sido muertos y enterrados. Y Lenin se alzaba ante el mundo como el *Rey del Terror*. El Anticristo, que como dicen las Sagradas Escrituras, habría de reinar durante siete años.

—Pero Lenin no vivió solo siete años, murió en 1924.

—*Ja*, pero no estamos contando desde el día de su nacimiento como ser humano, sino desde el día en que nació como Anticristo, cuando se realizó el ritual para que se encarnase en él el espíritu maléfico de *Dracul*, o sea, desde 1918, cuando fue nombrado oficialmente jefe del partido soviético, hasta 1924, cuando murió. Calcule usted mismo y lo comprobará.

—Es cierto, ¿pero por qué razón los resucitados mediante ese sistema del eclipse viven solo siete años?

—El sistema de resurrección cuántica que actúa en las células vivas por medio de la influencia del eclipse es un proceso similar al de la clonación actual. La clonación —concluyó Richard von Wagner—, al usar células prototipo de adultos, provoca un envejecimiento acelerado al sujeto que solo le permite vivir siete años.

Gastón trataba de justificar el nudo de acontecimientos que parecía apretarse más y más contra su cuello con la lógica de los datos. Creía que así escapaba del cúmulo de casualidades que parecían cobrar vida conforme les daba pábulo en su mente, intentaba apartar estos pensamientos tan poco científicos recurriendo a las notas de trabajo donde todo estuviese bien consignado y justificado. Ahora acababa de confeccionar una cronología con algunos de los acontecimientos descubiertos gracias a aquellos personajes que habían ido apareciendo en su vida en el momento oportuno: Pierre Rakosky, Jules Never, María Salón, el *Doktor Wagner*..., para comprender cuál era el secreto vínculo que los unía:

—Año 384 al 322 antes de Cristo, Aristóteles describe en su *Organon* o *Apparatus* (observar el paralelismo con el artefacto de Volta) las diez categorías con que todo se puede expresar. Es el primer intento de la historia para trabajar con un sistema lógico que describa la realidad, porque desde el principio de los tiempos, el hombre teme al sinsentido y al azar, y busca fórmulas y reglas que le demuestren que todo obedece a una lógica, a algún tipo de ley predeterminada y estable.

—Año 1620: Francis Bacon escribe *Novum Organum* (observar la clara alusión al *Organon* aristotélico).

—Año 1671: Leibniz quiere cuadrar el círculo y descubre el cálculo infinitesimal. Poco después, Jacobo Bernoulli, estudiando a Leibniz, descubre la combinatoria y resuelve los cálculos de los isoperímetros. Lo que ayer era magia hoy empieza a transformarse en ciencia.

—Año 1795: el catalán Francisco Salvá i Campillo inventa un rudimentario telégrafo usando los impulsos eléctricos de una botella Leiden.

—Año 1800: Alessandro Volta inventa la pila eléctrica.

—Año 1804: Salvá cambia la botella Leiden por la pila de Volta para hacer funcionar su rudimentario telégrafo.

—Año 1851: Léon Foucault realiza su célebre experimento con un péndulo en la cúpula del Pantheon de París. Un año después inventa un instrumento para facilitar la navegación llamado giroscopio.

—Año 1858: Se instala el primer cable telegráfico submarino entre Inglaterra y los Estados Unidos.

—Año 1859: El catalán Fernando Lesseps comienza el canal de Suez.

—Año 1870: Londres y Calcuta se unen con un cable telegráfico submarino.

—Año 1880: Lesseps comienza el proyecto del canal de Panamá.

—Año 1883: el arquitecto Antonio Gaudí se hace cargo de continuar las obras del templo de la Sagrada Familia de Barcelona, que había diseñado un año antes el

arquitecto *iniciado* Francisco de Paula Villar.

—Año 1886: Frederic-Auguste Bartholdi construye la Estatua de la Libertad en Nueva York. La figura tiene por dentro un armazón de cobre de 2,4 milímetros de espesor, y se asienta sobre una plancha de hierro diseñada, mira qué casualidad, por Eiffel, el constructor de la Torre.

—Año 1887: Alexandre-Gustave Eiffel comienza su Torre en París.

—En el mismo año, Eiffel se incorpora a las obras del canal de Panamá.

—Año 1894: Aleksandr Stepanovich Popov inventa la primera antena. Un año después construye un aparato que registra perturbaciones electromagnéticas en la atmósfera.

—Año 1898: Popov establece las primeras conexiones por radio entre el templo de San Isaac de San Petersburgo (donde existe uno de los péndulos de Foucault más antiguos) y barcos de la marina rusa. Este mismo año, junto con el francés Eugéne Ducretet fabrica un aparato de telegrafía sin hilos y emiten desde la Torre Eiffel al Pantheon de París.

—Año 1912: Papus acude a Rusia, donde es nombrado médico del zar Nicolás II.

¿Qué tenemos entonces?, se dijo Gastón repasando lo hecho: aparatos que trabajan con el alfabeto y los números, artefactos astrológicos, inventos eléctricos combinados con el alfabeto y otros símbolos astrales o esotéricos; una repetida idea entre varios inventores de distintos países por transmitir impulsos y señales de radio, el interés en abrir canales de navegación para unir mares y océanos; mares que se van poblando de cables de telegrafía submarinos, experimentos con péndulos para probar cosas distintas, matemática, combinatoria, probabilidad, baterías, astrolabios, esferas armilares, giroscopios... Y mientras tanto, los Compañeros están en todas partes y fabrican extraños y altísimos monumentos de piedra y de hierro en uno y otro extremo del mundo, París, Barcelona y Nueva York...

Era una cronología interesante, pero no desvelaba nada por sí misma. Es como si aquellos escurridizos Compañeros trabajasen a lo largo de los años hacia alguna meta en particular, con sus torres de emisión y captación, con sus aparatos eléctricos... ¿Pero cuál? Gastón, sumergido en tales cavilaciones, caminaba como siempre hacia su casa en una especie de automatismo, como si fuese el famoso *Hombre de Palo*, aquel autómatas mecánico de madera que según dicen había creado el relojero Juanelo Turriano allí mismo en Toledo.

—¿Me aceptará un café? —El conocido acento alemán le sacó de sus pensamientos.

—*Doktor Wagner*, usted de nuevo por aquí.

—*Ja, mein Freund*.

—¿Sabe ya quién ordenó la muerte del zar? —preguntó Gastón.

—*Ja*, podría ser. ¿Quiere que comparta con usted mis últimas investigaciones?

Entraron y se acomodaron en una cafetería no demasiado concurrida por el turismo. Gastón ya no tenía dudas de que aquel Richard von Wagner aparecía por

algún motivo en los momentos cruciales de su investigación. Parecía el extra de una película, un actor secundario en la secuencia de acontecimientos que le embargaba; más que una persona, un ser enviado quizá por el supremo jugador que manejaba las reglas desde lo oculto. Gastón estaba enloqueciendo por momentos, pensaba que los libros, las enciclopedias, los tropos literarios, los artículos, los personajes que habitaban el mundo de las bibliotecas en el que había vivido tantos años, habían comenzado a cobrar vida propia y a trascender el papel para inmiscuirse en el mundo real.

—Le veo preocupado, ¿le sucede algo? —preguntó el *Doktor Wagner*.

—Ehhh..., no, no es nada —vaciló Gastón.

—Lo que usted diga, pero el otro día cuando hablamos le ocurría lo mismo, parece usted absorto, recuerdo que ni siquiera tomó su café. Si no se encuentra bien, no quisiera aburrirle con mis aportes documentales.

Lo dicho, aquel tipo vestido de manera anticuada hablaba además como una entrada enciclopédica.

—No, no, adelante, le escucho —contestó resignado Gastón.

¿Habría rebasado cierto límite sin retorno por forzar demasiado las capacidades de su desbocada imaginación? Pero trató de rehacerse y ver en qué quedaba todo aquello. Además, el alemán ya había comenzado su disertación.

—... porque tras el fracaso de sus misiones en América del Sur —estaba explicándole *Herr Wagner*—, los jesuitas quisieron asentarse en Rusia, para ellos la tierra de promisión y a la que consideraban la última de sus misiones. Después de participar en varios complots políticos fallidos para imponer un zar manipulado por ellos, un grupo de estos jesuitas sin principios se desgajó de la Compañía conjurándose en secreto para conquistar Rusia por cualquier medio y a cualquier precio, fundando una sociedad paralela clandestina que llamaron la Hermandad Negra.

—Qué nombre tan apropiado para una conspiración —dijo jocoso Gastón. Había optado por tomarse a broma y con resignación aquellos curiosos aportes documentales. A veces estaba tentado a suponer que todo aquello se trataba de un juego inventado por alguien que le conocía y se lo pasaba bien tomándole el pelo, y su papel debía de ser escuchar y luego obrar de acuerdo con ciertas reglas. ¿Pero cuáles? No se le ocurría nada más que seguir escuchando. Por el hilo se llega al ovillo...

—*Ja*. La pérfida sociedad jesuítica alejada de sus principios éticos y religiosos necesitaba una cabeza de turco —seguía *Herr Wagner*—, un enemigo sobre el que, llegado el momento, descargar el odio del mundo, para que fueran las poderosas naciones occidentales las que, sin saberlo, les ayudasen en su plan de conquista del imperio ruso. Eligieron como blanco de su complot a los judíos, seculares enemigos del cristianismo. En el siglo XVIII, el conde Voronstov-Dachkov, un malvado aristócrata ruso a quien la Hermandad Negra había corrompido buscándolo de aliado,

fundó la Santa Druzhina, una organización terrorista medio consentida por el imperio, para perseguir a los judíos rusos. La persecución fue tan cruel, que el zar Alejandro II la disolvió, pero para entonces, los principales dirigentes de la Druzhina habían pasado a la clandestinidad, y la organización pervivió en secreto, saliendo incluso de Rusia. Funcionaban como una sociedad secreta de espionaje, se infiltraron en los entresijos del imperio, sus miembros siempre formaban parte de los servicios secretos, allá donde podían tener mayor influencia.

»En 1901, el jefe de los servicios secretos en el extranjero, perteneciente a la Santa Druzhina, intentó de nuevo un plan para culpar a los judíos por enésima vez de todos los males. Escribió en París, donde residía, un texto falso donde con todo detalle dejaba ver que los judíos estaban preparando un complot para hacerse con el gobierno del mundo. Envío el texto sin remite a Rusia, a un místico loco de la Iglesia Ortodoxa, un exaltado llamado Serge Nilus. Nilus creyó de inmediato en el plan sionista, y lo aventó por toda Rusia, desencadenando el odio hacia los judíos, hasta entonces consentidos en el imperio.

»Pero quien más debía de creer en aquel plan sionista, el zar, no estaba seguro. Nicolás II no veía con buenos ojos a los judíos, que ni siquiera tenían el estatus de ciudadanos del imperio, pero no terminaba de creerse aquel panfleto, titulado por Nilus *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, y subtulado *El Anticristo es una posibilidad política inminente*. El zar era antisionista, pero su mujer apoyaba a los judíos por intermediación del conde Witte, responsable de Exteriores, que quería abrir el rancio imperio ruso hacia el mundo, aprovechando la influencia y el poder económico de los judíos.

»La Hermandad Negra veía peligrar su plan por culpa de la Santa Druzhina, que se lamentaba de haber sido traicionada por el zar. La maquinación corría peligro si no hacían algo. Era una malévola simbiosis entre dos sociedades secretas criminales. La Hermandad Negra dio entonces un paso más arriesgado para continuar con su plan. Ellos inventarían y proclamarían al mundo las apariciones de la Virgen María en Fátima, una pequeña localidad de Portugal, mientras la Santa Druzhina haría estallar justo en el mismo año, 1917, la revolución en Rusia. Ambos sucesos estaban coordinados por la mano negra de aquellos siniestros exjesuitas. La Hermandad Negra hace que el mensaje de la Virgen sea un aviso motivado por la sangrienta revolución bolchevique en Rusia. El mundo entero católico se lo cree. Fátima se convierte en un santuario mundial. Los jesuitas, sospechando el maquiavélico plan de sus compañeros rebeldes secuestran a sor Lucía, la niña de las apariciones, y la encierran hasta hoy en un convento, sin darse cuenta de que ella no era más que una víctima inocente a quien habían drogado para que tuviese extrañas visiones. Luego otros, los infiltrados de la Hermandad Negra, dirían que se trataba de la Virgen dando mensajes de aviso al mundo.

»Mientras tanto, la Santa Druzhina alienta el enfrentamiento interno, por un lado contra los judíos y bolcheviques, pero por otro en contra de los boyardos, los nobles

rusos, incluido el zar, por no haber respaldado el pogromo antisionista. El jefe de los servicios secretos rusos, el inventor de los *Protocolos*, y ahora poderoso mandatario oculto de la Santa Druzhina, desde su exilio dorado en París ordena entonces el asesinato del zar Nicolás II y su familia. Un año después Lenin se proclama jefe de los soviets.

»En 1924 se hace público el segundo secreto de Fátima: Rusia debe convertirse al catolicismo o se esperan terribles desgracias para la humanidad, quizá una guerra sangrienta y devastadora. Y bien que lo sabían, porque la Hermandad Negra traslada entonces el odio a los judíos a Alemania. Hitler sí creyó en el maquiavélico plan sionista para hacerse con el mundo, contenido en los *Protocolos*. Desencadena la Segunda Guerra Mundial, quema a miles de judíos... Es el ángel negro de la Hermandad, su hijo predilecto. Pero como Hitler falla, entonces la sociedad secreta exjesuita conspira cerca de Inglaterra y Estados Unidos, las dos grandes súperpotencias que se alían para acabar con los restos del nazismo e imponer su freno occidental a la envanecida Unión Soviética.

»El plan parece estar yéndosele de nuevo de entre las manos a la Hermandad Negra. ¿Qué hacer? La maldad de esta sociedad oculta no tiene límites. Se les ocurre la idea de dar a conocer al mundo el terrible tercer y último secreto de Fátima: en 1999, si nadie lo remedia, nacerá en Rusia el Anticristo. Para que la noticia alcance el impacto y la credibilidad necesarias, tratan de convencer al papa Juan Pablo II de que él mismo haga público el tercer secreto, pero Karol Wojtyła, quizá por ser de Polonia, país que desde siempre ha sido la primera colonia sionista en Europa, se niega.

»La Hermandad Negra no tiene entonces compasión. Si el Papa no quiere colaborar por las buenas, lo hará por las malas. Organizan un plan para asesinarle en 1981, aniversario de las primeras apariciones de la Virgen en Fátima. Luego dirían que el agresor, turco de nacionalidad, estaba mandado y pagado por los soviéticos. ¿Qué mejor plan que un magnicidio de este calibre para volver a todo el mundo, especialmente al católico, contra la Unión Soviética? Sin embargo, el sicario de la Hermandad Negra falla, el Papa sobrevive al atentado, y ahora, llegado el año 1999, coincidiendo con el eclipse del milenio, la sociedad secreta exjesuita va a poner en marcha su último plan: crear al Anticristo.

—Pero —de repente Gastón pareció emerger de algún nebuloso nimbo—, ¿por qué me cuenta a mí todo esto?

—*Mein Freund*, porque usted conoce al jefe de los servicios secretos rusos en el extranjero y jefe de la Santa Druzhina.

—¿Yo?

—*Ja*. Se llama Pierre Rakosky.

Espoleado por la inexplicable necesidad de seguir creando y manteniendo viva aquella historia, y dado que Pascual Alcover había desaparecido, o quizá para probarse a sí mismo que todo aquello estaba sucediendo de verdad, Gastón se consideró en el derecho de buscar nueva pareja para su juego, y quién mejor que María Salón, que era quien tenía más a mano. Ya estaba comenzando a suponer que el juego en curso trataba de recopilar información para encontrar al final cierta clave, y los informadores o documentalistas, como el *Doktor* Wagner, brotaban ante él como por casualidad para ayudarle en su cometido, al modo de comodines. Así que, puestos a seguir jugando, por qué no reunirlos y hacerlos trabajar de forma consciente como ayudantes de su inmensa e hipotética tesis doctoral en la que se estaba convirtiendo su vida.

Una tarde a la salida del trabajo se acercó hasta el zaquizamí de la judía y le plantó delante la cronología que había confeccionado para ver si ella aportaba algún dato nuevo. La vieja bruja se ajustó las gafillas de alambre concentrando su atención en los papeles, y al cabo de un rato de leerlos y releerlos, como si buscara claves cabalísticas, mientras afirmaba y negaba con la cabeza y se rascaba el arrugado mentón, proclamó:

—No está mal, pero faltan datos.

—¿Qué datos? —preguntó Gastón un tanto molesto.

—Algunos necesarios para establecer conclusiones significativas que usted pretende. Sin ciertos datos una tesis no es más que una cronología que permanece abierta, carece de conclusiones. Y una tesis ha de concluir algo.

—Ya, bueno, ¿pero qué datos?

—Aleatorios; es decir, faltan elementos de amalgama, de combinatoria. Con un número finito de elementos, como los de esta cronología, podemos realizar un oráculo, o si lo prefiere, una hipótesis de deducción.

—Usted siempre recurriendo a la cábala para todo.

—¿Qué quiere? Los judíos hemos de recurrir a la adivinación, cierto, porque para nosotros contar directamente con los números enteros nos está prohibido por las Escrituras; solo Dios, alabado sea el Santo de los Santos, puede hacerlo. Por eso los judíos estaban en contra del censo que quería hacer Roma en tiempos de Jesús. Pero luego llegaron esos infieles árabes y desarrollaron el álgebra. Y más tarde ese Bernoulli y todos los que se interesaron por el cálculo de probabilidades. ¿No se ha preguntado por qué lo hicieron?

—Dígame usted —solicitó Gastón, ya acostumbrado a aquellos trasvases de información.

—Porque con los números se alcanza un momento en que no se puede ir más allá,

de tan grandes como se hacen; se vuelven irracionales, incomprensibles, ni siquiera la más potente de las computadoras puede calcular todos los decimales que genera el número pi. Solución, se recurre al cálculo de probabilidades, a la estadística, y eso es algo que ya hacía la cábala hace varios siglos, oráculo, adivinación. Es lo que intenta Laplace con su teoría de las probabilidades: siendo A un suceso asociado a una experiencia aleatoria, la probabilidad del suceso A será la proporción del número de resultados del experimento favorables a A sobre el número de resultados posibles del experimento.

—Tan claro como el agua —ironizó Gastón.

—Pero luego llega ese Jung, innegablemente proario, y utiliza todo ello para crear su teoría sobre las casualidades significativas, o sea, un método para descubrir conexiones y relaciones de sucesos allí donde aparentemente otros ven simple casualidad. Y por cierto, ¿no consiste precisamente en eso su juego?

La condenada bruja era inteligente. Había adivinado el motivo por el que Gastón había acudido a mostrarle su cronología. Y por supuesto, aceptó jugar; es difícil que un hebreo no quiera prestarse al juego de las permutaciones. Son muchos siglos de costumbre.

—Faltan, además, ciertas precisiones —añadió la anticuaría echando otro vistazo a la cronología presentada por Garcelán.

—¿Qué precisiones?

—Por ejemplo, aquí en la fecha de 1912. Usted alude a la época en que Papus es médico del zar Nicolás II. Bien, es un dato importante, porque Papus era un adepto de los secretos, y si le llama el zar, es por ello, ya que Nicolás estaba interesado en los trabajos de esos magnetistas, químicos y nuevos científicos ilustrados franceses. Pero además, en ese año sucede un acontecimiento mundial que frena la excesiva euforia por la técnica que se vivía a principios del siglo; de hecho, muchos creían que ya estaba todo inventado y que no quedaba nada por descubrir. Me refiero al hundimiento del *Titanic*.

—¿El *Titanic*, qué tiene que ver el accidente del *Titanic* con todo esto?

—Yo no he dicho que fuese un accidente —indicó la vieja.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que el desastre ocurrió debido a algún tipo de fallo en las telecomunicaciones electromagnéticas del buque.

—¿Pero no chocó con un iceberg?

—Ese es el efecto. Pero para ahondar en la realidad debe usted preguntarse por la causa.

—Sigo sin entender —respondió Gastón intrigado por el nuevo dato.

—Mire, el terrible naufragio puede reducirse a una especie de guerra comercial entre las dos compañías que por entonces copaban el mercado de las emisoras de radio para la marina, la Marconi y la Telefunken. El *Titanic* iba equipado con una emisora receptora de 5 watios con doble transmisor-receptor telegráfico a rotor

multichispas, con detección magnética y escucha por auriculares, el modelo más avanzado de la firma Marconi, y qué casualidad, basado precisamente en el emisor de chispas que había inventado Eugéne Ducretet.

Gastón botó en la silla.

—El *Titanic* —seguía explicando la vieja— poseía una antena vertical en T de un cuarto de onda con la que podía transmitir una frecuencia de 700 kilohercios. El moderno buque, orgullo de la tecnología del siglo, había partido de Southampton, en la costa inglesa, había hecho escala en Cherburgo y se dirigía a Irlanda, antes de Nueva York. Antes de llegar a su escala técnica en Queenstown, los radiotelegrafistas del *Titanic*, Phillips y Bride, reciben con interferencias una emisión entre dos buques de la zona que están comentando por radio que podría haberse formado hielo en la ruta que sigue. Tampoco es que sea nada raro, pues en esos mares, tan al norte, la temperatura baja mucho en esas fechas. Lo extraño es la insistente interferencia que poco a poco va dejando ciega y muda la capacidad receptora y comunicadora de la radio del *Titanic*. Phillips y Bride intentan transmitir a tierra para pedir información urgente sobre el estado del mar en esa área, pero se lo impide, al parecer, un buque cercano que está emitiendo a 500 kilohercios. Los radiotelegrafistas envían entonces un mensaje Morse a ese barco que navega por la zona, indicándole según las convenciones marinas, que suba sus emisiones a 700 kilohercios, para dejar libre al *Titanic* la banda de 500 kilohercios, y poder así conectar con tierra. Debo aclararle que desde 1908, la frecuencia de mensajes de socorro de barco a tierra era la de 500 kilohercios.

—¿Qué me intenta decir con todo eso?

—Pero hombre, ¿no se pregunta usted por qué ese misterioso buque no le hace caso a las peticiones del *Titanic* y sigue a la suya impidiéndole comunicarse con tierra?

—Me lo pregunto, ¿y bien? —Gastón no comprendía adonde conducía aquella historia de la sefardí.

—Pues resulta que las investigaciones realizadas posteriormente a la tragedia indicaron que tal enigmático barco era alemán, e iba equipado con una emisora Telefunken. Como ambas compañías rivales, la Marconi y la Telefunken, tenían prohibido a los marinos comunicar entre sí cuando el modelo de emisora fuese distinto, el buque alemán hace oídos sordos a los requerimientos del *Titanic*, que porta una emisora de radio de la competencia.

—No está mal como hipótesis revisionista del accidente. ¿De dónde la ha sacado?

—Circula por ahí... —dijo ella con vaguedad—. Pero ya le he dicho que yo no creo que fuese un accidente. Más bien me parece que ese extraño barco fantasma alemán tenía precisamente como cometido dejar ciego y sordo al *Titanic* en su primera travesía transatlántica.

—¿Pero por qué? —preguntó Gastón perplejo.

—Podría decirse que también por motivos de una rivalidad comercial, aunque de

otro tipo. Verá usted, el *Titanic*, fabricado por la marca británica White Star Line, debía demostrar su rapidez en la travesía hacia Nueva York a pesar de su enorme tamaño, por eso iba forzando la máquina. Seguramente la fabricación del *Titanic* había despertado los celos comerciales de otras navieras europeas, como la francesa y la pujante alemana, y ahí tendríamos otra explicación lógica para el complot. Sin embargo, hay un detalle en todo esto que requiere detenerse. Durante las pruebas previas a zarpar, el *Titanic* había enlazado con la radio Marconi de a bordo telegráficamente con Port Said, a más de 4000 kilómetros de Southampton. Era una proeza para el mundo de las radiocomunicaciones. Pero, fíjese, Port Said... ¿Qué le recuerda eso?

Gastón Garcelán pensó unos instantes. Pocos, porque enseguida encontró la relación sugerida, botando de nuevo sobre la silla.

—¡En Port Said está el canal de Suez!

—Correcto —asintió la vieja judía—. El canal que habían construido los Compañeros de Francia, y que luego habían donado a Inglaterra para su control y explotación.

—¿Quiere usted decir que el hundimiento del *Titanic* fue un complot en contra de las investigaciones y trabajos de los Compañeros?

—Ya lo está usted entendiendo; porque fíjese: los Compañeros colaboran en la construcción de un canal en Suez y en Panamá. El primero lo ceden a los ingleses y el segundo a los americanos. Los mismos Compañeros colaboran en la edificación de la Torre Eiffel, la Sagrada Familia de Barcelona y en la de la Estatua de la Libertad de Estados Unidos. Eso además de que los ingleses conectan con un cable submarino con la India y, de la misma forma, los americanos con los ingleses. ¿Ve los enlaces que intentan? Los ingleses contactan con Oriente Medio y los americanos con Inglaterra, España y Francia. ¿Y quiénes quedan fuera de este reparto del mundo que se están haciendo en secreto con sus sistemas de pasos intraoceánicos y telecomunicaciones? Los alemanes y los rusos.

—Ya entiendo, quieren su parte de pastel y hunden el *Titanic* para vengarse. Esos teutones siempre han sido unos bárbaros —interrumpió Gastón.

—Así es, pero volviendo a su cronología, fíjese en que todavía faltan más datos.

—Soy todo oídos.

—En 1883, Aleksandr Stepanovich Popov, el mismo que había trabajado con Ducretet en sus emisiones del Pantheon a la Torre Eiffel, es nombrado por la armada rusa profesor de la Escuela de Torpedos de Kronstadt. Y Popov también era miembro de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo, donde trabajaba Bernoulli.

—Interesante, ¿pero cómo enlaza eso con todo lo demás? —inquirió Gastón.

—Aguarde, aún faltan algunas conexiones más. ¿Qué pinta la armada rusa en todo este lío? Atienda: en 1836, el explorador y geógrafo ruso Feodor Petrovich Litke, que pertenecía a la armada imperial rusa, había publicado los resultados de sus investigaciones sobre el comportamiento del péndulo obtenidas durante un viaje

marino que había hecho alrededor del mundo...

—El péndulo... —repitió Gastón pensativo.

—Así es. Y como usted bien cita en su cronología, en 1851, el francés Léon Foucault realiza con un péndulo su famoso experimento sobre la rotación de la Tierra, mira tú por dónde, desde la cúpula del Pantheon de París, el mismo lugar elegido para sus pruebas electromagnéticas por Popov y Ducretet. ¿Por qué? ¿Qué intentan fabricar?

—No lo sé, pero me parece que hace usted hipótesis y conexiones demasiado arriesgadas incluso para mí —contestó Garcelán, que a estas alturas estaba asombrado por el empeño de su nueva compañera de juego.

—¿Eso cree? Veamos, quizá falten más datos —dijo la anticuarla—. Preguntémosnos para qué servía, sea lo que sea, lo que estaban intentando inventar. Un elemento de conexión radiotelegráfica.

—Si usted lo dice... —Gastón hizo como que dudaba para estimular más aún la capacidad de respuesta de su socia.

—¿Acaso no podría la catástrofe haber tenido su origen en cierto artilugio que llevaba instalado a bordo el *Titanic* en conexión con la radio Marconi?

—Me parece encaje de bolillos.

—Aún no está claro del todo... —siguió María Salón—, y es porque siguen faltando datos para establecer la ley de probabilidades. Sin embargo, observe: en 1951 se construye en Estados Unidos el primer submarino atómico. ¿Y cómo lo bautizan? Pues *Nautilus*, como el de la novela *20 000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne...

—¡Claro, eso es, ¿cómo no lo he pensado antes?! —interrumpió Gastón exultante—, y Julio Verne formaba parte de una extraña hermandad secreta mundial llamada *Le Brouillard* (la niebla); *fog* en inglés.

María Salón asintió complacida.

—¿Y cómo se llamaba el protagonista de la novela de Verne *La vuelta al mundo en 80 días*? —preguntó la vieja sabiendo la respuesta.

—¡Phileas Fogg! —contestó eufórico Gastón; ahora sentía cerrarse el círculo. ¡Aquello no era un juego, era realidad! No estaban inventando, sino descubriendo las claves que unían los sucesos en apariencia aislados.

—¿Y qué sucede en esa novela? —Siguió espoleando María Salón—. Yo se lo diré, aunque la habrá leído: el protagonista, viajando siempre hacia el Este, llega de nuevo al punto de partida de su expedición y descubre que ha ganado un día. ¿A qué le recuerda eso? —La vieja anticuarla iba lanzada—: Es evidente que a la reforma del calendario gregoriano, donde se pierden diez días por decreto. Quizá Fogg, que según la novela pertenece al elitista Reform Club, ha partido en realidad para efectuar algún tipo de investigación, aunque eso no se diga en el libro. Porque el mismo nombre de Reform, incluso las iniciales, RC, lo sugieren: Reforma del Calendario. Y en todo esto encajan Bernoulli, que era calvinista, y Leibniz, que era protestante y rosacruz,

como Papus. Y además, los tres son amigos de Rusia. ¿No ve lo que se deduce de todo ello?

—Sinceramente, no —ahora ni el mismo Gastón deducía lo que le quería decir su socia.

—Pues hombre, está claro. El reparto del mundo se divide entre los países católicos, como Italia, Francia y Estados Unidos, y los calvinistas y luteranos de Alemania, además de los ortodoxos de Rusia. En el fondo todo es una guerra de religiones.

—¿Entonces por qué Papus, que es francés, es llamado a Rusia por el zar? —preguntó Gastón.

—Quizá acude él mismo por propia iniciativa, no olvide que Papus es miembro de los Compañeros, y esos van por libre, no tienen fronteras.

—¿Y a qué va? —Tras las conversaciones mantenidas con su otro *socio*, el *Doktor Wagner*, a Gastón le interesaba en particular lo relacionado con el zar.

—En aquel entonces Rusia no se regía todavía por el calendario gregoriano, o sea, por el calendario reformado por la Iglesia Católica, y Papus llega para convencer al zar Nicolás de los beneficios de adherirse a ese cambio. Después de todo, observe de nuevo las siglas del Reform Club: RC. Rusia Católica. De esto se deduce que los Compañeros apuestan por la democratización de Rusia, utilizando como punta de lanza la infiltración de la Iglesia Católica como religión mayoritaria, erradicando a la Iglesia Ortodoxa. ¿Lo ve? Ahora todo encaja.

Blanca y su abuelo vivían en un caserón medieval de robustos sillares y anchos muros, donde el salitre y el musgo competían por invadirlo todo. El inmueble, incrustado entre dos estrechos callejones sin apenas sol, debido a la altura de los edificios adyacentes, hacía esquina a una diminuta plaza con un olmo centenario. La zona no era invadida de turistas gracias a que por un capricho de ese caótico urbanismo de los sarracenos y los judíos, para llegar a aquel lugar, antiguo promontorio en cuya cima puede que alguna vez existiera un alminar o una mezquita, había que ascender por un tramo de empinadas escaleras de piedra, que subían en semicírculo entre dos muros de huertos y postigos, jalonados por la hiedra.

La relación entre Gastón y Blanca no habría ido más allá de algunos corteses saludos en el trayecto urbano habitual de ambos (muy a pesar de Blanca, que para cumplir el extraño encargo de espionaje de Balduino Letto, habría tenido difícil acercarse a Garcelán sin peligro de resultar demasiado evidente), de no ser porque providencialmente para la chica, una de esas veraniegas tormentas torrenciales que se forman en la meseta, había comenzado a descargar de pronto justo cuando ambos salían de la panadería del barrio, y ahora caminaban cada uno hacia su casa charlando como buenos vecinos. El aguacero les había cogido bruscamente al llegar frente al callejón escalonado que subía a la placita del olmo. Blanca, corriendo para no mojarse, había invitado a subir a Gastón, que ascendió raudo tras ella sin tiempo para pensar.

—¡Vamos, corre —gritó Blanca bajo la cortina de agua—, vivo aquí arriba!

Trotaron tan veloces por las escaleras mojadas, que Gastón resbaló y casi se rompe la crisma. Pero Blanca le tendió su mano, él la aferró y al final no se hizo más que un ligero rasguño en la muñeca al chocar contra un tubo de hierro de drenaje.

—¿Te has hecho daño? —preguntó solícita la chica.

—No es nada.

Llegaron a la puerta de la casa empapados y jadeantes por la ascensión semicircular, pero alegres y riendo, como unos niños traviesos que pisando charcos descubren lo divertido que hay en ponerse perdido de agua turbia. Blanca abrió entre risas el recio portón de madera y entraron.

—Te sacaré una toalla —dijo ella dejándole plantado en la casi total oscuridad que reinaba en el incierto espacio interior. Gastón aguardó allí sacudiéndose la lluvia de la ropa y pensando lo fácil que había sido enterarse, incluso acceder a donde vivía la chica que planeaba conquistar cuando sus investigaciones le dejasen un rato.

De repente escuchó el grito:

—¡La Bestia del Apocalipsis está a punto de nacer!

Gastón supuso que se trataba del abuelo de Blanca. Ella le había advertido que su

enfermedad le había afectado a la cabeza.

—¿Quién anda ahí?! —Se escuchó de nuevo.

Gastón sintió que el abuelo le había oído y estaría inquieto por la extraña presencia en la casa. Pensó que debía presentarse. Escuchó para ver de cuál de las habitaciones había surgido la voz. Estaba muy oscuro allí dentro. Olía a la lluvia exterior, y se escuchaba intermitente y granulada el repique del agua en la fuente externa.

—¡El Anticristo llega! —Escuchó Gastón, y entonces dedujo de dónde había salido la voz, ahora más ahogada, como un fuelle viejo.

Se dirigió a una de las puertas que había a la derecha del zaguán y la empujó con cuidado. Dentro estaba todo igual de oscuro. Pero notó una presencia al topar con los pies de madera de una de esas viejas camas torneadas antiguas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el anciano desde la cama, aunque Gastón no conseguía verlo bien.

—Soy yo, un amigo de Blanca.

Gastón escuchaba el resuello arrítmico de la respiración, los quejidos guturales y los chasquidos del viejo somier de muelles. Comenzaba a percibir vagamente los contornos de la habitación. Olía a medicinas, a zotal y a aire enrarecido. ¿Por qué estaría todo tan cerrado?, se preguntó Gastón.

—¿Un amigo...? —El viejo pareció dudar, como si fuese raro que su nieta pudiese tener amigos.

—Acércate —murmuró el viejo.

El ambiente estaba muy cargado allí dentro.

—¿Quiere que abra una ventana? —se ofreció Gastón.

—¡Noooooo! —gritó fuera de sí el viejo—. Deja en paz las ventanas, ¡no quiero luz, no puedo ver la luz! ¡Acércate!

Tanteando en lo que para Gastón ya era penumbra, pues poco a poco se le acostumbraban los ojos a aquella negrura interna, se acercó al cabecero de la cama. Entonces lo vio. Era horrible. Ante sí tenía una especie de cadáver medio putrefacto, asqueroso y repelente. El viejo, desnudo sobre la cama, parecía un leño retorcido y pálido. La cadavérica cabeza estaba desprovista de pelo por completo. Los ojos inyectados en sangre y pus, la boca como un desgarrón sin labios, con los dientes fuera y las encías sangrantes; el pecho hundido con los costillares salientes...

—¡Ahhh, ven aquí! —El viejo alargó una huesuda y fría mano, como de muerto y cogió a Gastón por la muñeca. Le aferró con una fuerza inexplicable y le atrajo hacia la maloliente cama. Le miraba con sus ojos de horror como si hubiese capturado a un animalillo.

—Verá yo... he de irme, Blanca... —balbuceó Gastón tratando de zafarse de la presa.

—No tengas tanta prisa —el anciano gimió adoptando un tono lastimero, pero no soltaba la muñeca—, ¿no tienes compasión por un pobre viejo enfermo?

—Creo que debería irme, yo...

—Ah, ¿pero qué es esto? —El anciano decrepito acababa de descubrir la rozadura en la muñeca de Gastón—. Has de tener cuidado. La sangre es un precioso tesoro. La mía, ya lo ves, está contaminada, pútrida por la enfermedad de los *Nos Feratu*.

Gastón sufrió entonces tal conmoción que casi se desmorona allí mismo, sujeto por el brazo. ¡El viejo era un vampiro!, le vino a la cabeza de golpe. La enfermedad que sufría era entonces una de aquellas porfirias, como la que había aquejado al coronel Ambrosio Grimau.

—¿Un... *Nos Feratu*? —preguntó Gastón tartamudeando presa del pánico y del asco.

—Escucha —resopló el enfermo—, ten mucho cuidado, los no muertos caminan por la tierra; han descubierto el terrible secreto de los eclipses y ahora trascienden el tiempo... No te fíes de nadie. Adoptan seudónimos, nuevas apariencias y personalidades..., quieren el secreto de la resurrección... Escucha, ¿has leído a Borges?

—¿A Borges? —preguntó Gastón extrañado.

—Sí, Borges, el argentino iniciado... ¿Sabes lo que dice?

Gastón negó con la cabeza.

—El dragón es capaz de asumir muchas formas, pero todas son inescrutables... —apostilló el viejo con voz de ultratumba.

—Bueno, yo... —Gastón quería marcharse de allí.

—Hazle caso a un pobre viejo que ha vivido mucho.

—No está usted tan viejo —dijo Garcelán haciéndose el simpático.

—Yo trabajé con Gaudí —le susurró a Gastón tratando de decírselo al oído como una confesión.

—¿Con Gaudí, el arquitecto? —preguntó Gastón incrédulo, aunque tratando de no mostrarse descortés. El viejo asintió:

—Nadie lo sabe, pero Gaudí era adepto a una sociedad secreta...

El viejo tosió expulsando miasmas purulentas. Respiró con ahogado resuello, se recuperó, y dijo:

—¿Quieres hacerme un favor? ¿Quieres acercarme la cuña? Está ahí —indicó con un movimiento de cabeza hacia la mesita de noche.

—Me lo estoy haciendo encima —se quejó el anciano.

Gastón, todavía sujeto por su mano izquierda, le alargó la cuña al viejo.

—¿No vas a ponérmela tú? —le preguntó el abuelo.

—Es que... —Gastón dudó, pero no podía negarse. Reprimiendo la repugnancia, encajó con la mano derecha libre, el objeto de plástico debajo de las caderas consumidas del viejo.

Se escuchó el ruido de una poderosa meada salpicar contra el plástico de la cuña. Un olor inaguantable había comenzado a esparcirse por la habitación. Gastón reprimió un acceso de náusea.

—Bueno —dijo de pronto el viejo con aquella comisura putrefacta que tenía por boca, con los colmillos salientes como los de una hiena—, ¿no vas a retirarme la cuña? Está llena.

Gastón tomó aire como si fuese a sumergirse en una fosa séptica, y alargó la mano hasta la entrepierna del anciano. Localizó el objeto de plástico, que estaba caliente, y tiró de él. En la cuña, en un líquido incalificable, flotaban mucosas y miasmas como peces muertos y podridos en su cieno. Luego, con voz cansada y como en estado catóptrico, el enfermo había murmurado antes de caer dormido, como una postrer oración, las palabras del Credo:

—Creo en la resurrección de los muertos, y en la vida en el mundo futuro, amén.

Gastón Garcelán salió tan atónito como empestuzado de la habitación del abuelo de Blanca. Ella llegó a continuación portando una fragante toalla seca para él, sonriendo primorosa y ajena a la conversación que él acababa de mantener con el anciano. Cuando regresaba a casa, una vez transcurrida la tormentosa nube, Gastón iba dándole vueltas en la cabeza a lo que le había deslizado el pestilente enfermo. «¿Sería cierto que aquel adefesio pútrido había trabajado con Antonio Gaudí? Pero qué tonterías estoy pensando —se reprochó—, si eso fuese así, ¿cuántos años tendría ahora ese achacoso viejo?».

Sin embargo, aquello le había traído a la memoria una interesante conversación mantenida hacía años con aquel misterioso tipo experto en masonería que tenía por compañero cuando trabajó en la biblioteca Arús de Barcelona:

—Antonio Gaudí era un ocultista, pero llevó su filiación en secreto, nadie ha podido saber con seguridad a qué doctrina era fiel, o si era fiel a alguna, más allá de la de su amigo y mecenas el conde Eusebio Güell. Su emblema oculto era una A y una G, que representaban en apariencia las iniciales de su nombre y su apellido. Pero los conocedores del secreto saben que la A representa el compás con las puntas hacia abajo, de gran tradición masónica. Además en el anagrama de Gaudí, en la A existe un detalle significativo. De su vértice parte una línea perpendicular que atraviesa la línea horizontal de la letra y acaba rematada en un punto... Con ello se forman otros dos significados ocultos: la cruz, que al mismo tiempo es la escuadra (también un símbolo masónico), y el péndulo, representado por el punto que remata la línea vertical. El péndulo es la plomada, otro de los elementos más representativos de la masonería.

»Por su lado, la G encierra aún mayor profundo simbolismo, entre esoterista, científico y matemático; es la G de la tradición masónica, que es la letra griega gamma, la inicial de la Geometría, la quinta ciencia de las llamadas artes liberales, la quintaesencia de lo manifestado. En numerología, la gamma vale 3, mientras que la lambda, simbolizada por una línea vertical rematada por un punto, vale 30. La suma de ambas es 33, el número de grados de la masonería, la edad de Jesucristo en el momento de su muerte, el número de peldaños que tiene la escalinata del parque Güell y la cifra que se obtiene siempre sumando en cualquier sentido los números

grabados en el cuadrado mágico realizado por Gaudí en el pórtico de la Pasión de la Sagrada Familia. Algunos creen que ese cuadrado mágico no es más que un capricho del arquitecto, un pasatiempo gracioso. Pero el cuadrado mágico oculta la quintaesencia de la vida, representada en la antigüedad por la cuadratura del círculo. Se trata de la representación numerológica de la sucesión de Fibonacci, cuya representación gráfica es la espiral del mismo nombre. Una espiral que recuerda a la G...

»Gaudí siempre reconoció que se inspiraba en *el gran libro de la naturaleza*. Y es cierto, porque la espiral de Fibonacci se da en efecto en numerosos seres vivos, la concha del nautilus es la más aproximada, pero también la serie de Fibonacci se encuentra en las escamas de una piña, que están colocadas en espiral alrededor de su eje en un número siempre igual a la proporción o número áureo, como se le llama también a la sucesión. Las leyes sobre la herencia investigadas por Mendel, la concha de muchos moluscos, la forma en que las abejas colocan las celdillas de un panal, gran cantidad de flores, como el girasol, estrellas de mar, los templos góticos, la proporción humana, lo que queda demostrado con el célebre dibujo de Leonardo da Vinci del hombre inserto en el pentágulo... Todos estos son paradigmas naturales o artificiales de la sucesión de Fibonacci.

»Gaudí aplicó el número áureo, el 1,61803..., a sus construcciones, pero principalmente en la Sagrada Familia. Basta observar las escaleras en espiral que ascienden a las torres. Esta obsesiva forma helicoidal es una sucesión de Fibonacci gigantesca realizada por el arquitecto con un fin preciso: convertir la catedral en un enorme resonador de energías telúricas y fuerzas naturales que rodean todo el planeta. Las torres eran captadores de esas energías, las espirales de su interior las multiplicaban y aceleraban como un rudimentario pero eficaz ciclotrón, proyectándolas y concentrándolas en la cripta donde él había planeado enterrarse a su muerte, quizá pensando en recibir tales energías.

»Si uno entiende un poco sobre el arte secreto de la alquimia, enseguida se dará cuenta de que lo que pretendía Gaudí con esta compleja construcción era completar un edificio para realizar los rituales de iniciación herméticos, como los que celebraban antiguamente las órdenes militares, las hermandades ocultas y las sociedades secretas. Toda la catedral gira en torno a la cripta, y es lo que primero construyó Gaudí. Porque... qué es una cripta sino un símbolo de transmutación alquímica, de la descomposición de la materia burda y la liberación del espíritu; el renacimiento a una nueva vida a través de la iniciación. En síntesis: la resurrección.

»Pero aún hay más: Antonio Gaudí había estudiado alquimia, cábala y también astrología, de esa forma sabía que ciertos eclipses, como ahora está investigando la NASA, provocan anomalías inexplicables en el movimiento de un péndulo de Foucault. Un investigador francés, Maurice Allais, descubrió que ciertos eclipses modificaban el plano de oscilación del péndulo. Eso es teóricamente imposible, porque como investigó Foucault, no es realmente el plano de oscilación del péndulo

el que se mueve en el sentido de las agujas del reloj, sino que es la Tierra la que lo hace en sentido contrario, y nosotros con ella, la que gira en torno al péndulo, como demuestran todos los péndulos de Foucault repartidos en distintos museos científicos del mundo. Pero como te digo, Maurice Allais detectó que ciertos eclipses hacen girar teóricamente al péndulo pasando de una oscilación de 11 grados por hora hasta adelantarse 10 grados más por influencia del eclipse. Es como si la Tierra aumentase su velocidad de rotación. Parece que ciertos eclipses, no todos, ralentizan el espacio cuántico alrededor del planeta donde proyectan su sombra.

»Al girar el planeta más rápido, en un movimiento teórico como el de una partícula subatómica, o sea, cuántica, los individuos que lo habitan también lo harían, de modo que el pensamiento del ser humano se aceleraría por encima de la velocidad de la luz. Fíjate que si el pensamiento (o sea, la percepción de la realidad), que según la física cuántica también es material, como lo es la luz, acelerara por encima de la velocidad de la luz, una persona, al pensar, es decir, *observar* la realidad más rápido que la luz, no envejecería nunca en relación con dicha realidad material que le circunda. Esto lo explica bien la teoría de la relatividad de Einstein.

»Pero Allais descubrió que ese efecto no ocurre con todos los eclipses ni en todos los sitios del planeta, tan solo sucede en determinadas conjunciones astrales y el efecto de cuantización se limita a ciertos lugares y a determinado momento durante el paso de la sombra. Pero, estarás pensando, ¿cómo ocurre este asombroso efecto sobrenatural en el cuerpo humano de carne y hueso? ¿De qué forma un determinado eclipse puede afectar al *quantum*, es decir, a la estructura subatómica y molecular de una persona? La clave está una vez más en el cuadrado mágico de Gaudí. Te lo explicaré: si se superpone por encima del cuadrado la espiral de Fibonacci, la suma numérica que se obtiene da un valor numerológico que suma 60. Y el sesenta es el número del carbono 60 (C60), molécula descubierta en 1985, que tiene propiedades únicas todavía inexploradas por la ciencia en relación con la química y la física. Gaudí sabía que reproduciendo la espiral de Fibonacci en sus torres, la Naturaleza *resonaría* en consonancia en el punto central del gran edificio condensador, modificando la composición y el *quantum* de la sutil estructura geométrica que compone el C60, llamada la molécula de la vida, pues todo en nuestro planeta está compuesto por ella.

»Así, al cabo de una cierta cantidad de tiempo múltiplo de 3 (como los tres días previos a la resurrección de Jesucristo), quien fuese enterrado en la cripta de la Sagrada Familia regresaría de nuevo a la vida y ya no moriría nunca más. El arquitecto dejó en su testamento que su epitafio a grabar en la losa sepulcral debía indicar tan solo sus iniciales, A y G, y una frase en latín: *eadem mutata resurgo*, aunque cambiado, resurgiré. Sin embargo, no sé si por mala fe o mala interpretación, lo que se grabó en la tumba del arquitecto, como sabes es: *Antonius Gaudí i Cornet*, y una larga parrafada en latín sobre su lugar y fecha de nacimiento, que ya no recuerdo, pero que al final hace referencia a la resurrección: *hominis resurrectionem*

mortuorum expectant.

»En fin, que no todos los eclipses causan esa alteración cuántica en la molécula de la vida; solo lo hacen aquellos que cumplen la sucesión de Fibonacci en períodos de múltiplos de tres. Tomando como referencia uno de esos eclipses especiales, como por ejemplo el del día de la resurrección de Jesucristo, y aplicándole la fecha de la sucesión de Fibonacci, en teoría se podrían obtener las fechas de los eclipses que en el futuro también tendrán esa cualidad sobrenatural de modificar el *quantum*, de las partículas.

Todo el mundo sabe que el amor es ciego. Pero aún lo son más la vanidad y la soberbia. Por eso Gastón, cegado por su perverso plan literario de seducción, no se detuvo en evaluar ni en ver de dónde llegaban los buenos vientos que le impulsaban en su ruta hacia la conquista de Blanca. Creía que era por sus encantos, sin saber que la chica actuaba obligada desde atrás por Balduino Letto como una marioneta.

Desde aquel día de la lluvia, Gastón se sentía tan seguro de sí, tan ufano de sus dotes seductoras, que antes de que pudiera decidir la estrategia más estética a seguir, ya había accedido a salir a tomar una copa con la chica. Pensaba, debido a su vanidad, que era él quien la había motivado a ella a disfrutar de sus viriles encantos, que si se miraban bien, poco se diferenciaban de los de siempre, su cara de niño empollón, sus gafas anticuadas que le daban ese aire de intelectual trasnochado, y a lo sumo, podía si acaso argüirse en su favor la pérdida de la barriga que había lucido en otros tiempos. Desde hacía mucho, su silueta había mejorado bastante debido a tantos años como arrastraba ya su desorganizada vida de soltero.

Durante aquella tarde de domingo (para mayor comodidad había mandado a Nico al cine) Gastón oreó sus desfasadas dotes de galán, exhibiendo, a falta de pectorales y bíceps, o un llamativo automóvil, sus habilidades intelectuales, hasta el punto de que comenzaba a rayar en la pedantería. Se habían citado en una cafetería del centro (si es que Toledo tiene algún centro), y ella había acudido encantadora, se notaba que se había arreglado para la ocasión, derrochando perfume y maquillaje. Parecía, rebosante de candor e inocencia, una doncella propiciatoria revestida con los paramentos para un sacrificio dedicado al dios Príapo.

Durante casi toda la tarde era ella la que había acaparado la conversación, contándole a Gastón que vivía en aquella lúgubre casona con su abuelo, un viejo de más de cien años que alternaba ratos de claridad mental y equilibrada cordura con muchos otros de una demencia senil.

—¿Pero de qué está enfermo? —había preguntado Gastón, sin contarle a Blanca el incidente con el viejo, que ella aún desconocía.

—Creo que enloqueció por leer demasiado unos viejos libros sobre ocultismo que coleccionaba como si fuese un avaro su tesoro. A veces estoy tentada a sacar todos esos malditos libracos a la calle y que se los lleve el basurero —protestaba ella con la preocupación de un aya que cuida de su loco señor Don Quijote.

—¿Por qué? Los libros son lo único que merece la pena de este mundo. Bueno —corrigió Gastón mirando con disimulo el hermoso cabello de Blanca—, casi lo único.

Él se había mostrado interesado en aquellos libros, y ella se había ofrecido a enseñarle aquel dudoso tesoro bibliófilo de su abuelo, incluso a dejarle mirar y

llevarse todo lo que le pudiera interesar. Porque a Gastón le había faltado tiempo para contarle a ella que estaba trabajando en cierto importante estudio histórico, incluso le había adelantado algunas cosas al respecto del tema en concreto. Enigmas y secretos ocultos de otras épocas... Además, acababa de ser ascendido esos días al cargo de subdirector de la biblioteca del Alcázar —era mentira, tan solo había ascendido de categoría funcional—, y al falso orgullo del ascenso se unía ahora ver que Blanca (cosa inusual en las mujeres) se interesaba sinceramente por sus investigaciones, le animaba a proseguir preguntándole más detalles.

De atardecida, animados por las copas que habían tomado, Blanca cogió de la mano, como el día de la lluvia, a Gastón, y subieron las musgosas escaleras de piedra en semicírculo. Sin hacer ruido para no despertar al abuelo, entraron en la lóbrega casona. Juntos, de la mano, con una agradable y novedosa complicidad, recorrieron todo el inmenso caserón lleno de recovecos y estancias misteriosas.

Todo aquello, la chispeante ilusión de la chica, su cálida opresión en la piel tomándole de la mano mientras exploraban estancias y rincones, le estaba recordando a Gastón una anterior novia que tuvo cuando trabajó en la biblioteca Arús de Barcelona: Por aquel entonces estaba en lo más alto su deseo de ser un intelectual y un filósofo erudito, y emular a todos aquellos autores tan admirados de cuya obra en papel siempre se encontraba rodeado.

La relación con la novia catalana había terminado por irse al traste; ella no pudo soportar el carácter empollón y solitario de aquel muchacho que pasaba las horas encerrado entre libros, aplazando la boda con evasivas, deseando incrementar aquella prole de papel con algo propio, con un nuevo y sesudo tratado filosófico sobre el sentido de la vida, que a su muerte le facilitara un nicho en ese cementerio de libros (y autores) que es una biblioteca. Estaban condenados a no entenderse. Ella quería parir niños y él quería engendrar libros.

Desde aquello, Gastón había aprendido una lección. El existencialismo nunca es razonable ni el hambre atenuada. La soledad más dura es la no deseada, y ese es el castigo que espera a los desarraigados como él. Tras ser abandonado por su novia, siguió unos meses más su estancia en Barcelona, pero ya deseando marcharse lejos. Fue entonces cuando decidió que si quería ser un filósofo existencialista debía marcharse a París en busca de Jean-Paul Sartre.

Conforme ahondaba en su desaforada inmersión bibliográfica, Gastón sentía que se estaba alejando del tema principal de su tesis doctoral. Había que volver a la *clavis* original: «Veamos, está claro que todos persiguen un sistema o un artefacto (el *Apparatus*) para conocer la fecha de la próxima conjunción planetaria que dará origen al eclipse milenario, o quizá, el *Año Cero* de la humanidad, como me había dicho Jules Never en París, el año sobre el que habría que comenzar a contar para calcular esa fecha. Sin el *Apparatus* no es posible calcular nada, porque la Iglesia Católica confundió a propósito las fechas originales por las que desde antiguo se regía el mundo cristiano».

Gastón había topado con la Iglesia, ya que desconocía por completo cómo seguir adelante a partir de donde había llegado. Se le veía abrumado por el fracaso después de tanto trabajo. Evitaba incluso encontrarse con Blanca, pues no estaba de humor para seducciones. Sabía que ella sería la esposa y la madre perfecta, que le cocinaría las mejores comidas y le llevaría bien limpio y planchado; igual que la de Barcelona. Y aquello, no sabía muy bien por qué, le producía náuseas.

Él no quería una novia, quería ser un amante sublime, como el protagonista del *Diario de un seductor*, de Kierkegaard. En realidad, lo que sucedía, aunque Gastón no quisiera reconocerlo, es que echaba de menos a Colette; porque aquel sí había sido un amor sublime y abrasador, como el que había sentido el protagonista de *Sylvie*, de Gerard de Nerval, por la hermosa doncella del bosque, Adriana. Para Gastón, Blanca era la mujer cotidiana, previsible, confortable, dadivosa, pero por ello, aburrida. Mientras que Colette era la magia, la pasión, la belleza, la locura... inalcanzable y *sublime sin interrupción*. Por eso, hacía sufrir a Blanca, por no ser quien él quería que fuese, y para vengarse en ella de que Colette no le hubiese amado con la entrega absoluta que él anhelaba. Causamos en quien nos quiere el dolor de quien no nos quiere.

Gastón había empezado a sospechar en serio de la anticuaría sefardí, pues ella intentaba tomar paulatinamente las riendas del juego. «El creador soy yo», se decía con soberbia. Hacía tiempo que Nico ya no le acompañaba en estas visitas a la vieja. Prefería quedarse en los locales de videojuegos o vagando por la ciudad sin nada que hacer. Se estaba convirtiendo en un pequeño salvaje. Gastón decidió hacerle una nueva visita a la vieja bruja, esta vez con la intención de que le ayudara a aclarar exactamente el motivo del cambio en los calendarios y su relación con lo que Jules Never había llamado *Año Cero*. María Salón le recibió tan dispuesta como siempre:

—Ya veo que ha estado haciendo los deberes —dijo la vieja una vez que Gastón le hubo puesto al corriente de sus últimas deducciones—. Bien, bien, es usted un chico muy listo. Me imagino entonces que ya habrá comprendido quiénes son los

responsables de la..., vamos a llamarle... confusión del calendario.

—Es posible... Pero he venido a oír su versión —dijo Gastón, indicando así que había notado aquellos aportes eruditos que la vieja judía le daba casi sin venir a cuento. Por eso remarcó—: ¿No es ese su papel?

—¿Papel? No le entiendo —dijo la vieja haciéndose la descomedida—. Creí que estábamos jugando a que yo le ayudaba con lo de su tesis.

—Sí, pero ¿a cuál de los dos: a mi juego o a su juego?

María Salón no le respondió. Una sombra de sospecha flotaba en el ambiente. Gastón, sin embargo, parecía dispuesto a aceptar las nuevas reglas si con ello llegaba al final del juego. Pensaba que si aquella vieja sabía tanto y estaba tan bien enterada de todo para su edad, era porque había sido puesta allí por alguien para que él completara su cometido vital. Lo mejor era plegarse al destino. Con esa nueva actitud, Gastón se acomodó y encendió un *Gitanes*. Últimamente había vuelto al tabaco.

—Como quiera —dijo ella con un suspiro de resignación antes de comenzar—. En primer lugar, hay que entender que detrás de la reforma del calendario se encuentra el ancestral deseo de la Iglesia Católica por conquistar Rusia, y hacer de Moscú, tal como dice la profecía, la Tercera Roma.

Aquello era parecido a lo que a su vez le había contado el *Doktor Wagner*, de modo que la sospecha de que ambos, el alemán y la sefardí, habían aparecido en su vida no por casualidad, se reforzaba. La vieja siguió:

—Me explico: algunos en la Iglesia Católica pretenden desde muy antiguo desplazar el secular poder del Vaticano hacia el Este.

—¿Y qué es eso de la Tercera Roma? —preguntó Gastón, lanzando volutas de humo. El tabaco siempre le relajaba y le abría la percepción interior. Era el incienso particular de su *tercer ojo* y él se sentía el hierofante de los misterios, pulsando las cuerdas de sus informadores privados para llegar a la *clavis* oculta de todo aquello.

—El mito de Moscú como la Tercera Roma fue creado para despertar en el pueblo ruso y en los zares una conciencia de misión divina y terrenal. La Iglesia Ortodoxa, que había nacido en 1439 al repudiar la unión de las iglesias griega y romana, pasaría a considerar la figura del zar como representante de Dios en la tierra.

—Entiendo —interrumpió Gastón—, eso quiere decir que convertían al zar en Papa, y así tenían dos en uno.

Ella afirmó con la cabeza, sonriéndose levemente por la poca gracia que tenía a veces aquel muchacho impertinente, y luego siguió con su exposición:

—La cismática Catalina la Grande estaba influenciada por las numerosas sectas y grupúsculos esotéricos de Francia, y quería introducir en Rusia las modernas ideas de la Ilustración de aquel país. Existió una extraña sociedad secreta formada por antiguos religiosos católicos renegados, absorbidos por el ocultismo, el esoterismo, el mesmerismo y todas aquellas corrientes herméticas de la época, que se sintieron con el derecho mesiánico de controlar el mundo. Para conquistar Rusia se inventaron un

falso zar, desembarcando desde la catolicísima Polonia. No sé si conoce la historia de los falsos Dimitri...

Garcelán lo estaba pasando bien con su recién estrenada docilidad. Además, aquello le recordaba las dulces tardes de su infancia en casa de Pascual, embarcados ambos en el juego de concordancias. Solo faltaba la música de Jethro Tull. ¿Qué habría sido de Alcover? Encendió un nuevo *Gitanes* y se arrellanó en el asiento dispuesto a escuchar aquella interesante historia, creyendo ser la pieza magistral de un juego ideal.

—Bien —continuó la vieja—, creo que usted conocerá que hubo hasta tres pretendientes al trono de Rusia que se llamaban Dimitri. Cuando moría uno, surgía el otro que decía a su vez ser el auténtico. Como recordará, en 1591 el príncipe Demetrio, hijo ilegítimo del zar Iván el Terrible, había aparecido degollado, un asesinato que nunca se aclaró. Pero algunos decían que todo había sido un montaje, que el infante no había muerto, sino que había sido sacado clandestinamente de Rusia a Polonia, esperando allí la ocasión de hacerse con el trono ruso que había conquistado mediante una criminal maniobra política ese tártaro inculto pero astuto que se erigió en zar con el nombre de Boris Gudonov.

»Pues bien, aprovechando toda esta confusión, más la ingenuidad de las gentes, los intrigantes de esa sociedad secreta hacen creer que Dimitri existe, y que vive exiliado en Polonia. En 1604, un pequeño pero valiente ejército de guerreros polacos, completado además por cosacos y campesinos rusos, invade Moscú y se entablan fuertes combates. Gudonov enferma y muere al año siguiente, el ejército mercenario de cosacos y campesinos vence y Demetrio es coronado nuevo zar, rodeado de una corte de aquellos misteriosos herméticos conspiradores, lo que despierta el odio soterrado de la Iglesia Ortodoxa, que instiga a los nobles rusos hasta que finalmente asesinan a Dimitri, y expulsan a los nigromantes, que se refugian de nuevo en Polonia.

»Entonces, la Iglesia Ortodoxa, que no quiere tener más competencia de otras religiones en su patria, le sugiere a los nobles, quienes ya se han convertido en su brazo armado, que la culpa de todo la tienen los judíos, esa raza de cabalistas y ocultistas que tienen en su poder cierto terrible secreto presuntamente cosmológico de enorme valor. Los nobles, cegados por la ambición, se dejan convencer, se conjuran para hacerse a toda costa con dicho secreto, pero como no lo encuentran, planean un exterminio general de los hebreos rusos. Justo lo que quería la Iglesia Ortodoxa. Urden entonces un complot para desprestigiar y culpar de traición a los judíos delante de Nicolás II, pero todo el plan está diseñado de forma tan burda, que el zar no cree a su corte. Y entonces es cuando aparece ese Gerard Encausse, del que ya hemos hablado muchas veces. Papus, todo un personaje en el París de entonces, con fama de haber creado varios movimientos rosacruces, viaja a Rusia para decirle al zar que en efecto, los judíos poseen cierto secreto cósmico y que ha de procurar hacerse con él antes de que lo saquen de Rusia. Y esta vez Nicolás parece creer en el complot judío,

porque nombra al recién llegado consejero y médico y le concede poder en la corte imperial para que haga lo que deba hacer.

—¿Pero el zar Nicolás no tenía a Rasputín de consejero? —interrumpió Gastón.

—Rasputín era un monje cercano a los esoteristas ortodoxos, mientras que Papus era el enviado de los esoteristas católicos. El primero fue asesinado por los nobles por estar a favor de los judíos, crimen que tampoco impidió de todas formas Nicolás, a quien aquel depravado monje místico nunca le gustó; ya sabe, demasiadas habladurías en palacio sobre sus relaciones con la emperatriz. Así que el zar aceptó complacido al nuevo místico que le llegaba de la liberal Francia y que prometía la curación del zarevich, que padecía hemofilia, mediante cierto secreto de los judíos.

—Entiendo.

—Mientras tanto —siguió María Salón—, los judíos rusos habían tenido tiempo de reaccionar ante el peligro, y para defenderse se alían con los campesinos, hambrientos y sometidos por el zar. Estalla así la revolución bolchevique, y los soviets asesinan a Nicolás II, a su familia y a casi todos los nobles. Era la venganza sangrienta de mi pueblo contra los nobles opresores. Pero poco después, los campesinos vencedores reconvertidos en comunistas, al tomar el poder, traicionan a sus aliados judíos, quienes nunca les gustaron en realidad. Los soviets asumen el poder terrenal y el religioso, y Lenin se convierte en el nuevo emperador comunista.

»Con la persecución y purga de los enemigos de la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a cargo de Stalin, una parte de la Iglesia Ortodoxa se exilia fuera de Rusia, mientras la otra parte se queda y se somete por temor al nuevo gobierno socialista. Mientras, la Iglesia Católica, que no se resigna a quedarse sin su Tercera Roma, ha estado trabajando calladamente durante siglos para convertir el calendario juliano, tratando de imponer el nuevo en todos los países de su influencia. ¿Por qué? Pues porque seguramente los católicos se han hecho finalmente con el secreto cósmico judío y quieren evitar que nadie más pueda apropiarse de él. Y ahora bien —suspiró María Salón anunciando así su cansancio y el final de su nueva aportación documental—, supongo que a estas alturas, ya habrá adivinado usted que la misión de Papus en Rusia era ayudar al zar Nicolás a arrebatarse el presunto secreto cosmológico que poseían los judíos para ponerlo a salvo tanto de ortodoxos como de católicos.

—¿Y qué sucede al fin con ese secreto?

—Observe que Papus muere justo en 1917, cuando triunfa la revolución bolchevique en Rusia, que él mismo ha contribuido a incendiar para arrebatarse el secreto a los judíos, exterminarlos y borrar todas las huellas en medio de la confusión.

—¿Quiere decir que la muerte de Papus no es casual?

—Yo no lo creo, me parece un nuevo asesinato para eliminar a quien sabe demasiado.

—¿Y quién puede ser el responsable de ese crimen? —preguntó interesado

Gastón, tratando de solapar aquella nueva aportación documental con lo referido días atrás por el *Doktor Wagner*.

—Observe de nuevo los detalles: el mismo año de 1917, los soviéticos eliminan las tradiciones ancestrales de la Iglesia Ortodoxa y cambian por fin en Rusia el viejo calendario juliano, con el que se rigieron durante siglos, por el calendario gregoriano, a pesar de haber sido inventado por la Iglesia Católica, lo que le viene de perlas al Vaticano. Al mismo tiempo, ese mismo año se aparece la Virgen en Fátima...

Gastón se estremeció eufórico al constatar el nuevo paralelismo, por él ya conocido. Intervino tratando de recabar mayor información sobre ese detalle:

—Está insinuando que los soviéticos le hacen el caldo gordo a la Iglesia Católica, al eliminar a la Iglesia Ortodoxa e imponer el calendario gregoriano...

—Lo ha entendido perfectamente —admitió la vieja.

—¿Pero a quién le interesa todo ese complot?

Victoria estaba volviendo en sí. Poco a poco emergía de un limbo oscuro, pero aún no era consciente de su situación y ubicación en el espacio ni en el tiempo.

Recordaba que la había llamado por teléfono el coleccionista de libros esotéricos de acento ruso, chistera y manos enjovadas, para decirle que tenía un libro que podría interesarle, y que si se acercaba a su tienda se lo mostraría. Victoria, aunque extrañada por la intempestiva llamada, había acudido al mismo lugar que en la otra ocasión, pero había encontrado la persiana bajada, todo cerrado. Entonces, al darse la vuelta para marcharse, había ocurrido de improviso. Un lujoso automóvil oscuro, quizá un Volvo, había surgido de pronto subiéndose a la acera y deteniéndose junto a ella. Del coche habían salido dos hombres perfectamente trajeados portando pistolas con silenciador y la habían obligado a entrar.

¿Dónde estaba? ¿Desde hacía cuánto tiempo se encontraba sin sentido? Victoria trató de incorporarse, pero no podía. Estaba atada con correas a una tosca silla de madera, que parecía una silla eléctrica. «Sin duda estoy soñando», se dijo. Hubiera querido frotarse el rostro como para borrar aquella desagradable visión, pero no pudo. Notaba cómo un dolor intenso le invadía el cuerpo anquilosado, un dolor que se hacía especialmente agudo en el cuello, las muñecas y los tobillos, atados con correas de cuero.

¿Estaba sola en aquel entorno impreciso, hecho de paredes de yeso blanco sin ninguna ventana? La respuesta llegó casi al instante a través de una voz masculina que surgía de la oscuridad.

—Querida señora, doy gracias porque ya ha recobrado el conocimiento. Siento de veras haberla tratado de esta manera imperdonable a su alta dignidad y a su... ¿cómo se dice?... condición de dama. Pero las circunstancias nos han obligado, usted comprenderá...

Aquella voz... ¿Dónde la había oído antes? ¡Era el coleccionista de libros esotéricos! Intentó decir algo, pero no pudo.

—Veo por su expresión que se sorprende de verme... Quizá me ha reconocido... sí... nos vimos hace unos meses. Desde luego en una situación más favorable para usted, ¿recuerda?; se interesaba por cierto libro de Gerard Encausse sobre la ciencia de los números... Ah, aquel fue un encuentro... ¿cómo diría?... decisivo. Su visita me puso sobre la pista.

El gigante ruso, que llevaba puesta su reluciente chistera, se la quitó:

—Bienvenida de nuevo a esta mi morada oculta, donde... ah, pero permítame que me presente antes de nada. Me llamo Pierre Rakosky —se inclinó ceremoniosamente ante su prisionera.

Victoria, saturada de dolor y con la boca seca, no sabía, no podía contestarle a aquella inesperada aparición. Solo pensaba en cuándo iba a despertar de aquel raro sueño. Pero la voz del hombre, a un metro de ella, sonaba bien presente y real:

—Ah, por cierto —seguía Rakosky—, durante un tiempo, no más de una hora, notará usted los efectos de... digamos que le hemos tenido que administrar unos... ¿cómo se dice?... tranquilizantes. De momento, sus efectos relajantes le impedirán coordinar palabras o moverse, pero ello no afecta a su capacidad de escucha y entendimiento. En fin, si usted me lo concede, con mucho gusto pasará a ponerle... ¿cómo se dice?... al corriente de quiénes somos y qué hace usted aquí.

Victoria quiso contestar que la soltaran, pero en efecto, no pudo articular ni una sílaba, aunque ella siguió haciendo esfuerzos.

—Debo en primer lugar reconocer que tras su visita a mi modesto negocio de antigüedades... ¿cómo se dice?... bibliófilas, ordené que la vigilaran, usted perdone... Pero eso fue proverbial para nuestros intereses. Pronto descubrimos que su marido... tras muchos años de incógnitas y búsqueda por nuestra parte... Su marido nos ha ayudado sin él saberlo a ¿cómo se dice...? ¿Atar cabos? Sí, eso... Hasta ese momento rastreábamos cada palmo de Europa en busca de supervivientes que supieran algo del secreto perdido y de la profecía, pero sin resultados. Hasta que apareció usted preguntando precisamente por ese libro, y pronto descubrimos que usted, o mejor dicho, su marido era amigo de ese Garcelán, un personaje curioso al que ya seguíamos desde hacía tiempo, y que debo admitirlo, no sé cómo ni por qué puede saber todo eso que parece saber...

Victoria ya había podido darse cuenta de que el estafalario coleccionista ruso había confundido aquel nefasto juego de concordancias al que jugaban Pascual y Gastón con la realidad. Lo que no podía saber es cómo se había enterado de todo aquello ese extraño personaje, ni qué quería de ella ahora.

—Al principio, ni siquiera nosotros sabíamos para qué servía la máquina aristotélica —seguía explicando el ruso—, aunque la buscábamos. Suponíamos que tenía que ver con la ciencia de la combinación de las categorías, las letras, las palabras, los números, la aritmética, la cábala... la Lógica de Aristóteles y la combinatoria de Bernoulli... Suponíamos que la máquina servía para descifrar un secreto en clave, un dato buscado por muchos desde antiguo, pero ¿qué secreto? ¿Cómo encontrar algo si no se sabe lo que es? Pero su interés por el libro de Pappus nos puso sobre la pista. Habíamos descubierto a alguien que parecía saber eso que nosotros no sabíamos, y lo sabemos porque precisamente se estaba refiriendo a nosotros.

Victoria estaba pensando que aquel tipo, además de estar loco, debía ser bastante imbécil para haberse tragado como ciertas las estúpidas conversaciones que mantenían Pascual y Gastón. Ella ya les advirtió a ambos del peligro que conlleva jugar a malabares con la realidad, y ahora estaba demostrándose como cierta su tesis, solo que la perjudicada era ella. Pierre Rakosky seguía revelando cómo había caído

en aquella tonta trampa dialéctica sin darse cuenta de ello:

—Luego nos extrañó que alguien anónimo de Madrid conociera informaciones y datos que nos atañían. Sin embargo, atando cabos, ¿se dice así?... Entonces comenzamos a entender... ¡La profecía! He de confesarle que fue entonces cuando mandé que siguieran a su marido y ordené que interfirieran su teléfono (cosa fácil, conocemos a algunos exagentes del KGB retirados en España, que se dedican a esos trabajos para ganarse la vida), y descubrimos por qué su marido sabía tanto de nosotros, incluso más que nosotros mismos. Pero sobre todo descubrimos quién era usted realmente. ¡Vaya una sorpresa! Y la habíamos encontrado por casualidad. Usted, ¡la virgen-zarina en carne y hueso! ¡La profecía del icono de Kazan era cierta!

Con un supremo esfuerzo, Victoria trató de reunir fuerzas para contestar que ella no era zarina, ni mucho menos virgen, que era de Madrid, nacida en Puerta de Hierro y huida a Ibiza en su época díscola y traviesa, como hacían todos los adolescentes *progres* de aquellos años, y donde había tenido un desliz al quedarse embarazada en una de aquellas comunas de amor libre de la isla. Por eso, para darle un padre a la criatura de ni se sabe quién que llevaba en su vientre, había regresado y se había casado con un buen muchacho llamado Pascual Alcover, que nunca le gustó, pero que le quería a su manera.

—¡Oh, sí, sí, sí —exclamó Rakosky en su soliloquio—, debo explicárselo! Pero antes le presento mis respetos. Perdón que no le bese la mano... No sabe cómo me emociona tenerla delante de mí, ¡nada menos que la zarina de la profecía de Kazan! Sin embargo, entiéndame, nosotros no podemos consentir que en Rusia reine nadie que no sea un auténtico legitimista al trono, yo mismo me he conjurado para proteger y salvar la vida al último heredero de los Romanov, el único vástago actual descendiente del zar Nicolás II, cuya familia ha permanecido en la clandestinidad oculta hasta ahora en Moscú. Oh, pobre criatura, como su antepasado el zarevich Alexei, esa muchacha, Natacha, también ha heredado desgraciadamente la maléfica enfermedad de la sangre que aqueja a las familias reales de Europa, la hemofilia. Por eso buscamos afanosamente el remedio para curarla y luego, con la ayuda del pueblo deseoso de recuperar su pasado imperial junto con la sagrada Iglesia Ortodoxa en el Exilio, proclamarla zarina de todas las Rusias.

»Y de pronto aparece usted, su marido y ese Garcelán. Sí, sí, conocíamos la leyenda que dice que el próximo zar de Rusia sería mujer, es decir zarina. ¡Pues nada de eso, el próximo zar será mujer, pero una Romanov por vía sanguínea directa! Así que usted, mi buena señora, debe morir para que no se cumpla la profecía de ese icono.

—Está completamente loco —boqueó Victoria con un gran esfuerzo.

Una hora más tarde de aquel kafkiano encuentro, la luz del sol hería los ojos de Victoria debido a tantas horas pasadas en penumbra dentro de algún lugar desconocido. Había sido liberada, pero ahora, quizá por el aturdimiento, no reconocía

dónde se encontraba, y la radiante luminosidad de la mañana la cegaba después de haber permanecido no sabía cuánto tiempo presa dentro de aquel sótano, o lo que fuera. Ahora, el fragor del tráfico de la ciudad, ¿pero qué ciudad?; porque podía ser igualmente Madrid, Barcelona, Bilbao..., el rumor incesante de las avenidas, iba devolviendo a Victoria al mundo de los vivos.

Su mente se aclaraba paulatinamente al aire fresco, bajo aceras arboladas, plazas con palomas revoloteando en los setos, parques, kioscos... Al principio no había reconocido la zona, pero al ver a lo lejos, a su derecha, la silueta inclinada de las Torres de Kío, se ubicó en el espacio y enfiló hacia el paseo de la Castellana respirando una bocanada de aire que eliminaba los últimos restos de aquella confusión, disfrutando su recién estrenada libertad. Nunca amó tanto Madrid.

Después de amordazarla, vendarle los ojos y sedarla de nuevo, la habían sacado de aquel subterráneo y la habían dejado sentada en el banco de un parque al noroeste de la ciudad. Momentos antes, Victoria le había arrojado a Pierre Rakosky un jarro de agua fría al explicarle que él y sus amigos estaban equivocados, que ella no era la zarina perdida que buscaban para eliminarla.

—Pero usted sí es... quiero decir... A usted la llaman la *Russe*... —había aducido Rakosky confuso.

—Sí, desde pequeña, desde que mi familia me matriculó en el Liceo Francés de Madrid, en el colegio me llamaban la *Rouge*, la pelirroja, porque como ve, ese es el color de mi pelo.

Aquella mañana en que Balduino Letto recibió la llamada desde el Palacio Arzobispal fue cuando comenzó a notar sobre él la sombra alargada del poder de la institución eclesiástica a la que pertenecía. Una sombra más oscura y un poder más elevado de los que hasta ahora había entrevisto estudiando en el seminario de Roma.

Se extrañó y se inquietó a la vez. Qué podían querer de un simple seminarista ayudante del cura de una parroquia de poca monta las altísimas instancias jerárquicas del Palacio Arzobispal, sede del poderoso cardenal primado de España. El escueto mensaje del seco delegado apostólico de la Santa Sede en Toledo no dejaba entrever los motivos. «Simplemente, acuda a las diez de la mañana y preséntese a mí, entonces se proveerá», le había dicho Vincenzo Furno, llamando en persona al seminario donde Balduino se alojaba.

Inmediatamente, el seminarista tomó el teléfono móvil y marcó el número consignado por el *Dramatiker* para tratar asuntos urgentes. Debía advertirle de aquel movimiento inesperado antes de la cita en el Palacio. Aquel Vincenzo Furno era a quien se había referido el *Doktor Wagner* con tan malos presagios. Debía ponerle al tanto de ello. «El número marcado no existe», respondió una mecánica voz femenina grabada. ¿Cómo era posible? Marcó otra vez, pero la voz insistía de nuevo imperturbable y monótona: «El número marcado no existe; por favor, compruébelo y vuelva a marcar». Aquello era muy extraño. Decidió romper el protocolo de prudencia convenido con el viajero alemán, y llamar directamente al teléfono fijo de la villa Ruffolo, en el Sorrento.

—Lo siento, señor —respondió un sirviente de la mansión, con su acento impersonal al otro lado del auricular—, el doctor Wagner no se encuentra ya entre nosotros.

—¿Cómo que no se encuentra?

—No, señor, se marchó hace, creo que... un momento... sí, hace unos días.

—¿Que se marchó? Eso no es posible. ¿Dónde?

—No lo sé, señor.

El delegado apostólico de la Santa Sede en Toledo ostentaba el título italiano de nobleza menor de *cavaliere*. Vincenzo Fumo era lo que en el Vaticano se llama un *uomo di fidenza* de la Iglesia, un seglar al servicio de la Curia para asuntos especiales. De mediana estatura, con la piel amarilla como un batracio, y los ojos ocultos siempre tras una gafas metálicas doradas de primera marca con cristales oscuros, debería andar por los 55 años, pero su agilidad y su actitud reptil y despótica le hacían parecer mucho más joven. Iba vestido con un traje gris de Giorgio Armani, y debajo llevaba una camisa negra del mismo diseñador, sin corbata, abrochada hasta el

último botón del cuello de esos de tipo Mao, tan bien planchada, tersa y brillante que parecía una placa de grafito. Cubría su incipiente calvicie por la coronilla con las largas hebras de pelo que se había dejado crecer en las sienes, y que luego repartía estratégicamente por encima de su cabeza amarillenta. Tenía unos ademanes pausados, más bien sinuosos, pero ello no ocultaba cierto aire siniestro en toda su presencia. Las manos pálidas y suaves eran pequeñas y frágiles, de modo que bien podían pertenecer a un cirujano como a un torturador. Eran de esas manos resbaladizas, traidoras, que al entregarlas al otro para el saludo, apenas ofrecen los dedos y se escurren luego como una serpiente de agua; manos pegajosas de cera, frías como las de un muerto...

Nadie sabía muy bien si Vincenzo Furno llevaba aquellas gafas oscuras debido a algún tipo de problema en los ojos, o para enmascarar mejor las emociones de su rostro, porque tenía muchas caras, según las circunstancias demandasen. Por lo demás, Furno era uno de esos hombres que el mucho fumar les ha dejado una voz ronca y profunda que asusta por su desagradable vibración, y ahora él aprovechaba para emplearla como rasgo de autoridad frente a los subordinados.

El delegado apostólico recibió a Balduino Letto tras su escritorio en uno de los despachos de aquel inmenso Palacio Arzobispal de la calle del Arco, número 3, frente a la iglesia catedral primada de España. Un despacho antiguo, oscuro, con olor a rancia sacristía, como si el tiempo se hubiese detenido en el siglo XVI y aquella extraña entrevista (casi un interrogatorio) hubiese sido más que un encuentro entre hermanos en Cristo, la inquietante apertura de una causa inquisitorial.

—Explíqueme su relación con el *Doktor* Wagner —había ordenado Vincenzo Furno de entrada.

—¿Conoce usted a *Herr* Richard von Wagner? —Reaccionó sorprendido el seminarista.

—La pregunta la he hecho yo —contestó impávido el *cavaliere*.

—¿Por qué, qué pasa? —balbució nervioso el seminarista, sentado frente a su inquisidor en un incómodo sillón frailer de madera con el respaldo tieso en ángulo recto—, ¿es que ha sucedido algo; dónde está?

—¡Yo hago las preguntas; usted las responde! —le contestó Furno con el porte y el vozarrón de un coronel en la sala de banderas.

Luego, se calmó de pronto, recuperando sus modales suaves, pero optando por tutearle para marcar así su absoluta superioridad:

—Escúchame, hijo, espero que no olvides quién es la autoridad natural a la que te debes, quién te ha pagado los estudios eclesiásticos en el seminario de la Compañía, esa carrera que tú has dilapidado hasta ahora con tan poca vocación.

—Perdón, su ilustrísima tiene razón —se humilló Letto.

—Puedes llamarme monseñor —remarcó soberbio Furno.

—Sí, monseñor.

—Bien, ahora responde a lo que te he preguntado, hijo.

—Sí, monseñor; conocí a *Herr* Richard von Wagner en Salerno. Fue por casualidad, llegó allí como un viajero más mientras yo me encontraba... realizando unos ejercicios espirituales.

—Eso está mejor. Pero no deberías llamarle Richard von Wagner —le indicó Furno—. Ese hombre es un impostor, ¿sabes? Te ha estado tomando el pelo. ¿No te has dado cuenta? Ha asumido la personalidad del compositor alemán Richard Wagner, esgrime su calidad de literato y compositor de óperas, incluso se califica de *Doktor*...

—¿Y no lo es? —interrumpió Balduino sorprendido por aquellas revelaciones.

—No, con ese título pretende asumir también la personalidad de un psiquiatra austriaco, Jaureg Julius Wagner, que a principios de siglo desarrolló una terapia física para la curación de enfermedades mentales.

Balduino Letto se quedó boquiabierto sin saber qué decir. Estaba comenzando a sentirse traicionado por haber confiado tan rápidamente en aquel desconocido que le había seducido de inmediato con su encanto mundano.

—Y ahora dime, ¿de qué te habló ese hombre?

—Creía en la profecía de Nostradamus... Que este año nacería el Anticristo, o algo así.

Vicenzo Furno se puso de pie y se dirigió a una de las ventanas que daban al patio interior del Palacio Arzobispal. Cruzó las manos por detrás de la espalda y dijo:

—Estamos a punto de comenzar un nuevo milenio... Dos mil años..., dos mil años ha durado nuestra Iglesia Católica a pesar de sus muchos enemigos. ¿Y sabes por qué?

Balduino negó con la cabeza, aunque Furno no pudo verle, porque estaba de espaldas al seminarista mirando por la ventana.

—Yo te lo diré: gracias a hombres como nosotros, gracias a hombres que ocultos, pero desde dentro de la Iglesia, han mantenido firmes las defensas de la curia, como un sistema inmunológico que lucha contra las infecciones exteriores. Pero ahora es diferente... Ahora la Bestia Roja se ha atrevido a removerse en su lodazal y ha dado un paso impertinente, ¡nos desafía!, ¿entiendes, hijo?

—Sí, monseñor..., o sea..., a decir verdad, no mucho, monseñor.

Vicenzo Furno se giró de sopetón hacia el seminarista. Su silueta negra por el contraste de luz parecía aún más amenazadora.

—Yo te lo explicaré, Balduino. Ese engreído de Alexis II, patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa, ha canonizado al último zar, Nicolás II, asesinado junto a su familia por los bolcheviques en 1918, para hacerle santo y con ello santificar a la familia Romanov.

«¿Así que esa era la Bestia Roja? —Se dijo para sí el seminarista—; el delegado se está refiriendo a la Iglesia Ortodoxa Rusa». Balduino respiró hondo: «ah, bueno, si no es más que eso, ¡uf!», suspiró con alivio y siguió escuchando.

—¡Ja!, menudo santo —se sonrió el *cavaliere*—; ¡pero si desde 1905 Nicolás II

era apodado el *Sanguinario* por ordenar a su ejército la masacre de miles de campesinos insatisfechos que protestaban contra su despótica política totalitaria...! ¿Tú lo ves?: a ese han hecho santo, con el razonamiento de que no ha sido por su vida ejemplar ni por sus obras, sino por su muerte: «los sufrimientos de la familia imperial en el cautiverio, la humildad y resignación cristiana con que aceptaron su martirio, son una victoria de la fe de Cristo sobre el mal», eso es lo que han dicho. ¡¿Qué sabrán esos rojos comunistas de Cristo?! —Alzó la voz el delegado apostólico.

—Pero monseñor —ahora sí se atrevió a intervenir el seminarista—, los rusos ya no son comunistas, y los ortodoxos también son cristianos, ¿no? Como sabemos, Rusia fue cristianizada según el rito bizantino en el año 968.

Vicenzo Fumo, dejando de lado su disquisición, miró con cara de áspid a aquel seminarista insignificante que se atrevía a replicarle antes de responderle con fatua displicencia, como a alguien a quien hay que inculcarle una lección:

—Sí, es cierto, pero como sin duda también sabrás, con la caída de Constantinopla en 1453, Moscú y sus príncipes tuvieron la osadía de proclamarse sucesores del reino católico en Oriente, ¡la nueva Roma, la llamaban! Solo en 1917, con el triunfo de la revolución bolchevique, la Iglesia Ortodoxa perdió su intocable poder en Rusia. Pero ahora, desde la perestroika, comienza a resurgir de nuevo, y más aún últimamente, desde que el pueblo pide como antiguamente la unión de la Iglesia con el Estado, como sucedía en tiempos de los zares. Ah, el pueblo, siempre deseoso de la pompa real e imperial... No se dan cuenta de que los reyes se vuelven tiranos y opresores contra sus súbditos. Sin embargo, por motivos de alta política religiosa, a nosotros nos conviene tal maniobra. En río revuelto se pesca mejor.

Diciendo aquello, el *cavaliere* dio un fuerte golpe sobre el escritorio y al mismo tiempo su amarillenta calva se enrojeció de ira.

—Y esa herética profecía del icono de Kazan... Una virgen-zarina... Pues no, ¡Virgen hay una sola, que es la santa madre de Dios, la Virgen María! Esa zarina de la profecía es la Bestia del Apocalipsis, una burla hacia nuestras vírgenes, como la de Lourdes, la de Fátima...

Balduino escuchaba atónito y sin aliento sin saber muy bien a qué santo venía aquella peroración.

—Pero basta de charla —concluyó Furno—, hay cosas que un simple seminarista como tú no alcanzaría a comprender.

Al término de su excéntrica diatriba, Vicenzo Furno, sentándose y recuperando de nuevo la fría quietud estática de un batracio, le había encargado aquello.

—Ya sabes, hijo mío, no has de tener problemas de conciencia. Después de todo, los judíos son una raza pérfida, mataron a nuestro Señor Jesucristo, ¿recuerdas?

Eso le había dicho el *cavaliere* con una nueva cara, esta vez sarcástica, tras ordenarle aquello.

—La obediencia, hijo mío... Los nuevos sacerdotes están perdiendo la virtud de la obediencia ciega en su misión y en sus superiores.

Luego, sin venir a cuento, agregó:

—Y ese Papa polaco traidor a las costumbres romanas... Claro, qué sabrá un Papa rojo de la fe...

—¿Pero cómo lo haré? —había preguntado Balduino tembloroso ante la inesperada propuesta de su nuevo jefe.

—Eso es cosa tuya, hijo, nosotros no queremos saberlo. Por lo demás, Dios proveerá. No tienes otra opción —le había dicho el delegado apostólico de la Santa Sede, al mismo tiempo que de un cajón de su mesa de trabajo extraía la pistola Browning, calibre 9 milímetros.

—Utiliza esto —le había entregado a Balduino el arma envuelta en un albo paño corporal ribeteado primorosamente con fina puntilla artesana.

—Pero ¿cuándo he de hacerlo? —preguntó el seminarista cada vez más nervioso con el arma en la mano.

—Nosotros te avisaremos, de momento vuelve a tu parroquia y continúa como hasta ahora cumpliendo con tu trabajo en nombre del Señor.

Gastón Garcelán se había mostrado muy inquieto en su nueva visita a casa de la anticuaría sefardí. Estaba empachado de coincidencias. Había acudido de nuevo a casa de la vieja con la esperanza de que ella pudiese revelarle qué estaba pasando, qué fuerza o entidad omnisciente estaba manejando su vida de aquella manera subliminal. Pero María Salón había escuchado toda aquella súplica en silencio, y después, suspirando hondo, se había levantado y se había dirigido a su abigarrado taller. Después de rebuscar un buen rato, había aparecido cargada con un manojo de papeles, mapas y diversos instrumentos antiguos, astrolabios, sextantes, una brújula de latón, cuadrantes, compases y una esfera armilar de cobre y peana de madera. Extendió el montón de objetos sobre la mesa. Gastón se sorprendió al ver el material, aquello parecía realmente antiguo, valiosas piezas de museo, no las imitaciones para turistas que vendía la bruja en su tienducha. ¿Cómo había ido a parar semejante lote de museo naval o astronómico a manos de aquella sefardí?

—Ya veo que se dedica usted a otro tipo de antigüedades, no solo a los viejos cachivaches y falsificaciones para engañar turistas... —indicó asombrado Garcelán.

—¿Le sorprende? Mire esto —dijo ella desenrollando ante su invitado un viejísimo grabado en pergamino, de un metro de largo, que reproducía extraños círculos, tangentes, cifras, palabras ilegibles, seguramente en hebreo, y otros signos desconocidos—. A los antiguos les gustaba adornarlo todo con estas alegorías mágicas y cosmológicas; en el siglo XVII todavía existía demasiada superstición y poca ciencia. Pero seguramente usaban toda esta hojarasca para ocultar sus mensajes cifrados. El dato es la Palabra y el Número. El Nombre, numen y palabra unidos...

—Ya empieza con sus «cabalismos»... —reprochó Gastón.

—No, escuche, esto que tenemos aquí es un mapa móvil del cielo, la versión estática plasmada en pergamino del Astrario perdido.

—¿El Astrario perdido?

La sefardí afirmó:

—Un artilugio curioso que supuestamente ofrecía por adelantado la fecha de los eclipses y las conjunciones astrológicas más importantes; ¿entiende ahora?

—¡La conjunción astral del eclipse!, entonces...

—El Astrario era una máquina antigua ideada para conocer con anticipación las conjunciones planetarias, los eclipses y otros fenómenos cósmicos.

—¿Quiere decir que esa es la máquina aristotélica, el *Organon*, el *Apparatus* que todos intentan fabricar o encontrar? —preguntó Garcelán excitado, clavando sus ojos en aquel pergamino.

—Podría ser...

—El Astrario... —Gastón pasó su mano trémula sobre las confusas anotaciones de signos cabalísticos, zodiacales y planetarios de la ajada y amarillenta lámina ilustrada—. ¿Quién lo inventó?

—¿El Astrario? Lo construyó en 1380, al cabo de dieciséis años de trabajo, el astrónomo italiano Giovanni Dondi. Era como un mapa permanente de cielo que funcionaba con un reloj de péndulo.

—¿Un péndulo, dice?

—Sí, Dondi ideó el primer mecanismo de relojería aplicado a la astrología, que consistía en un peso suspendido de un cable, que al caer por su masa accionaba un volante metálico, y este un engranaje que transformaba el movimiento circular en paso del tiempo, y todos esos engranajes, ejes y círculos concéntricos y excéntricos de latón accionaban la reproducción, mediante pequeñas esferas, del Sol, la Luna y los planetas. El reloj transmitía directamente su movimiento al Sol, y este giraba transmitiendo a su vez rotación al ciclo, epiciclo y deferentes de los demás planetas, excepto a la Tierra, que permanecía en el centro del Astrario, porque Giovanni Dondi todavía creía en el geocentrismo de Ptolomeo.

—¿Y qué pasó con ese artilugio? —preguntó Gastón, ahora algo más calmado ante los nuevos datos que irrumpían en escena.

—Desapareció. En París se conserva un manuscrito de varias páginas donde Giovanni Dondi explicaba cómo funcionaba, aunque no cómo se fabricaba, así que por eso algunos, que intentaron montar uno igual, al no lograrlo, determinaron que el invento no funcionó nunca, debido a su extrema complicación.

—¿Pero el original desapareció, así, sin más; se lo tragó la tierra?

—Hay una versión apócrifa que pocos conocen... El caso es que parece que Dondi le regaló su cachivache astrológico a cierto duque italiano llamado Gian Galeazzo Visconti, que era su mecenas, y este lo guardó sin darle demasiada importancia. Pero algún heredero suyo, por congraciarse quizá, se lo regaló en 1529 al rey Carlos V, con motivo de su coronación en Bolonia como emperador del Sacro Imperio Romano. Y parece que el Astrario fue traído a España. Carlos se lo entregó a su relojero personal para que lo pusiera en marcha, pues a esas alturas estaría parado y estropeado. Y por entonces el relojero del rey tenía su taller aquí, en Toledo.

—¡En Toledo!

—Así es.

—¿Pero dónde?

Gastón se encontraba de nuevo feliz, se había despejado de sus funestas preocupaciones y pensamientos sobre manos negras que manejaban su vida desde la sombras. Y todo porque ahora, después de lo del Astrario, creía estar a un paso de desmadejar toda la trama que ocultaba el secreto de la alineación planetaria y el eclipse del milenio, hasta el punto de que si no fuese por Nico, que de cuando en

cuando le recordaba si todo aquello que estaban haciendo les devolvería a su papá y su mamá, Garcelán habría olvidado la inquietante desaparición de sus amigos, que a él también le implicaba. Aunque, por cierto, Pierre Rakosky no había vuelto a llamar ni a dar signos de vida.

Sin embargo, ahora estaba exultante, y como un general vencedor de regreso a su patria, quería compartir la alegría con aquella chica, Blanca, a la que consideraba un complemento para los ratos de aburrimiento: el descanso del guerrero. Ella, en cambio, acosada de un lado por los extraños requerimientos informativos del seminarista don Balduino Letto, a los que se veía obligada a ceder por su alto sentido religioso, y de otro por el sentimiento de cariño que en su interior crecía sin que ella quisiera hacia aquel raro muchacho bibliotecario, se encontraba cada vez más consumida por las dudas, y ya no bastaba para calmarla la confesión y la comunión a las que se aplicaba devota cada domingo en la iglesia de San Andrés.

¿Por qué Gastón no culminaba aquel cortejo y terminaba de amarla como merecía? Ella, para su propia sorpresa, notaba desaforada en su interior un nuevo fuego, el creciente deseo de entregarse a él, dársele todo en un fragoroso sentimiento de generosidad y desapego por su propio cuerpo y su propio ser que nunca había experimentado. Quería que él la poseyera, que la hiciera suya por completo y para siempre, quería anularse y deshacerse, morir entre sus brazos. Quería un hombre que por primera vez en su existencia la hiciera sentir mujer. Pero él solo la rondaba cuando le venía bien; por un lado le insinuaba que le gustaba, y por otro mantenía la distancia sin tocarla. Y a ella, aquella tortura la estaba acabando por romper.

Gastón, más interesado en tentar aquella alma virgen, que en poseer el también virgen cuerpo de la chica, continuaba su enfermiza relación con ella, ajeno sin embargo a que todo lo que le contaba a Blanca, ella lo trasladaba inmediatamente a Balduino Letto, quien a su vez, en secreto, se había dejado arrastrar por la encantadora inocencia de esa ingenua y bella muchacha, cayendo en pecado mortal a los ojos de Dios.

Aquella tarde la decepción había alcanzado un nivel insoportable para Blanca. Se habían citado para pasar la velada, y como de costumbre, Gastón había iniciado su cruel ritual de seducción a lo Kierkegaard sin llegar nunca a ese éxtasis final de hacer el amor en que debe culminar antes o después toda relación de pareja. Todavía no... parecía decirle él con sus gestos y su actitud distante. Ella había preparado primorosamente su habitación y su cama, con sábanas limpiísimas y fragantes para el primer encuentro amoroso de su vida; era un ascua de pasión. Sin embargo, él acentuaba la impetuosidad sexual casi irrefrenable de la muchacha con frases dulces y cautivadoras hasta que la llevaba casi a la cúspide del deseo. Entonces, cuando él notaba su respiración azarosa de anhelo voraz, cuando las palpitations del corazón de Blanca se percibían en la belleza rotunda de su pecho que pugnaba por ser liberado y entregado, Gastón, daba un giro y cambiaba de tema y de registros, como diciéndole: no es lo que tú crees; y la dejaba con la vida pendiente de un hilo. Y

entonces, ante la sorpresa incomprensible, ella se venía abajo sofocada por la vergüenza. Y así la abandonaba él consumiéndose ella en su propia debilidad, bajadas las defensas, roto su orgullo adolescente, y se alejaba de ella revestido de un aura premeditada de indiferencia.

Sin duda fue por todo eso que Blanca tomó la decisión de arrancar de cuajo de su vida aquella flor del mal que la conducía a una perdición sin remedio. Había pecado doblemente, pensó. Había traicionado, se había vendido a un seminarista corrupto y se había entregado no en cuerpo, sino en espíritu (lo que aún era peor), a un ser egoísta y enrevesado que no la merecía. Debía encontrar de nuevo la paz de Dios, pensó compungida la chica, purgar el pecado, cumplir la penitencia y al mismo tiempo castigar a aquel que había rechazado su entrega sin límites convirtiéndola en un harapo de humillación y vergüenza.

Incluso a los seres más inocentes y cándidos la naturaleza les dota en ocasiones de tal fuerza titánica. La moral y el coraje son una rara pero explosiva mezcla que a veces se incendia como la pólvora, y cuando eso sucede, puede convertir a una tímida muchacha en un ángel exterminador, capaz de enterrar en vida a quien ha traicionado sus sentimientos. Así es como Blanca planeó su venganza.

Era domingo; Blanca, según las indicaciones recibidas de Balduino Letto, había acudido a la parroquia de San Andrés, temprano, poco después de que el hombre que hacía las veces de sacristán abriera las puertas para la misa de las diez de la mañana. Como siempre, había querido confesarse antes de que comenzaran a llegar sus compañeros del coro. Se arrodilló en el confesionario a la espera de que el rostro bonachón del anciano párroco apareciese al otro lado de la rejilla preceptiva en el lado destinado a las mujeres. La ventanita se abrió, pero en lugar del venerable cura de San Andrés, tuvo ante ella el rostro macilento y nervioso del seminarista Balduino Letto con los ojos desencajados de deseo. Se habían citado en aquel sacro lugar para que, fingiendo el sacramento de la confesión, Blanca le transmitiera su informe sobre el bibliotecario.

—¿Qué pecados tienes, hija mía? —preguntó con evidente morbo el seminarista.

—¡No juegue usted con esas cosas, don Balduino! —reprochó la chica molesta por tener que prestarse a aquel juego tan herético—. Y ahora escuche lo que tengo que decirle sobre ese muchacho que tanto le interesa.

—Está bien, ¿hay alguna novedad? —preguntó Balduino recobrando su compostura.

—Sí, Gastón acudió ayer a casa de esa vieja anticuarla amiga suya, como tiene costumbre. Me ha contado que los dos han estado estudiando cierta documentación antigua que ella posee. Parece muy contento, como si estuviese a punto de encontrar lo que busca.

—¿De qué trata esa documentación?

—No lo sé, Gastón no ha querido hablar mucho de eso, pero parece que la anticuarla se ha quedado trabajando toda la noche para, sea lo que sea, estudiarlo todo mejor. Gastón me ha dicho que volverá por allí mañana lunes por la noche, seguramente para ver si ella ha podido averiguar algo más concreto sobre lo que están trabajando.

Balduino Letto agachó la cabeza reflexionando. Parecía meditar la gravedad de los pecados escuchados y valorar la penitencia a imponer. Pero su preocupación era otra. La situación se estaba acelerando y complicando más de lo previsto y se le escapaba de las manos. ¿Qué debía hacer? ¿Ante quién era responsable? ¿Cuál era en realidad su superior? Sus fidelidades no estaban nada claras. Se había quedado sin la guía de su adoptado maestro, el presunto *Doktor* Wagner. Había perdido la cabeza, y ahora formaba parte de un complot criminal en el que no había pedido entrar.

Ayer le había llamado por teléfono al seminario el *cavaliere*, Vincenzo Furno, y le había comunicado las nuevas instrucciones. Que se ocupara de aquellos dos, el hombre y la mujer. Ahora eran dos las víctimas propuestas. Y él, un pobre

seminarista que había caído envuelto en la telaraña de los acontecimientos, debía «ocuparse» de silenciarlos. El lunes. A la vieja tendera y al bibliotecario entrometido. Primero una, y luego el otro. Con la misma arma.

—¿Y al chico que vive con ese bibliotecario?

—A él no debes hacerle ningún daño. Tráemelo donde yo te diga —le había ordenado Furno—. Hazlo discretamente, cuando ese Gastón Garcelán se encuentre en casa de la judía. Engáñalo diciéndole que le vas a presentar a unas personas que tienen noticias de su padre y de su madre. Luego vuelves y matas a esos dos.

Eso es lo que le había dicho el *cavaliere*. La cita a la que debía acudir con el niño, antes de cometer el doble crimen, era pues al día siguiente por la noche en el antiguo caserón de la Santa Hermandad, detrás de la catedral.

Entonces no hacía falta averiguar ninguna cosa más. No importaba nada. Blanca quedaba relevada de su compromiso, ya no tendría que seguir, a través de ella, espionando a aquel muchacho. Lástima que tuviese que morir —pensó con sorna Balduino—, parecía tan enamorada de él... No, en serio, debía reconocer que la muerte del bibliotecario no atormentaba lo más mínimo a su conciencia. No podía dejar de pensar que así se quedaba franco el paso para iniciar su propio cortejo, pues el pobre y miserable seminarista había caído con todo su peso y su quebrada fe en la ciénaga del pecado de la carne, víctima del deseo irrefrenable de poseer a aquella muchacha. ¿Acaso no hacía todo aquello por ella? Abandonaría la carrera religiosa; cualquier cosa era justificable por poseerla al fin. Incluso el crimen y la traición a su estado presacerdotal.

«Que Dios me perdone».

Levantó de nuevo la cabeza y miró a Blanca a través de la rejilla de madera del confesionario. Ella seguía allí, recatada y compungida, como esperando la absolución con las manos entrelazadas en gesto de oración. Era tan hermosa, tan inocente... Parecía la mismísima Virgen.

Balduino no pudo contenerse. Alzó la mano derecha en actitud de bendición:

—*Ego te absolvo in nomine Patris et Filii et Spiritu Sancti*. Amén.

«Que Dios me perdone».

El lunes se celebró la acordada reunión de trabajo entre la vieja sefardí y Gastón en casa de la anticuaría.

—Pase; como le prometí, he estado trabajando toda la noche sobre estos viejos esquemas.

—Y bien... —preguntó Gastón ansioso por conocer cuanto antes aquella nueva línea de investigación.

—El Astrario —indicó María Salón— explicaría la posibilidad de que en determinadas condiciones astronómicas, como las de una concreta alineación de los planetas del sistema solar, puedan producirse ciertos efectos que influirían sobre las células del cuerpo, transformándolas o alterándolas...

—Eso tiene mucho que ver con lo que me dijo hace años mi compañero de la biblioteca Arús.

—¿Quién? —preguntó extrañada la sefardí.

—Ehh..., no, nadie; continúe, por favor. ¿Y cómo puede saber usted eso? —preguntó Gastón al cabo de las complejas explicaciones técnicas y la síntesis realizada por la sefardí. A pesar de su predisposición, no lograba creer del todo en la posibilidad de que el Astrario pudiese relacionarse con las anomalías que presuntamente causaban ciertos eclipses.

—Debería saber que Jacobo Bernoulli, un científico en toda regla al que no cabe acusar de místico ni de gnóstico, ordenó que en la lápida de su tumba figurase la inscripción *Eadem mutata resurgo*, aunque cambiado resurgiré. ¿No parece que se esté refiriendo a una mutación celular?

—¡Una resurrección! —exclamó Gastón al encontrarle de golpe sentido a las extrañas palabras que le había dicho su compañero de la biblioteca Arús, referentes a la lápida de Antonio Gaudí.

—La resurrección —había afirmado el bibliotecario—, sí, eso es lo que trataban de descubrir los antiguos en la Grecia de Aristóteles, Platón, Pitágoras..., Ramón Llull en la Edad Media, Leonardo da Vinci en el Renacimiento. Y los científicos de hoy día con los avanzados medios para escrutar el universo y el átomo; adónde crees que miran las sondas espaciales, los telescopios, los microscopios: ¡indagan la clave cósmica que gobierna el orden universal! La clave perdida, ¡el nombre oculto de Dios! Y seréis como dioses... lo dicen las Sagradas Escrituras. ¿Está claro, no? Eso es lo que buscan todos con sus inventos, sus máquinas aristotélicas, sus *organones*, sus pilas eléctricas, sus esferas, astrolabios, tábulas, epactas, péndulos, astrarios, electrómetros, calendarios... El momento propicio para recibir la máxima influencia de los astros alineados, la sombra del eclipse, *umbrae teluris*; su extraño influjo del cosmos sobre la carne... Pero hay fallos, ¿sabes? Los que no aciertan con el momento

o con el lugar del experimento enferman. Hay enfermedades extrañas, casi desconocidas, mutaciones genéticas, enfermedades degenerativas...

—¡Las enfermedades porfirias! —Había deducido entonces Gastón.

—Así es —asintió el funcionario—, qué son sino el cáncer o el sida. Alteraciones en la sangre, en el sistema nervioso, en el inmunológico, en la mente... porque lo mismo que da la vida también la puede quitar si no se usa correctamente.

—¿Pero me está usted escuchando? —La vieja sefardí le trajo de vuelta de aquellos recuerdos.

—Eh, sí, sí.

—Le estaba comentando qué sucedería si se manipula el secreto del eclipse pero no se conocen sus terribles claves para dominarlo. Recuerde que Rasputín había llegado a la corte rusa exhibiendo extraños conocimientos esotéricos, prometiendo al zar y a la zarina que curaría a su hijo. El zarevich Alexei sufría una extraña enfermedad en la sangre, ¿por qué? ¿Qué había intentado el zar Nicolás con su corte de nigromantes rusos? ¿Había afectado la salud de su hijo algún experimento de los llevados a cabo en secreto en sus conventículos ocultistas?

—Insinúa que por eso los nobles rusos ordenan matar a Rasputín, para que no cure al zarevich y así se hunda la dinastía Romanov —indicó Gastón.

—No se sabe nada con certeza, pero es entonces cuando Nicolás II manda a buscar a Francia a Gerard Encausse Papus. Pero él mismo muere de tuberculosis a los pocos años de estar en la corte imperial. ¿Y Volta?: murió de una extraña enfermedad. Por cierto, Volta no es un apellido, sino como el de Papus, un sobrenombre ocultista, tal como estaba de moda adoptar entonces.

—¿Ah, sí?

—Alessandro Giuseppe era el verdadero nombre del inventor. El seudónimo Volta que adoptó al convertirse en un iniciado deriva de Volt, el monstruo mitológico de varias cabezas que fue muerto por un héroe romano enfocando sobre él los rayos del sol con un enorme espejo.

—¡Un espejo! ¡Como los vampiros! —Cayó en la cuenta Gastón.

—Sí, pero es que además, Volta no era italiano, sino polaco —añadió María Salón.

—¿Polaco?

—Lo mismo que Marie Curie, cuyo nombre real era Manya Sklodowska.

—No lo sabía...

—Curie era el sobrenombre ocultista. Y por cierto, ella también murió manipulando el secreto. Como Léon Foucault.

—¿También él? —preguntó Gastón alucinado.

—Murió de una rara enfermedad desconocida. Pero —agregó la vieja de pronto zanjando la conversación— se ha hecho muy tarde, debe usted marcharse. Yo me quedaré revisando estos esquemas un rato más. He de encontrar el momento y el lugar exacto en que se produce el efecto máximo de la conjunción planetaria.

—¿Por qué, qué interés tiene usted en ello? —le había preguntado Gastón.

—Este es un secreto judío; es responsabilidad mía conocerlo a mayor gloria de Dios, bendito sea el Santo de los Santos.

Estaba dispuesto a creerlo todo. Ya no tenía dudas de que aquello era cierto y no fruto de la elucubración, de una espeluznante ruleta rusa que disparaba casualidades. Gastón ya no pensaba que estaba jugando, o mejor dicho, estaba seguro de que al entrar en el juego se había tropezado con una realidad superior escondida a los ojos de todos, descubriendo un nuevo orden dentro del caos. Los datos estaban ahí, en los libros, en las pistas visibles todavía, pero si nadie las había visto antes era porque la gente carecía de capacidad de interrelación.

Tan ensimismado caminaba, bajando de los barrios altos de Toledo, que no se dio cuenta de que en una confluencia de estrechos callejones, se cruzaba con aquel hombre joven vestido con un sayal negro de seminarista, a paso vivo y la mirada fija en el suelo. Ni escuchó cómo el hombre, con las manos en los bolsillos de la sotana, murmuraba una oración mientras se encaminaba justo en la misma dirección de donde venía Garcelán.

Tras la conversación con la vieja anticuarla, su mente se había quedado en una especie de estado cataléptico. Ya no le quedaba espacio para nada que fuera de este mundo. Por eso cuando llegó a casa no se asomó a la habitación de Nico para ver si estaba bien o necesitaba alguna cosa; ni mucho menos para darle un beso... Gastón era incapaz de esas manifestaciones de afecto. Sin duda, pensó fugazmente recordando a Colette, habría sido un mal padre. Mejor así, se dijo mientras se desnudaba, y se metía en la cama con una borrasca de datos azotando el esqui de su mente atormentada. Durmió mal. Pero durante la noche su memoria se había vaciado de datos y conjeturas, y de mañana se encontró en la calle, ni siquiera recordaba cómo se había levantado, ignorando de nuevo a Nico, vistiéndose de nuevo igual que un autómatas y saliendo en busca del pan de cada día.

Quizá si hubiera regresado con la bolsa del pan, los cruasanes y las magdalenas, se hubiera dado cuenta entonces de que Nico no estaba en su habitación. Pero Gastón no regresó aquella mañana a casa. Ni tampoco acudió al trabajo en la biblioteca del Alcázar.

Ahora, caminando a oscuras y a trompicones entre los muertos, intentando orientarse en aquella fétida tumba, revivía sus últimos minutos pasados al aire fresco. Esto es lo que había sucedido aquella mañana: en la panadería, como en muchas otras ocasiones, había coincidido con Blanca.

—Ven, voy a enseñarte algo, quizá te sirva para tu investigación —le había dicho ella, y él la había seguido.

Habían llegado hasta la plaza del Seminario, y ella había sacado una llave y había franqueado la puerta del templo de San Andrés. Gastón ni siquiera se preguntó por qué Blanca poseía una llave de la iglesia, después de todo, era la directora del coro.

Además, mientras caminaban hacia el templo ella le había ido hablando del asunto, aunque él entonces no le había prestado mucha atención. Minutos después estaba enterrado vivo.

La iglesia de San Andrés es una de las más antiguas de Toledo. Tiene su origen en una antigua mezquita, de la que aún hoy pueden apreciarse restos de la decoración mahometana en algunos muros. En el exterior, detrás del ábside, hay un angosto pasaje trasero llamado callejón de los muertos, porque antaño se accedía por ese lugar a la cripta funeraria del templo. Dicha cripta está hoy clausurada, y allí abajo reposan decenas de momias de sacerdotes y monjas, que algún capricho del subsuelo se ha ocupado de mantener en estado incorrupto. La cámara mortuoria está situada detrás del retablo del altar, debajo del ábside, en una especie de sótano por el que se accede desde un lateral del altar mediante una trampilla de madera cerrada con un candado.

Gastón había mostrado alguna vez a Blanca su curiosidad por descender a tan lóbrego lugar, sin embargo, hasta hoy, ella le había disuadido, indicándole que el viejo párroco era remiso a enseñar ese sitio a los miles de turistas que llegan atraídos por el morbo de la leyenda de las momias, que figuran incluso en las guías al uso. Vienen con sus cámaras de vídeo en ristre, se comportan como si quisieran visitar una ferial casa de los horrores. Así que el cura se niega a perturbar el sueño eterno de sus antepasados muertos, y allí abajo no se desciende nunca, como no sea para mostrar el milagroso efecto a algún ilustre visitante, casi siempre religioso.

Poco imaginaba aquella mañana Gastón que iba a conseguir su deseo sin proponérselo. Blanca le había dicho que por fin podía mostrarle la cripta que tanto le interesaba, y a él le había parecido un poco raro, pero nada tenía que sospechar.

Blanca le había indicado el camino y le había abierto la trampilla de acceso. Debajo del portón, entre polvo y telarañas, aparecía una destartada y medio podrida escalera de madera. Más allá, la oscuridad y un denso olor a tierra húmeda y tumefacta. Gastón había descendido con cuidado entre el crujir de los peldaños, adentrándose en aquel Hades. «¿Tienes un encendedor o una cerilla?», había preguntado al llegar abajo, pues allí no había instalada luz eléctrica. Ella había tomado de una mesita cercana la caja de cerillas que usaba el sacristán para encender las velas del altar. Ese fue su último acto de compasión. Después de arrojar la caja de cerillas hacia la negra boca de la cripta, Blanca cerró la trampilla dando un portazo, puso el candado y salió de la iglesia. Poco antes de clausurar la puerta del templo, que no volvería a abrirse hasta el fin de semana, ella aún pudo oír los gritos de extrañeza y llamada que le dirigía Gastón. Enterrado vivo entre los muertos.

El espectáculo era espeluznante. Decenas de cuerpos acartonados con la piel reseca y pegada a los huesos le miraban con fijeza acusadora. Tanteando el suelo de piedra y tierra Gastón había encontrado la caja de cerillas y había encendido una para tomar conciencia de su situación. Ojalá no lo hubiera hecho. Las momias estaban de pie, apoyadas en las paredes, como la araña que espera paciente y quieta que caiga una mosca en su trampa. La cerilla se apagó quemándole los dedos, y Gastón, con

manos temblorosas por el pánico al comprender que había sido enterrado en aquella tumba ancestral, encendió otra.

Las momias seguían allí, surgían sus horrendas facciones y sus melladas sonrisas sardónicas de entre la oscuridad más impenetrable, en aquel pozo de miserable podredumbre donde él había sido apresado por su bella y candorosa amante sin estrenar. «¿Pero por qué? ¿Qué le he hecho yo?», se preguntaba desolado, sin comprender que el motivo de su condena y castigo era lo que no le había hecho. Así son los hombres en su torpeza y su incompreensión del espíritu femenino.

Como pudo, impulsado por el sentido de supervivencia, recompuso su ánimo. Era martes, debía encontrar una salida, o moriría de hambre y de sed hasta que llegara el sábado por la mañana en que abrieran para celebrar la misa. A la luz de las cerillas, que disminuían con rapidez, trató de inspeccionar el perímetro de la tumba. La cripta, excavada en el suelo de roca, era bastante amplia. Por todas partes y recovecos aparecía una fantasmal variedad de cuerpos reseco que congelaban el latido del corazón. Parecían vivos, amenazadores. Algunos, vestidos con hábitos religiosos, ahora convertidos por el limo pútrido de la carne en harapos infectos, tenían las manos atadas a la altura del vientre, reventado hacía años o siglos por los gases internos de la putrefacción. Gastón contemplaba lleno de pánico las espantosas muecas de los rostros, con las bocas abiertas inhumanamente, las manos crispadas tendidas hacia adelante, como si... como si igual que él, aquellos desgraciados hubiesen sido enterrados vivos allí abajo.

«Debo sobreponerme, apartar de mí estos pensamientos. Veamos, ¿cuál es la situación?, ¿de qué dispongo? La situación es que estoy bien jodido, porque aunque grite nadie me va a oír, y de lo que dispongo es de... ¡mierda!, la última cerilla acaba de consumirse. No desesperar. Pensar. Fumar. ¿Fumar?, pero si no tengo tabaco. Lo que daría ahora por un *Gitanes*... Bueno, está bien, calma, evaluar la situación y el lugar. Acudir a la cultura, los libros... eso nunca falla. Soy un documentalista, un intelectual, luego reflexionemos... ¿Dónde estoy? En una cripta, eso es evidente. El callejón que rodea la iglesia se llama de los muertos debido a la presencia de esta cripta, a la que antiguamente se accedía por otro lugar. Eso quiere decir que ha de haber otra salida, o entrada. Tengo que encontrarla. Si existe una salida, un túnel, una apertura, debe de notarse por el aire fresco que penetra. Sí, eso es; una corriente de aire es la que sin duda hace que vuestros asquerosos cuerpos se mantengan secos como salchichones de montaña. Con perdón».

El rostro cerúleo de Pascual Alcover se parecía a una de esas fotos color sepia que se colocan *post mortem* sobre la lápida de los nichos enmarcadas en un dije ovalado. A la distancia no podía apreciarse si dormitaba, había perdido el sentido o estaba muerto. Se encontraba atado de pie, por eso, aunque hubiese estado desmayado, como parecía, con la cabeza y la descuidada barba hundida sobre el pecho, no habría podido caerse.

A su alrededor, cada uno recorriendo su epiciclo y su deferente, cada uno a su velocidad, giraban los siete astros principales conocidos en el siglo XIV: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Eran esferas metálicas que tenían desde el tamaño de una nuez para la Luna, hasta el diámetro de una sandía para el Sol, envejecidas y oxidadas por la humedad y el paso de los siglos. ¿Y la Tierra? Debía estar ubicada, según la construcción geométrica astral de Ptolomeo, en el centro del conjunto, pero sucedía que alguien, sin duda con no muy buenas intenciones, había sustraído la esfera del planeta azul, que debía de figurar fija en su lugar del eje central del Astrario. Y quien fuese tal maquiavélico ingeniero, había tenido la ocurrencia de atar a Pascual en dicho eje, de tal forma que su cabeza quedaba ahora justo a la altura donde debía estar la inexistente esfera de la Tierra.

Los astros metálicos se sostenían en el aire, transitando en círculos perfectos (pues hasta el siglo XVII no se descubriría que las esferas celestes realizan un recorrido elíptico y excéntrico) y a la vez rotando sobre sí mismos, como un remedo mecánico del sistema solar, gracias a sendas varillas metálicas de distinto grosor y tamaño según la masa de la esfera que debían sostener y su distancia con respecto al eje central. Dichas varillas transmitían la velocidad de giro (a cada planeta la suya) desde el juego de engranajes que se encontraban en el eje central por encima de la rueda horizontal que con sus trescientos sesenta y cinco dientes daba vueltas lentamente por encima de la cabeza de Pascual, impulsada por el mecanismo de relojería que tenía a sus pies.

El Sol se distinguía de todos los demás astros, además de por su mayor tamaño, debido a que la esfera amarillenta estaba toda ella erizada, a modo de rayos, de múltiples hojas puntiagudas y cortantes que parecían esos ondulados puñales malayos. Por un error de apreciación antiguo, la esfera solar, impulsada directamente por el mecanismo de relojería, giraba sin epiciclo ni deferente recorriendo el gran círculo anual del zodiaco, círculo cuyo radio desde el eje central debía medir más de diez metros en el presente artefacto.

Con todo, lo peor de aquella especie de mecano gigante de más de cinco metros de altura, no era que faltase al correcto heliocentrismo conforme descubrió Galileo

dos siglos después, sino que para desgracia de Pascual, que no se encontraba en disposición de debatir sobre rancias discusiones ptolemaicas y copernicanas (pero en realidad se encontraba en una *situación* inmejorable para ello), toda esa teoría llevada a la realidad significaba que la esfera del Sol, en su giro a lo largo de su recorrido celeste zodiacal, iba a llegar al fatídico momento en que, como sucede en realidad, alcanzara el espacio más próximo a la Tierra, sustituida por la cabeza de Alcover. Nada garantizaba pues que los amenazadores rayos metálicos del Sol no se acercaran y rozaran a su gran velocidad de giro, a ese nuevo planeta intruso más grande que el anterior, que alguien había colocado allí con tan mala intención.

Justo en estos momentos, la Tierra, es decir Pascual, parecía recobrar el sentido. Su cabeza, con la barba desarreglada y la tez pálida, se alzó y miró sin aparente sorpresa, sin expresión alguna, todo aquel carrusel de esferas en movimiento que le rodeaba. Se sentía mal, tenía ganas de vomitar, y nunca mejor dicho, todo le daba vueltas. Aun así, encaró la situación con su peculiar ironía: era el centro del Universo, ¿no? Porque Alcover, desde que fuera raptado y sacado a punta de pistola desde su propia casa, ya sabía que se encontraba atado a un antiguo Astrario de enorme tamaño.

Miró alrededor, más allá de los planetas en su giro, y coligió que se encontraba seguramente en un subterráneo de considerable antigüedad. Lo supuso por el olor nauseabundo a mohó. Las paredes de aquella espaciosa sala de piedra tenían el techo abovedado con toscas nervaduras góticas a gran altura, y estaban fabricadas con mampostería de grandes sillares cubiertas por manchas de musgo a causa de la abundante humedad que reinaba allí abajo. Parecía una mazmorra. La iluminación, suficiente pero pobre, llegaba desde varios focos repartidos por algunos lugares del muro. Los puntos de luz eran de esas lámparas de emergencia con rejilla metálica protectora, que a juzgar por el parpadeo incesante, estaban siendo alimentadas por un silencioso grupo electrógeno ubicado en algún rincón de aquella mazmorra. Reinaba el silencio más allá del chirrido constante que producían las varillas y el giro de los planetas en su evolución circular, así como el gruñido sincrónico de los engranes de la maquinaria relojera albergada debajo de sus pies.

Más allá de los planetas en evolución, a unos veinticinco metros de su posición, había dos hombres, uno de ellos muy alto, casi un gigante. No se distinguían bien a la escasa luz, pero podía ver perfectamente que el más bajo de ellos iba vestido con traje gris y camisa negra abrochada hasta el último botón del cuello, era medio calvo y llevaba unas gafas doradas de cristal oscuro. El otro, el más alto y corpulento, iba cubierto con un gran abrigo hasta los pies, y lucía una cabellera muy larga y negra, que le rozaba los anchos hombros. Sin duda, pensó Pascual Alcover, el más bajo y de tez palúdica debe ser un cura (por el detalle del cuello abrochado y el color de la camisa). Y el aspecto del grandullón con gafas redondas y guantes de piel amarilla, se parecía a la descripción que Victoria le había hecho meses atrás del coleccionista de libros esotéricos, el mismo que Gastón relacionaba con el extraño personaje ruso con

quien se había tropezado en París.

—Reconocerá usted, mi querido Vincenzo Furno —estaba diciendo el del abrigo— que eso de mandar que maten a la... ¿cómo se llama?... bueno, a la israelita anticuaria y a ese intrigante y... ¿cómo se dice...?, ¿metomentodo?... Sí, eso, a ese metomentodo bibliotecario con la misma pistola usada para atentar contra el Papa en 1981 es una idea un tanto irreverente por su parte.

—Una maniobra simbólica, mi querido Rakosky. La liturgia se compone de símbolos y la muerte está rodeada de liturgia —contestó el otro con una gruesa y penetrante voz de barítono.

Tal como había vaticinado, aquel gigantón del abrigo era Pierre Rakosky, comprendió Alcover.

—Por cierto —indicó Furno—, la talmudista ha muerto, pero ese Gastón Garcelán, no. Ni estaba en su casa ni en la de la anticuaria judía, como suponíamos.

—No es la primera vez que sus hombres fallan el blanco, nunca mejor dicho lo de *blanco*, ¿no cree? —Incidió mordaz Rakosky en referencia a las albas vestiduras del Papa—. Debería escoger mejor a sus sicarios...

El hombre de la camisa negra enrojeció por la indirecta.

—En fin —continuó el ruso—, ya se lo advertí, *cavaliere*. Ese bibliotecario es el mismo demonio, se lo digo yo. Está en todas partes, no sé cómo pero lo sabe todo, conocía incluso cosas que ni yo ni mis camaradas sabíamos..., no sé cómo es posible.

—En eso estamos de acuerdo —admitió Vincenzo Furno—; pero bien, dejemos ese asunto para más adelante, ya le cazaremos antes o después. No andará lejos. Por las informaciones que tengo, no ha acudido hoy al trabajo; debe estar encamado fornicando con una novia que tiene. Además, ¿qué más podemos pedir?, tenemos a este —dijo señalando hacia Pascual Alcover, que seguía escuchando la conversación a pesar de la náusea que le invadía—, que también sabe bastante; es más, yo creo que realmente este es de los dos quien más sabe.

—¿Lo dice en serio? En todo caso parece que se hace... ¿cómo se dice?... se hace el tonto.

—Sí, eso es cierto, tan listo para unas cosas y tan tonto para otras... —asintió Furno con una malévola sonrisa—. Por ejemplo, a quién se le ocurre ir por ahí a pecho descubierto investigando y preguntando tan a la ligera sobre asuntos tan delicados. Y por cierto —añadió—, he de felicitarle, querido Rakosky, sus hombres han hecho un buen trabajo interfiriendo los teléfonos de estos dos amigos, lo que nos ha facilitado la tarea de localizarles y tenerles controlados.

—Gracias *cavaliere*, pero insisto, ¿realmente cree usted que este pobre hombre que tiene ahí atado conoce el paradero de la máquina aristotélica? —Dudó Pierre Rakosky.

—Pronto lo averiguaremos, aunque a mí me interesa más saber si conoce la hora y el lugar primordial del eclipse, pues como ya le he dicho, en mi opinión, lo que usted llama máquina aristotélica no es otra cosa que el Astrario de Dondi, aquí

presente. Por otro lado, desde que le capturamos en su casa, hemos estado interrogándole, pero no ha dicho más que sandeces para despistarnos; fíjese, ha tratado de convencernos de que todo era un juego.

—Ah, ah..., entonces ya voy comprendiendo, por eso ha pedido usted mi colaboración... Porque su prisionero no ha hablado. Si hubiera dicho algo, usted, *querido* amigo —dijo Rakosky molesto—, ni se hubiera molestado en avisarme, ¿no es así? Pero ocurre que el prisionero no ha dicho... ¿cómo se dice?... ni pío, ¿verdad?

—De sobra sabe que ustedes y nosotros siempre hemos sido aliados... —comenzó a justificar Fumo.

—Pero solo cuando a *ustedes* les interesa —remarcó Rakosky.

—Mire —contraatacó el *cavaliere* estirándose ante el gigantón del abrigo—, si vamos a ponernos tan susceptibles, deberá recordarle a usted que tampoco nos avisó de que había raptado a su mujer, esa pelirroja, Victoria, para indagarla. Pero como sabe, la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana...

—Vamos, no se exalte, señor Furno —interrumpió el ruso—, usted no representa más que a esa oscura secta jesuítica rebelde.

—... la Iglesia a la que aquí represento —insistió Furno irguiéndose desde su menor altura—, y en nombre de la que estoy llevando a cabo este experimento, siempre está dispuesta a colaborar con la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio en mutuo beneficio, aunque debamos mantenerlo en secreto. Además —añadió Furno recomponiendo su actitud flemática—, no debemos olvidar que por encima de todo, a usted y a mí, nos unen designios universales más grandes que nuestro propio interés terrenal.

—¿A qué se refiere con eso de designios?

—Al poder, desde luego, señor Rakosky. El poder, el deber y la autoridad. Eso por una parte. O si se quiere, por sendas partes. Me refiero, amigo mío, al dominio sobre los que no han sido llamados a otra cosa que a la obediencia.

—Creo que no le entiendo muy bien, usted es demasiado... ¿cómo se dice?... opaco para mí —reconoció el ruso gigante.

—*Ubi non est gubernator populus cornet*, o sea, donde no hay gobierno la gente está condenada a la destrucción. Proverbios 11,14. —Sentenció el *cavaliere*—. Y ya lo dijo el gran Bonifacio VIII: «fuera de la Iglesia no hay salvación». Se refería, por supuesto, a la Iglesia de Roma.

—Cuidado, señor Fumo, cuidado, nuestra mutua colaboración no le da derecho a ponerse por encima de...

—Ah, pero no se preocupe —zanjó Vincenzo Furno—, eso no interfiere con nuestra colaboración; en el Vaticano no tenemos nada en contra de la expansión de la Iglesia Ortodoxa Rusa..., siempre que se circunscriba únicamente a las fronteras de Rusia. Cada uno en su sitio, como siempre ha sido y debe ser por los siglos de los siglos. En beneficio mutuo.

—Sospecho que para ustedes el beneficio es mayor.

—¡Al contrario, mi querido Rakosky! —mintió Furno deliberadamente—, los zaristas tendrán todo nuestro apoyo para que la Iglesia Ortodoxa en el Exilio recobre en Rusia a su zar y toda su inherente vieja gloria. A mis aliados los venerables cardenales romanos, más incluso que a ustedes, les interesa frenar al Papa en su obcecada expansión católica hacia el Este. La Iglesia Católica es romana, y en Roma debe permanecer su epicentro de acción y de poder.

—No lo dudo, pero otra cosa distinta es lo que les interesa a ustedes como secta jesuítica... —reprochó el ruso.

—Eso vamos a dejarlo aparte —dijo Furno envarándose molesto—. Además, ahora lo único que me interesa es descubrir si el eclipse ocurrido el día de la crucifixión, hace casi 2000 años, fue el responsable de la resurrección de Jesucristo. Porque si fue así, como sospechan los actuales doctores y científicos del Vaticano, Cristo no era el Hijo de Dios, sino tan solo alguien que conociendo el poder sobrenatural del eclipse, se hizo crucificar precisamente ese día en que sabía que la conjunción planetaria iba a devolverle la vida.

—Muy ingenioso ese Jesús, así podría luego decir que había resucitado, ¿cómo se dice...? De entre los muertos —rió Pierre Rakosky.

—Así es, lo que ocurre es que si eso llegara a saberse, nuestra Iglesia y la suya se irían al traste, querido amigo, pues todo el cristianismo se fundamenta en la resurrección de Cristo por ser Hijo de Dios.

El ruso gigante hizo un gesto aprobatorio, y a continuación, el hombre amarillento, ya identificado por Pascual como el vicario curial Vincenzo Furno, avanzó unos pasos y agregó:

—Pero basta de charla, interroguemos al prisionero.

« **P**or fin he encontrado este angosto túnel por el que me estoy arrastrando casi a gatas para escapar de la cripta de las momias. ¿Pero adónde me llevará? El olor a tierra mohosa me agobia, el aire está viciado por la falta de oxígeno, estoy completamente a oscuras, huyo hacia no sé dónde en medio de las tinieblas que me rodean. Dicen que los que están a punto de morir ven en su mente toda la secuencia de su vida pasar en un instante. ¿Me estará ocurriendo eso a mí?

»Me sucede como cuando encontramos de repente la respuesta a un enigma largamente incubado, y la luz entra a raudales en nuestra mente, despejando todas las incógnitas. Después de mi última conversación con María Salón he relacionado las extrañas enfermedades porfirias, como aquella que aquejó en campaña al coronel carlista Ambrosio Grimau, con la que desangraba la salud del zarevich Alexei; y con los extraños síntomas y la muerte de tantos investigadores de lo oculto que han indagado a lo largo de los siglos en las vísceras ponzoñosas del secreto del año cero de la humanidad. Quién podía curar a Grimau de su porfiria sino Francisco Salvá i Campillo, aquel médico de Barcelona, experto en enfermedades *lunares*, otro investigador de lo oculto. Pero, un momento, ¿qué relación hay entre todo esto que estoy viviendo y el coronel Ambrosio Grimau, cuyas cartas encendieron la chispa de este incendio que amenaza con abrasarme? ¿Por qué había escrito el viejo militar aquellos folios donde daba cuenta de su extraña enfermedad? Investigar. Maldita sea, necesito un *Gitanes*.

»Veamos, los padres de Rebeca Boronad habían comprado la casona campestre de Ambrosio Grimau a su viuda. Pero habían descubierto que el cuerpo del coronel carlista no se encontraba en el ostentoso mausoleo de mármol del jardín. Dentro del panteón no había ningún enterramiento, estaba todo vacío y limpio. ¿Por qué no había sido enterrado Grimau en el mausoleo funerario que él mismo había edificado para tal fin?

»He de salir de aquí, he de averiguar lo que me ronda por la cabeza. Me arrastro como una salamandra en este inmundo pasadizo. El tacto fangoso de la tierra comienza a secarse conforme avanzo, incluso huele menos a cieno. Creo que el tufo y la humedad lo causaban la cercanía del río. El templo de San Andrés no está lejos de las Carreras de San Sebastián que bordean la ribera a un paso de la hoz del Tajo. Imposible orientarse en esta oscura estrechez, pero me ha parecido, aunque solo es una vaga sensación, que el túnel va girando hacia la izquierda, de manera que se aleja del cauce del río. ¿Pero cuánto trecho he recorrido? Si voy en la dirección que creo ir, quizá ya he pasado por debajo de la calle del Pozo Amargo, o estoy llegando al Alcázar, o me aproximo al Conservatorio. No, calculo por el tiempo transcurrido que

debo estar en la vertical de la plaza de las Fuentes. ¿Pero en realidad cuánto tiempo ha pasado? No veo la hora. Cuando Blanca me encerró eran poco más de las siete y media de la mañana, así que... No sé».

Entonces sucedió. Todo ocurrió en unos instantes. Gastón, que iba a cuatro patas por el túnel, de repente percibió que acababa de desembocar en un espacio más amplio vagamente iluminado desde lo alto. Alzó la vista al notar una presencia fantasmal planeando sobre su cabeza. Entonces *aquello* se abalanzó sobre él surgiendo en silencio por su derecha. Apenas tuvo tiempo de arrojar al suelo para esquivarlo. Aun así, *eso* le atacó... Garcelán notó el dolor en su espalda, como una cuchillada. Tirado en tierra, con la cara y las gafitas de plástico pegadas al polvo, percibió cómo *aquello* iba y venía lenta, implacablemente, sobre su cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. La presencia fantasmal era una gran esfera metálica balanceándose sincrónica sobre su cabeza.

¡El pozo y el péndulo! Gastón había estado a punto de perder totalmente sus últimos restos de cordura al comprender qué era lo que le acababa de herir en la espalda. Conforme sus ojos se fueron acostumbrando a la débil luz reinante, había podido comprobar que se encontraba en el fondo de un enorme silo de forma cónica, como un embudo de piedra que se estrechaba hacia lo alto a gran altura, un agujero, un intestino que albergaba aquel engendro mecánico en movimiento.

Desde luego, era un péndulo enorme, con una esfera de casi un metro de diámetro, que se cimbreaba lenta y pesadamente de un lado a otro. La parte inferior de la esfera estaba rematada por un puntero de hierro escintilador, que había sido el causante de su desgarrón en la espalda, una especie de punzón afilado que, ahora lo entendía Garcelán, conforme el péndulo oscilaba y la esfera bajaba (porque estaba claro que se trataba de una contrapesa, similar a la que Gastón había visto en el reloj del viejo templo gótico de París, que iba descendiendo lenta pero inexorablemente), aquel lápiz metálico seguramente llegaba a rozar el suelo en su descenso, y en esos momentos, la maquinaria de relojería que con toda seguridad se encontraba arriba, se detenía. Para poner entonces en marcha la máquina de nuevo, habría que enrollar desde arriba el cable de la pesa.

Así que Edgar Allan Poe tenía razón en su relato. ¡El pozo y el péndulo de Toledo existían! Pero ¿cómo podía saber el escritor norteamericano (a no ser que fuera también de esa logia de los Compañeros) que en el subsuelo de esta ciudad se encontraba aquel artefacto gigante? Por cierto, ¿dónde lo ubicaba Poe? ¡Sí, eso es, debajo del siniestro edificio de la Santa Hermandad, el que todavía hoy puede verse detrás de la catedral! Gastón dedujo con ello que se encontraba debajo de ese vetusto edificio de la época de los Reyes Católicos, que todavía conserva su tétrica apariencia de calabozos, salas de interrogatorios y mazmorras, en donde seguramente se encontraba ahora, o quizá más abajo aún.

Pudo ver que en la pared del silo había una escalerilla que ascendía. No eran más que unos escalones de hierro oxidado empotrados cada treinta centímetros en la

sillería de piedra que olía a hongos podridos. Pero debía arriesgarse a trepar por allí. Tenía que escapar de aquella fosa como fuese.

Comenzó a subir con cuidado. El hierro estaba resbaladizo por el orín; Gastón se agarraba como podía y tiraba de sí hacia arriba. Aquella escalerilla parecía haber sido ideada por un sádico, pues como el pozo tenía forma cónica, estrechándose hacia la boca, a cada peldaño era más difícil sostener el peso del cuerpo, debido a que las paredes iban presentando cada vez un mayor plano inclinado. Gastón había comprendido enseguida que esta forma cónica del agujero era así para permitir los vaivenes de la esfera metálica, que abarcaban alrededor de ocho metros en su mayor plano de oscilación cerca del fondo, pero que el extremo de cable del péndulo, cerca del brocal, apenas si se movía unos centímetros.

Con la fuerza sobrehumana que a veces nos proporcionan el miedo y el peligro, estaba llegando a la cima, a la luz. Conforme ascendía había escuchado, primero con esperanza, más tarde con cierta cautela y ahora con temor, un murmullo, por encima de un cierto ruido metálico y mecánico que había achacado al mecanismo del reloj al que seguramente el péndulo daba vida en la superficie del pozo. Era un murmullo de voces, una conversación, lo que escuchaba ahora con toda claridad a tan solo dos metros de asomar su cabeza por el brocal. Se detuvo. A esa altura había allí una plataforma saliente de piedra algo más pequeña que el asiento de una silla, una especie de peana sobre la que se encaramó para mayor comodidad. Aquel basamento debía servir para que el relojero pudiera hacer reparaciones en la parte inferior del mecanismo, pues justo sobre su cabeza, Gastón podía ver cómo un conjunto de engranajes, poleas, muelles y ejes giraba a distinta velocidad y en dispares direcciones, dando vida a un carrusel de chirridos metálicos que se percibían en la superficie.

Aguzó el oído para escuchar a través de los sonidos mecánicos del reloj. Una persona estaba hablando a cierta distancia del brocal, pues por mucho esfuerzo que hacía, no podía comprender las palabras; tan solo le llegaba la voz de un hombre mezclada por el fragor incesante de engranajes y el eco que lo multiplicaba todo. ¿Qué hacer? Algo le decía que tuviese cuidado. La traición de Blanca le había puesto sobre aviso. La inconsciencia nos hace valientes; el miedo nos hace prudentes... o cobardes. ¿Eran amigos o enemigos los que parecían habitar aquel tétrico lugar? Alucinaba, quizá producto del pánico y el frío húmedo del nauseabundo lugar que comenzaba a calarle en el cuerpo.

¿Acaso había retrocedido en el tiempo por medio de aquel artefacto y se encontraba ahora en las mazmorras subterráneas en los tiempos de la Santa Inquisición? Pero de pronto lo escuchó. La reconoció al instante. ¡Era la voz de su amigo Pascual Alcover! Gastón saltó hacia arriba de forma que casi salva de un tirón los dos metros que le restaban para salir de su agujero, pero se contuvo en el último instante. Alcover estaba ahí arriba. ¿Una alucinación más? ¿Otro extraño requiebro del destino? No, su amigo estaba hablando en estos momentos, sin duda era él, le

conocía bien. Escuchó con atención:

—Mire, ya se lo he dicho mil veces, pero se lo repetiré: Yo no sé nada, admito que hablaba de esas cosas que..., se me ocurrían..., pero no era más que por afición... Lo de las conspiraciones que mueven el mundo, manos negras y todas esas tonterías para pasar el rato, puro entretenimiento...; era un juego intelectual. ¡Pero por Dios!, no se habrán creído ustedes que todo eso era cierto...

—¿Lo ve, amigo Rakosky? —Se escuchaba la ronca voz de alguien—, ya se lo dije, el prisionero es un obstinado que pretende negar lo evidente. Ah, si ahora pudiésemos usar los métodos expeditivos de la Santa Hermandad... —suspiró el siniestro personaje de la camisa negra que acababa de hablar, frotándose sus pequeñas manos de cirujano.

¡Rakosky! Gastón casi se cae de la peana de piedra pozo abajo al escuchar ese nombre. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Era cierto que el misterioso y ubicuo ruso se encontraba ahí arriba? ¿Y quién era el otro que se había dirigido a él? No podía aguardar más. Salvó los últimos peldaños hasta asomar lentamente su cabeza a ras del brocal. La penumbra del lugar y la sombra que provocaba el estridente mecanismo del reloj le protegerían, pensó. ¡Increíble! Se encontraba debajo de un enorme artefacto mecánico. Lo reconoció inmediatamente al haberlo visto hacía muy poco en los grabados que le había mostrado María Salón. ¡El Astrario! Entonces, también era cierto aquello. Gastón se estremeció, su mente había sido superada por la nueva jugada de las circunstancias; tenía que aferrarse como fuese a la realidad, pero ¿dónde se encontraba la realidad en medio de todo aquel escenario de pesadilla?

Desde su posición no podía ver a su amigo Pascual Alcover, pero sí a Pierre Rakosky. Junto a él había otro hombre, vestido con un traje gris, camisa negra, gafas oscuras y aspecto de eclesiástico. Ambos permanecían de pie al borde del Astrario, muy cerca de donde Saturno giraba en su órbita, evolucionando junto con los otros planetas a un ritmo crónico como un antiguo juguete de lata. Enseguida vio la erizada esfera dorada que representaba al Sol dando su giro vertiginoso alrededor del eje central, y lo entendió todo. El Astrario reproducía un antiguo esquema planetario geocéntrico, y sin duda Pascual Alcover estaba ahí arriba, prisionero sobre su cabeza, oculto a su vista por el mecanismo del gran reloj que movía el enorme planetario de Dondi. Gastón comprendió. Rakosky y el otro hombre eran los raptores de su amigo, y ahora seguro que le estaban torturando para arrancarle un secreto que no conocía. No tardó en confirmar su hipótesis.

—Les he dicho cientos de veces que lo mío no era más que un juego de hipótesis y coincidencias, y...

—No, no, no, ya está bien de farsa. Como ve, ni este Astrario donde usted se encuentra prisionero, ni la conjunción planetaria que se cierne poco a poco sobre nosotros, y que culminará con el eclipse del milenio, son un juego —era Vincenzo Furno quien hablaba con su voz ronca—. Y le recuerdo que solo tiene usted una oportunidad. O nos dice la clave adecuada que hemos de introducir en el mecanismo

de relojería del Astrario para que se detenga en el lugar exacto de la conjunción que tendrán los planetas en el apogeo de su agrupamiento celeste el día del eclipse, o este artefacto mecánico no se detendrá; y si no lo hace, el Sol se acercará muy pronto al punto más próximo de la Tierra, y cuando eso ocurra... En fin, no quisiera que pierda usted la cabeza, ya me entiende.

—¡Pero por Dios! —estalló desesperado Pascual, viendo que aquellos hombres no bromeaban—, ¿cómo pretenden reproducir la conjunción planetaria en este trasto precopernicano? ¿No ven que es anterior al sistema heliocéntrico, y que cuando se fabricó, no se conocían todos los planetas?

—Eso no importa —le contestó con calma el *cavaliere*—, ya que usted parece saber tanto, debería conocer que un planeta más no cambia las cosas, ni para la astrología ni para la conjunción planetaria que se está formando en el cielo durante todo este año. Debería usted saber que esa conjunción cósmica estará formada justo por los mismos planetas que figuran en el Astrario. Pero necesitamos precisar el punto culminante del proceso de alineación, es decir, el momento en el que la conjunción planetaria proyecte su máximo efecto gravitacional sobre la Tierra, para determinar el punto y el momento exacto de la sombra del eclipse sobre la superficie de la Tierra. Usted ha estado varios meses investigando por su cuenta, y con ese amigo suyo que sin duda conoce ese instante, no lo niegue, hemos registrado su casa y revisado sus notas. Así que sea comprensivo y colabore con su propia salvación. Estoy convencido de que si colocamos las manecillas del pequeño reloj de control del Astrario en la hora clave que usted sabe, el mecanismo habrá de detenerse en el momento de la alineación planetaria...

—Miren —respondió Alcover visiblemente agotado—, ya les he dicho que no sé de qué me están hablando, solo sé que si esperan que se detenga solo este viejo cachivache rodante, están ustedes tan listos como yo.

Fue entonces cuando Gastón comenzó a gestar su idea para salvar a su amigo. Pero antes de que pudiera reaccionar, quedó congelado de horror ante lo que acababa de ordenar aquel hombre de voz ronca parapetado tras sus gafas oscuras:

—Ya veo, ¿no quiere hablar, eh? Está bien. ¡Que traigan al chico! —rugió volviéndose hacia alguien que permanecía agazapado en las sombras. No transcurrió ni un minuto para que Garcelán viera confirmados sus temores.

—¡Canallas! —masculló Gastón impotente desde su escondrijo al ver aparecer a Nico.

El chico parecía cansado y asustado. ¿Es que ese maldito ruso no se detiene ante nada, ni siquiera ante una criatura inocente?

Nico, que seguía con la cabeza gacha, no había visto aún a su padre. Alcover, al ver entrar a su hijo en la enorme cripta subterránea del Astrario se había quedado mudo por la sorpresa. Hacía tiempo que había suspirado deshecho por la criatura. Cada día se preguntaba qué habría sido del chico. Y ahora... Eso no se lo esperaba. Luego, al cabo de unos instantes, Gastón escuchó el desgarrador grito de su amigo

atado a aquel artefacto:

—¡Nico!

El niño alzó entonces la cabeza y vio a su padre allí, atado en medio de todas esas esferas rodantes.

—¡Papá, papá!

Pero el chico no había reparado todavía en la esfera solar que avanzaba inexorable, rápida y pesada como un torbellino acercándose cada vez más hacia la garganta de Alcover.

—¡Malditos locos bastardos, ¿qué hacen con mi hijo?! ¡Suéltelo inmediatamente! ¡Nico!

—¡Papá, papá, ¿qué te están haciendo?!

El niño forcejeaba, apresado con fuerza por el ayudante impasible, como impasible y desalmado se mostraba asimismo el imperturbable Vincenzo Furno cuando preguntó de nuevo dirigiéndose a Pascual Alcover:

—Está bien, ya ve las consecuencias de su falta de colaboración. Ahora, se lo preguntaré de nuevo: ¿cuál es la hora que detiene al Astrario en el momento culminante de la conjunción planetaria?

—¡Malditos locos, dejen a mi hijo!

—¡Papá!

Gastón contemplaba con dolorosa impotencia cómo la velocidad de la erizada peonza impedía ver las cuchillas que de un momento a otro iban a segar la vida de su amigo, delante de su hijo.

—¡Sáquenme de aquí, yo no sé nada; todo era un juego! ¡Oh, Dios mío!

El Sol se acercaba a la *Tierra* con la milimétrica precisión de los planetas cumpliendo su ritual, el telúrico y antiquísimo ritual del sistema solar, y poco importaba que este fuese geocéntrico o heliocéntrico. Alcover estaba sentenciado.

Gastón no pudo aguantar más. Salió disparado hacia abajo reptando por las escalerillas de hierro oxidado. Resbaló varias veces, a punto estuvo de caer y estrellarse contra el fondo del pozo. Pero debía intentarlo. Era la única forma. La única manera de detener este cacharro planetario... Cuando llegó abajo tomó aire con toda la fuerza de sus pulmones, aprestó firme los pies sobre el suelo y se preparó para recibir el empujón. La pesada esfera del péndulo había llegado al borde de la pared opuesta del cono, reducía su velocidad hasta casi detenerse a pocos centímetros del muro, y justo en estos momentos regresaba pendiente del cimbreado cable ganando progresivamente una amenazadora inercia. Gastón, como un torero valiente, la esperó con desesperada paciencia, con saña temblorosa, con un odio contenido que fue endureciendo los músculos de sus brazos. Era una locura. En ese instante recordó una frase de *El pozo y el péndulo*: «Si hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, hubiera sido como intentar detener una avalancha». La esfera pasó por el centro de su posición perpendicular a la máxima velocidad y se dirigió ineludible, mayestática, hacia el cuerpo en pie de Garcelán. Pero lo había calculado, la esfera reduce su

velocidad en los extremos de su plano de oscilación, así que para no recibir un impacto demasiado fuerte, lo mejor era esperarla lo más lejos posible del centro. La esfera pendular se acercó dirigiéndose veloz hacia su estómago; en el último instante, cerró los ojos y se lanzó hacia ella como quien se tira al tren.

El empujón del péndulo le lanzó hacia atrás contra la pared de piedra. Se hizo daño en la cabeza. El estómago había recibido el impacto pero frenado por los brazos. Se quedó unos instantes sin aliento. Estaba en el suelo tratando de incorporarse cuando abrió los ojos y vio el péndulo oscilando sin concierto, tambaleante sin armonía como un vulgar ahorcado. La interrupción súbita de su isocronismo había logrado detener el mortal balanceo, y con ello, tal como esperaba, el reloj del Astrario acababa de pararse frenando en seco el giro y la rotación de los planetas. Lo supo de inmediato porque el sonido de carrusel ya no se escuchaba sobre su cabeza. ¿Habría llegado a tiempo de salvar a su amigo?

Mientras tanto, ¿qué había sucedido allí arriba?

En el último momento, Pascual Alcover, acuciado por el miedo, había lanzado un grito con una cifra, como el reo a quien van a fusilar vomita entre estertores sus últimas palabras.

—¿23 horas coma 28 minutos del 11 de agosto de 1999!

Al escucharle, Vincenzo Furno había deducido que aquello era la hora clave que andaba buscando; se había lanzado veloz hacia la esfera del pequeño reloj de control del Astrario, colocando las manecillas y los otros resortes temporales en las cifras dadas por el prisionero. Al cabo de unos segundos más de giro, el ruidoso mecanismo había detenido su movimiento, parándose justo cuando solo faltaba un centímetro para que la esfera erizada del Sol hubiese degollado sin remedio a Pascual Alcover.

—Está bien —dijo con satisfacción el *cavaliere* frotándose feliz las manos mientras contemplaba la disposición en que habían quedado los planetas detenidos, cimbrando aún en el aire—, está bien, veo que finalmente ha decidido usted colaborar. ¡Por fin conocemos la configuración astral del eclipse del milenio! ¿Así que esa es la hora? ¿Tendría la amabilidad de explicarme por qué?; siento curiosidad.

Pascual Alcover, que había cerrado los ojos en el último momento para no ver mientras moría el rostro de su hijo, los abrió de nuevo y tomó aire para tranquilizarse y recobrar el dominio de sus nervios deshechos por la tensión. No comprendía lo ocurrido. Aquello que había gritado en los últimos instantes no era ningún secreto, sino tan solo la hora oficial, según los cálculos astronómicos, en que se iba a producir el momento de mayor duración en la visibilidad del eclipse de sol. Pero si era verdad que aquellos dos hombres se lo habían creído y le iban a liberar por tan nimio dato, no era cuestión de que descubrieran antes o después que dicho dato horario, que había dicho *in extremis*, era perfecta y públicamente conocido.

—La clave —indicó Alcover con voz temblorosa por miedo a que aquel carrusel se pusiera de nuevo en marcha—, es la hora exacta según el Greenwich Mean Time, o GMT, en que se producirá el momento más álgido del eclipse, que será visible

desde la Tierra el 11 de agosto. La duración máxima de la zona de sombra que proyecta la Luna se alcanzará a las 23.28 sobre Rumanía.

Toledo es un laberinto subterráneo, un legado inexplorado de varias épocas históricas, cuyas entradas parten desde sótanos y bodegas, que comunican con antiguos túneles, criptas y cuevas, pero cuya salida puede no encontrarse jamás. Es este un inframundo poblado de leyendas que afirman la presencia oculta de fabulosos tesoros árabes y judíos, hediondas sinagogas clandestinas donde se cometían atroces sacrificios humanos, como aquella crucifixión ritual y paródica del llamado niño de la Guardia a manos de un grupo de judíos resabiados por el decreto de expulsión de los Reyes Católicos. Pero algunas de esas leyendas poseen sin embargo visos de verosimilitud, los túneles y bóvedas existen, aunque la mayoría han sido tapiados y olvidados, y en algunos casos convertidos en locales de copas y restaurantes.

Tras comprobar con alivio que el Astrario se había detenido gracias a su repentina interferencia sobre la esfera del péndulo, Gastón había encontrado a ras del suelo, casi enfrente del angosto túnel por el que había desembocado al pozo, un nuevo pasadizo. Se trataba de un estrecho pero suficientemente alto pasaje abovedado por el que había percibido una débil aunque esperanzadora corriente de aire que contrastaba con la fetidez reinante en aquel embudo de piedra. Entró sin meditarlo, pues, qué otra cosa podía hacer si no. Ni pensar en subir de nuevo por las escalerillas y salir a la sala del Astrario; algo le decía que aquellos dos hombres, uno de ellos Pierre Rakosky, no iban a recibirle con muy buenos modos. Por otro lado, tampoco podía desandar lo recorrido hasta la cripta de las momias, puesto que el templo de San Andrés, como queda dicho, no se abriría hasta el sábado siguiente. No podría sobrevivir una semana sin comer ni beber aguardando para pedir socorro a que los feligreses entraran a misa.

Imposible saber cuánto tiempo anduvo perdido por ese laberinto pétreo, unas veces angosto y húmedo, otras con oquedades tan espaciosas que ni la imaginación podía abarcar. La oscuridad y el silencio, la angustia de la incertidumbre y el miedo de quedarse para siempre allí abajo enterrado en vida, le alentaban con una energía sobrehumana para escapar de aquellos subterráneos. Pero lo que más le atormentaba era el recuerdo confuso de los últimos acontecimientos: el Astrario, su amigo prisionero de Pierre Rakosky, la obstinada certeza del ruso y sus amigos sobre la realidad de la máquina aristotélica, la conjunción planetaria, el eclipse... Era como si todo aquello se hubiese escapado de algún libro fantástico, y amenazara con engullirle a un mundo de fábula a través del espejo.

Sucio de barro y tierra, lleno de rozaduras, sudado por el esfuerzo y el pánico, Gastón había acabado por desembocar en un túnel tallado toscamente en la piedra. Entonces le había parecido que de alguna parte le llegaba un agradable olor a tierra fresca y respiraba mejor. Al doblar por un recodo que ofrecía la cueva por la que transitaba agotado, una fuerte corriente de aire le dio en el rostro devolviéndole la esperanza. Aceleró el paso. Poco después distinguía a lo lejos un pequeño pero vivo

punto de luz. Un último esfuerzo y trescientos metros más allá, salía por fin al exterior a través de un estrecho agujero abierto en el muro de sillería de una casa en ruinas, invadida por una espesa maleza.

Se incorporó, con los ojos dolidos por la luz, y oteó en derredor para ver por dónde había escapado de aquella inmensa tumba. Se quedó asombrado al comprobar dónde estaba. A su izquierda, allá arriba sobre el promontorio, se hallaba Toledo majestuoso, ceñido por las murallas de poniente, como si fuese una atractiva postal para turistas. Había caminado más de cuatro kilómetros por debajo de la tierra, hasta desembocar a las afueras de la ciudad, allá en la llanura.

Se sacudió como pudo el polvo y el barro acumulado en la ropa y emprendió el camino de regreso. Andaba henchido por el aire puro de la tarde, disfrutando con deleite renovado del olor de la hierba, el verdor de los campos, el cielo anaranjado, el sol radiante, el piar de los pájaros y la presencia de las gentes. Como un Lázaro que ha regresado de la tumba y afronta la vida con la intensidad de los condenados a los que se les ha conmutado la pena de muerte en el último instante.

Quiso saber la hora, pero en vano; acababa de darse cuenta de que había perdido el reloj, seguramente en el encontronazo con el péndulo. La tarde estaba avanzada, pero en los rescoldos de su constreñido pensamiento pequeñoburgués, dedujo que aún llegaba a tiempo de ir a trabajar, quizá disculparse por su retraso y su mal aspecto (olía a ciénaga), y entrar a su despacho de la biblioteca sin dar demasiadas explicaciones a sus compañeros. Luego, se quedaría por la noche a recuperar las horas perdidas. Iba pensando en ello cuando llegó a la puerta del Alcázar que da acceso a la biblioteca de Castilla-La Mancha.

Y entonces le vio. Estaba allí, sentado como tantas veces debajo del ángel de piedra blanca de Juan de Ávalos, que sostiene alzada y oferente una enorme espada metálica entre las manos; mirando hacia el horizonte de la llanura con aire absorto, Nico.

Después de regresar a su barrio, desde la lejana zona de Madrid donde había sido liberada tras su secuestro, Victoria se había encontrado la casa vacía. Como su marido no respondía en el teléfono móvil, había decidido llamar a Gastón Garcelán, pero en su casa de Toledo no contestaba nadie. Fueron unos momentos de angustia indecibles.

La policía no sabía nada del asunto, no había ninguna denuncia por desaparición que concordara con los datos de Pascual Alcover y Nico. Un padre que se marcha de casa unos días con su hijo, una esposa que regresa al hogar tras una cana al aire y no los encuentra donde los dejó... Bah, desavenencias conyugales, había concluido enseguida la policía, y había descartado cualquier otro motivo funesto que motivara ninguna investigación.

Era horrible. La incertidumbre la había carcomido toda ella como si fuese una gangrena, cuando por fin la había llamado su marido desde Toledo, recién liberado de la cripta del Astrario. Se lo había contado todo. Victoria escuchaba entre la desolación y la paciencia perpleja por oír tal cúmulo de sandeces que tan a punto habían estado de acabar en tragedia. Luego ella le había contado a él su secuestro, y al final había determinado:

—O tu estúpido juego y tu amigo Gastón o yo.

Todo eso es lo que de forma atropellada, como un mero trámite que hay que cumplir antes de proseguir viaje, le había contado Pascual Alcover a Gastón Garcelán en su casa de Toledo, después de que Nico le hubiera comunicado que él y su padre habían sido liberados. Pero a pesar de todo, Gastón había decidido seguir jugando.

—Haz lo que quieras, esto te matará; pero a mí no me llames más, ¿entendido? —amonestó Pascual Alcover, mientras Nico recogía sus cosas y hacía el equipaje para regresar a Madrid con su papá—. Te agradezco mucho lo que has hecho por mi hijo todas estas semanas, pero por favor, Gastón, olvídate de mí para siempre.

—De acuerdo —concedió Gastón—, pero me gustaría al menos que me contaras antes de irte qué pasó en la cripta, qué querían de ti Pierre Rakosky y ese tal Vincenzo Fumo.

Alcover entonces había mirado a su amigo con una expresión mezcla de lástima y afecto, y suspirando con resignación le había contestado:

—Está bien —se encogió de hombros, como diciendo, tú sabrás lo que haces—. La conjunción planetaria que ese ruso y su socio el delegado apostólico esperan es una realidad. Viene formándose en el cielo desde el año pasado, y alcanzará su apogeo con el eclipse de sol, el último del milenio, el próximo 11 de agosto. No sé muy bien con qué finalidad, pero por lo visto, esos dos tipos tenían la esperanza de que el Astrario les sirviese para determinar con exactitud ese momento y lugar

preciso que alcanzará la máxima influencia gravitacional del Sol y la Luna sobre la Tierra, porque Vincenzo Furno estaba convencido de que el Astrario era la máquina aristotélica o *Apparatus* de los Compagnons.

—¿Y oíste alguna vez qué era exactamente ese artilugio?

—Creo que el ruso no estaba muy convencido de que el Astrario fuese el tal *Apparatus*, pero había decidido probar suerte. Recuerdo que Rakosky insistía en que el *Apparatus* era el emisor de chispas de Eugène Ducretet, el científico francés que había experimentado junto con el ruso Aleksandr Popov emitiendo señales radioeléctricas desde la Torre Eiffel al Pantheón de París.

—¿Has dicho señales radioeléctricas?

—Sí, emisiones de radiofrecuencia.

—De radio... ¿pero para qué? —inquirió muy interesado Gastón.

—Impulsos radioeléctricos para emitir a través de ellos señales horarias. Al parecer Ducretet y Popov construyeron un aparato que estaba especialmente diseñado para avisar de la fecha, la hora y el lugar de un importante eclipse de sol, diferente a todos los demás, y similar al que ocurrió hace casi dos mil años durante la crucifixión de Jesucristo. Y para realizar ese artefacto se habrían basado en los esquemas perdidos de la máquina aristotélica original.

—¿Les oíste alguna vez decir qué papel jugaba Volta en todo esto?

—Sí, según el ruso, Alessandro Volta no había hecho más que dotar de autonomía eléctrica al *Apparatus*, por medio de su pila, pero los inventores, o al menos, los constructores de ese artilugio eran Popov y Ducretet.

—¿Y por qué habían realizado sus experimentos desde la Torre al Pantheón?

—Muy sencillo, en el Pantheón estaba instalado el péndulo, con el que Foucault había hecho en 1851 su experimento para determinar la rotación de la Tierra.

—Yo estuve allí y no lo vi —contestó Gastón.

—Claro, ahora el péndulo está en el Conservatoire. De todas formas, no necesitas ir a París para ver un péndulo de Foucault, los hay repartidos por todo el mundo.

—¿Pero por qué es tan importante el péndulo?

—Porque el péndulo, si te das cuenta, es el corazón que mueve el reloj que debía detener al Astrario en el momento justo. Popov y Ducretet emitían señales horarias desde la Torre Eiffel, utilizándola como antena, a los lugares que poseían relojes de péndulo (que entonces eran prácticamente todos) con receptores Popov o Marconi.

—¡Dios santo, ahora que lo dices...! —exclamó Gastón como si una nueva luz penetrara en su mente.

—¿Qué pasa?

—¡Ahora entiendo el accidente del *Titanic*!

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Pascual sin entender.

—¡Claro!, ocurrió una interferencia entre ambos sistemas de emisión y recepción, que dejó al buque a oscuras radiofónicamente y no pudo recibir las emisiones de radio-frecuencia que le avisaban de la existencia de grandes masas de hielo en su

ruta. Pero me pregunto si fue una interferencia fortuita o una conspiración... que formaría parte de una trama oculta de los *Compagnons* para controlar los puntos clave de la Tierra. ¡Eso es, ahora lo comprendo!, los Compañeros buscan el lugar del planeta donde tendrá su máxima influencia el efecto de ese eclipse. Pero lo que no entiendo es para qué.

—Bueno, Gastón, yo me voy. Te agradezco que me salvaras la vida allí abajo deteniendo el péndulo, pero lo siento, yo no pienso seguir por ese camino que vas. ¿Vamos, Nico?

—No, espera; una cosa más. ¿Qué hay de esa hora y ese lugar que les dijiste a Rakosky y a su socio?

—Les indiqué el país de Europa y la hora de máxima visibilidad del eclipse, tal como saben los astrónomos.

—Entiendo. Solo el *Apparatus* puede detener el péndulo del reloj astral en el momento preciso. La *hora cero* de la humanidad...

—No comprendo nada de lo que estás hablando —dijo confuso Pascual.

—Ahora yo sí lo comprendo. El artefacto de Popov y Ducretet, equipado con la pila de Volta y conectado a un péndulo, funciona lanzando la chispa con la señal horaria oportuna que detiene el reloj en el momento preciso. Si dicho reloj está conectado al Astrario, los planetas cesan su giro mostrando el que será su momento de máxima influencia sobre la Tierra. Luego, estudiando esa configuración determinada, se calcula adónde se proyectará la influencia cósmica del eclipse sobre nuestro planeta, y así se descubre el secreto que todos andan buscando, el lugar concreto donde la gran sombra gravitatoria que supuestamente ejercerían los planetas afectará a la Tierra. Una fuerza que sería capaz incluso de curar una grave enfermedad —dijo Garcelán recordando lo revelado por María Salón y su antiguo compañero de la biblioteca masónica de Barcelona—..., y de resucitar a los muertos —añadió.

—¿Y tú crees realmente en esas cosas? —le recriminó compasivo Pascual.

—Sí, pero Rakosky tenía razón, el Astrario no es la máquina aristotélica, solo es el medio para conocer la configuración final de los planetas. Para detenerlo en el momento exacto que muestra el lugar preciso de la sombra lunar sobre la superficie de la Tierra hace falta el *Apparatus*.

Pascual Alcover miró con sincera preocupación a su amigo.

—Pues vaya —suspiró—, si eso es así, lo siento. Tanto ellos como tú estáis listos, porque nadie sabe dónde está ese dichoso *Apparatus*. Y yo casi me alegro, ¿sabes? Quizá es que no soy un intelectual existencialista como tú, pero ya he tenido bastante con todo lo que he visto. Que tengas mucha suerte, adiós.

Pascual Alcover se giró y comenzó a andar hacia la puerta de salida acompañado de su hijo, como si quisiese dejar atrás cuanto antes la mala influencia de su enajenado amigo.

—¡Te equivocas, Pascual, yo sí sé dónde está el *Apparatus*! —gritó Garcelán

lanzándose de pronto hacia su mesa de trabajo. Alcover se detuvo, mientras su amigo removía como un poseso los montones de papeles del escritorio, los cajones y las estanterías de la desordenada habitación, lanzando notas, cuadernos y libros por los aires como un pirado.

—¡Aquí están! —gritó alzando entre las manos una vieja caja de zapatos.

—¿El qué? —suspiró paciente su amigo.

—Las cartas del coronel Ambrosio Grimau. Tengo una corazonada... —Gastón había volcado las amarillentas misivas sobre la mesa y rebuscaba nervioso entre ellas—. Ahora que lo recuerdo, hay algunas que no miré con atención en su día, porque no contenían narraciones de campaña ni del exilio; las descarté sin leerlas porque solo contenían asuntos domésticos, correspondencia con su mujer...

—No sé qué importa ahora todo eso ahora, pero me da igual, nos vamos... —se despidió de nuevo Pascual.

—¡Aquí están! —Gastón eligió uno de los sobres y sacó la cuartilla del interior—. ¡Aquí lo dice!, pero... no es posible...

—¿El qué?

—¡Ahora lo entiendo! —gritaba Gastón fuera de sí.

—¿Ah, sí; y qué entiendes? —preguntó Alcover sin convicción ni interés, tan solo por pena hacia la locura que había hecho tal estrago en su amigo de la infancia.

—Sí, sé quién lo tiene... ¡el auténtico *Apparatus*! Hace tiempo que lo vengo meditando, contrastando datos, analizando conexiones... Y he comprendido al fin qué buscaba el coronel Ambrosio Grimau en su exilio en Francia persiguiendo a ese conventículo de los Compagnons.

—Me voy, Gastón.

—¡Un momento!... Escucha, el coronel buscaba a los Compañeros porque quería saber más sobre el método y el medio con que le había curado en campaña de su extraña enfermedad el médico catalán Salvá i Campillo, que, evidentemente, era uno de ellos.

—Eso es sorprendente, pero yo he de marcharme, Victoria...

—¡No, espera! —ordenó brusco Gastón, presa de la euforia por sus propias deducciones—. El zar Nicolás II había llamado a Papus a su corte porque sabía que el esoterista y médico francés era uno de esos Compañeros que investigaban las fuentes de la eterna juventud... Quería que le ayudara a recuperar la salud de su enfermizo hijo el zarevich Alexei. Está claro. ¡Aquí lo pone! El coronel ordenó que a su muerte enviaran el féretro con su cadáver a cierta persona en Francia, que se haría cargo de enterrar el cuerpo.

—¿Y qué?

—Que yo conozco el nombre y la dirección de esa persona. Aquí lo pone —repitió Garcelán excitado con la carta en la mano—: se trata de Israel Absalon, el judío muerto, el dueño de los libros del viejo caserón de París. Y la criada del coronel... ¡Oh Dios!, mira lo que pone aquí... La vieja criada del coronel Ambrosio

Grimau se llamaba María Salón, ¡como la vieja anticuaría! ¡Son la misma persona! ¡Son *Nos Feratu*!

—Pero Gastón, tú estás loco. ¿Te das cuenta de que el coronel murió a principios de siglo y que esas personas que dices son contemporáneas nuestras? ¿Tan ofuscado estás que no comprendes que no pueden ser los mismos?

Pero Gastón no escuchaba. Tras leer aquellos nuevos datos en las viejas cartas del coronel su cabeza anudaba nuevas hipótesis a toda velocidad, reabriendo la vieja herida de las concordancias.

—¡Ahora me cuadra todo! —insistía Gastón borracho de euforia—. El coronel ordenó que le enterraran en el más estricto secreto en un nicho anónimo lejos de su lugar de residencia, mientras mandaba que se fingiera su funeral en el templete funerario de mármol que se había hecho edificar en el jardín de su caserón. ¿No lo entiendes?, fue una maniobra de despiste para que nadie supiese su verdadero lugar de enterramiento.

—¿Pero por qué? —Alcover había comenzado a sudar. Quería y no quería escuchar, como quien teme involucrarse en algo que es tan apasionante como peligroso.

—¿No te das cuenta? Ambrosio Grimau debió hacerse con el *Apparatus* de Ducretet...

—Ahora que lo dices..., es cierto —dijo Pascual pensativo—. Pero yo... he de irme... —agregó antes de echar de nuevo a andar hasta la calle, con Nico cogido de la manita.

—¡Aguarda!... Y Ambrosio Grimau mandó que a su muerte le enterraran en secreto con el *Apparatus*, para que nadie lo descubriera nunca...

—Pero... —Pascual dudaba con una mano en la de Nico y otra en la manilla de la puerta de la calle.

—Papá, vámonos —suplicaba el chico asustado ante la actitud de su tío.

—... porque planeaba resucitar gracias a ese artefacto durante la futura conjunción planetaria de eclipse, cuando el *Apparatus* recibiera la señal horaria adecuada y se pusiera en marcha... dentro de su tumba —sentenció Gastón como quien resuelve un complejo problema.

—¡Santo Dios, el coronel carlista planeó entonces su propia resurrección! —exclamó tembloroso Pascual Alcover.

—Así es. Y yo sé dónde está enterrado —concluyó Gastón.

Gastón decidió dejar su trabajo en la biblioteca del Alcázar. Todos los que le conocían le pidieron una razón convincente y le dijeron que aquello era una locura. El director le preguntó si era cuestión de dinero, el administrador le advirtió de que perdería la antigüedad y todos los derechos laborales, incluida la prestación por desempleo, pero a él no le importaba nada todo eso. Tenía en mente una obsesión que cumplir.

Pasaron algunos días. A veces los sentimientos incomodaban a Gastón, alejándole de sus frenéticas deducciones en las que se hallaba embargado para resolver de una vez por todas aquel caso. Los sentimientos y los afectos no podían escribirse ni razonarse, así que Gastón los arrancaba de cuajo de su cabeza nada más aflorar. No eran propios de un intelectual. Pero de cuando en cuando llegaban de improviso y le arrebatában la paz. De pronto le apetecía volver a charlar con alguna chica corriente en una cafetería cualquiera, como una pareja de enamorados, sin más pretensiones, con los planes simples de una boda inminente y un futuro normal por delante. Pero el caso es que no había vuelto a ver ni a Colette, ni a Blanca, ni a nadie del pasado que formase parte de la historia que se había tejido a su alrededor. Todos los que había mezclado en su juego de casualidades y coincidencias habían desaparecido.

En el piso de Pascual, en Madrid, vivían otras personas, y don Alfonso, el portero, ya no trabajaba en el edificio. La tienducha de antigüedades y la casa de María Salón estaban cerradas como si hubiesen sido abandonadas hacía siglos. Ningún vecino supo decirle dónde encontrar a la vieja sefardí, muchos ni la conocían. Pero lo peor es que no encontraba a Colette por teléfono. Una tarde sintió un ataque de nostalgia. Hubiera querido oír su dulce voz, sincerarse con ella, quizá decirle que la... En fin, dejémoslo.

Tampoco encontró a Blanca. Fue a buscarla a la iglesia, pero vio que la habían sustituido como directora del coro. Subió hasta su casa varias veces, la esperó debajo del olmo, quería decirle que la perdonaba... o pedirle que le perdonara ella... Que quizá podían comenzar de nuevo como amigos. Pero allí parecía no vivir nadie; ni tampoco se la encontró más en la panadería o en el trayecto a casa. Volvió a la iglesia de San Andrés; el viejo párroco le dio la noticia. Gastón notó que se le nublaban la vista y perdía el equilibrio. Se agarró mareado al respaldo de un banco.

—¿No lo sabe?

—¿El qué?

—Blanca ha muerto.

—¿Cómo?

—Se suicidó hace unos días.

«¿Y su abuelo?», le preguntó Gastón al entristecido cura. «¿Qué abuelo?, Blanca vivía sola, no tenía familiares en Toledo», le respondió el sacerdote.

Para suplir el hondo y crudo vacío que había dejado la noticia de la muerte de Blanca en su compungida alma, Gastón llamó reiteradas veces a su novia barcelonesa, pero nadie contestó nunca al teléfono. En la biblioteca de París le dijeron que Louis, desde que se había casado, ya no trabajaba allí; no, no sabían dónde podía encontrarle. Viajó al sur, donde los padres de Rebeca Boronad vivían en su caserón campestre. Pero la gran casona rural había sido vendida hacía unos meses, según le informaron los lugareños, y la familia se había trasladado a otra provincia. ¿A cuál? Encogieron los hombros; nadie sabía nada.

Ahora que no tenía que acudir cada día al trabajo, debido a eso que erróneamente

se llama deformación profesional, Gastón seguía buscando en tiendas y puestos de libros viejos en el Rastro de Madrid, seguro de que de un momento a otro encontraría una señal, un mensaje cifrado entre los polvorientos montones y anaqueles de aquellos cuchitriles y tenderetes de cultura de saldo porque, como le había dicho un día María Salón, la clave de un secreto oculto llega por revelación, no por deducción lógica. Si encontraba algún libro que le parecía ser interesante y no llevaba dinero suficiente, a veces lo robaba, por temor a que cuando regresase a comprarlo ya no estuviese allí.

Una noche de exceso de alcohol y *Gitanes* se armó de valor y tomó la decisión. Volvería a París para comprobar la corazonada que acababa de asaltarle. Tenía que averiguar si todo aquello era cierto o realmente se estaba volviendo loco. Si no lo hacía, jamás tendría paz.

Examen de conciencia y dolor de los pecados. Ambos son requisitos imprescindibles antes de acudir al sacramento de la confesión. El seminarista Balduino Letto había reflexionado sobre el mal de sus acciones y necesitaba el consuelo de la confesión. Hacía ya demasiado tiempo que su amigo, el *Doktor Wagner*, le había abandonado sin aparente razón en mitad de la misión encomendada, y no lograba entender por qué.

Ahora tenía un nuevo señor. Finalmente, aislado en Toledo, lejos de su Italia natal y de sus acostumbrados escenarios, a merced de sus superiores en España, este país de gente hosca y malcarada, no había tenido otra opción que plegarse a las exigencias de Vincenzo Furno. Al menos, el delegado apostólico de la Santa Sede en la muy católica primacía de España, parecía un hombre poderoso. Pero aquellas muertes encomendadas semanas atrás...

Sin embargo, lo que más le atormentaba ahora era el recuerdo de los deseos impuros que había albergado en su pecho por Blanca, desviándose en conciencia de su celibato. ¡Pero si hasta había tenido erecciones durante la misa al oírla cantar en el coro! Y eso sin contar las muchas veces en que había recurrido a la masturbación, ese vicio detestable, para paliar la tensión de los sucios pensamientos sobre el voluptuoso trasero de la chica, que asaltaban su mente a todas horas.

Necesitaba urgentemente lavar su alma envilecida y volver a la reconfortante gracia de Dios, y quién mejor para escucharle en confesión que su actual director espiritual. Porque ese era el título que había adoptado unilateralmente Vincenzo Furno.

—Hijo mío, yo seré tu nuevo protector, tu director espiritual.

Eso es lo que le había dicho cuando acabó aquella extraña situación en el Astrario subterráneo de la Santa Inquisición toledana, y fueron liberados Pascual Alcover y su hijo Nico, afortunadamente, sin mayores consecuencias.

—Ven y sígueme —había añadido Fumo—, a mi lado alcanzarás grandes metas en tu prometedor carrera eclesiástica. Por cierto, Balduino, ¿qué piensas de la Compañía de Jesús?

Vincenzo Furno había revelado entonces que era un *uomo di fidenza* al servicio de los jesuitas, la poderosa congregación católica extendida por todo el orbe, y que tenía encomendada una importante misión internacional, para la que seguía necesitando su ayuda.

—A mí —pensó Balduino henchido de orgullo, olvidándosele de golpe el mal trago sufrido—, a un simple seminarista de origen humilde, le pide ayuda todo un *uomo de fidenza* del Vaticano, un delegado apostólico de la Santa Sede, un hombre de la Compañía...

Los sueños de glorias futuras y la ambición habían borrado de un plumazo las

reticencias mantenidas hasta entonces hacia aquel hombre misterioso que jamás se quitaba sus gafas oscuras.

—Estoy a sus órdenes, monseñor —le había contestado.

Pero ahora Balduino Letto necesitaba urgente confesión. Salió del seminario vistiendo su sencilla sotana de profesante, de sacerdote en ciernes, portando en sus manos un devocionario litúrgico; y se encaminó a pie al cercano Palacio Arzobispal. Cuando entró en el despacho anticuado y en eterna penumbra de Vincenzo Furno, se dirigió a él trastabillando con su sotana, y remangándose a la altura de las blancuzcas pantorrillas, se arrojó de rodillas al suelo delante de su nuevo director espiritual, quien apenas movió un músculo.

—Ave María purísima. Perdóneme padre, porque he pecado.

—Sin pecado concebida, hijo mío, pero yo soy un seglar —le indicó Furno.

Balduino Letto dudó un instante.

—Es igual, monseñor, usted es un hombre santo, eso es lo importante.

—Como quieras —Furno se encogió de hombros y continuó leyendo el documento que tenía sobre el escritorio—, cuéntame lo que sea.

—Excelencia, me acuso de masturbarme teniendo en mente obscenos pensamientos relativos a una mujer.

Vincenzo Furno alzó la cabeza y miró al bies a su protegido, que seguía allí, absurdamente a sus pies, arrodillado y compungido. Luego suspiró resignado meneando la cabeza y volvió a lo suyo.

—Bueno, hijo mío —indicó como de pasada—, eso no es tan grave. No estás ordenado sacerdote, de manera que no has incumplido el celibato.

—Pero excelencia, la castidad... Además... —dudó.

—¿Sí? —preguntó Furno distraído en la lectura.

—Además... —entonces Balduino Letto comenzó a sollozar balanceándose sobre las rodillas en posición fetal—. Oh, monseñor reverendísimo, perdóneme; oh, qué horrible, soy el mismísimo diablo, en mí no existe la compasión ni el amor, no merezco perdón, soy un monstruo abominable...

Furno volvió a alzar la cabeza sorprendido por la repentina llorera de su subordinado. Comenzaba a sentirse molesto. Necesitaba a aquel estúpido seminarista, porque se había dado cuenta de que el muchacho carecía de personalidad y de criterio propio, era un pelele, un montón de blanda arcilla dispuesta a sufrir el más caprichoso de los modelados; lo necesitaba para sus futuras maquinaciones, pero la pantomima de la confesión estaba durando demasiado.

—¿Te sientes culpable por haber matado a esa mujer? No te preocupes, te lo mandó un superior, quedas eximido de esa responsabilidad —zanjó Furno.

—No es eso, monseñor —lloriqueó Letto sonándose los mocos—..., es que lo más horrible es que... que yo imaginaba a esa mujer, y... Que yo la poseía carnalmente por detrás —reventó en un estallido de llanto y gemidos.

—¿Qué? —Vincenzo Furno no entendió.

—Que la penetraba por el ano, excelencia —gimoteó el seminarista medio revolcándose por el suelo.

Vicenzo Furno se quedó estático como digiriendo lo que acababa de oír. Tras ocho segundos de aparente reflexión, le dijo a su protegido en tono apacible:

—Balduino, esa mujer..., la de tus fantasías... ¿Quién es?

—Blanca —contestó el seminarista sorbiéndose los mocos—, la huérfana directora del coro, la que espiaba en mi nombre a ese Gastón Garcelán que ha desaparecido hace semanas.

—Explícame mejor qué relación mantenían ambos.

Balduino Letto, algo repuesto por el requerimiento de su jefe, le puso al tanto de todo lo que sabía.

Vicenzo Furno suspiró condescendiente. Pero a continuación descolgó el teléfono y pulsó un botón. Esperó a que le contestaran y luego ordenó:

—Rafael, soy yo, Vicenzo; ¿está preparado mi avión privado?... Sí, de acuerdo... Bien, prepara el Mercedes, partimos enseguida para Madrid.

Luego, colgando y volviéndose hacia su protegido, añadió con la misma parsimonia indiferente:

—Así que te gustó imaginar esas sucias cosas con ella...

—Sí, monseñor, pero quiero que arda en el infierno por llevarme a la desesperación.

—Balduino —zanjó entonces Vicenzo Furno harto de tal escena—, anda, levántate de ahí y siéntate, tengo que hablarte de tu próxima misión.

En París, Gastón se había instalado en un pequeño hotel del Barrio Latino. Era un antro lleno de humedades por donde campaban las cucarachas y las corrientes de aire. Pero Gastón pensaba que un cierto estilo de vida espartano conviene a la intuición. Aquello era justo lo que necesitaba para completar su investigación, porque ya había decidido al quemar sus naves en Toledo que no pensaba rendirse de ningún modo pasara lo que pasase. Ya era hora de demostrar que servía para algo más que para quitarle el polvo a los libros. Por eso ahora estaba creyéndose una especie a medio camino entre Sartre, Nietzsche y Sam Spade, soñaba despierto pensando en la gloria de sus inminentes descubrimientos.

Un día, en la cola de la caja del pequeño supermercado de barrio donde iba siempre a hacer la compra, alguien le abordó por detrás:

—Latas de conserva igual a hombre soltero; no falla nunca.

Así era, porque Gastón seguía siendo un negado para los asuntos domésticos, en especial para los culinarios. Se alimentaba de algún tomate, legumbres envasadas, mortadela, manzanas, queso y sobre todo latas. Casi nunca comía caliente, y si lo hacía era cuando se daba un capricho y acudía a alguna casa de comidas económica. Insistía en que la vida austera es lo que más le conviene a un filósofo existencialista que se dedica a la investigación. Así estaba él, escuálido y consumido.

Gastón reconoció la voz de inmediato, y se volvió sorprendido por el *casual* encuentro.

—¡Jules Never! ¿Pero qué está haciendo usted aquí?

—Eso debería preguntarlo yo, ¿no cree? Después de todo yo estoy en mi país... Pero, si me permite que lo pregunte, ¿qué hace usted de nuevo tan lejos del suyo?, tenía entendido que había regresado a España.

Never había formulado aquel argumento en el tono más inocente del mundo, mientras ambos se tomaban un café ya fuera del supermercado. Pero Gastón Garcelán ya hacía meses que se había puesto en guardia contra tanta casualidad. De modo que no se tragó el, en apariencia, intrascendente y feliz reencuentro. Así que preguntó sin ocultar ni un ápice su suspicacia:

—¿Qué quiere de mí?

—Es hora de ponerse a trabajar —dijo Never con una sonrisa picara, dándole vueltas a su bastón entre las manos.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—¿Recuerda el *Apparatus*? Porque no me negará que usted está en París por eso... —seguía sonriendo Jules Never con picardía.

Garcelán comenzó a sentirse incómodo.

—Me estoy empezando a cansar de esto... —murmuró.

—Ah, pues no se le nota nada, ¿sabe? —dijo irónico Never. Pero Gastón le contestó con un bufido hastiado y nada amistoso.

—Debería estar contento —terció entonces Jules Never recordando la seriedad—; está usted superando muy bien las pruebas, mientras que otros no pueden decir lo mismo.

—¿Otros —preguntó Gastón intrigado por la extraña alusión—, hay... otros?

Pero Never hizo como que no le había oído y siguió diciendo:

—En ocasiones la persona por la que apostamos, nos falla. No todos alcanzan el grado al que usted ha llegado, al contrario, son muchos los que sucumben en el camino.

—¿A qué pruebas se refiere? ¿Quién pone esas pruebas?

—¿Sabe? —dijo Jules Never de nuevo sin contestar—, la mente humana es un gran aparato receptor y emisor, un atractor, solo que raras veces somos conscientes de ello. Todo está unido, todo es la misma cosa al mismo tiempo, como ahora demuestra la física cuántica.

—Ya, ¿y a mí qué me importa todo eso?

—Amigo mío, ¿no se da cuenta?, usted está experimentando de primera mano lo que le estoy diciendo. Su juego de coincidencias y casualidades, me refiero.

—Yo no sé si lo que he experimentado es realidad o ficción —suspiró Gastón indolente, recordando las extrañas experiencias a las que se había visto abocado.

Jules Never se tomó su tiempo antes de contestar, mientras hurgaba con el bastón negro de complicada empuñadura plateada el piso del bar.

—Para la física cuántica —dijo al cabo de unos instantes de reflexión silenciosa—, la realidad de un acontecimiento depende del acto y del momento de la observación; no hay nada determinado de antemano. Los científicos han demostrado que todo es azar, no existe el determinismo, sino sucesos encadenados; el sentido de estos es precisamente un espejismo, una creación de la mente consciente, que toma el reflejo en el espejo por la realidad reflejada. Tratar de encontrarle sentido a todo es una enfermedad de la mente.

—No me diga.

—Los científicos —siguió Never sin hacer caso al escepticismo que esgrimía Gastón— han demostrado que una partícula subatómica está en dos lugares distintos a la vez. Esto quiere decir, aunque resulte sorprendente, que existen dos dimensiones distintas. La real y presente (aquí y ahora), y otra no real en el sentido convencional de la materia tal como la conocemos, que también está presente, pero que se puede modificar para acceder con ella a *otros presentes...*, es decir, al pasado, o incluso al futuro. No —se interrumpió Never al ver las caras de extrañeza que le estaba poniendo Gastón—, no crea que porque en su día escribí lo que se conoce como las primeras obras de ciencia ficción o anticipación, estoy sacándome esto de la imaginación.

A Garcelán le molestaban las crípticas alusiones que de vez en cuando deslizaba

aquel anciano, pero dejó que siguiese adelante. No tenía fuerzas para marcharse y dejarle con la palabra en la boca.

—Hay una explicación científica y matemática que lo demuestra, pero no le aburriré con ella. Porque el espín, de *to spin* (gitar, en inglés) no puede explicarse de forma clásica, aunque sí mediante una metáfora que es al mismo tiempo una realidad: con el péndulo. Fíjese, el péndulo se mueve obedeciendo al giro de la Tierra sobre sí misma, esta gira alrededor del Sol, y con él alrededor del sistema solar, que a su vez se desplaza por la galaxia, que gira a enormes velocidades inmersa en las constelaciones por el espacio universal...

Gastón se había encogido de hombros y de brazos y escuchaba sin expresión particular.

—La partícula subatómica hace lo mismo. Sin embargo, eso es tan solo una imagen para representarse algo que no se puede ver, porque en realidad una subpartícula no gira, sino que vibra; mejor dicho, es al mismo tiempo vibración y materia, según su momento angular o cuantización del espacio. Esto quiere decir que depende del momento en que se encuentra el giro del espín, la materia es materia, la realidad es realidad, o no lo es. Puede ser, por ejemplo, luz. Radiación o muchas otras formas de existencia que no se conocen todavía, porque las gigantescas velocidades que puede alcanzar una subpartícula, como el fotón, le hacen situarse en otro *lugar* a millones de kilómetros o en otro *tiempo* en el mismo instante.

La cabeza de Gastón absorbía la compleja información sin problemas, pero en realidad, le daba igual. Contenía un bostezo...

—Pues bien —siguió Never ajeno a tal indiferencia, como un profesor que ha de seguir adelante con su lección—, aquí viene la clave. El espín, formulado matemáticamente por el físico Pauli en 1928, puede ser influenciado mediante la observación. Un acto de conciencia lúcido del ser humano, es decir, el pensamiento, puede influir por tanto en la realidad circundante. Y así mismo ocurre con el resto de esas otras partículas, por enormes que sean, como por ejemplo los planetas y las estrellas. Todo en el universo está interconectado. Y todo depende del acto voluntario de observación de los seres humanos; la imaginación, un pensamiento creativo, son los mayores poderes del universo. Por eso, nuestra sociedad, la *Brouillard*, trabaja para que personas capacitadas sepan realizar en su interior esa catarsis de pensamiento y puedan imprimir la adecuada fuerza consciente de voluntad, y que la humanidad evolucione hacia la armonía dentro del caos del azar.

Entonces Gastón Garcelán se puso en pie de golpe encarándose al anacrónico anciano de la levita negra y lazo al cuello.

—¡La *Brouillard*! ¡La Sociedad de la Niebla! —exclamó como si hubiese descubierto la Atlántida.

Jules Never asintió.

—¡Existe entonces! ¡Lo sabía!

—Sí, amigo mío —admitió Never con su picara sonrisa—. Ya se lo insinué

cuando nos conocimos. En efecto, pertenezco a la *Brouillard* o Sociedad de la Niebla, una hermandad de hombres de todas las épocas de la historia que trabaja comprometida en formar nuevas individualidades genuinas que ayuden a avanzar a la sociedad. Nos llamamos así porque, como la niebla, aparecemos y desaparecemos sin previo aviso, sin dejar rastro. A nuestra sociedad han pertenecido grandes artistas, como Leonardo da Vinci, Delacroix, Salvador Dalí; ingenieros y arquitectos, como Lesseps, Eiffel, Gaudí...; escritores como Cervantes, Dante, Alejandro Dumas, Allan Poe, Gerard de Nerval, Lovecraft, Goethe...

Jules Never hizo una pausa para mirar fijamente a Gastón, aún de pie, y que ahora sí atendía boquiabierto. Continuó:

—¿Por qué cree que Bram Stoker escribió *Drácula*? ¿O qué me dice de Alejandro Dumas? Fue amigo declarado de ocultistas tan conocidos como Papus o Eliphas Levi, miembros asimismo de la *Brouillard*. Y le diré algo que nadie sabe: fue Alejandro Dumas, por mediación de un famoso adivinador llamado D'Arpentigny, quien me presentó a mi editor, Jules Hetzel, que promocionaba a jóvenes escritores a través de su *Magazine d'Education et Récréation*.

—Ya veo que son ustedes una gran familia —indicó Gastón, volviéndose a sentar.

Never sonrió moviendo afirmativamente su canosa cabeza. Realmente, había que reconocerlo, aquel hombre se parecía mucho al escritor francés que aseguraba ser.

—¿Sabe? —añadió Gastón—, me di cuenta desde el principio de que su apellido, Never, es Verne al revés; Julio Verne.

Jules Never resaltó eso satisfecho dando un asertivo golpe de bastón en el suelo. Alzó la mano y pidió con un gesto al camarero otros dos cafés.

—No esperaba menos de usted; muy bien, querido amigo Garcelán, veo que lo ha entendido todo. Sí, me cabe el honor de ser uno de los miembros más influyentes en el siglo XIX, ese gran siglo de los avances técnicos y literarios, una buena combinación para la transformación de la humanidad.

—Pero si es Julio Verne —dedujo Gastón—..., usted debería de estar muerto, a no ser que...

—A no ser que tenga la cualidad de manejar el tiempo —sonrió—. Ya se lo dije en una ocasión. Por cierto, esa es otra de las posibilidades que estudia la física cuántica.

Gastón no respondió. Estaba atónito, en equilibrio en una frágil línea divisoria entre la ficción y la realidad, la locura y la cordura.

—Le interesará saber que la *Brouillard* —continuó Never— fue fundada en el siglo XVI por un impresor de Lyon apodado Gryphe, que como es habitual entre nosotros, es un seudónimo iniciático. Gryphe es un nombre que proviene de una antigua sociedad griega llamada Néphès, que fonéticamente suena parecido a Gryphe, y que significa niebla.

—Ya veo que hay mucho seudónimo por ahí... —dijo Gastón.

—Sí, todos los de la *Brouillard* tenemos un seudónimo. El mío precisamente es

Never, que en inglés significa nunca, como usted bien sabe. Por cierto, amigo Garcelán, debería elegir usted también su propio seudónimo iniciático.

—¿Yo? ¿Cuál?

—No sé..., veamos, qué tal Montecristo.

—¿Cómo?

—Si, hombre, el conde de Montecristo. ¿No habría pensado en llamarse D'Artagnan?, por favor, eso ya está muy visto —era difícil saber cuándo aquel hombre bromeaba o decía la verdad.

Never continuó:

—Yo escribí en clave obras como *Viaje al centro de la Tierra*, donde me permito el guiño de describir la fundación de una sociedad literaria en 1818, naturalmente en alusión a la *Brouillard*. Y qué decir de cuando llamo a uno de mis personajes Phileas Fogg, protagonista de *La vuelta al mundo en 80 días*. Ya sabe que Fogg significa niebla en inglés —Gastón recordó que ya sabía aquel detalle—. Pero además, en esa novela avanzo lo que pronto vamos a hacer, adelantar al Sol al viajar más rápido, ganando tiempo. Y cuando describo a Phileas Fogg como un «Byron impasible que parece haber vivido mil años sin envejecer», ¿no está claro que estoy hablando de mí mismo y de todos nosotros que tenemos la capacidad de trascender el tiempo?

Luego de aquella alucinante confesión, Jules Never le había aclarado a Gastón un extremo no del todo acertado de sus investigaciones: Papus había viajado a Rusia para entrevistarse con el zar y pedirle el *Apparatus* de Popov, que Nicolás II guardaba sin saberlo en sus museos privados. Con el artefacto en su poder, Papus tiene la mala suerte de que le coge en Rusia la revolución bolchevique. Muere en 1917, pero antes ha tenido tiempo de ceder el *Apparatus* a sus amigos de logia en París. Ellos realizan la experiencia de transmisión de radiofrecuencia desde el péndulo de Foucault del Pantheon de París hacia el *Titanic* en plena navegación.

—Se ha dicho en muchas ocasiones que el *Titanic* portaba en sus bodegas una momia egipcia con destino a Nueva York —le estaba contando Never—. Tres amigos de Papus, los escritores John Jacob Astor, Jacques Futrelle y W. T. Stead, pretendían resucitar a la momia usando el *Apparatus*, pero el experimento falla y el mayor transatlántico de la historia se va a pique. Los escritores murieron en el naufragio; los tres pertenecían a la *Brouillard*.

Sacando sus propias conclusiones, Gastón Garcelán dedujo entonces que el coronel Ambrosio Grimau se había tropezado con el *Apparatus* al llegar a Francia y se había interesado por su funcionamiento, pues le había hablado de él el médico Salvá i Campillo cuando le atendió por aquella rara enfermedad que sufrió en campaña. «Supongo, pensó Gastón, que el coronel carlista decidió que a su muerte le enterraran junto al *Apparatus*, esperando poder resucitar algún día gracias a él. ¿Pero entonces, dónde estaba enterrado el militar carlista?».

—Mientras tanto —seguía contándole Jules Never—, Pierre Rakosky, como un nuevo Rasputín, quiere devolver la salud a la que cree única heredera viva de la

familia Romanov en la actualidad. Busca desesperadamente el *Apparatus* para realizar un nuevo intento. Cree que si gracias al eclipse, la zarevich, a quien ha raptado, se cura y se la ofrece a la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio para que la entronice como nueva emperatriz, el pueblo de Rusia le aclamará como un gran héroe nacional. Rakosky ha estado muchos años estudiando antiguos textos de magia, ocultismo, cábala y alquimia. Ha leído desde Aristóteles y el *Nuctemeron* de Apolonio de Tiana, hasta las obras de Bernoulli y Leibniz.

—De todas formas —añadió Gastón— sigo sin entender qué tengo yo que ver con todo eso.

Jules Never suspiró profundamente. Su voz sonaba consoladora y comprensiva, así que Garcelán, a pesar de su inicial rechazo, atendía interesado a aquel hombre que se creía el escritor francés Julio Verne.

—Le revelaré algo. Quizá sea un poco pronto para ello, pero... No se lo va a creer. Verá, amigo Garcelán, usted está siendo sometido desde niño a una dura prueba. Forma parte de un experimento.

—Ya, bueno... —interrumpió Gastón, incrédulo—. ¿Pero qué decía usted del *Apparatus* ese?

—De eso he venido a hablarle —Jules Never se puso de pie—: encontrará usted el *Apparatus* en el nicho sepulcral que hay junto al altar del viejo templo gótico donde hace meses nos conocimos, ya sabe, el del reloj parado.

Jules Never pagó los cafés en la barra y, haciendo un gesto de despedida, se marchó, dejándole allí como un pasmarote.

Balduino Letto había escuchado de su nuevo jefe una increíble narración: según le había revelado, una familia de Madrid era descendiente directa del último zar de todas las Rusias, Nicolás II Romanov, asesinado por los bolcheviques tras la revolución soviética. Resultaba, según Vincenzo Furno, que aquella mujer pelirroja llamada Victoria, era el familiar vivo más directo de los Romanov, y por ello, su hijo, aquel chaval que él había secuestrado hacía unas semanas para llevarlo a la cripta del Astrario, y que luego había sido liberado junto a su padre, era nada menos que el actual heredero del imperio ruso, el zarevich, el príncipe heredero legítimo de sangre.

—¿Pero ellos lo saben? —preguntó Balduino asombrado por aquella alucinante historia.

—No. Hará unos diez años, y sin que Victoria se percatase de quiénes éramos y cuáles eran nuestras intenciones, nosotros la rescatamos de su vida ociosa y crápula de Ibiza y, digámoslo así, conspiramos para que se casara con una buena persona, para legitimar su descendencia. Nadie más que nosotros estaba al tanto de la genealogía imperial de la familia. Mi antiguo socio, el representante de la Iglesia Rusa en el Exilio, Pierre Rakosky, seguía una pista equivocada. Raptó primero a una niña que suponía heredera del zarevich Alexei, arrancándosela a sus padres el día de su confirmación en la catedral de San Pedro y San Pablo de Rusia. Y luego secuestró a Victoria hace unos meses.

—¿Por qué?

—Por aquel entonces había entrado en escena ese Gastón Garcelán, mantenían ciertas conversaciones que llamaron la atención a Pierre Rakosky, comenzó a indagar y terminó por sospechar de quién era descendiente esta mujer. Quería comprobarlo y que le dijese dónde estaba su hijo, evidentemente para matarlo y eliminar esa línea dinástica que le estorbaba para defender la suya propia. Pero por entonces ni Victoria ni su marido sabían aún nada de todo este asunto. No sé cómo ella convenció a Rakosky, pero el caso es que el ruso terminó por admitir que Victoria y su hijo no eran los descendientes legítimos de los Romanov, y la liberó.

—¿Y usted para qué los quiere ahora?

—Los jesuitas necesitan expandir su influencia fuera del Vaticano. Ya lo intentaron en China, Japón, Sudamérica..., pero la verdadera gran misión de la Compañía de Jesús está en Rusia, la Tercera Roma...

—¡La Tercera Roma! —exclamó Balduino.

—Veo que te suena el concepto. Sí, hace años los jesuitas decidieron trasladar el peso de la Iglesia Católica desde Roma a Rusia.

—Pero el papa Juan Pablo no lo consentiría... —adujo el seminarista.

—A Su Santidad le queda poca vida, hijo. Ya estamos preparando en la Curia a su sucesor, que será por supuesto, jesuita. Pero al mismo tiempo hemos de evitar que resucite en Rusia la fe ortodoxa a través de la figura de una zarina, la que anuncia la profecía del icono de Kazan, lo que frenaría o incluso impediría la expansión católica. Ya sabes que en el antiguo imperio ruso el zar representaba la máxima autoridad política y religiosa. Si queremos inocular nuestro poder en Rusia hemos de eliminar toda posibilidad de resurgimiento imperialista y ortodoxo.

—¿Pero quién va a atreverse a proclamar un zar en las actuales circunstancias políticas?

—Precisamente por las actuales circunstancias políticas —aclaró Furno—: hoy Rusia es un país sin identidad, amenazado por los convulsos Estados balcánicos, desmembrado por las guerras civiles con las minorías musulmanas, el hambre en las calles, con la Duma infectada por las mafias, con sus servicios secretos conspirando contra el propio Estado... ¿Que a quién le interesaría la restauración del zar? —se preguntó Furno con aire de experto—: ¡A todos!, empezando por el pueblo llano que añora la grandeza del imperio. Y en este sentido, a la Iglesia Rusa en el Exilio. Por eso Pierre Rakosky secuestró a la presunta descendiente del zarevich Alexei, que según una leyenda escapó de la muerte en 1918, pero nosotros sabemos que eso no es cierto, y además, esa chica, Natacha Mijailovsky, está gravemente enferma, no puede ser proclamada zarina. Sin embargo, de otro lado está ese Nico, el hijo Victoria, cuya rama genealógica sí es verosímil y legítima. No podemos arriesgarnos a que proclame a su zarina antes que los jesuitas proclamen a un zar católico impuesto por la Compañía, según y cuando convenga. Hemos de adelantarnos a su jugada.

—¿Cuándo ocurrirá ese nombramiento?

—El día del eclipse —sentenció Furno.

—Dios mío... Eso es mañana.

—Así es, he de darme prisa. Voy a Rumanía. Y ahora, escúchame, este es tu cometido.

París,

10 de agosto de 1999

Había anochecido. Espesos nubarrones de un amenazador violáceo aparecieron de pronto por el horizonte y fueron cubriendo París. Llegaban como fantasmas hambrientos y se cernían sobre los edificios y las avenidas como si absorbieran la poca luz del ambiente. Comenzaron a caer algunas gotas tibias. Gastón Garcelán acababa de llegar al templo gótico donde había conocido a Jules Never. La oscuridad iba en aumento, pero pudo ver que el reloj de la esfera de zinc seguía detenido.

El portón de entrada parecía cerrado, pero al empujar, la recia puerta polvorienta cedió. De pronto un relámpago se filtró entre las gruesas capas de nubes, y Gastón divisó el lóbrego interior del templo a oscuras, como un panteón gigante dispuesto a engullirle vivo.

A la luz de otro relámpago había visto el cenotafio de mármol gris vetado de negro, a la derecha del altar mayor, con las iniciales en latón oxidado: AG (del vértice interno de la A bajaba una línea vertical atravesando la horizontal, rematada por un punto). Y la frase... Esa frase igual al epitafio de Bernoulli: *Eadem mutata resurgo*. La misma extraña frase lapidaria que según el funcionario de la biblioteca Arús debía figurar en la lápida del arquitecto Antonio Gaudí. ¿Había mayor prueba de la interrelación? AG: Ambrosio Grimau. Estaba bien claro: allí dentro debía encontrarse el cuerpo del coronel carlista.

Gastón llevaba en su mano una bolsa de plástico con todo lo necesario. ¿Todo? ¡Mierda, no!; con la emoción había olvidado la linterna. Daba igual, ya se arreglaría con la luz de los relámpagos. Metió la mano en la bolsa y sacó una gruesa palanca de hierro. Comenzó a hurgar y golpear contra la lápida mortuoria. Trozos de mármol saltaban del cenotafio, mientras la palanca seguía hiriendo en el silencio de la tumba. No tardó en aparecer el hueco oscuro del nicho. Un aire de escalofrío exhaló hacia afuera. ¡Allí estaba!, como un bajel fantasma varado en el sepulcro de mármol, el féretro del coronel, casi descompuesto por la humedad de los humores corporales. Acercó hasta el agujero un banco de madera para auparse un poco. De la bolsa extrajo unos guantes de tela. Se los colocó y, reprimiendo la aprensión, introdujo sus brazos, su cabeza, casi todo el busto dentro de la negra boca del nicho. Hacía un frío mortal allí dentro. Era una exhumación sacrílega... Lo sabía. Pero no podía

detenerse.

La caja de madera apenas pesaba. Tiró de ella hacia afuera. Al hacerlo casi se desarma de puro carcomida. La sacó hasta la mitad por la boca del nicho y con la palanca arrancó los últimos restos de la tapa. El horror de la muerte le saltó a los ojos. Un cuerpo reseco y acartonado le miraba desde el fondo del ataúd con sus cavidades oculares vacías y una sardónica sonrisa de esqueleto. Evitando la mirada acusadora del muerto, Gastón metió la palanca entre los restos y comenzó a hurgar sin piedad. El cadáver se desmembró con un sonido hueco deshaciéndose en mil trozos informes. Debajo del detritus, la palanca tropezó con un objeto más sólido que los astillados huesos. Pesaba un poco. Lo sacó trémulo entre las manos. Era una especie de cofrecillo metálico corroído del tamaño de una caja de zapatos. Lo abrió. Pequeñas obleas de metal se resquebrajaron oxidadas entre sus dedos. En su interior, el envoltorio metálico contenía, en aceptable estado de conservación, una caja de madera barnizada con el aspecto de aquellas radios de galena antiguas. ¡El *Apparatus*!

De pronto, se escuchó a sus espaldas un fuerte crujido, que provenía desde allá atrás, hacia la entrada del templo. Gastón comprendió con sorpresa y pánico que el ruido lo había causado la puerta de la iglesia al abrirse en el silencio de la noche. ¡Me han descubierto!, se dijo. ¿Sería Jules Never? Se volvió sobresaltado esperando encontrarse con el anciano de la levita y el bastón. Pero cuando intentó ver quién acababa de entrar, una cegadora luz le abrasó el rostro enfocándole con su imprevisto fulgor doloroso en medio de la oscuridad reinante.

—Vaya, vaya, si es Gastón Garcelán —exclamó una voz parapetada al otro lado de la luz.

Gastón, haciendo visera con la mano, intentaba ver quién había hablado. Aquella voz ronca le había sonado vagamente familiar, pero con la sorpresa del sobresalto al ser sorprendido *in fraganti* y la reverberación del eco que había producido, no conseguía rescatar de su memoria a quién pertenecía.

—¿Quién eres? —Acertó a decir Gastón, más en tono de temor que de pregunta.

—¿No me conoce? Yo a usted sí. Permítame que me presente. Me llamo Vincenzo Furno, *cavaliere* de Italia, delegado apostólico de la Santa Sede en Toledo.

El corazón de Gastón sufrió un vuelco. Aquel espectro se había adelantado ahora cuatro o cinco pasos, suficiente para atisbarle siquiera al reluz un poco del perfil y el elegante traje de color gris, la camisa negra... Gastón lo reconoció entonces: era el socio de Pierre Rakosky, el hombre de mediana edad con doradas gafas de cristales oscuros que había visto junto al ruso en la cripta del Astrario en Toledo.

—No esperaba encontrarle en París. ¿Qué busca aquí? —preguntó Gastón amedrentado, procurando fingir calma.

—Lo mismo que usted. El *Apparatus* que según veo acaba de encontrar.

—Un momento, deje que lo adivine. Ese socio suyo, Rakosky, le ha mandado que se haga con el *Apparatus* —indicó Gastón autosuficiente, balanceando amenazador la

palanca metálica.

—Yo no recibo órdenes. Y ahora, basta de tonterías, se acabaron las bromas y los juegos —replicó severo Vincenzo Furno, y diciéndolo había extraído de su bolsillo un revólver con el que apuntaba a Gastón.

—Le aconsejo, señor Garcelán, que no haga tonterías. Fie venido a llevarme lo que es mío. Deje esa palanca en el suelo. ¡Ahora!

Gastón obedeció asustado al ver el arma.

—¿Pero cómo ha sabido que yo...? —balbuceó.

—Desde que Rakosky y yo soltamos a su amigo Pascual Alcover he estado siguiéndole. Yo estaba en un error. Me di cuenta en Toledo de que el Astrario que encontramos enterrado en las mazmorras de la Inquisición no era la máquina aristotélica. Comprendí que el señor Alcover no sabía nada del asunto, así que le liberé. Hasta ahora Rakosky y yo desconocíamos dónde podía encontrarse el verdadero *Apparatus* de Volta, pero usted acaba de encontrarlo. No sé muy bien quién es usted, ni cómo ha entrado en toda esta trama, pero debo admitir que es tan obstinado como eficiente.

—El *Apparatus* no le servirá de nada, porque desconoce usted el Año Cero de la humanidad —reaccionó Gastón.

—¿Eso cree? —Sonrió el *cavaliere*—. Olvida que fue la Iglesia Católica la que realizó el cambio de fechas del calendario. Si hay alguien que conozca el Año Cero de la humanidad somos nosotros, porque fuimos quienes se los escamoteamos al mundo. Y ahora, gracias a usted, tenemos también el *Apparatus* de Volta. Pero basta ya de charla. ¡Vamos, démelo! —ordenó Furno amartillando el revólver en dirección a Garcelán.

Gastón le tendió sumiso la caja del *Apparatus*, qué otra cosa podía hacer.

—Y ahora —añadió el delegado apostólico de la Santa Sede mientras tomaba el cofrecillo con la mano libre— prepárese, viene usted conmigo.

El Kremlin. Krasnaya Ploshad

Plaza Roja, Moscú

miércoles, 11 de agosto, 6 A.M. hora local

Tres vehículos militares irrumpen de pronto en la plaza Roja a gran velocidad, atraviesan la explanada y se detienen chirriando los neumáticos junto al mausoleo funerario de granito rojo de Lenin, pegado a las murallas del Kremlin. A esa temprana hora de la mañana todavía no han comenzado a afluir los centenares de visitantes de todo el mundo que forman una cola de más de trescientos metros frente al túmulo en forma de pirámide truncada donde reposan embalsamados los restos de Lenin.

Las puertas de los vehículos militares se abren de golpe y salen en tromba un grupo de hombres vestidos con uniforme de campaña en tonos ocres y verde oscuro. Sobre la parte superior de sus guerreras, a la altura del brazo izquierdo, portan la escarapela con el murciélago negro y la leyenda *Boñcka*, distintivo de las Spentsnaz, las fuerzas especiales rusas bajo mando directo del FSB. La unidad especial, enmascarada con pasamontañas verde oscuro y portando modernas armas automáticas de fabricación alemana, penetra con movimientos coordinados en el mausoleo de Lenin. En total, quince hombres. El asalto por sorpresa es seguido a través de los intercomunicadores personales que lleva cada soldado por el director de operaciones especiales del FSB, Derechev Bartok, que espera tenso y expectante el desarrollo de la operación en las oficinas centrales del servicio de inteligencia y espionaje ruso, cerca del Kremlin.

—Grupo uno en posición, listo y despejado.

—Grupo dos en posición, listo y despejado.

Derechev Bartok se siente cada vez peor. ¿Llegará a tiempo? Su salud declina por momentos. Al igual que la vieja patria rusa que él tanto ha apuntalado en estos últimos años frente a la invasión occidental.

—Grupo tres, listo y despejado.

—Atención a todos los grupos, aquí máster-uno, pónganse las máscaras, repito, pónganse las máscaras antigás.

El comando obedece las órdenes.

—Máster-uno a grupo delta, lancen gas, repito, lancen gas.

Tres hombres portando granadas de gas paralizante no identificado arrojan los

explosivos dentro de la cámara mortuoria donde en una urna de cristal reposa la momia de Lenin. Un humo amarillo y denso se extiende rápidamente por la cámara al estallar los explosivos con un ruido opaco y seco.

—Atención, aquí máster-uno a grupo delta, ¡adelante!

Los cinco hombres de vanguardia encienden las linternas adosadas a sus armas automáticas germanas con visores infrarrojos y guía láser, y penetran como rayos en la cámara funeraria con movimientos precisos y sincronizados para evitar ser alcanzados por el posible fuego enemigo. El resto de la unidad especial, incluido el jefe, permanece de guardia vigilando la tumba desde fuera.

Bartok bebe un largo trago de vodka.

—Grupo delta a máster-uno, cambio.

—Aquí máster-uno, adelante delta.

—Hemos tomado la cámara funeraria, todo despejado, cambio.

—Bien, grupo delta, ¿no han encontrado resistencia?

—Negativo, máster-uno. Creo que tendría que ver esto.

El jefe del comando se dirige a la cámara flanqueado por dos de sus hombres. Antes de entrar en el interior se coloca la máscara para protegerse del gas paralizante. A través de la densa niebla amarilla se abre camino con el foco de su linterna. Distingue las siluetas de sus hombres repartidos por el perímetro de la estancia mortuoria, y en medio de ella, la sombra cuadrilátera del túmulo sepulcral de Lenin en su catafalco de mármol rojo. Se acerca a la tumba y mira dentro del féretro transparente. Retrocede dos pasos. No puede ser... No puede creerlo...

Máster-uno sale de la cámara fúnebre. Se quita la máscara de gas y el pasamontañas. Aún quedan restos de coquetería en esta fiera mujer. Nadeza Löbl, jefe de la unidad militar asalto, se apoya sobre la pared, se atusa el cabello castaño apretujado por la tela y la goma de la máscara. Respira hondo. No puede creerlo... Sin embargo, lo ha visto con sus propios ojos.

Una vez repuesta, se ajusta el micrófono a la boca y entabla comunicación con su superior:

—Máster-uno a Base Roja, cambio.

Derechev Bartok escucha el aviso y se lanza sobre el aparato de comunicaciones que tiene sobre su mesa en línea abierta con la operación.

—Aquí Base Roja, adelante máster-uno, cambio.

—Jefe, no va a creerlo...

—¿Qué sucede camarada Löbl? —El jefe de operaciones del FSB sabe que acaba de incumplir el protocolo de seguridad de emisiones radiofónicas militares al pronunciar el apellido de su subordinada, pero a esas alturas y en su estado, todo le da igual.

—Señor, la momia de Lenin... no está en la urna, repito, la momia no está en la urna.

—¡Maldita sea, esa secta cosmista se nos ha adelantado! —estalla Bartok

golpeando sobre la mesa. Luego siente cómo se tambalea mareado.

—¿Qué hacemos, señor? —pregunta la agente Löbl.

—...

—Señor, ¿sigue ahí?, cambio.

—Eh..., sí, máster-uno —Bartok se recupera del vahído, da un nuevo trago al vodka y ordena—: Trasládese de inmediato con tres equipos *Alpha* a San Petersburgo. ¡Ahora mismo! La operación Cosmos sigue abierta.

—¿A San Petersburgo, señor?

—Sí, máster-uno, y recójame antes de partir. Vamos a tomar al asalto la catedral de San Isaac.

7.30 A.M. hora local

Teníamos mucha sed. No sabía si estaba despierto o soñando... o muerto. Gastón Garcelán trataba de recordar quién era, qué había sucedido, dónde estaba... Sintió que cerraba los ojos y dormía. No sabía si habían pasado cinco minutos o cinco horas. Estaba muy oscuro. Vincenzo Fumo le había obligado a tomar a punta de pistola ciertas cápsulas negras. Le pareció oírse a sí mismo decir algo. Al cabo de unos instantes, o quizá había pasado mucho tiempo, alguien le sujetaba en un pequeño y estrecho lavabo mientras él orinaba sin voluntad, cayéndosele la cabeza a cada momento. Luego el pozo sin fondo.

Dentro del sueño soñaba o pensaba que imaginaba... Los sucesos parecían cobrar vida propia y ser reales. En su turbiedad mental, le parecía como si alguien escuchase sus pensamientos y tratara de reproducirlos. Estaba tan cansado... Quería apartar todo aquello de su mente y dormir, pero no podía. Comenzaba a despejarse.

—Ah, bienvenido de nuevo señor Garcelán; ha dormido usted un buen rato.

—Furno —murmuró Gastón, frotándose la tumefacta cabeza. Se dio cuenta de que iba sentado en el asiento de un coche, escoltado por un hombre que le apuntaba con una pistola de gran calibre. Vincenzo Furno iba delante en el asiento del copiloto. Otro hombre conducía el vehículo.

—Así es, ya veo que comienza a recobrase. ¿Pensaba de verdad que iba a dejarle al margen de todo esto? No, es usted una pieza demasiado valiosa. Imprescindible, para ser exactos.

—¿Dónde estoy?

—Estamos llegando al monasterio benedictino de Kreutzmünster... En Rumanía —le informó el *cavaliere*.

—¡Rumanía!

—Sí, ha dormido usted durante todo el trayecto. Comprenda que tenía que dejarle sin consciencia para poder traerle hasta aquí. Le quiero a mi lado, sabe usted demasiado, me temo que más de lo que aparenta, como para dejarle a su libre albedrío. Es usted una bomba de relojería.

Gastón miró por la ventanilla. ¿Qué hora sería? El coche avanzaba por un sendero rural flanqueado de altas coníferas y espesos matorrales. Se divisaban a lo lejos grandes formaciones montañosas de siniestro aspecto. En ese momento, al volver un recodo del sendero, apareció imponente un enorme edificio como una fortaleza, que

se elevaba ante los árboles con su fantasmal presencia sólida y vetusta. El automóvil se detuvo.

—Creo que le gustarán estos parajes tan exóticos, a los turistas de todo el mundo les encantan; estamos muy cerca donde el conde Vlad Tepes, más conocido como *Dracul*, tenía su castillo —señaló Vincenzo Furno.

El guardaespaldas que viajaba a su lado descendió y le abrió la portezuela apuntándole silencioso con su pistola. Nada más bajar del Audi A8 azul, un viento con olor a lluvia azotó el rostro de Gastón y despeinó sus cabellos. Aspiró complacido y comenzó a despejarse de su brumoso aturdimiento, aunque no sabría decir qué hora del día era. Había poca luz en el ambiente; no situaba los puntos cardinales, así que no podía saber si era por la mañana o por la tarde.

—¡Ah, aquí está!: el monasterio benedictino de Kreutzmünster —exclamó Vincenzo Furno dirigiéndose al edificio, como si hubiese estado allí en otras ocasiones y se alegrara de regresar.

Más tarde, Gastón Garcelán sabría que la abadía de Kreutzmünster está situada en el interior de esa región oriental y casi despoblada de Rumanía llamada los Cárpatos, siempre ahogada en una espesa niebla. La mole pétreo del monasterio de monjes benitos, formada por un conjunto de sólidas edificaciones de distintos estilos superpuestos y reformados a lo largo de las épocas, parecía más bien una parcheada fortaleza, y lo era en parte, pues como cenobio católico en medio de una región y un país inhóspito cuya religión oficial es la ortodoxa rusa, durante siglos hubo de aguantar como una ciudadela sitiada las acometidas furibundas de los reformadores protestantes y anabaptistas que habían asolado el centro de Europa en el siglo XVI.

Ya desde la lejanía, cuando lo permitían los pocos días al año en que el cielo y la tierra amanecen sin estar envueltos en su eterna gasa de niebla, lo primero que despuntaba de la abadía era el observatorio, llamado Torre del Tiempo. Semejaba un portentoso faro terrestre, o una de esas antiguas factorías de principios de siglo, con su planta primero cúbica y luego poligonal que conforme ganaba altura iba convirtiéndose en circular, como una fantasmal torre de Babel del conocimiento. La Torre del Tiempo era un museo de la ciencia, uno de los más completos del mundo, pero los monjes benedictinos nunca admitían visitas exteriores más allá del soportal barroco del enorme torreón.

Vincenzo Furno y Gastón Garcelán sí fueron, en cambio, bien recibidos en el monasterio de Kreutzmünster. Un silencioso monje benito con la capucha calada hasta los hombros les franqueó el paso abriéndoles la gran verja de hierro llena de cruces metálicas, herrumbrosas por la constante y húmeda niebla. Era como si traspasaran la cancela mohosa de un cementerio. Cuando la recia puerta de roble y hierro que daba acceso al torreón se abrió y apareció en el umbral el viejo abad, se abrazó con afecto a Furno.

Entraron. El gran vestíbulo de la torre estaba iluminado por la escasa luz que filtraban al interior las altas ventanas de vidrios decorados con imágenes de la vida y

las obras de San Benito Abad. El ambiente era conventual y sobrio. Gastón contempló las paredes completamente cubiertas de cuadros ovalados que reproducían retratos de los abades, profesores y caballeros.

—Subamos —dijo lacónico el anciano abad.

Ascender por las grandes escaleras de piedra de la Torre del Tiempo (parecían haber sido hechas para gigantes), en medio de la penumbra reinante, era como hacer un repaso iniciático a la sabiduría natural y la inteligencia humana.

La primera planta estaba abarrotada de miles de piedras. Eran fragmentos de todos los minerales conocidos, clasificados concienzudamente sin duda por las pacientes manos de los monjes. La segunda planta estaba cubierta de restos de grandes animales extinguidos. Entre ellos, el esqueleto de un enorme oso, un colmillo de mamut... y colgados de la bóveda por invisibles hilos, planeaban en falso vuelo los antediluvianos ictiosauros; sin duda hábiles reproducciones, quiso creer Gastón.

Luego, siguiendo con aquella muestra del equívoco entre lo real y lo imaginario, se ascendía al tercer nivel, donde esperaba la colección de animales invertebrados: insectos con apariencias horribles y amenazadoras, como si fuesen a echar a volar o a reptar crepitando sus patas y alas reseca, conservados bien por el formol o por el dudoso arte del taxidermista; animales extinguidos que en otras épocas transitaron vivos por el planeta, y que ahora parecían esperar pacientes un conjuro secreto que les devolviera a la vida.

El cuarto piso estaba dedicado al reino vegetal. Destacaban los curiosos ejemplares de setas de inimaginables colores (¿cómo se mantenían tan vivas?), y centenares, miles de plantas y flores de apariencia real, aunque su asepsia de olores hacía presuponer algún tipo de taxidermia vegetal. En la quinta planta Gastón vio varias momias romanas o etruscas, y una egipcia, y junto a ellas los inquietantes objetos de hueso y madera para el culto de culturas perdidas, junto a otros (aceites, pomadas, inciensos, pócimas...) para los rituales del vudú, traídos desde Nueva Guinea, o para la magia, el candombé y la santería, recogidos en Brasil.

Por fin, atravesando un ancho dintel de piedra rematado en arco de medio punto, los visitantes y el abad desembocaron en el sexto piso.

Y entonces Gastón lo vio.

¡El péndulo de Fixlmillner!

La última planta era circular, despejada de tabiques y pilares. Estaba rodeada de estrechas puertas de medio punto, que accedían a sendos habitáculos cada uno dedicado a algún tipo de objetos de observación y medida. Gastón, todavía cegado por el asombro, miró hacia arriba. La claridad llegaba desde un tragaluz en forma de cúpula realizada con centenares de plaquitas de cristal policromado que permitían filtrar un resplandor rojizo; quizá la luz del ocaso. Del centro semiesférico colgaba el péndulo, una esfera metálica oscura de medio metro de diámetro. De su parte alta partía el tensado cable que sujetaba la esfera colgante desde la parte superior de la torre, anclada allá arriba, en el centro de la cúpula vítrea, por medio de una gran

argolla metálica. La bola del péndulo permanecía suspendida a dos metros del suelo, contagiando con su majestuosa presencia aquel ambiente de ensueño científico y místico.

Mientras Vincenzo Furno y el viejo abad hablaban en lo que parecía ser rumano, Gastón, vigilado por los dos hombres armados que habían subido junto a su jefe, curioseó por la estancia asomándose una por una a las oscuras habitaciones que se abrían en derredor de la explanada circular. Había en ellas un amontonamiento informe y polvoriento de viejas clepsidras de vidrio, relojes de bronce, astrolabios de latón, telescopios, balanzas de torsión, esferas de vapor, retortas, matraces, probetas... En otros habitáculos reposaban multitud de aparatos medidores de los meteoros y fenómenos naturales, artefactos de geodesia, sismología, meteorología, espeleología... con los que rastrear el aliento y auscultar las palpitaciones telúricas del planeta. Y por los rincones, extraños aparatos de investigación magnética: bobinas, polos, arcos voltaicos, dínamos, electrodos, imanes y rotores... En algunas viejas mesas de madera se apilaban sucios y desgastados mapas, cartas de marear, tablas astrológicas, gacetillas lunares, sextantes, cuadrantes solares, cronómetros antiguos... Y astrarios, cuyo error de diseño al colocar la Tierra en el centro del sistema solar podía llevar al marinero o el explorador de la época a perderse en medio del océano y descubrir, por un suponer, las islas del Rey Salomón, la Atlántida o el reino perdido del Preste Juan.

Y presidiéndolo todo, como un rey en su trono, inmóvil todavía, el péndulo. Conectado al tiempo por la prolongación de su cordón umbilical más allá de los espacios siderales.

Aquella rojiza luz que descendía de la vítrea claraboya debía pertenecer al ocaso, que en estas latitudes se abalanza sobre la tierra como un sudario fantasmagórico, dedujo Gastón sin saber que se equivocaba. Desde hacía una hora, había comenzado a oscurecer repentinamente con una negrura superior a la noche. Afuera, a través de las troneras por donde entraban frías rachas de viento, se oía aullar a los lobos.

—Ha llegado el momento —susurró Vincenzo Furno.

Luego consultó su reloj.

—Faltan pocos minutos para que la sombra de la Luna se cierna de lleno sobre nuestras cabezas.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Gastón con forzado escepticismo, convidado a la fuerza en aquel extraño lugar.

—Los objetos —comenzó a ilustrar el *uomo de fidenza*, que seguía con sus gafas oscuras puestas—, desde los más pequeños hasta los más grandes, al igual que un planeta, muestran un doble comportamiento llamado cuántico; son a la vez onda y partícula. Los postulados de la física cuántica dicen que si sometemos a observación a un sistema cuántico, la onda se convierte en partícula, se *materializa*, en un complejo proceso llamado por los científicos colapso de la función de onda o colapso cuántico.

Gastón escuchó atento, aunque se estaba preguntando a qué venía aquello de la física cuántica, ya apuntado otro día por Jules Never.

—La mente del observador —continuó Furno—, allí donde pone su consciencia, eligiendo lo que observa y lo que no, crea lo que comúnmente conocemos como *realidad*. Antes de eso era función de onda *inmaterial*, invisible para nuestros sentidos y nuestra consciencia; era una mezcla ambigua de resultados posibles, una especie de limbo de los estados que pueden hacerse realidad. Todo el Universo está así conectado con nuestra mente, y si se elige conscientemente lo que se quiere *colapsar*, obtenemos los resultados tangibles y materiales que hemos deseado con nuestro pensamiento intangible.

Gastón pensó que Vincenzo Furno se estaba refiriendo a los postulados de la máquina aristotélica, solo que esta vez lo hacía desde el punto de vista científico de la física cuántica. Tenía miedo y sentía la mente todavía aturdida por las drogas, pero su enfermiza pasión de jugador le empujaba a seguir con aquel ábaco de casualidades, pues intuía que estaba a punto de desentrañar las reglas que lo movían y le habían embargado su vida.

El *cavaliere* parecía un extravagante teórico del MIT exponiendo sus enrevesados postulados:

—Un planeta flotando en el espacio se comporta en parte como un electrón en un átomo, de modo que la función de onda puede colapsarse en el planeta Tierra de la misma forma que en una subpartícula, si se obtiene la suficiente fuerza de consciencia de observación. Muchos han investigado que los efectos de un particular eclipse sobre el planeta varían factores naturales como su electromagnetismo y la polarización de sus *quantums*; o sea, su función de onda, nos ayuda a influir sobre su realidad física y la de sus habitantes. El eclipse influye en el planeta porque, como ya observó Albert Einstein, el tamaño de un objeto modifica la luz, y al suceder esto, los fotones interactúan con la radiación cósmica de fondo de todo el Universo, incidiendo sobre el planeta. En síntesis, durante los minutos de máxima presencia de un eclipse como el de hoy, la Tierra se comporta un poco más como onda que como partícula, por tanto es más fácil influir sobre su realidad cuántica. Pero una sola mente es poco para realizar el colapso cuántico, porque para que se produzca la magnitud de pensamiento necesaria, hacen falta muchas partículas medidas en neutrones cerebrales.

Gastón Garcelán se estremeció impresionado por la magnitud de lo que estaba escuchando. A estas alturas estaba predispuesto a creérselo todo, aunque si se atenía a la lógica, que hacía tiempo había desterrado de su vida, aquello parecía la monstruosa teoría de un loco que jugaba a ser Dios.

Barcelona,
5 P.M. hora local

El seminarista Balduino Letto se aprestó a cumplir el nuevo encargo de su superior Vincenzo Furno. Primero le había acompañado en su veloz avión privado desde Madrid a París. Una vez allí, y tras entregarle Furno cierta vieja caja metálica oxidada de incógnito contenido, el delegado apostólico había partido en su *jet* hacia Rumanía, y Balduino había tomado un avión de línea regular hacia Barcelona. Tenía que cumplir el plan milimétricamente, de lo contrario la experiencia no podría llevarse a cabo, le había advertido el *cavaliere*.

Ahora el seminarista acababa de llegar al pie de la catedral de la Sagrada Familia de Barcelona. Según el plan expuesto durante el viaje en avión a París, Balduino debía entrar en la cripta donde está enterrado el arquitecto catalán Antonio Gaudí y colocar aquella caja metálica dentro del sepulcro. No sabía por qué, pero intuía que aquella caja que el *cavaliere* llamaba el *Apparatus*, tenía que ver con la transmisión electromagnética desde la extravagante catedral barcelonesa hasta algún lugar remoto de Rumanía, donde ya habría llegado a estas horas su superior para supervisar personalmente el experimento que se disponía llevar a cabo. Todo debía hacerse a la hora prefijada. Se trataba de aprovechar la influencia que al parecer causaba la sombra del eclipse de sol.

Acudió a la calle Provenza y miró los horarios de visita pública del templo y de la cripta de Gaudí. Observó que dependían de las misas que se celebraban en la pequeña iglesia adosada al templo. Según Vincenzo Furno, «la experiencia culminante» (así la había llamado) debía realizarse a las 21.35 horas, de modo que el seminarista urdió un plan para cumplir su orden a tiempo y sin problemas de última hora. Buen conocedor de la liturgia y las costumbres eclesíásticas, Balduino Letto se sentía seguro. Como llevaba su sotana puesta, solo tenía que sacar una estola blanca y morada del bolsillo, colocársela alrededor del cuello y sentarse dentro de uno de los confesionarios de la iglesia, a esperar que terminara la misa de las ocho de la tarde y se cerrara el templo. Luego, bajaría a la cripta del arquitecto y depositaría allí el artefacto de la pequeña caja metálica oxidada.

Alrededor de las seis de la tarde Balduino ya estaba más que aburrido de permanecer quieto sin poder hacer nada, con el cuerpo abotargado por la postura estática dentro del confesionario. Se preguntaba cómo había llegado hasta allí,

traicionando y profanando todo lo que hasta entonces había considerado sagrado. No era la primera vez que incurría en el sacrilegio de fingirse sacerdote dentro de un confesionario. Recordó a Blanca, y su ardiente deseo se le reavivó entre las piernas. Pero no debía despistarse, tenía una importante misión que cumplir. Ahora trabajaba nada menos que para la mismísima Compañía de Jesús.

Cambió de postura y se concentró en lo que le había explicado Vincenzo Fumo antes de partir desde París. Se encontraba dentro del mayor símbolo arquitectónico de Barcelona, el templo inacabado de la Sagrada Familia, edificado por el arquitecto extravagante y visionario Antonio Gaudí. Justo en ese momento, alguien se acercó al confesionario. Sobresaltado, Balduino tanteó en el bolsillo de su sotana la navaja que se había comprado como recuerdo de Toledo, y que ahora llevaba consigo como arma preventiva. El que acababa de acercarse era un hombre mayor, un anciano renqueante y encorvado. Se encontraba delante de la portezuela del confesionario, haciendo costosos esfuerzos para arrodillarse. Balduino retrocedió hacia la oscuridad del cubil de madera observando atento las intenciones del recién llegado. No debía fiarse de nadie. La navaja resbalaba fría entre sus dedos. Escrutó al hombre por en medio de las rojas cortinas del confesionario, en cuanto este logró ponerse de rodillas con gran esfuerzo en la tarima del mueble expiatorio. Calvo, consumido, con el rostro enjuto y la piel sin brillo pegada a la calavera, los ojos hundidos en las cuencas, inyectados de sangre... Sin duda, pensó Balduino tranquilizándose, se trataba de algún jubilado escapado de un asilo cercano que buscaba consuelo religioso ante la cercana muerte. A todos los viejos les sucede.

—Ave María purísima —musitó quejumbroso el anciano en cuanto se hubo casi desmoronado de rodillas con doliente gesto.

Balduino Letto descorrió un poco más las cortinillas rojas para atender al anciano en confesión.

—Sin pecado concebida —contestó precavido, de nuevo obligado por las circunstancias a fingirse sacerdote.

—Padre, quiero confesar algo abominable que me atormenta.

—Te escucho, hijo mío; cuéntamelo todo, para el Señor no hay nada que no se pueda perdonar —ofreció solícito el seminarista emboscado.

—Padre, me acuso de pertenecer a una malvada agrupación.

—No será tanto... —dijo Balduino creyendo que el hombre se estaría refiriendo a algún club de mala fama.

—Una sociedad secreta inmunda, perversa... Peor que la masonería, padre —el anciano se detuvo reuniendo resuello antes de continuar.

Balduino Letto palideció. Se quedó en silencio sin saber qué decir ante esa revelación inesperada. Había oído hablar de la masonería como la más infausta de las aberraciones humanas según sus superiores en el seminario jesuita de Roma. Se dispuso a escuchar ahora con mayor interés.

—Tómame tu tiempo, hijo mío —dijo Letto.

—Padre, a través de la sociedad oculta a la que he pertenecido hasta hace poco, tuve ocasión de conocer un terrible secreto... —el anciano se interrumpió otra vez tembloroso y vacilante con el aliento del pecho acelerado; se notaba que aquella confesión le provocaba un gran sufrimiento moral.

—Adelante, hijo mío —alentó el seminarista—, el Señor te escucha y te perdonará si confiesas todo con verdadero arrepentimiento.

—Padre, en el día de hoy va a ocurrir algo terrible coincidiendo con el eclipse..., el último eclipse de sol del milenio.

Letto no podía creer lo que oía.

—Hace siglos que la traidora hermandad de la que le hablo planea junto a los judíos el nacimiento del Anticristo por medio de la influencia sobrenatural que causará este eclipse que nos amenaza desde el cielo... —el anciano sollozó—. Y eso sucederá aquí... —musitó con un resuello de gemidos y babas casi inaudible.

—¿Cómo? —De hecho, Balduino no le había escuchado bien.

—Sí, padre, el nacimiento del Anticristo que extenderá su reinado de terror desde el Oriente hasta el Occidente, ¿entiende el simbolismo, padre?, de Este a Oeste, igual que el sol en su recorrido diario... —respiró con dificultad—, ...ocurrirá hoy mismo y aquí, en la catedral de la Sagrada Familia. Un nuevo simbolismo... La Hermandad Negra ama los símbolos...

—¿Aquí? —preguntó Letto.

—Sí, padre, la Sagrada Familia, María y José, cobijando el nacimiento de su hijo-Anticristo..., ¡una burla sacrílega!

Balduino Letto estaba comenzando a asustarse, al mismo tiempo que ahora recordaba lo que le había dicho *Herr* Richard von Wagner sobre el nacimiento de Angolmois, el Gran Rey del Terror, según las profecías de Nostradamus.

—Sigue, hijo —animó el seminarista queriendo saber más de todo aquello.

—La Hermandad Negra sabía que este es el lugar sobre la tierra elegido desde hace siglos para el nacimiento del Anticristo...

—¿Pero por qué? —Balduino estaba aún tratando de calibrar si el viejo sufría demencia senil.

—Sí, padre, hacen falta dos puntos, dos polos activos para condensar la fuerza telúrica que causa el paso de la sombra del eclipse sobre nuestro planeta. Uno de ellos es la Torre Eiffel de París, el otro es la catedral de la Sagrada Familia de Barcelona. Primero la sombra pasará sobre la Torre, activando antiguos sistemas electromagnéticos de conexión instalados allí desde su construcción. Luego, cuando el reflujo de la influencia cósmica del eclipse alcance la vertical de Barcelona, su vibración será captada por la catedral y transmitida a la cripta, donde se producirá el surgimiento de la abominable criatura: un hombre convertido en un ser satánico de naturaleza inexplicable y sobrenatural surgirá entonces de las entrañas de la tierra satanizada por antiguos rituales nigrománticos...

—¿Por qué París y Barcelona? —preguntó Balduino Letto al escuchar tales

argumentos, sospechando que el *cavaliere* no había mencionado la Torre Eiffel en relación con aquel experimento.

—Porque París y Barcelona están en el mismo meridiano, padre, ¿entiende? Para que se dé la transmisión electromagnética son necesarias ciertas coordenadas sobre la tierra, y...

—¿Pero cómo va a nacer aquí el Anticristo, dónde? —interrumpió el seminarista, que estaba perdiendo la calma.

—Ya se lo he dicho, padre, en la tumba de Antonio Gaudí... ¡Esa es la vagina, el atanor, el crisol alquímico...! —gritó el viejo.

Balduino se estremeció. Precisamente aquel era el cometido encargado por Vincenzo Furno. Abrir la tumba del arquitecto y depositar dentro la vieja caja metálica.

—Siga —pidió ahora el seminarista al hombre del confesionario, tratando de calmarse y averiguar de qué iba todo aquello.

—Padre —el viejo había comenzado a llorar—, yo he sido depositario muchos años de este pérfido plan... He estado oculto en Toledo —¡en Toledo!, se estremeció Balduino por la coincidencia—, tratando de curarme de la horrible enfermedad que contraí por manipular los efectos de los eclipses... Pero todo ha sido en vano, padre, estoy condenado. Ahora, a punto de morir, todo lo que sé me está quemando las entrañas de remordimiento. ¡No quiero morir con este pecado en el alma, padre!

—Tranquilízate hijo, ¿qué es eso que sabes? —solicitó ansioso Balduino Letto.

—La Hermandad Negra intentó matar a Antonio Gaudí por traicionar los ideales herméticos en los que había sido iniciado desde su juventud, y por convertirse después al catolicismo precisamente al final de su carrera, cuando le fue ordenada la edificación de esta catedral —el viejo hizo una pausa para tomar aliento—. Y lo mismo quiero hacer yo ahora, padre, quiero volver al seno de la Santa y Apostólica Madre, la Iglesia de Jesucristo, el único Salvador —de nuevo el viejo había estallado en lamentos de dolor.

—¿Matar a Gaudí? —preguntó Balduino interesado en el detalle—. Pero yo tengo entendido que la muerte del arquitecto fue un accidente...

—Sí, padre —el viejo trataba de reponerse—, un accidente planeado por la Hermandad Negra para acabar con él y darle a otro hermano de logia la dirección de las obras de este importante edificio iniciático. Pero las cosas no salieron según lo planeado...

Entonces, el viejo contrito comenzó a contar aquella increíble historia: «Antonio Gaudí se encontraba cansado; faltaban dieciocho días para que cumpliera setenta y cuatro años, y su cuerpo fustigado por la ascesis, había perdido el empuje y la soberbia que ostentaba en sus comienzos como arquitecto. Fue muy fácil tenderle una trampa. Era un hombre metódico, de costumbres tan fijas que el personal de las obras de la Sagrada Familia tenía en él un reloj infalible. Aquella tarde, como cada día, a la misma hora, Antonio Gaudí dejó enrollados los planos sobre su mesa de trabajo

dentro de la cripta del templo en construcción. Aunque era ya el mes de junio, todavía refrescaba por las noches una sibilina tramontana, así que se puso su abrigo de paño negro, su bufanda gris y su sombrero afelpado color humo y se despidió hasta el día siguiente.

»También como cada jornada, el trayecto a pie que seguía el afamado y controvertido arquitecto estaba premeditado de antemano. Gaudí acudía cada tarde a la tertulia vespertina con el padre Mas, párroco de San Felipe Neri, antigua iglesia enclavada en el laberinto intestinal de callejas del Barrio Gótico. A la misma hora en que Antonio Gaudí abandonaba las obras, un anciano algunos años mayor que él, de igual estatura y complexión, y vestido con similar atuendo, renqueaba hacia algún lugar en dirección a la plaza de Tetuán. El anciano andaba algo dolido y escorado por sus achaques, sumido en sus pensamientos y musitando solo Dios sabe qué razonamientos que le ofuscaban la conciencia.

»Antonio Gaudí también iba sumido en los suyos, que eran principalmente el lento avance de las complicadas obras en la catedral, aquel extraño templo que le había sido encargado por una cofradía de inversores de la ciudad, pero que sus contemporáneos no estaban viendo con buenos ojos.

»Antonio Gaudí sabía que le tachaban de masón, que se rumoreaba que tenía relaciones con una monja, pero se refugiaba en el mutismo impermeable en el que se había sumido paulatinamente desde que se le confiara la dirección de las obras de la extravagante catedral neobarroca.

»Igualmente, también hacía poco que había buscado un refugio claustral en la cripta de la catedral, una especie de panteón neogótico que se había construido como lecho de muerte, y donde había instalado provisionalmente su estudio. Muchas veces incluso regresaba allí para dormir. Algunos aseguraban que el cambio de carácter y actitud que había sufrido desde su juventud la personalidad del arquitecto se debía a alguna rara enfermedad de la sangre, y quizá de ahí sus severas dietas y su ascetismo.

»El viejo coronel Ambrosio Grimau caminaba con toda la rapidez que le permitían sus cansados y resecos huesos. Tenía prisa. La prisa de quien ve llegada su hora. Debía acudir a tiempo a una cita establecida unos días antes, una citación a ciegas, otra más, esta vez en Barcelona, similar a las del ya largo periplo que desde el final de la guerra carlista había emprendido para cumplir su juramento en la frontera de los Pirineos, camino del exilio, tras la última batalla carlista. Nunca había cejado en su empeño de regresar de nuevo, pero no como ahora, de forma semiclandestina, sino al frente de un poderoso ejército enarbolando la bandera tradicionalista como un Cid resucitado, un Carlomagno invicto o un Federico Barbarroja fantasmal.

»Su azarosa vida en pos de los depositarios del secreto de la eterna juventud, la inmortalidad y la bilocación, los misteriosos caballeros iniciados de los que le habían hablado en aquella librería esotérica de París, había comenzado cuando el físico del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona, Salvá i Campillo, le había curado de la extraña enfermedad durante la última batalla carlista que él encabezó.

»—No se preocupe, mi coronel. Pertenezco a una sociedad mundial que se mueve en la clandestinidad llamada La Niebla —le había confesado a solas el médico catalán dentro de la tienda de campaña alumbrada por la luz anaranjada del candil, entre la pestilencia a sudor y miasmas del militar a punto de morir.

»"Conocemos los secretos de la vida y la muerte; la inmortalidad del alma es reflejo de la inmortalidad del cuerpo. La vida es una imagen en el espejo. No hay nada predeterminado. Usted, si lo desea, también puede ser inmortal, uno de nosotros, los Compañeros —le ofreció misterioso Salva i Campillo mientras le curaba.

»Ambrosio Grimau había aceptado aquel pacto diabólico al borde de la muerte sin evaluar las consecuencias, los métodos ni comprender la envergadura de su compromiso, como el recién nacido a quien el sacerdote le pregunta durante el rito del bautismo si "renuncia a Satanás y a todas sus manifestaciones". Salvá i Campillo había oficiado de Doctor Faustus y Grimau había recuperado la salud.

»El ovillo enrevesado, la sombra nebulosa tras la que se ocultaba siempre la sociedad de La Niebla le había conducido ahora a Barcelona. Alguien le había citado mediante una carta llegada a su mansión campestre. Era una tersa hoja de papel de gran calidad, perfumada de crisantemo y con el reborde orlado de negro como una esquela funeraria, timbrada elegantemente con un rebuscado membrete de símbolos heráldicos en los que sobresalía una flor de lis negra, debajo de los cuales figuraba el nombre del remitente: Jean-Claude, conde de Saint-Germain, de Saint-Martin, de Soltikoff, príncipe Raczky, marqués de Welldone, de Bellmar, de Monferrato, de Aymar y señor de Surmont. Tan regio personaje le había citado hoy para hablarle de la *Brouillard* en Els quatre Gats, el café bohemio más de moda por entonces entre la feligresía de artistas y noctámbulos de Barcelona. Y hacia allí se dirigía ahora el anciano coronel carlista con celeridad tras haber tomado un tren desde su provincia del sureste y haberse registrado en un hotel de la ciudad.

»Antonio Gaudí caminaba abismado en sus cálculos geométricos, volumétricos, estructurales, pesos, medidas, formas... Había enfilado la calle Valencia hasta desembocar en Bailén y luego hasta la Gran Vía en dirección al Barrio Gótico. Ambrosio Grimau, totalmente absorto en sus pensamientos sobre la misteriosa logia de los Compagnons, caminaba justo en dirección opuesta al arquitecto. A Gaudí le pareció escuchar por encima de su despiste el fragor de un carruaje de caballos que se aproximaba por algún lado de la calle. Sin mirar, guiado por un inconsciente instinto parecido al de los sonámbulos, se echó a un lado bruscamente tratando de evitar el choque, justo en el momento en que Grimau llegaba a su altura. Un encontronazo entre dos desconocidos despistados.

»El tranvía de la línea 30 desembocaba en esos momentos en la plaza de Tetuán. El coronel, empujado accidentalmente por el arquitecto, trastabilló unos instantes buscando el equilibrio, saliéndose desde la acera a la calzada, al mismo tiempo que tropezaba con el hueco de los raíles y perdía el equilibrio. No le dio tiempo a caer del todo sobre el asfalto. El tranvía, como un ciego animal antediluviano, llegaba en esos

momentos a la altura del anciano trabado en su camino, pifiando chispas eléctricas y rugiendo a hierro. Le embistió sin remedio. El cuerpo de Ambrosio Grimau salió empujado hacia delante, rodó unos metros a la derecha e impactó sobre Antonio Gaudí, todavía en la acera, que cayó hacia la calzada justo cuando el carruaje que trataba de esquivar llegaba a su altura por el otro lado. Fue alcanzado de refilón por el pecho de un musculoso caballo en plena calle.

»Todo esto había ocurrido en segundos. En un momento, dos hombres ancianos, con barba ambos y vestidos de forma similar, yacían inertes en la plaza de Tetuán. Alguien que había contemplado el accidente reaccionó ante la tragedia. Paró un taxi y le ordenó al conductor que transportara al más grave, el que había sido atropellado por el tranvía, a un centro sanitario. El taxista llevó a Ambrosio Grimau al Hospital de la Santa Cruz. Ni él ni el coronel, que había perdido el conocimiento tras el fuerte impacto, podían saber que aquel hospital en concreto estaba desde hacía años, en secreto, bajo los auspicios de la *Brouillard*.

»—Doctor Guach, acaban de traer a un hombre muy mal herido.

»El director médico del Hospital de la Santa Cruz, el doctor Jordi Guach, era un miembro oculto de la sociedad de La Niebla. Miró al enfermero que le traía el aviso a su despacho sin entender la urgencia del caso. Aquello era un centro sanitario. Ingresaban a diario muchos enfermos y heridos, ¿no? Entonces, ¿qué tenía este de particular?

»—¿Y qué tiene ese herido de particular, Pep?

»—Creemos que es Antonio Gaudí, el arquitecto.

»El doctor Guach dio un bote en su sillón y se le contrajo el rostro.

»—¿Qué le ha pasado? —le preguntó al enfermero tratando de disimular su sorpresa.

»—Parece que es muy grave, ha sido atropellado por un tranvía.

»—Que avisen al doctor Feliú; preparen todo para una intervención de urgencia.

»Cuando el enfermero hubo salido de su despacho, el director del hospital abrió con un llavín dorado uno de los cajones de su escritorio, y sacó una carpeta de cuero. Allí, en aquellos papeles, las instrucciones, llegado el caso, estaban muy claras: “Nuestro hermano en la causa Antonio Gaudí debe ser enterrado a su muerte, de forma irrevocable, en la cripta que a tal efecto él mismo ha construido en el templo de la Sagrada Familia...”. Tres días después del accidente, el 10 de junio de 1926, los periódicos de Barcelona daban cuenta de la muerte del famoso arquitecto Antonio Gaudí en el Hospital de la Santa Cruz. Los médicos no habían podido hacer nada por salvar su vida.

»Pero el verdadero arquitecto había sufrido con el golpe del caballo una leve amnesia durante unos días. Ni siquiera, al paso del funeral con las exequias en su honor, descubrió el malentendido. ¿Por quién sería aquella impresionante manifestación de duelo? —se preguntó, tratando de recordar quién era él para saber adónde ir. Vagó unos días como un mendigo. Y al cabo de ello, al pasar frente a las

obras de la Sagrada Familia, le volvió a la mente su identidad. Entró en la catedral, pero no fue reconocido, en parte por el descuidado aspecto que llevaba después de su accidente y los días tirado en la calle.

»—¿Conque Gaudí, eh? Ande, váyase a dormirla, abuelo —le dijo uno de los albañiles, echándole de allí.

»Pocos días después, el cuerpo sin vida de un anciano era recogido por la policía municipal y llevado a un hospital. Los médicos diagnosticaron fallecimiento por un fuerte golpe en el pecho, eso amén del frío y el hambre que aquel pobre había sufrido en sus viejas carnes durante algunas semanas a la intemperie. Fue enterrado sin más en una fosa anónima del cementerio».

Rumanía,
5.25 P.M. hora local

Vicenzo Furno ordenó a Gastón que se colocase debajo del péndulo, y a sus guardaespaldas que le atasen las manos a la espalda y lo vigilaran para que no se moviese de allí.

—Es mejor que colabore —amenazó el *cavaliere* con su cazallosa voz de canceroso—; si se resiste nos veremos obligados a administrarle otra droga o a matarle antes de lo previsto. Y ya conoce usted el dicho español: «mientras hay vida hay esperanza...».

Gastón se prestó resignado a aquella nueva locura que le deparaba el destino.

—La sociedad a la que pertenezco... —comenzó Furno.

—¿Qué sociedad? —interrumpió Gastón.

—Sigue usted tan curioso como siempre, ¿eh? Está bien, por qué no. Después de todo... —el tono suspensivo sonaba a amenaza—. Digamos que represento a una sociedad no manifiesta públicamente radicada en el Vaticano pero extendida por todo el mundo que quiere trasladar su epicentro de poder y su influencia hacia Rusia, y para ello es necesario eliminar toda posibilidad de reinstauración del antiguo régimen imperial que apoye a nuestra enemiga la Iglesia Ortodoxa. Y eso precisamente —añadió— es lo que pretenden algunos tratando de recuperar la figura del zar a través de los herederos de los Romanov.

Gastón entendió que su raptor se estaba refiriendo a Pierre Rakosky, por lo que dedujo que ahora debían estar enterados:

—¿Ah, sí? ¿Y usted qué es lo que pretende?

—La sociedad a la que pertenezco necesita una cabeza visible, un gobernante adecuado..., un nuevo *pontifex maximus* para cuando conquiste Rusia y expulse a los herejes de la Iglesia Ortodoxa. El Papa de Roma está viejo y cansado, entregado a las sectas conservadoras de la Iglesia Católica. Es una rémora y esperemos que muera pronto y se acabe con esta patética situación. Entonces...

—No me diga que usted... —Gastón estaba comenzando a comprender.

—¿Por qué no? En esta vida hay que elegir a los más fuertes. Es la ley del Universo. Además, sobre alguien ha de recaer la responsabilidad de encabezar la nueva Roma renovada justo a los dos mil años de la creación de la primera; me refiero desde luego al nuevo Vaticano que fundaremos pronto en Rusia. ¡Y yo soy el

elegido para ese nuevo solio pontificio! —exclamó opado Vincenzo Furno.

—No me diga, ¿y quién le ha elegido? —replicó irónico Gastón—. Yo no veo la fumata blanca por ningún sitio.

Furno le miró a través del cristal oscuro de sus gafas doradas como si lo fulminase. Dejó pasar unos segundos:

—Nadie. Soy el elegido del destino. Gracias a la poderosa influencia cósmica que dimana del eclipse de sol de hoy seré bendecido con el poder sobrenatural de un dios inmortal. El *Apparatus* que usted halló en el templo de París, aún no sé cómo, está siendo instalado ahora mismo en el lugar donde se producirá mi muerte y mi resurrección a la nueva vida eterna, como indican los más ancestrales rituales de la iniciación. Y ese mismo *Apparatus* recibirá desde aquí los impulsos electromagnéticos que provoca la sombra del eclipse, y que van a ser transmitidos por el péndulo que tiene usted sobre su cabeza. Luego —agregó—, yo recibiré dichos efectos en mi carne mortal, y el colapso cuántico que causará sobre mis células me transformará en un ser inmortal y omnisciente.

—Está usted más loco de lo que suponía —espetó Gastón con repugnancia.

—No, señor Garcelán, ahora sabemos que los viejos códigos de una ancestral sabiduría perdida en la noche de los tiempos, como el *Nuctemeron* de Apolonio de Tiana, coinciden con las modernas teorías de la física cuántica. ¿Todavía no lo comprende?

—¿El qué? —repuso Gastón desafiante.

—Así es como resucitó también el propio Jesucristo; la Iglesia viene estudiando ese milagro desde hace siglos, y ha descubierto que todo estaba programado de antemano para convertir a Jesús en un ser sobrenatural, en el Mesías que anunciaban las Sagradas Escrituras. Todo fue un montaje. Lo indica la Biblia de forma bien clara: el día de la crucifixión el cielo se oscureció... ¿Entiende?, ocurrió un eclipse, tal como han confirmado los astrónomos. Un eclipse sobrenatural, similar a este de hoy. Y la Iglesia sabía la fecha desde hacía siglos, por eso los jesuitas cambiaron el calendario juliano por el gregoriano, para despistar a los que intentaban averiguar la fecha y el lugar propicio para aprovecharse de esta conjunción planetaria y sus anomalías cuánticas.

—Así que según usted, Jesucristo no era el Hijo de Dios, sino alguien resucitado gracias a un eclipse —sonrió Gastón.

Vincenzo Furno asintió en silencio captando la incredulidad.

—Entonces, ¿dónde está ahora? —preguntó Gastón a continuación.

—¿Jesucristo? Hace casi dos mil años que se marchó de esta tierra de perdición. Dimitió de su cometido de gobernar el planeta. Pero está bien, no importa. ¡Ahora yo ocuparé su lugar y su trono vacante; seré el nuevo Cristo, el príncipe de este mundo! ¡El Anticristo!

—El Anticristo... —Gastón comenzaba a dudar. Lo cierto es que, aunque todo aquello sonase a locura, encajaba, tenía sentido con todo lo que le habían explicado

hasta entonces la vieja María Salón, Jules Never y el *Doktor Wagner*.

—Todo esto parece magia, pero tiene una explicación científica: la mente es un polarizador de la realidad —explicaba Furno—. Y usted, señor Garcelán, tiene una mente privilegiada. Oh, no, no; no infle demasiado su vanidad intelectual, me refiero tan solo al estado cuántico de su mente, no a su inteligencia. De hecho, al principio pensábamos que el polarizador era su amigo Pascual Alcover, que es el más inteligente de ambos. Pero luego descubrimos que el efecto cuántico no es cuestión de inteligencia o de conocimientos, sino de imaginación.

—Muchas gracias por el cumplido.

—Es su forma de pensar lo que me interesó cuando le conocí bien en Toledo a través de mi ayudante Balduino Letto y de esa chica, Blanca.

—¿Me ha estado espiando a través de...?! —Gastón explotó de ira por la revelación. Aquello era la maniobra canalla de un espía sin principios.

—Sí —admitió Furno con satisfacción—, usé a ese seminarista del templo de San Andrés y a su corista para acceder a usted. En mi sociedad decimos que el fin justifica los medios.

Gastón estaba indignado. Crispó los puños atados a la espalda lleno de ira.

—¡Blanca! —Escupió con odio.

—Por favor, no sea pueril —amonestó Vincenzo Furno—, una persona tan inteligente como usted puede aspirar a empresas mucho más grandes y a mujeres mucho mejores. ¿No me diga que a usted también le gustaba esa muchacha pueblerina sin más encantos que su voluptuoso cuerpo...?

Gastón palideció de odio.

—Vamos, mírese —añadió el *cavaliere*—, jadeando enamorado por un chochito caliente. Usted no es de esa clase de persona. Ande, déjeme que continúe, quizá al final de mis explicaciones técnicas lo entienda mejor, aunque ya sea demasiado tarde; mucho me temo que es usted una de esas personas que siempre eligen el bando perdedor.

Gastón quería matar a alguien, pero no se decidía a quién. Le habían estado espiando, tomando el pelo como a un chiquillo.

—Como le estaba diciendo —continuó Furno—, es su manera de observar y modificar con su imaginación desbordante y desbocada la realidad que le rodea lo que me interesa de usted; la manía suya de ensoñar y enlazar conceptos de todo tipo de forma aleatoria. Porque esa en sí es la esencia del *quantum*, la aleatoriedad, la probabilidad, por decirlo de forma más científica. Hay muy pocos en el mundo con sus condiciones naturales, señor Garcelán. Usted es un polarizador, lo ha demostrado con ese juego de coincidencias que alguien le incitó a poner en marcha en su infancia, porque en realidad, no son coincidencias, sino que es usted mismo, sin darse cuenta, quien ha estado modificando la realidad que le circunda a cada momento con sus pensamientos.

Gastón, prisionero y clavado debajo de la esfera del péndulo, abrió los ojos

asombrados, impresionado por aquel último argumento. La ira se disolvía, y en su lugar, la soberbia ocupaba de nuevo su cabeza.

—Sí, señor Garcelán —prosiguió Furno—, todo esto es real y absolutamente científico. Permítame darle una sencilla explicación y verá cómo lo entiende: la palabra *quantum* proviene de Max Plank, que fue un físico que estudió cosmología y biología, y descubrió que la energía, en forma de luz, en realidad son paquetes de energía denominados *quantums*. Existen unidades mínimas para todas las energías. La luz llega en *quantums*, en ondas completas; a comienzos del siglo xx, los científicos se preguntaban si la luz era una onda o una partícula. En realidad, tiene una naturaleza dual, onda y partícula. El componente de la partícula es lo que se denomina *quantum*. El ser humano absorbe y emite vida y energía en *quantums* y la consciencia humana se compone de *quantums* que pueden ser divididos en *semiquantums*; estos *semiquantums* equivaldrían a las emociones humanas según cada estado del pensamiento.

Ahora, Gastón escuchaba realmente interesado.

—De acuerdo con el concepto del proceso de colapso cuántico, los *quantums* existen aunque solamente veamos los estados parciales del *quantum*, que son el positivo y el negativo, y siempre funcionan como una sola unidad, un *quantum*, que es la estructura mínima del universo. Si le digo que usted es un polarizador, es porque su mente crea la realidad conforme la imagina. La consciencia del *quantum* se considera transformación, la realidad es la parte donde se detiene la consciencia. Uno ve un polo de la realidad, y para él, eso es lo real. Pero el otro polo también existe.

Gastón se estremecía sin darse cuenta de que se estaba quedando helado allí de pie.

—Colapso cuántico es cuando se observan los dos polos a la vez. Está demostrado científicamente, que el acto de observación, o sea, de toma de consciencia, modifica el momento angular de la partícula. El salto cuántico de consciencia al cambio que se produce en la consciencia de la persona como resultado de haber completado el proceso de colapso cuántico. El proceso de colapso cuántico cambia el entorno, porque cuando se cambian las percepciones internas, el ambiente que nos rodea también lo hace. Lo que percibimos de nuestro mundo se refleja en lo que atraemos. Usted es capaz de hacer y controlar todo ese proceso de forma voluntaria, de manera que puede, con la ayuda adicional de las alteraciones cuánticas que provoca el eclipse, modificar a voluntad aspectos de la realidad tan aparentemente inamovibles como la vida y la muerte. ¿Lo ha entendido?

Gastón no respondió. Se sentía asustado, superado, incluso culpable por todo lo que había desatado su mente desde hacía años, como si hubiese creado y luego liberado a un poderoso Golem, un Leviatán que ahora amenazara con destrozarle la vida y cobrar una libertad devastadora.

—Está usted mal de la cabeza —amonestó Gastón asustado. Puede que fuese

verdad que él siempre elegía el bando perdedor, porque ahora lamentaba haberse dejado arrastrar por la ilusión de que todas aquellas explicaciones pseudocientíficas pudiesen ser ciertas. Basculaba de un lado a otro. Era el pecado de su vanidad lo que provocaba tal caos. No existen los poderes mágicos, se decía ya cansado de todo aquello. Quizá era mejor dejarlo a tiempo, como había hecho Pascual, o de lo contrario terminaría un día sin juicio como aquel tipo.

—¡Suélteme, deje que me vaya de aquí! —gritó Gastón haciendo ademán de marcharse. Pero las ataduras y los guardaespaldas de Furno le obligaron a quedarse en el lugar amenazándole con sus armas.

—Cálmese, señor Garcelán —intervino el *cavaliere*—. Un poco de paciencia. El gran momento ha llegado, ahora verá hasta dónde es capaz de llegar su juego de coincidencias y casualidades.

Vicenzo Furno consultó de nuevo su reloj:

—Es la hora en punto. La máxima influencia del eclipse se cierne ahora sobre nuestras cabezas. ¡Poned el péndulo en movimiento! —gritó ronco alzando los brazos como un sumo sacerdote.

Justo en ese momento, Gastón alzó la vista hacia arriba, mirando con su rostro sorprendido la esfera sobre su cabeza, y más allá la luz que se filtraba por la cúpula. El abad se disponía a empujar la pesada esfera pendular, cuando de repente sonó un estruendoso ruido y una lluvia de cristales de colores, como serpentinas lenticulares, comenzó a caer con estrépito.

¿Dios había oído las súplicas de Gastón Garcelán?

No. Dios no. Como una exhalación, dos hombres vestidos de negro se descolgaron veloces desde arriba por sendos cables a ambos lados del péndulo. Al mismo tiempo que los recién llegados de las alturas ponían pie en el suelo de la estancia, tres hombres similares irrumpían raudos portando armas automáticas, apuntando con ellas a Vicenzo Furno y sus esbirros. Los cinco hombres de negro se repartieron con calculada precisión alrededor de la estancia circular, desarmando y amordazando con endiablada precisión a los dos guardaespaldas del *cavaliere*. Iban enmascarados con pasamontañas y equipados con una sofisticada indumentaria de comando: micrófono y auricular de intercomunicación, chalecos antibala, gafas de metacrilato, casco de *kevlar*, armas de gran cadencia de tiro... No distinguió ningún tipo de insignia que delatara su procedencia, parecía una unidad de fuerzas especiales. ¿Quiénes eran esos cinco hombres?

—¡Que nadie se mueva, todos quietos! —ordenó en comprensible pero imperfecto inglés el que parecía mandar la operación. Luego se ajustó el micrófono a la boca—. Delta-Líder a Delta-4, informe.

—Delta-4 despejado —se escuchó por el intercomunicador del comando principal.

—Delta-Líder a Delta-6, informe de situación.

—Aquí Delta-6, todo despejado y listos para evacuación —dijo la nueva voz por

el interfono del jefe.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó airado Vincenzo Furno dando un paso adelante.

—¡Quieto, no se mueva! —ordenó el jefe apuntando su arma, y enfocando con la linterna adosada al subfusil de asalto la cara pálida y siniestra del enojado *cavaliere*.

El jefe de los comandos habló de nuevo:

—Usted —dijo dirigiéndose al abad—, desate a ese hombre.

—¡Vamos, deprisa, deprisa!

Furno miraba hacia la cúpula de vidriera destrozada. Parecía no entender, estaba como petrificado en el sitio. Mientras tanto, la sombra de la Luna seguía barriendo la faz de la Tierra a gran velocidad.

—Todo está perdido —murmuró el *cavaliere*.

—¡Venga, abajo, nos vamos! —urgió el jefe del comando.

Gastón, flanqueado por los cinco hombres de negro, corrió veloz escaleras abajo. Al salir al exterior vio a otros dos más que aguardaban con sendos fusiles de asalto AK-47 de fabricación rusa custodiando un enorme vehículo todoterreno de apariencia militar verde oscuro, también carente de identificaciones. Le empujaron dentro del vehículo y todos entraron tras él con milimétrica precisión.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde me llevan?

—No estoy autorizado a dar esa información —respondió escueto el que hacía las veces de jefe.

Todos permanecían con las armas prestas y los pasamontañas calados, pero se habían quitado los intercomunicadores, los cascos y las gafas de protección. El enorme automóvil militar partió bramando a toda potencia.

Arriba, en lo alto de la torre, aún reinaba el silencio y la quietud. La decepción y el odio se mezclaban en el rostro de Vincenzo Furno, que seguía mirando hacia arriba tratando aún de comprender lo que había pasado. Mientras, una tenue claridad comenzaba a despuntar en lo alto de la cúpula de hierro forjado y cristales policromos que remataba la torre del péndulo.

Castillo del conde Vlad. Montañas de Bran.

Extremo oriental de Rumanía

6.15 P.M. hora local

Hacía días que aquellos hombres malos la tenían retenida por la fuerza, desde que fuera secuestrada ante su familia en la catedral de San Pedro y San Pablo, el día de su confirmación. Desde entonces, a Natacha Mijailovsky le habían repetido aquella martingala increíble: que ella era la zarevich, la princesa heredera del antiguo imperio ruso, descendiente del zar Nicolás II, asesinado en Yekaterinburg al comienzo de la revolución bolchevique. «¿Estaban locos aquellos hombres malos?», se preguntaba compungida la niña, viendo cómo su malestar se agravaba por momentos debido al ajeteo del largo viaje al que había sido sometida desde su rapto.

—¿Cuándo voy a volver a casa? —preguntó Natacha al hombre vestido con una extraña capa blanca que había ido a buscarla a su habitación.

—Su casa, alteza, es la Santa Rusia. Pronto volverá a la Patria con toda su gloria y poder —le dijo con áspera voz extranjera.

Natacha siguió al fornido hombretón, que abría paso por los tenebrosos corredores del castillo alumbrando la densa oscuridad con una antorcha humeante. Hacía un frío que helaba el alma, sobre todo cuando pasaban junto a alguna de las ventanas de grueso alféizar que daban al vertiginoso precipicio. Entraron en la sala capitular de la fortaleza, donde en una gran chimenea ardían grandes trozos de encina caldeando el ambiente. La estancia, más larga que ancha, muy espaciosa y alta, estaba decorada con algunos enormes tapices rectangulares que mostraban sin pudor crueles batallas en las que había participado la Sagrada Orden del Dragón contra los enemigos de la Iglesia Ortodoxa; o en otros, diabólicas escenas de faunos, sátiros y diablos persiguiendo y haciendo el amor en posturas y gestos aberrantes con asustadas doncellas desnudas. Natacha miró aquellas imágenes, y al momento bajó turbada la bella cabecita pelirroja hacia abajo.

Arrimado a la chimenea de piedra, sentado abstraído en un gran trono de madera oscura tallado de arriba abajo, que reproducía en la parte superior del alto respaldo un dragón coronado de dos cabezas, se encontraba un hombre de largos cabellos lacios negrísimos y gafas redondas de cristal rojo, cuyo reflejo del fuego hacía invisibles sus ojos. Pierre Rakosky, hundido en el sitial acolchado de terciopelo púrpura, observaba

absorto la danza de las llamas que devoraban la olorosa encina. Se había desprendido de su gran abrigo pardo de aspecto militar, y en su lugar vestía ahora una larga capa de vivo color rojo, y debajo de ella un dormán escarlata oscuro con ricos entorchados en oro y plata.

—Príncipe, la muchacha está aquí —indicó el hombretón que custodiaba a Natacha Mijailovsky.

Rakosky se volvió hacia los que acababan de entrar. Levantándose del sitial, aquel gigantón se puso de rodillas ante la asombrada jovencita.

—Alteza imperial —proclamó ceremonial—, la Sagrada Orden del Dragón y el Santo Sínodo de la Iglesia Rusa en el Exilio le presentan sus respetos. Hoy, el gran día de la oscura señal en los cielos, su alteza será coronada zarina de todas las Rusias.

Natacha abrió con sorpresa e incredulidad sus bellísimos ojos azules llenos de lágrimas, y tosió con su leve vocecita entrecortada por la fiebre, salpicando de saliva la comisura de su hermosa boca. El humo de la gran chimenea la atosigaba.

—No se preocupe, alteza —agregó el gigantón con preocupación—. Yo, príncipe de Rumanía y Sumo Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el Exilio, dirigiré en persona la ceremonia y el ritual cósmico que os sanará. El espíritu del Dragón caerá protector y vivificador sobre su alteza como el águila bicéfala imperial de la patria rusa, sanándoos de toda enfermedad y de toda mácula. Entonces seréis proclamada emperatriz, tal como anuncia la profecía del icono de Kazan. La auténtica Iglesia Ortodoxa Rusa volverá de su exilio a la madre patria para compartir con su alteza la gloria de los nuevos tiempos, así como yo compartiré con vos el trono de Rusia para vengar a nuestros enemigos seculares, los judíos, los falsos ortodoxos, los católicos y los bolcheviques.

—Excelencia, la zarevich está cada vez peor —alegó el hombre que escoltaba a la muchacha—. Los hermanos de la Orden dudamos si podrá soportar el ritual; es demasiado duro..., quizá habría que...

—¿Qué?! —rugió Pierre Rakosky haciendo vibrar con destellos infernales su rojo atuendo— ¿Suspender el experimento?

Alzó su brazo amenazador en el aire apuntando con su dedo enjorjado al que había hablado.

—Mi querido maestro de la Sagrada Orden del Dragón, ¿sabes cuánto he esperado a que llegara el día de hoy? ¡Seis siglos! ¿Tienes acaso idea de cuánto tardará en ocurrir una nueva alineación planetaria de las características de esta? ¡Cientos de años! Estoy harto de esperar. El tiempo es mi tortura ¿Y tú me dices que suspenda el experimento? El poder del eclipse sanará a la zarevich, para eso estamos aquí. Vamos, maestro, ordenad que la lleven a la sala del péndulo y conducidme a donde está el prisionero.

Por lo general, en esta época del año, aun siendo verano, un feo cielo gris rema en la comarca de los Cárpatos a cualquier hora del día o de la noche. Las nubes lo cubren

todo en sucesivas capas a cual más ominosa. Sin embargo, unas pocas veces, el viento gélido de las alturas descorre aquel triste telón y entonces una pálida luna, visible en estas latitudes durante todo el día, surge por un rasgón entre el velo negro del cielo, y asoma solitaria allá arriba con su pálida semblanza abriéndose paso ciclópea hacia la privilegiada y azulina tierra de aquí abajo. Sin embargo, hoy la luna no iba a ser clara, sino oscura y siniestra. Pronto la diabólica influencia del eclipse derramaría su perdición sobre estas malditas montañas de Bran, escenario de horribles leyendas de un conde no muerto.

Gastón Garcelán se sobrecogió con el cuerpo tiritando de miedo y de frío. Nunca había sufrido de vértigo, pero ahora, asomado a la ventana de la celda donde había sido confinado tras una hora de viaje por empinados caminos y peligrosos barrancos de torrenteras abismales, se aferraba a la gruesa reja de hierro. A sus pies se abría un abismo del que no se podía distinguir el fondo. La débil claridad del día era causa de la espesa niebla que todo lo envolvía con su frío aliento de muerto.

El castillo del conde *Dracul* le había impresionado vivamente ya al contemplarlo desde la lejanía. Conforme el vehículo militar se acercaba rugiendo por escarpados y estrechos caminos y pasos de montaña que rebordeaban los precipicios de la gran mole rocosa en cuya cima se enclavaba la fortaleza, a Gastón se le había ido encogiendo el estómago. El castillo de piedra negra, quizá por efecto de los hongos tumefactos y la húmeda vegetación que lo invadía, ofrecía un aspecto infame y pútrido.

Tras descender del vehículo militar, el comando le había dejado libre en una explanada de la fortaleza y se habían marchado. Un hombre mayor vestido con ropajes medievales le había salido al paso para recibirle.

—Bienvenido al castillo del príncipe Vlad de Rumanía —se expresaba en correcto inglés pero con el fuerte acento rumano—. Su excelencia me pide que le transmita que ha sido usted rescatado de manos de ese hombre del Vaticano para prestarnos su valiosa ayuda.

Gastón Garcelán esperaba pues en la celda casi vacía que le habían asignado en aquella lóbrega fortaleza.

Así que esos hombres del comando le habían salvado por orden de un príncipe, y le habían llevado al castillo del conde *Dracul*. ¿Para eso le habían arrancado de las garras de Vincenzo Furno, para meterlo en aquella húmeda habitación donde desesperaba sin saber qué demonios estaba sucediendo? Pues no parecía que hubiese ganado mucho con el cambio. Aquí el frío mordía con más saña que en el monasterio benedictino. Escuchó estremecido el eco de los lobos aullando a lo lejos. ¿Y quién es ese príncipe?, que yo sepa —se estaba diciendo Gastón—, en Rumanía no hay monarquía y está abolida la nobleza, mientras que esto se supone que es el castillo del conde *Dracul*. No entiendo nada.

Entonces oyó el cerrojo de hierro de la puerta de la celda y se volvió sobresaltado. Acababa de entrar un hombre alto, maduro pero de impecable porte, fornido, con

barba rala y canosa y vestido con una capa blanca sobre la que figuraba bordada en negro al costado izquierdo... ¡sobre la que figuraba la esfera y la cruz invertida! El hombre, aparejado con los diversos atavíos de un caballero medieval, dejó ver entre los pliegues de la capa el pecho de su casaca de cuero con la imagen repujada de un dragón bicéfalo. Luego inclinó levemente la cabeza hacia él y proclamó ceremonioso como un heraldo haciéndose a un lado dentro de la habitación:

—Su alteza el príncipe Vlad, príncipe Rakoczi, conde Voronstov-Dachkov, conde de Saint-Germain y marqués de Rakosky.

Tras la retahíla nobiliaria, apareció en el umbral Pierre Rakosky vestido con una extraordinaria capa roja de satén que le arrastraba dos metros por detrás, orlada de dragones bicéfalos coronados, y bordados en hilo de oro y piedras preciosas. Lucía un aspecto imponente, más erguido y mayestático que nunca, rígido en su imbuida majestad.

—Bienvenido a mi morada, señor Garcelán —pronunció con su característico acento ruso.

—¿Príncipe? ¿Es usted príncipe? —ironizó Gastón por encima de su sorpresa.

—Usted lo ha dicho —asintió sin inmutarse Rakosky.

—Pero ¿qué hago aquí, para qué me ha salvado de su socio; y qué hace usted en este castillo...?

Pierre Rakosky alzó su mano provocando con ello un frufú de seda y una cascada de tela roja que aleteó en el aire húmedo de la cámara.

—Demasiadas preguntas... —atajó impávido el ruso.

—Y muy pocas respuestas... —contestó molesto Gastón—; quiero irme de aquí ahora mismo.

—Muy bien, hágalo —Rakosky extendió su enjoyada mano derecha hacia la ventana, por donde Gastón había estado mirando el infinito y desolado paisaje de altas montañas y profundos precipicios. Rakosky sonrió malicioso ante la cara derrotada de su invitado.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó apesadumbrado Gastón, aceptando su situación.

—Ha llegado la hora que todos estábamos esperando.

—El día del eclipse —completó Gastón—, sí, de eso ya me he dado cuenta.

Rakosky afirmó con la cabeza.

—Sí, el eclipse... La cruz cósmica. Gracias a su influencia reinaré de nuevo en Europa, aplastaré a las naciones que han dado cobijo a la rastrera raza sionista, a los turcos que me vencieron a traición hace siglos, a los bolcheviques y a los comunistas... y sobretodo, a los enemigos de la Iglesia Ortodoxa en el Exilio: el Patriarcado de Moscú y el Vaticano. Muy pronto yo, príncipe de Rumanía, unificaré los Balcanes, las Mongolias y Rusia en la fe ortodoxa y gobernaré la nación más poderosa de la tierra.

Gastón Garcelán frunció el ceño preocupado. Aquel hombre estaba aún más loco

de lo que aparentaba. ¡Todos estaban locos! Seguramente —pensó— se debe a la nefasta influencia de este maldito eclipse del milenio, que tiene a la gente tan trastornada. Pero aun así, no podía dejar de pensar en todo lo que le había revelado Vincenzo Furno sobre la física cuántica y su presunta privilegiada mente.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Qué quiere de mí? —insistió Gastón manteniendo la dignidad en lo que pudo.

—Usted va a contemplar desde aquí el eclipse de sol...

—Lo siento —ironizó Gastón—, pero no he traído mi kit de protección.

Rakosky frunció el ceño y puso cara de no entender, mientras el hombretón de la capa blanca se le acercaba al oído y le murmuraba:

—Se refiere a las gafas ahumadas de cartón que desde hace unas semanas están distribuyendo algunas revistas esotéricas para mirar sin deslumbrarse el eclipse.

Pierre Rakosky endureció el rostro:

—¡Déjese de bromas! ¿No se ha dado cuenta de su alta misión? Usted es necesario, imprescindible para devolverle la salud a la zarevich. Luego, cuando su alteza imperial esté curada de esa maldita enfermedad de sangre propagada hace siglos por ese judío llamado Jesús, yo plantaré en ella la semilla que traerá al mundo al Anticristo, el *príncipe de este mundo*, según rezan las profecías más ancestrales de la humanidad.

En algún lugar de Madrid

6.05 P.M. hora local

Hacía ya un buen rato que Pascual Alcover, Victoria y Nico esperaban en aquella especie de sótano con el aliento encogido sentados en unas incómodas sillas de tijera, tal como alguien les habían ordenado.

—Siéntense ahí y esperen.

Ahora estaban hablando a susurros, un poco más calmados después de haber sido conducidos a aquella estancia, parecida a un aparcamiento subterráneo, donde por encima de sus cabezas se escuchaba el regurgitar intermitente de tuberías de desagüe.

—No te preocupes, Victoria, todo esto será una broma —opinó Pascual con poca convicción para tranquilizar a su mujer.

—Pues si es una broma tiene muy poca gracia —murmuró ella más molesta que asustada.

—Papá, ¿dónde estamos? —preguntó Nico inquieto.

—No lo sé, hijo.

Para Pascual era la segunda vez que le sacaban de su casa a punta de pistola con destino incierto. La primera vez habían sido los hombres de ese Pierre Rakosky, o quizá el secuestro fuese cosa de aquel enigmático Vincenzo Furno de voz ronca y autoritaria, a quien no había podido ver con claridad en todo el tiempo, siempre con sus gafas oscuras tapándole el rostro. ¿Eran los mismos los que les habían secuestrado de nuevo? ¿Qué querían ahora?

Con el fin de comenzar una nueva vida, habían decidido cambiar de casa, mudándose a un pequeño pueblo cercano a la ciudad, de esos donde vive la gente que no quiere sufrir los agobios de Madrid. El domingo, un automóvil monovolumen había estacionado ya de noche delante del coqueto adosado recién estrenado, y unos hombres armados les habían obligado a los tres a entrar en el vehículo. Luego les habían vendado los ojos, y así, ciegos, habían sido subidos de incógnito, ocultos tras los cristales tintados del coche. Ni los hombres armados ni el conductor habían contestado a ninguna de sus preguntas durante el trayecto. Luego, el coche había entrado en algún edificio, notándose un plano inclinado hacia abajo, se había detenido en una especie de garaje subterráneo vacío y poco iluminado, de contornos y tamaño difusos lleno de pilares de hormigón encofrado y simple enlucido de yeso.

—¿Por qué no me dijiste que eras la descendiente del zar? —le preguntó Pascual

a su mujer.

—¿Y eso qué importancia tiene ahora?

—¿Que qué importancia tiene? Mira dónde estamos ahora por tu culpa.

—¡Ah, vaya, hombre, resulta que es por mi culpa! ¿Ya se te ha olvidado que todo esto comenzó hace mucho tiempo, con ese imbécil de tu amigo y vuestro estúpido juego de coincidencias?

Dos hombres pistola en mano les habían bajado a aquel séttano de paredes lisas hacía poco más de media hora, encendiendo una simple y desnuda bombilla que ahora brillaba solitaria en el techo. Les habían despojado de sus vendas y uno de aquellos hombres armados les había revelado con acento neutro aquello que ahora la familia trataba de digerir. Lo había relatado como de corrido y sin especial énfasis, como si cumpliera una orden: había hablado en primer lugar sobre la *ascendencia nobiliaria* de Victoria, aclarándole que su padre era el gran duque Wladimir, el último de los descendientes de los Romanov. Los tres, Pascual, Victoria y Nico, habían escuchado todo aquello estupefactos, sin saber qué decir.

—¿Nunca te dijo tu padre nada de eso? —preguntó atónito Alcover cuando los hombres armados se hubieron marchado, pidiéndoles antes que aguardasen tranquilos, que todo iba a resolverse enseguida.

—¿Mi padre? Apenas le conocía, casi nunca estaba en casa... Hacía años que no me hablaba con él, desde muy niña..., desde que se marchó mi madre y él... Bueno, da igual... Luego supe que mi padre me desheredó cuando me escapé a Ibiza.

—¿Qué pasa, papá?, no entiendo lo que han dicho esos hombres.

—Que eres el descendiente del emperador de Rusia, Nico.

—¡Pascual, cállate, no le digas al niño esas cosas! ¿Pistas loco o qué?

—Pero, Victoria, si es verdad...

Pascual comenzaba a entender ciertas cosas del pasado. Aquellos cursillos prematrimoniales de la parroquia donde habían contraído matrimonio, aquel profesor de enseñanza religiosa, ¿cómo se llamaba?, don Rafael, sí, eso es. Ahora entendía por qué el coadjutor de las clases prematrimoniales les había dedicado tanta atención a ambos, tanto que incluso les había recomendado el nombre que debían ponerle a su primer hijo.

¿Pero cómo sabía aquel tipo que Victoria iba a tener precisamente un hijo varón? Y además tan pronto, porque era sietemesino.

—¡Un momento, tú me mentiste desde el principio! —rugió Pascual cayendo en la cuenta.

—¿Pero qué dices? —preguntó ella sin comprender el repentino enfado de su marido.

—¡Te casaste conmigo embarazada!

—¿Y eso qué importa? Tú ya lo sospechabas, ¿o no? No irás a decirme que creíste que los niños nacen tan pronto... —respondió Victoria al ver que Pascual le salía ahora reprochándole lo que durante tanto tiempo ambos se habían ocultado

tácitamente.

—¿El niño no es mío y tú me dices que eso no importa?! —estalló Pascual arrebatado de ira.

—Ahora dirás que repudias a mi hijo —reprochó ella.

—¿Que yo repudio...?! ¡Venga ya, la que estás loca eres tú! Me mentiste, lo sabías todo desde el principio.

—Te juro que no, Pascual.

—No te creo, ¿sabes? ¿Por qué habría de creerte? Si ni siquiera participabas en programas de la tele, todo eso era una mentira, una excusa para irte de casa ¿Dónde ibas cuando te marchabas?

—De acuerdo —reconoció ella—, lo sospechaba y estaba investigando por mi cuenta mi ascendencia nobiliaria...

—¡Ah, lo sospechabas! He vivido engañado por mi propia mujer.

—Oye, cálmate, ¿quieres?, yo no te he engañado nunca.

—Eso habría que verlo... —deslizó Pascual en tono de sospecha.

—¿Se puede saber qué quieres decir?

—Venga, ahora no te hagas la tonta. ¿Acaso crees que no me di cuenta de cómo mirabas a mi amigo Gastón, y cómo te miraba él a ti?

Victoria se levantó y le propinó una sonora bofetada a su marido, que casi da con él en el suelo.

—¡Cerdo!

—Papá, mamá, ¿por qué os peleáis?

No dio tiempo a más. La puerta metálica del sótano se abrió de repente y entraron los dos hombres de antes portando sus pistolas. Miraron unos instantes a Pascual y a Nico sentados en sus sillas, y a Victoria aún enajenada por la rabia y con la mano alzada en el aire.

—Es la hora, hemos de cumplir nuestra orden.

Apuntaron impávidos sus armas y dispararon.

Rumanía,
7.20 P.M. hora local

La capilla del castillo del conde *Dracul* se encontraba en lo alto de un torreón octogonal, en la parte más elevada del impresionante risco donde se enclavaba la fortaleza. Era un gran espacio ovoide de piedra realizado en un macizo estilo gótico, que a la luz de las velas y antorchas que habían diseminado por todo el templo, ahora relucía dorado por el fulgor de los iconostasios, la orfebrería, los complicados paramentos litúrgicos del ritual bizantino ortodoxo, todo alrededor abigarrado de santos rusos, relicarios..., Sobre el centro del altar, como una fantasmal presencia, reinaba el frontispicio negro del cenotafio de Vlad Tepes, el conde *Dracul*, alumbrado por candelabros, incensarios, decenas de velas votivas, cirios devocionales; decorado con exvotos del mil formas antropomorfas, y rodeado de iconos de vírgenes y cristos de pan de oro, tapices, mosaicos, vitrales y estucos.

Colgando del centro de la capilla funeraria, pendía un artefacto satánico. Una gran esfera verdosa de bronce sujeta por su parte superior a un cable que la mantenía pendiente de las nervaduras góticas de la techumbre; estaba rematada con una cruz bizantina soldada por debajo de la gran bola metálica. Pero lo terrorífico de aquel instrumento es que la parte inferior de la cruz invertida acababa en un afilado vástago que destellaba siniestro a cuatro metros del suelo.

Dos encapuchados con las capas de la Sagrada Orden del Dragón, luciendo en el costado el negro símbolo de la esfera y la cruz invertida, ataron a Gastón Garcelán justo debajo del afilado estilete en unas argollas de hierro que había empotradas en las losas de piedra del piso. Gastón miraba aterrorizado la parte inferior del mayestático péndulo, parduzco por el orín, pendiente sobre él como una espada de Damocles, vertical y a plomo con su gran esfera de metro y medio de diámetro repujada suspendida por el tensionado cable.

Entraron ceremoniosos varios encapuchados precedidos por Pierre Rakosky imbuido de toda su solemnidad con la capa roja arrastrando principesca por las losas de piedra. Detrás de él, otros dos encapuchados llevaban sujeta a Natacha Mijailovsky vestida con una túnica blanca bordada con entorchados de oro. Desde su incómoda postura, Gastón apenas podía levantar nada más que la cabeza del suelo, y eso con mucho esfuerzo. Vio pero no conoció a aquella niña de unos doce años,

pálida y pelirroja, que parecía no encontrarse nada bien.

Los encapuchados acompañaron a la chica hasta el borde del altar de granito negro de la capilla. Entonces, cogiendo a la niña por los hombros y los pies, la elevaron por el aire y la colocaron encima del altar, quitándole la túnica blanca. Natacha se quedó allí desnuda tumbada. Demasiado joven aún para resultar deseable, pero ya una hermosa promesa de mujer que sollozaba de miedo y vergüenza. Otros encapuchados estaban desvistiendo de sus paramentos de gala a Pierre Rakosky, que parecía como drogado y ausente. Gastón pudo ver de refilón cómo le dejaban completamente desnudo, viendo por primera vez al hombre enorme y musculoso que era aquel ruso, con el pene todavía lacio entre sus fornidos muslos.

Como broma, aquello era demasiado. Un momento... No iba a... ¡Dios mío, no iría a...! No, no se atrevería a hacer eso...

—¡Por Dios, no, nooooo! —gritó Gastón debatiéndose con la garganta desencajada de espanto al ver que Pierre Rakosky se le acercaba ya con su pene mucho más estimulado, sujeto como un ariete por su mano derecha.

Al llegar a su altura, el ruso miró hacia abajo con una sonrisa sardónica y le dijo:

—No se preocupe, amigo Gastón, no es usted quien me interesa. ¿Acaso tengo aspecto de homosexual?

Entonces, al mismo tiempo que Rakosky se dirigía hacia el negro altar de la capilla, ya con el grueso pene en toda su erección, Gastón comprendió. No era posible aquella depravación. Pero ¡¿por qué, por qué, por qué...?!

—¡Nooooo! —La jovencita gritó entonces con todas las escasas fuerzas de su débil vocecita.

—Alteza imperial —declamó Rakosky solemne—, antes de que la sombra del eclipse llegue a nuestra posición y el péndulo os transmita la vivificadora fuerza de la cruz cósmica del cielo, hemos de asegurar nuestra futura descendencia. Todo monarca debe velar por la transmisión de su genealogía y su sangre. Con su permiso, alteza, relajaos y disfrutad, si es que valoráis en algo este acto humano necesario aunque primario.

—¡Nooooooo!

Gastón y Natacha gritaron al unísono. Y el sonido reverberó con mil ecos en la capilla del conde Vlad Tepes, sepultado detrás de su cenotafio. ¿O no estaba sepultado...?

La aberración se había consumado.

—¡Atad a la zarevich en la cruz! —ordenó Pierre Rakosky a los encapuchados, mientras otros le ayudaban a vestirse de nuevo con sus paramentos rituales.

Natacha, sin sentido, desflecada como una muñeca de trapo destrozada por un perro rabioso, cubierta de sudor y miasmas aborrecibles, fue sujeta con ataduras a la cruz invertida del péndulo, cabeza abajo y con los brazos estirados al travesado horizontal, como un bello Cristo femenino.

Gastón, que había oído todo sin poder ver nada, lloraba desolado, indefenso, horrorizado e impotente por no haber podido ayudar a aquella chiquilla indefensa. Rakosky la había violado salvajemente, como si fuese un cuadrúpedo en celo lejos de toda compasión, lejos de todo rasgo de humanidad. Mientras los encapuchados habían asistido impasibles a la escena.

—¡Poned el péndulo en movimiento! —gritó el ruso.

Dos de los encapuchados se adelantaron hacia la esfera y empujaron con fuerza. Además del peso del péndulo y la cruz de bronce debían desplazar también el de Natacha, que ya había recobrado el conocimiento y sollozaba desconsolada y traspasada por el dolor. La mole metálica osciló hacia el lado en que la desplazaban y luego regresó en dirección opuesta balanceándose isocrónica por encima de Gastón.

No pasó mucho tiempo hasta que comprobó que, al igual que en el tétrico relato de *El pozo y el péndulo*, de Edgar Allan Poe, la esfera, conforme se desplazaba en su ir y venir en el centro de la capilla, había iniciado al mismo tiempo un movimiento paralelo de descenso. La cortante parte inferior de la cruz invertida, donde seguía anudada Natacha, avanzaba amenazante hacia su cuerpo. Las lágrimas de la hermosa muchachita, atada con los brazos en cruz cabeza abajo, caían como una lluvia martirial sobre el pecho y el rostro de Gastón Garcelán. Entretanto, la luz opalina que entraba por los vitrales góticos de la capilla ovoide había ido tintándose de negro, y ahora las velas y las antorchas iluminaban con más fuerza el espacio atosigante del oblongo templo gótico.

—¡Invoco al espíritu no muerto de la Sagrada Orden del Dragón! —profería Rakosky como un enajenado. Y luego, dirigiéndose a Gastón:

—Es necesario que usted muera para que ella viva.

Gastón se debatía inútilmente tratando de desasirse de las argollas metálicas que le mantenían anclado al suelo, mientras la cruz invertida seguía su fatal descenso a medio metro tan solo de su cuerpo. Sentía ya el aire rozándole el rostro cada vez que en su trayectoria implacable el péndulo pasaba por encima de su cabeza. Hacía un rato que la niña había dejado de llorar. Gastón miraba desde su posición el cuerpecito ultrajado y sanguinolento entre los trémulos muslos blancos.

Unos minutos más, y Gastón iba a morir destrozado, abierto en canal desde la frente hasta la ingle por el punzante pináculo de la cruz invertida, ante la mirada horrorizada de aquella muchachita crucificada como una santa mártir.

—¡Voy a morir! ¡Noooo! ¡Sáqueme de aquí!

La cruz invertida oscilaba ya a diez centímetros de Gastón, que había perdido los nervios y gritaba histérico y fuera de sí.

—Por favor, amigo Garcelán, mantenga la dignidad. Es lo menos que puede hacer en un momento como este —le aconsejaba melifluo Pierre Rakosky—. En unos instantes todo habrá terminado.

—¡Suéltele ahora mismo, maldito loco!

Lo dijo alguien que había irrumpido de pronto en la capilla. Gastón trató de ver quién, pero no pudo.

Los encapuchados se volvieron sorprendidos hacia la entrada por donde acababa de aparecer un intruso. Gastón hizo entonces un supremo esfuerzo con su espalda tensa, volviendo la cabeza hacia donde había sonado la voz, esa voz..., impulsado por los últimos rescoldos de esperanza. Lo que vio le pareció un sueño. Quizá es que desvariaba por el miedo. Aquel hombre que acababa de llegar era, era...

—¡Jules Never!

Nadie se movió, ni siquiera Pierre Rakosky. Jules Never avanzó con rápidas zancadas hasta el centro de la capilla y apostándose firme en el suelo, obró como el propio Gastón había hecho con el péndulo en el pozo del Astrario. Never empujó la esfera de forma tangencial a su trayectoria. Gastón rezó para que igual que había sucedido en la cripta de Toledo, la esfera detuviera también su descenso vertical, pues los cabellos pelirrojos de Natacha ya le rozaban el rostro de lo cerca que la cortante cruz estaba de su cuerpo.

Mientras el péndulo oscilaba perdiendo su majestuoso movimiento de vaivén, Pierre Rakosky reaccionó ante la repentina interrupción.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? Pero si es nada menos que el famoso escritor francés de novelas de anticipación, como ahora se dice: *monsieur* Julio Verne.

Rakosky, desprendiéndose de su gran capa roja, la dejó caer al suelo como un clavel gigante y se quedó de pie retador. Luego, con calculada parsimonia y autosuficiencia, extrajo de su funda una pistola que llevaba al cinto. Gastón miró inquieto hacia arriba. Se diría que el péndulo aún descendía, quizá motivado por el peso adicional de Natacha, que seguía con sus preciosos ojos azules abiertos pero inexpresivos. ¿Estaría muerta? Pierre Rakosky, esgrimía con soltura su pistola apuntando a Jules Never.

—Me muero de curiosidad —dijo con sarcasmo el gigantón ruso—. ¿En cuál de sus inventos novelados ha llegado hasta aquí? ¿En globo, en bala gigante, en el *Nautilus*, o quizá atravesando un volcán apagado?

—¿Y si le dijera que he llegado navegando de incógnito en las bodegas del *Titanic*?, como usted hizo en aquella ocasión matando a cientos de personas inocentes, maldito monstruo no muerto —respondió valiente Jules Never, ofreciendo el pecho al inminente disparo de aquel malvado ser.

Pierre Rakosky palideció apretando las mandíbulas.

—¿Así que ha descubierto quién soy? Bien, no importa —dijo Rakosky amartillando la pistola—, usted y su discípulo el señor Garcelán están a diez segundos de la muerte.

Era cierto. Ahora Gastón confirmaba horrorizado que el péndulo no se había detenido, tan solo se había retrasado la velocidad del fatal descenso. Sus bandazos sin concierto de aquí para allá no iban a impedir que el vástago punzante de la cruz

invertida le sajaran esta vez sin ninguna delineación. La punta metálica ya rozaba su camisa.

Jules Never alzó entonces su bastón negro con empuñadura de plata.

—Maldito monstruo. Voy a hacer que mueras para siempre —dijo apuntando el bastón hacia Rakosky.

—Oh, vaya. ¿Y cómo va a conseguir tal cosa? ¿Con ese garrote? —preguntó el ruso pagado de su situación superior gracias al arma de fuego.

—Sí —respondió lacónico Never.

La punta afilada de la cruz tropezó con un botón de la camisa de Gastón. El pequeño objeto de nácar saltó por los aires mientras la cruz se bamboleaba a un lado.

Se escuchó la fuerte detonación de un disparo.

El botón cayó repicando levemente en el suelo de piedra. El péndulo regresaba hacia el cuerpo de Gastón, sobre el que esta vez sí iba a cobrar su impuesto de sangre. «Ahora vendrá la cuchillada», se dijo. «Luego, la negrura». Acababa de perder el sentido.

Aeropuerto Otopeni. Bucarest (Rumanía)

8.35 P.M. hora local

Gastón Garcelán intentó abrir los ojos. Le dolía la cabeza y estaba aturdido. Una náusea reptaba viscosa por sus entrañas. Comenzó a *reiniciarse* con la lentitud de un viejo ordenador; se acordaba de que tras rozarle el rostro el cabello pelirrojo de aquella niña, había perdido el conocimiento. ¿No estaba muerto? Abrió los ojos temeroso de lo que iba a encontrarse. Sentado ante él tenía a Jules Never, vestido con su anacrónica levita de siempre y su bastón negro entre las manos. Sería una alucinación. Pero no, porque Never habló:

—¿Cómo se encuentra? Ha sufrido un desvanecimiento debido a la fuerte presión psicológica que ha soportado, nada grave, por suerte. Es usted un hombre con fortuna...

—Si usted lo dice... —Garcelán se llevó la mano a las magulladas muñecas, maceradas por las cuerdas y las argollas.

—No se preocupe, se recuperará; ya le ha visto un médico.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Gastón—; sonó un disparo, creí que estaba usted muerto...

—¿Yo?, ¡ja, ja, ja! —Rio Never de buena gana—. No, amigo mío; sé cuidar de mí mismo —y diciendo aquello levantó el bastón negro hacia Gastón—. Observe.

Gastón Garcelán miró asombrado. El bastón no era un bastón. La punta estaba hueca, era un tubo metálico. La empuñadura de plata ocultaba un mecanismo que alojaba la recámara, una bala y el resorte para dispararla.

—¿Así que le ha matado usted a él? —preguntó Gastón tumbándose hacia atrás y cerrando los ojos, aún espantado por lo que acababa de vivir en aquel tétrico castillo.

Jules Never no respondió.

—¿Y la niña? —musitó Gastón con tristeza, recordando su fatal destino.

Never hizo un gesto vago.

—No piense en eso —dijo—. Ahora relájese, nos disponemos a emprender un veloz viaje.

¿Relajarse? Gastón Garcelán se incorporó de nuevo y miró a Jules Never como quien está hablando con un fantasma. Iba a decir algo, pero desistió. En su lugar, paseó la vista a su alrededor tratando de situarse en aquel espacio iluminado con una luz demasiado blanca y brillante que le cegaba los doloridos ojos.

—¿Dónde estoy?

—En el *Concorde*.

—¿Cómo? —Gastón miró enfrente. Detrás de Jules Never había una estrecha puerta gris con un cartel que indicaba: «Cabina de control. Prohibido el paso». Luego se volvió hacia atrás.

—Ha estado un tiempo sin sentido... —informó Never—. Mientras tanto, le hemos traído al aeropuerto de Otopeni, en Rumanía y, *voilà*, acabamos de subir a un *Concorde* de la compañía Air France; buenos amigos míos.

Gastón se fijó entonces en la gran carlinga del avión, con capacidad para cien pasajeros, totalmente vacía.

—¿Ha fletado el *Concorde* para nosotros solos?

—Sí —admitió Jules Never no sin cierta satisfacción.

—¿Cómo?

—Con dinero, claro está.

—¿Pa... para que?

—Nos disponemos a perseguir por aire la sombra del eclipse.

—¿Pero por qué? Todo el mundo anda detrás de lo mismo, ¿están todos locos o qué?

—Luego le explico los detalles, ahora permita que le abroche el cinturón y póngase cómodo. Vamos a despegar.

—¿Pe... pero adónde vamos? —insistió Gastón.

—Hace unas horas que el eclipse del milenio ha comenzado a proyectar la sombra de la Luna sobre la Tierra. En concreto, después de barrer Terranova, ha rozado el extremo suroeste del Reino Unido, y ahora la franja de sombra ha rebasado Francia y luego Rumanía.

—Entonces todo ha acabado.

—No, ahora la sombra avanza a unos 2000 kilómetros por hora. Debemos despegar de inmediato para interceptarla, rebasarla y llegar antes que ella a nuestro destino. Este es el único avión comercial que puede volar a esa velocidad.

—¿Y para qué hemos de perseguir la sombra?

—No sé si está usted todavía en forma para escuchar esas explicaciones técnicas.

—Me encuentro perfectamente. ¿Cuál dice que es nuestro destino? —dijo Garcelán con la cabeza dándole vueltas.

—Volamos hacia Barcelona.

—¿Barcelona?

—Así es, la sombra del eclipse se desplaza por la superficie de la Tierra pero no en línea recta, sino de forma oblicua, en zigzag, debido a la inclinación del eje del planeta. Vamos a ahora hacia Barcelona, donde debemos completar cierto ritual en la catedral de la Sagrada Familia, y hemos de llegar allí antes que lo haga la sombra.

—¿Pero qué hay en esa catedral que le interese?

—Seguro que ha oído hablar estos días del péndulo de Foucault —indicó Never

con ironía.

—¿Otro péndulo de Foucault? Esto ya empieza a ser una obsesión...

—Uno no, dos —corrigió Jules Never.

—¿Cómo?

—Existen dos péndulos de Foucault en las dos torres gemelas más altas de la Sagrada Familia.

—¿Qué? Yo estuve allí una vez de visita y nunca vi ningún péndulo.

El *Concorde* rodó a cuatrocientos kilómetros por hora por la pista seis, alentado por sus cuatro motores Rolls-Royce Olympus 593 Mk 620 de 38 000 libras de empuje, a punto de levantar las casi ochenta toneladas de peso muerto de la nave.

Después del delicado momento del despegue, Jules Never se desabrochó el cinturón de seguridad y siguió con sus explicaciones:

—Como usted ha estado investigando durante meses, aunque sin ser plenamente consciente de ello, el *Apparatus*, ese artilugio que buscaba Fierre Rakosky con tanto denuedo, y que él llamaba máquina aristotélica, es en realidad lo que se conoce científicamente como un atractor.

—Pero ahora que lo pienso —interrumpió Gastón—, usted no tiene el *Apparatus*, ese Vincenzo Fumo me lo quitó cuando yo, siguiendo la insinuación que usted me deslizó, me hice con él en el templo del reloj parado de París.

—El *Apparatus* no es necesario. El verdadero atractor... es usted.

—¿Cómo, que yo soy qué...?

—Pierre Rakosky sabía que usted era imprescindible para completar el experimento, pero desconocía por qué motivo. Le ató debajo del péndulo de la cruz invertida, según el ritual de la Sagrada Orden del Dragón, porque pensaba que así debía ser para que funcionase el experimento. Pero en realidad usted no debe ser asociado al péndulo, sino al atractor del péndulo.

—No entiendo nada.

—Permítame que le explique antes que un atractor es un elemento intangible que se da en las condiciones físicas en muchos aspectos de la naturaleza. El *Apparatus* es una imitación, un artefacto capaz, de emitir determinados impulsos radioeléctricos, que fue construido para colocar en la gran antena emisora, en este caso la Torre Eiffel, y sintonizar con él hacia el péndulo Inicial.

—¿El péndulo Inicial?

—Eso es. Pierre Rakosky, príncipe heredero de la Sagrada Orden del Dragón, creía que el péndulo Inicial, el principal de toda la red de péndulos repartidos por diversos lugares del mundo, era el que como usted ha tenido la mala fortuna de comprobar, el instalado por la Orden del Dragón en el castillo del conde Vlad Tepes.

—¿Entonces no es el que hay actualmente en el Conservatoire? —preguntó Gastón.

—¿El péndulo de Foucault? No, querido Garcelán, ese es el segundo que se construyó. El primero, ya se lo he dicho, es el que está desde el siglo xv en ese

castillo maldito del conde *Dracul*. Pero además, igual que péndulos hay muchos, antenas también existe otra, no solo está la Torre Eiffel.

—¿Hay otra Torre Eiffel?

—No. Pero la antena a la que me refiero fue construida también por un contemporáneo y amigo del ingeniero francés. Ya sabe usted que Gustave Eiffel comenzó a edificar su torre en 1855, con el fin de que estuviese terminada para la gran Exposición Universal de París que debía celebrarse en 1889. Y justamente en 1855, Léon Foucault hacía la demostración pública con su péndulo en el Pantheon de París.

—Curiosa coincidencia...

—Pues por las mismas fechas, exactamente en 1883, un amigo de Eiffel, un arquitecto de Barcelona, desconocido hasta entonces, llamado Antonio Gaudí, comenzaba a edificar también el templo de la Sagrada Familia.

—No me diga que la Sagrada Familia de Barcelona es...

—La segunda antena, sí —afirmó Jules Never.

Se escuchó una voz a través de la megafonía:

—Atención, cabina de control a pasajeros, les habla el comandante. Hemos alcanzado la altitud de 12 000 metros, espacio aéreo de Bélgica. Estamos entrando en la zona de sombra del eclipse. Por favor, abróchense los cinturones; puede haber turbulencias.

Gastón Garcelán y Jules Never se abrocharon los cinturones de seguridad y miraron por la ventanilla. El cielo, hasta entonces de transparente azul, había ido agrisándose paulatinamente en apenas segundos, como si se hubiese hecho de noche a toda velocidad, pero sin la belleza cromática de un ocaso visto desde el cielo. Al contrario, el ambiente era opresor. La sombra absorbía la luz y los colores como si fuese un hollín gaseoso.

—Entonces Gaudí...

—Sí —siguió Never—, su paisano también pertenecía a la *Brouillard*, era uno de los nuestros.

Con la misma inusitada celeridad, la negra grisalla atosigante fue disolviéndose y el cielo volvió a tornarse de un translúcido azul índigo.

—¡¿Increíble, le hemos ganado al eclipse?!

—Así es, y a más de 2400 kilómetros por hora. El comandante del *Concorde* va a la máxima velocidad posible. Pero deje que siga explicándole el motivo por el que estamos aquí.

—Adelante, no voy a escaparme.

—Le sonará el concepto de física cuántica...

—Algo —Gastón recordó de nuevo las enrevesadas explicaciones que le había dado Vincenzo Furno en el monasterio benedictino.

—Bien, pues a nuestros efectos, la Tierra es como un átomo gigante, aunque en realidad sea muy pequeña en relación con el tamaño del Universo. Los perdidos

repartidos en lugares de todo el mundo previamente elegidos por los miembros de la Sociedad de la Niebla, funcionan como subpartículas atómicas, a la vez dependientes e independientes de la Tierra, según los principios del llamado punto fijo, pues el hilo del que cuelga el péndulo se prolonga teóricamente más allá de donde está atado hasta el infinito. Así pues, la Tierra tiene relación con los péndulos y los péndulos con la Tierra. Lo digo porque si quisiésemos influir sobre las condiciones del planeta/átomo, los péndulos/subpartícula deberían obrar al unísono de una forma sincrónica con el punto fijo del Universo.

—¿Eso es cierto? Quiero decir, ¿es científico?

—Ya en 1870, Pierce había relacionado el movimiento del péndulo con la longitud de onda. Entonces la comunidad científica se lo tomó a broma, pero en 1921, Stern-Gerlach lleva a cabo un experimento que demuestra la cuantización de los componentes de un momento angular interno, llamado cuantización del espacio, y en 1925 Goudsmit y Uhlenbeck descubren el efecto espín, o sea, de giro y polarización de las partículas subatómicas; mientras que tres años después, de eso ya le he hablado en otra ocasión, Wolfran Pauli combina ideas de estos dos que le he citado con el principio de relatividad de Albert Einstein, llamándole a su teoría función de onda.

—Vale, vale, le creo... —aceptó Gastón, que no tenía la cabeza para excesivas complejidades.

—Eran los gloriosos principios de la física cuántica y los efectos de la sincronidad sobre los seres humanos. Y adivine quiénes estaban detrás de esos descubrimientos.

—¿La *Brouillard*? —aventuró Gastón.

—Cierto, la enigmática y secular Sociedad de la Niebla, en la que por cierto, usted está a punto de ingresar.

—¿Yo?

—Ahá, y por eso mismo ha de comprender antes estos conceptos que le estoy explicando. De modo que si me lo permite seguiré mi modesta disertación científica.

—¿Tengo otra opción?

—El caso es que durante determinados eclipses de sol, el péndulo sufre alteraciones en su velocidad de oscilación, como descubrió en 1954 mi paisano Maurice Allais, que era...

—No me lo diga: otro miembro de la *Brouillard*.

Jules Never sonrió, afirmó con la cabeza y siguió hablando:

—Allais descubrió que durante los eclipses de sol ocurridos el 30 de junio de 1954 y el 22 de octubre de 1959 sucedieron extrañas anomalías en el péndulo de Foucault.

—¿Qué anomalías?

—Desviaciones en el plano de oscilación.

—Eso es imposible —negó Gastón—. Hasta donde llegan mis conocimientos, el péndulo no se mueve arbitrariamente, sino que lo hace en dirección contraria al

movimiento de rotación de la Tierra; el giro del péndulo, como demostró Foucault, se debe exclusivamente a la fuerza de la gravedad.

—Así es en teoría —afirmó Never—. Pero en la práctica, el péndulo se adelantó en aquellas y en otras ocasiones. Entonces Allais se embarcó en un amplio estudio para conjugar distintos lugares con los sucesivos eclipses de sol, de modo que pudiese determinar en qué zona del planeta un péndulo obedecía la misma pauta durante dichos eclipses.

—¿Y...?

—El resultado es que la predicción para el eclipse de hoy era que su máxima incidencia iba a tenerla el péndulo de Foucault, situado en París.

—¿El del Conservatoire?

—Eso es.

—¿Por qué?

—Porque en esa vertical, según las investigaciones hechas por Maurice Allais, la sombra de la Luna se desplazará más lentamente, debido a que será el punto justo en que el Sol, la Tierra y la Luna se encontrarán perfectamente alineados, en lo que se llama en astrología una cruz cósmica.

—Asombroso —admitió Gastón a pesar del escepticismo que le embargaba.

—¿Sí?, pues escuche, porque resulta que el eclipse de hoy es astronómicamente igual al ocurrido en 1912... durante el hundimiento del *Titanic*.

—¡No puede ser...!

—¿No buscaba usted concordancias y hechos significativos?

—Entonces el hundimiento del *Titanic*...

—La Orden del Dragón usó el viaje del transatlántico para devolver la vida al malvado conde *Dracul*, provocando de forma indirecta las alteraciones en los sistemas de navegación y de radio que motivaron el naufragio.

—¿Pero por qué utilizaron el *Titanic*?

—El barco iba equipado con un *Apparatus* dentro del féretro del conde *Dracul*. La Orden del Dragón captó el eclipse que hubo ese día mediante el péndulo del castillo de los Cárpatos, remitiendo la fuerza cósmica a la Torre Eiffel, que a su vez conectaba con el *Apparatus* a bordo del *Titanic* en conexión radioeléctrica parásita. El conde *Dracul* se insufló de nuevo del poder cósmico del eclipse; es algo que necesita a lo largo de los siglos para seguir viviendo eternamente. Él y todas esas malditas criaturas *Nos Feratu* condenadas por la maldición de la sangre lanzada por Cristo mediante su divina resurrección hace casi 2000 años.

Gastón respiró hondo tratando de digerir aquellas alucinantes revelaciones.

—Ya ve —sonrió divertido Jules Never—, y usted que pensaba que esto no era más que un juego...

—Atención, les habla el comandante. Abróchense los cinturones de seguridad, repito, abróchense los cinturones. Faltan pocos minutos para aterrizar en el aeropuerto El Prat de Barcelona.

Barcelona,
6.35 P.M. hora local

Balduino Letto se revolvía dentro del confesionario enfebrecido ante lo que estaba revelándole aquel viejo decrepito *sub secretum confessionis*.

—Entonces, si ahí no está enterrado Gaudí —le exigió el seminarista a aquel pobre cadáver andante atormentado por los remordimientos—, ¿quién está dentro del sepulcro de la cripta?

—En realidad no lo sé —admitió el anciano.

—¿Cómo que no?! —Balduino se retorció excitado, pensando cada vez más que su jefe, Vincenzo Furno, estaba muy equivocado.

—Como le he contado, padre —siguió el viejo enfermo—, el verdadero Gaudí fue enterrado a su muerte en una tumba anónima. En cuanto al sepulcro del arquitecto..., no sé. Me imagino que las sociedades secretas con las que se relacionó en su juventud y la Iglesia Católica se enfrentarían por la memoria de su legado. De hecho, así ha ocurrido; fíjese que la Iglesia quiere ahora hacerle santo para borrar toda señal ocultista del arquitecto...

—¿Tan implicado estaba en esas sociedades?

—Dicen que era grado 33, el máximo posible.

Por la frente de Balduino Letto cruzó una sombra de sospecha.

—¿Y quién es ahora el máximo dirigente? —preguntó al peni tente.

—No lo sé con seguridad, padre —contestó el viejo atormentado de dolor.

—¿Cómo que no? Usted ha pertenecido hasta hace poco a una de esas logias, ¿no?

—Sí, padre, pero el máximo dirigente siempre permanece oculto a todos. Sin embargo...

—Diga —exigió Balduino, estrujando al pobre anciano.

—Bueno, entre los adeptos de la Hermandad Negra circulaba un nombre...

—Dígalo.

—Es alguien que surgió a la superficie en 1981, cuando el atentado de Alí Agca contra el papa Juan Pablo II... justo cuando se celebraba el aniversario de la aparición de la Virgen de Fátima.

El pobre hombre se retorció de dolor y de angustia. Parecía que iba a caerse muerto allí mismo.

—Resista, abuelo. Cuéntemelo todo —le animó el seminarista—, he de conocer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad...

Barcelona, 8.55 P.M. hora local

Habían llegado a España y Gastón se sintió mejor. Ahora trataba de serenarse y volver poco a poco a la realidad después de los duros acontecimientos vividos en el monasterio de Kreutzmünster y en el castillo del conde *Dracul*. Tras aterrizar el *Concorde* en el aeropuerto de Barcelona, Jules Never le había urgido:

—Vamos, tenemos poco tiempo; el efecto del eclipse no tardará en llegar.

—¿Pero adónde vamos?

En eso, saliendo de la terminal del aeropuerto, un Citroën *Tiburón* de color negro llegó al lado de ambos y se detuvo.

—Suba —dijo Never a Gastón, y luego, dirigiéndose en francés al conductor— vamos, rápido Marc, al templo de la Sagrada Familia.

—Pero, en realidad, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Gastón a Jules Never casi con acento suplicante.

—Verá —contestó el interpelado—, para comunicar esas alteraciones cuánticas que causa el eclipse sobre el planeta deberíamos utilizar, como lo hicieron Popov y Ducretet, la poderosa antena de la Torre Eiffel y el péndulo Inicial, en conjugación sincrónica con el resto de péndulos del mundo. Para que se active el sistema, el péndulo Inicial ha de poseer un atractor, que transmite las características anomalías desde allí hasta la red de péndulos, cuantizando el espacio entre ellos y modificando la realidad.

—Creo que lo entiendo —confirmó Gastón—; y para esa comunicación hacen falta los impulsos radioeléctricos que genera el *Apparatus*.

Jules Never afirmó con un gesto de satisfacción por su despabilado alumno.

—¿Pero cómo es que se modifica la realidad? Es algo que no alcanzo a comprender —preguntó Gastón.

—No existe una realidad, sino varias. Habrá oído hablar de los llamados mundos paralelos...

Gastón asintió.

—Esa teoría se refiere a las posibles realidades que no se han materializado —continuó Never explicando dentro del *Tiburón*, cuyo conductor trataba de sortear el denso tráfico de Barcelona camino de la Sagrada Familia—. Las partículas del cuerpo humano están en esta realidad presente de ahora mismo de dos formas opuestas a la vez, siendo una cosa visible y otra al mismo tiempo no manifestada, según un efecto llamado *Nine Locality* que, en la física cuántica, indica que si se tiene una partícula cargada, da igual de qué partícula cargada se trate, se verá afectada siempre que se altere su opuesto, es decir, que la influencia sobre la realidad visible modifica automáticamente la no visible o no manifestada, de modo que se convierte en una nueva realidad.

—No entiendo.

—Escuche, si tiene un electrón y lo altera, el positrón cambia al mismo tiempo, independientemente del lugar del Universo donde se encuentre, eso esta probado científicamente. Por consiguiente, si cambiamos nuestra perspectiva, cambia nuestra realidad, podremos interactuar simultáneamente con los cambios. El efecto de ciertos eclipses sobre la consciencia multiplica la posibilidad de esta de materializar la realidad a voluntad. Cuando sufrimos una transformación tan grande en nuestras consciencias, esta tiene lugar en el mismo estado de *quantum*, por lo tanto, se produce un cambio de forma casi instantánea, y cuando llevamos esto a cabo de forma consciente todo es posible para el ser humano. La clave está en mantenerse durante el suficiente tiempo bajo los efectos cuánticos que causan las anomalías de algunos eclipses sobre el planeta y todos sus habitantes. Esas alteraciones cuánticas son captadas por todos, pero solo unos pocos pueden aprovecharlas para el colapso cuántico y para modificar por tanto la realidad.

—¿Y para eso sirven los péndulos de Foucault?

—Sí, para aprovechar a lo largo de la Tierra la influencia de los eclipses que se producen, emitiendo desde el lugar adecuado al *Apparatus* correspondiente, colocado en el lugar donde se quiere realizar el experimento.

—¿Entonces, el *Apparatus* es receptor o emisor?

—Ambas cosas. Transmite a la mente del sujeto las anomalías físicas que causa la sombra del eclipse.

—¿Pues entonces —preguntó Gastón—, por qué ha dejado que caiga en manos de Vincenzo Fumo?

—Ese Furno es un hombre peligroso, pero carece de la sutileza necesaria y de los conocimientos para entender todo esto. Además, como le he avanzado antes, el *Apparatus*, el verdadero atractor, es usted. Vincenzo Furno ha oído algo al respecto, pero su falta de ética le impide obrar correctamente.

—¿Quién es realmente ese hombre?

—Fue un conocido alto cargo jesuita. Hace muchos años fue captado por una especie de logia secreta que había nacido como una rama disidente dentro de la Compañía de Jesús. Había ocurrido en Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Ciertos altos dignatarios de la Compañía cayeron presa del pecado intelectual de la vanidad; eran depositarios de un gran secreto oculto a la humanidad: la fecha del próximo eclipse de sol que podía usarse para resucitar a las personas, devolverles la vida o convertirlas en seres eternos. Aquellos custodios de tan terrible secreto, oculto por el cambio del calendario juliano que habían promovido los responsables de la Compañía de Jesús para preservar el dogma de la resurrección de Cristo, pensaron en utilizar el poder que estaba en sus manos. Se fundó en Clermont una sociedad insuflada por el espíritu esoterista de la época, practicaban la doctrina rosacruz, las ciencias ocultas, la magia natural, la alquimia, la astrología... Como odiaban a la masonería, ellos mismos fundaron una nueva masonería con grados de

iniciación de remembranza caballeresca y medieval, cuyo máximo dirigente ostentaba el grado 33. Era el maestro iniciado secreto, que se suponía gobernaba el mundo de forma clandestina en nombre de Jesucristo. Poco a poco, con el paso del tiempo, los miembros de esta sociedad fueron abandonando sus postulados inspirados originalmente por la Compañía. Sus componentes fueron disolviéndose en otras logias y conventículos, y en el siglo XIX era difícil distinguir masones de carbonarios, rosacruces de iluminados, anarquistas de espiritistas, socialistas utópicos de movimientos separatistas. Pues bien, algunos creen que el arquitecto Antonio Gaudí había sido nombrado en secreto maestro del grado 33 de esa sociedad oculta. Pero algo ocurrió en su vida que le hizo dar un giro de ciento ochenta grados, abandonando la logia y acercándose a la Iglesia Católica. Una traición imperdonable que aquella sociedad jesuítica secreta le iba a hacer pagar con la muerte.

—¿Y existe todavía esa siniestra sociedad oculta?

Jules Never asintió con un funesto rictus.

—Sí, y ahora Vincenzo Furno es su máximo representante.

Refugiado en la cripta de Antonio Gaudí, Balduino Letto consultó ansioso el reloj. El *cavaliere* ya debería haber llegado. Hacía un buen rato que el anciano decrepito se había marchado; Letto le había dado la absolución después de tan extensa y rara confesión, y luego había aguardado oculto en el confesionario un poco más. Más tarde, tras cerrarse el templo, había salido de su escondite y había emprendido la segunda fase del plan. Ahora, una vez terminada, estaba más tranquilo, aunque cansado por el esfuerzo que acababa de realizar por cumplir con rigor cada uno de los pasos que le había encargado Vincenzo Furno:

—Entrarás al templo en construcción de la Sagrada Familia y subirás a las torres. Fui la parte más alta, disimuladas en el techo, encontrarás sendas trampillas. Al abrirlas descubrirás un vano detrás de cada una donde verás que hay alojadas una especie de campanas tubulares. Son los péndulos sonoros que diseñó Gaudí en secreto, mediante la fusión precisa de aleaciones metálicas según antiguos tratados de alquimia. Desenrollarás con cuidado los dos péndulos de ambas torres. Verás que descolgándolos por el hueco llegan hasta cierta altura sujetos pendiendo de los cables que los unen a la cima por el interior de las torres. Esto es así porque todo el conjunto armónico según las leyes de la alquimia sonora está ideado para producir, mediante un mecanismo de aire que está alojado en ambas torres, una especial vibración que al transmitirse del cable a los péndulos tubulares, los hace sonar con una portentosa nota la, porque la nota musical la es la predominante en la Naturaleza.

»Antonio Gaudí —le había explicado el *cavaliere*— pasó varios años investigando con los sonidos hasta lograr el efecto deseado. Cuando realizó los péndulos los ocultó en la cima de las torres en espera de que llegara el momento previsto. Los rosetones coloristas que coronan los pináculos de la Sagrada Familia son captadores telúricos, ideados de forma precisa para atrapar el electromagnetismo

del aire y otras energías más sutiles.

Furno también le había dicho al seminarista que durante un eclipse de sol de las especiales características del actual, los captadores atrapan las alteraciones telúricas y electromagnéticas que se producen en la atmósfera, y las transmiten al mecanismo resonante, que a su vez lo comunica a los péndulos. Si estos están desplegados por el hueco de las torres, comenzarán a sonar en sintonía con la función cósmica del eclipse.

Era cierto. Los péndulos estaban donde le había indicado el *cavaliere*, en el último tramo de las torres, donde nunca acceden los turistas, pues está cerrado con una verja de hierro. El seminarista había hecho saltar con una maceta de albañil los viejos y oxidados candados de hierro que cierran las verjas desde la época de Gaudí, y luego había descolgado los péndulos sonoros por el hueco que dejan las escaleras helicoidales de las torres. Ahora estaba listo para el siguiente paso de la noche, según le había indicado el *cavaliere*:

—Espérame en la cripta de Gaudí, luego Dios proveerá —había concluido Furno.

Estaba el seminarista aún jadeando por el reciente esfuerzo físico, cuando escuchó que se aproximaban a la cripta pasos y voces. Como solo esperaba a Vincenzo Furno, se pegó contra el muro y tocó a tientas su navaja en el bolsillo de la sotana. Al menos dos personas estaban bajando los escalones de la cripta, que permanecía iluminada por las dos lámparas colgantes diseñadas por el propio arquitecto, además de algunos apliques en los muros y las velas rojas votivas junto al altar de la Virgen del Carmen.

La luz amarillenta del interior de la cripta era pues escasa aunque suficiente, de modo que Letto se ocultó detrás del altar para no ser visto por los que ya estaban bajando. En ese mortecino fulgor sepulcral, Balduino Letto pudo ver preocupado cómo dos hombres entraban en el espacio de mayor luz, debajo de las artísticas lámparas colgantes poligonales. De inmediato reconoció al bibliotecario metomentado al que Vincenzo Furno le había encomendado matar en Toledo. El que le acompañaba llevaba barba, vestía una rara levita negra, lazo al cuello y un bastón. Parecía un anciano, aunque ágil y de aspecto cuidado.

—Ya estamos aquí —le estaba diciendo el del bastón al bibliotecario—, falta poco para que se cierna sobre Barcelona la influencia del eclipse; hemos llegado a tiempo.

—¿Pero qué hemos venido a hacer exactamente? —preguntó Gastón.

—¿Aún no lo ha adivinado? Amigo Garcelán, se trata de su graduación en la Sociedad de la Niebla. Es usted quien va a recibir esa influencia que le digo.

Balduino Letto seguía acuclillado tras el altar. Se había dado cuenta con horror de que, siguiendo las instrucciones del *cavaliere*, había colocado sobre la losa sepulcral de Antonio Gaudí la caja metálica del *Apparatus*. No era muy grande, podía haber pasado inadvertida en la penumbra de la cripta. Pero no hubo tal suerte.

—Un momento, ¿qué es esto? —Jules Never acababa de descubrir el objeto sobre

la lápida oscura encastrada en el suelo—. ¡Pero si es el atractor de Volta! Alguien más que nosotros anda por aquí.

Never se puso en guardia esgrimiendo el bastón escopeta, y miró en redondo por todo el perímetro de la cripta. Y entonces le vio.

—¿Quién es usted?! —gritó Jules Never al descubrir a Letto tras el altar.

—Yo... —balbuceó el seminarista palpando su navaja en el bolsillo, dispuesto al ataque. Pero, estaba pensando a marchas forzadas: si sacaba la navaja, ¿podría acabar él solo con los dos hombres? Decidió esperar acontecimientos. Además, ya que llevaba todavía puesta la sotana, tejió una excusa verosímil:

—Soy el párroco —dijo levantándose y recuperando la compostura—, ¿quiénes son ustedes, qué están haciendo aquí a estas horas? La iglesia ya está cerrada.

Jules Never arqueó una ceja sin dar crédito a aquel tipo sinuoso. Demasiado joven para ser sacerdote. Además, ¿qué hacía escondido tras el altar, y por qué se había puesto tan nervioso al ser sorprendido, y a qué santo figuraba el *Apparatus* sobre la losa sepulcral de Gaudí...? Never tenía la certeza de que aquel tipo era un impostor. Alzó su bastón en dirección al de la sotana; el hueco del cañón miraba amenazante a Balduino Letto, que se estremeció ante la actitud de su oponente. Never iba a disparar, su dedo ya acariciaba el resorte de plata en la empuñadura.

Pero ocurrió algo. Era como un zumbido difuso que comenzaba a llegar desde algún lado indefinido, una nota como de un poderoso órgano que provenía de todas partes y de ninguna, como si en realidad estuviese surgiendo de la misma mente. Los tres hombres se quedaron perplejos mirando extrañados en derredor. Aquel zumbido subía de intensidad y volumen en un *crescendo* que ya les hacía vibrar el estómago.

—¿Qué es eso? —preguntó Gastón sobresaltado.

—¡Los péndulos sonoros! —contestó Jules Never bajando el bastón—. Alguien ha colgado los péndulos de Gaudí de las torres.

—¿Los qué? —Gastón no entendía nada. El sonido se hacía tan fuerte que reverberaba molesto rebotando en la cripta neogótica con un eco ensordecedor.

—¿Quién eres tú?! —dijo entonces Never volviéndose hacia Balduino, mientras le apuntaba de nuevo con el arma bastón. Acababa de darse cuenta de que alguien se le había adelantado al experimento.

Pero todo fue inútil. La fuerte vibración aumentaba y ya lo envolvía todo casi como un terremoto sonoro. Hacía temblar las lámparas poligonales y coloristas que pendían del abovedado techo neogótico. Uno de los apliques de la pared estalló y se apagó. Balduino Letto y Gastón Garcelán se tapaban los oídos con las manos. Se doblaban sobre sí mismos ante el dolor que producía el extraño estertor sonoro. Otro de los apliques luminosos se deshizo incapaz de aguantar la vibración. Las velas rojas votivas de la Virgen del Carmen titilaban como luciérnagas moribundas. Las lámparas colgantes temblaban con la luz parpadeante. Una de ellas se apagó. La cripta se sumió en una penumbra ocre, mientras ascendía la poderosa y omnipresente nota sonora. Never solo pensaba en acabar con aquel intruso. Apenas podía sostener

en el aire el bastón, apuntándole al pecho de Balduino, que se doblaba cada vez más. Medio segundo antes de oprimir el fatal disparador, se escuchó la voz:

—¡Quieto! —Era un grito gutural, que se dejó oír incluso por encima de la vibración sonora.

Jules Never se volvió hacia la entrada de la cripta. En el umbral había un viejo conocido suyo.

—¡Vicenzo Furno!

Fueron sus últimas palabras. Se escuchó un trueno disuelto en el vibrante estruendo en que se estaba convirtiendo la nota sonora. Un destello rojizo alumbró por un segundo la cripta en penumbra. Un disparo. Fue entonces cuando Jules Never distinguió la pistola humeante en manos de Furno. Retrocedió y cayó hacia un lado soltando el bastón. Otra lámpara colgante se apagó. Se escuchó entonces una fuerte explosión, seguida de inmediato por una lluvia de polvo y piedras lanzadas al aire con la violencia de la metralla, y los que quedaban en pie se retreparon intentando protegerse el rostro de las esquirlas. Gastón, instintivamente se llevó las manos a la cara para protegerse de la yesca. Vicenzo Furno se cubrió el rostro con el brazo cuya mano todavía portaba la pistola aún caliente por el tiro contra Never. Balduino se arrojó de bruces al suelo acobardado ante la repentina explosión. ¿Pero qué había sucedido?

Ahora Furno apuntaba su arma contra Gastón, que retrocedió aturdido por el dolor de oídos, magullado por los guijarros y medio cegado por el polvo. Tropezó con algo que había en el suelo. La cripta estaba ya casi a oscuras. Dos o tres apliques emitían aún una intermitente y mortecina luz, opaca por el polvo en suspensión tras el estallido. El sonido de los péndulos se hacía ahora insoportable, penetraba en la carne y parecía que el estómago y los pulmones fueran a reventar. ¿Qué estaba sucediendo?

La oscura losa de mármol que cubría a ras del suelo el sepulcro de Antonio Gaudí acababa de estallar en miles de pedazos debido a la vibración sonora que le proyectaban directamente los péndulos de las torres. Gastón trastabilló. Tropezó sobre un trozo de mármol de la losa, se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás dentro de las fauces negras y abiertas del sepulcro.

Catedral Ortodoxa de San Isaac.

San Petersburgo (Rusia)

9.35 P.M. hora local

Las frágiles y pizpiretas avefrías revolotean con un jolgorio de chillidos felices por la veraniega tarde, mientras surcan el abismo aéreo entre los pináculos de la enorme cúpula de la catedral de San Isaac, que parece una ardiente y gigantesca brasa al destellar la luz rojiza del céfiro en su dorada superficie. Las avefrías desconocen que aquel tremendo domo áureo que han tomado por hogar pertenece a uno de los templos más grandes del mundo, con capacidad para 14 000 fieles. Sin embargo, la fabulosa catedral tuvo su origen en una pequeña iglesia que mandó construir en madera de los cercanos bosques del Báltico el zar Pedro I.

La impresionante y descomunal fachada estilo imperio alejandrino de cuatro pórticos con sus 112 columnas de granito rojo de Finlandia y su cúpula dorada imitan a lo grande el Pantheon de París. Alguien, quién sabe si de forma premeditada y perfectamente consciente, obedeciendo a un plan superior mundial para acoger los sucesos que están a punto de ocurrir hoy aquí, buscó en 1817 a aquel arquitecto francés, Monferrán, de quien se decía que pertenecía a una cierta logia llamada los Compagnons, para que fuese él quien diseñase y erigiese el emblemático templo de San Isaac a imagen y semejanza del Pantheon de París. Cuarenta años hicieron falta para acabar totalmente esta soberbia joya arquitectónica que se alza ahora sobre los tejados de San Petersburgo, dominando desde sus alturas una impresionante vista del golfo de Finlandia.

El ya fresco aire de la noche y el apacible silencio reinan a más de cien metros de altura en los penachos de la cúpula, donde las avefrías signen practicando sus piruetas aéreas ajenas a lo que esta sucediendo allá abajo en el interior. Mientras las aves disfrutan de ese silencio, a unos treinta kilómetros hacia el suroeste de allí, el aire atruena con el ensordecedor ruido de los rotores de dos helicópteros militares Mi-8 lanzados en pleno vuelo a más de 180 kilómetros por hora cargados de hombres armados de las fuerzas especiales rusas. Derechev Bartok, que ha asumido personalmente el mando de la operación secreta del FSB, lacerado por el dolor y las náuseas, viaja en uno de los aparatos. Junto a él va sentada Nadeza Löbl, que le mira de reojo preocupada. ¿Qué le sucede al jefe? Está mayor, desde luego, pero hasta hoy nunca le había visto tan enfebrecido y trastornado, parece muy enfermo.

El interior de la catedral de San Isaac es un inmenso espacio inabarcable repleto a rebosar de iconos, pinturas, capillas e imágenes de santos rusos. Pero lo que más destaca entre todo ese abigarramiento de arte ortodoxo es el impresionante iconostasio de malaquita y lapislázuli. En lo alto, pendiendo de la clave interior de la cúpula, cuelga hasta cerca del suelo un cable sujetando el gran péndulo de Foucault suspendido como un satélite metálico por encima de las cabezas de una fantasmal congregación que se ha reunido por debajo de la esfera de bronce de medio metro de diámetro.

Simeón Nekrassov da un paso adelante saliendo de entre el círculo humano que se ha reunido alrededor del péndulo, justo por debajo de la cúpula. Nekrassov va vestido como el resto de sus doce compañeros con los paramentos rituales negros y el escudo bordado a la altura del pecho que reproduce al hombre hercúleo, desnudo y adánico que enarbola viril en su brazo derecho estirado al cielo la numinosa estrella roja de cinco puntas, símbolo de los cosmistas. Pero además, Simeón Nekrassov porta en su mano derecha el *abacus*, el largo cayado de *posadnik*, distintivo de su autoridad dentro de la secta. Con él acaba de golpear ahora por tres veces el suelo de mármol, provocando un sonido que reverbera multiplicado por los enormes espacios abiertos hacia lo alto proyectado más allá del tambor de la cúpula.

—¡Camaradas cosmistas, ha llegado el gran día que esperábamos! El Hombre Nuevo de la profecía de Fiodorov está a punto de hacerse realidad delante de nuestros ojos.

Nekrassov baja la vista entonces hacia el bulto que hay justo debajo del péndulo. Se agacha, toma uno de los extremos del lienzo negro que cubre aquel objeto y tira de él descubriendo lo que hay oculto. Un grito se ahoga en la garganta asombrada de los otros doce hermanos cosmistas. Debajo de la tela negra, en un catafalco de madera oscura está depositada la momia de Lenin.

—Hace muchos años que el cosmismo ordenó el embalsamamiento del cadáver de nuestro camarada Vladimir Ilich Uliánov, fallecido en 1924. Aquellos antepasados nuestros conocían el secreto que hoy nosotros, por fin, también hemos descubierto. El último eclipse del segundo milenio será el portador de la energía cósmica capaz de devolver la vida a los muertos. La doctrina del cosmismo, en oposición a esa falsa religión romana llamada cristianismo, de la que la Iglesia Ortodoxa es una rama bastarda, anuncia que la muerte no es el final de la existencia, sino un estado temporal que será resuelto cuando el hombre, hijo del ángel caído Lucifer, encuentre el secreto de la vida eterna y pueda burlar la cadena de sujeción a la que el sádico Dios de las alturas nos tiene sometidos.

Simeón Nekrassov hace una pausa y continúa:

—Hace tiempo que la momia de nuestro camarada Lenin desafía al mundo manteniendo intacta su apariencia en espera de ser resucitada por los hijos del cosmismo. El Hombre Nuevo bolchevique, ¡el Anticristo!, espera nuestra adoración, arrodillémonos ante él, hermanos. ¡La sombra de la cruz cósmica ya surca el cielo de

la gran Rusia soviética!

Los trece hombres vestidos de negro doblan la rodilla izquierda y entonan una mística letanía, a la vez que una extraña sombra comienza a manchar el azul enrojecido del cielo con un grisáceo plomizo y funesto. Las avefrías silencian su jolgorio y cesan sus vertiginosos vuelos extrañadas por el inesperado fenómeno que llega del espacio cubriendo la tierra como un sudario negro. El interior de la catedral se halla ahora en penumbra. El cuerpo verdoso y reseco de Lenin permanece tumbado de espaldas con sus facciones afiladas durmientes, pálidas y tersas como una piel cerúlea de muerto reciente. Pero el resto del cuerpo es una horrible amalgama de carne reseca, invadida a trozos por manchas oscuras de purulento limo y hongos pestilentes.

En numerosas ocasiones había trascendido que la momia de Lenin estaba maldita, que emanaba un tufo pérfido y diabólico que contaminaba a toda Rusia. Los científicos habían tranquilizado a la amedrentada y supersticiosa población asegurando que aquel mal olor que exhalaba la momia provenía de los gases nefandos de la putrefacción, aprisionados en la urna de cristal. Otros habían ido más allá en sus explicaciones. Según decían, el cuerpo muerto de Lenin había sido rellenado con una extraña materia radiactiva, que mataba luego poco a poco de extrañas enfermedades cancerígenas a quien permanecía demasiado tiempo junto al muerto, como una maldición faraónica.

Ahora, los doce hombres de la secta cosmista alzan su cántico místico debajo de la inmensa cúpula, que aparece con todo su inmenso espacio hueco interior oscurecido por la sombra de la luna deslizándose fangosa sobre Rusia. Antes de comenzar la ceremonia, Nekrassov había colocado el cohesor de Popov sobre el pecho huesudo y amojamado de Lenin. Ha llegado el momento. Se pone de pie y empuja con fuerza la esfera metálica del péndulo, que comienza a bascular de un lado a otro adoptando su recorrido isocrónico. En tan solo unos segundos, la anomalía telúrica del eclipse sería captada por la esfera de bronce y transmitida al cohesor, que según lo previsto, provocará en aquel cuerpo sin vida la inexplicable transformación celular que lo devolvería a la vida de su sueño interrumpido. Unos segundos más y Lenin se alzaría de nuevo, pero esta vez para guiar a todo el mundo a un comunismo eterno por los siglos de los siglos...

—¡Alto, que nadie se mueva!

Acaba de irrumpir en escena el director de operaciones especiales del FSB escoltado por la agente Löbl y varios de los hombres de la unidad *Alpha* todos ellos armados y apuntando a los cosmistas.

—¡Detengan el péndulo! —ordena Derechev Bartok.

Dos de los soldados interrumpen el movimiento de la esfera. En ese momento, la gigantesca cúpula comienza a filtrar una rojiza luz exterior. Clarea de nuevo en el cielo de poniente tras el vertiginoso paso de la sombra de la luna a más de 2000 kilómetros por hora por la superficie terrestre.

—Alcanzadme el cohesor —ordena de nuevo Bartok señalando hacia el artefacto

que reposa sobre la momia de Lenin.

Un hombre armado se agacha, no sin cierto asco ante aquel despojo reseco, toma la pequeña caja de madera y se la alarga al director del FSB.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Nekrassov estalla entonces en una estruendosa risa diabólica—, han llegado demasiado tarde, el ritual se ha completado. ¡El Hombre Nuevo está a punto de levantarse de entre los muertos! ¡Atrás! —grita histérico el jefe cosmista.

Entonces, reuniendo sus escasas fuerzas, mientras los soldados de operaciones especiales terminan de tomar todo el perímetro del iconostasio, Derechev Bartok camina hasta debajo del péndulo, que aún se tambalea interrumpido en su recorrido, y dándole un fuerte patadón, la momia de Lenin rueda por el suelo desmembrándose. La careta de cera que reproduce su rostro se desprende de la cara y aparece ante todos la horrorosa mueca pútrida en que se ha transformado la cabeza de Vladimir Ilich.

—¡El Hombre Nuevo soy yo! —brama entonces Bartok aprisionando contra su pecho el cohesor de Popov—, yo soy el ser de quien hablan las escrituras religiosas y las profecías —respira con dificultad, desfallece—. ¡Ah, por fin ha llegado el día de mi salvación! He esperado tanto tiempo hasta encontrar la pista de esta secta para hacerme con el artefacto de la resurrección y la curación cuántica... Me estoy muriendo consumido por la leucemia, pero ahora el eclipse me salvará. ¿Tarde? —pregunta volviéndose hacia Nekrassov, que ha sido inmovilizado por dos soldados—, ¿ha dicho usted tarde? No, se equivoca, no es tarde. Sé que el efecto vivificador del eclipse se alcanza después del paso de la sombra de la luna, no durante el fenómeno en sí. ¡Ahora es cuando funciona la energía cósmica! —Y diciendo eso, Bartok empuja con una mano la esfera del péndulo, que comienza a evolucionar de nuevo por encima de su cabeza. Pero debido al esfuerzo, el director cae de rodillas, aferrado todavía al cohesor.

—¡Fin de la función!, todo inútil, señores —alguien acaba de irrumpir debajo de la cúpula desde algún lado de las capillas laterales del iconostasio, dando unas palmadas para llamar la atención. Todas las armas de los soldados apuntan hacia el recién llegado. Derechev Bartok alza la vista babeando todavía bocanadas de miasmas.

—¿Quién es usted, por dónde ha entrado? —pregunta al intruso.

—Oh, bueno, en realidad no sé si me entenderá si le digo que vengo de un mundo paralelo, de otro momento angular, para ser todavía más exacto. Pero, tiene usted razón, permítame que me presente...

Los soldados de fuerzas especiales encañonan nerviosos a aquel hombre que ha aparecido de pronto sin saber cómo. ¿Por dónde ha entrado? La catedral está rodeada y tomada por el ejército.

—... me llamo Richard von Wagner, pero puede llamarme *Doktor Wagner*, si gusta.

—¿Quién es usted? —repite medio derrumbado Bartok debajo del péndulo.

—El *Dramatiker*, algo así como el director de escena de toda esta obra. He

venido a ponerles a todos ustedes al corriente de un pequeño error que han cometido. Verán, este péndulo es desde luego muy similar al usado por Bernard Léon Foucault en 1851 en el Pantheón de París. Sin embargo, lamento decirle, querido amigo, que esta bella catedral, por mucho que se haya intentado que se le parezca al monumento francés, no se encuentra en París.

—¿Se puede saber qué diablos está usted insinuando? —El director operativo del FSB empeora por momentos. Tiembla, ha empalidecido como un muerto y apenas puede ya sujetar la caja del cohesor entre sus febriles manos.

—Verá, querido amigo, no han reparado ustedes en un pequeño detalle —el *Doktor Wagner* pasea la vista con expresión divertida sobre los soldados armados y los cosmistas vestidos con sus paramentos rituales—. Perdonen que les fastidie esta bonita fiesta que se han montado aquí, pero me parece que hoy no va a ser nombrado nadie el rey del baile. No hay ningún Hombre Nuevo entre ustedes. Porque, como descubrieron Popov y Ducretet, y luego siglos más tarde Maurice Allais, para que un péndulo de Foucault sintonice con las anomalías electromagnéticas que causa el paso de la sombra de algunos eclipses especiales (y este lo es, eso no se discute), debe girar a 11 grados por hora. Y verán, no es que tenga nada personal contra ustedes, pero a la latitud en que se encuentra San Petersburgo, a 60 grados de latitud, un péndulo gira a 13 grados por hora. El único péndulo que gira en todo el mundo a 11 grados es el que había colgado del Pantheón de París, hoy día instalado en el Conservatoire, a no ser que exista algún otro a lo largo del mismo meridiano, me refiero al meridiano que pasa por París, claro.

Derechev Bartok, con sus últimas fuerzas agotándose consumidas por la leucemia y los últimos rescoldos de su consciencia, acaba de comprender el error. Su vida se estaba apagando sin remedio. En los últimos instantes, antes de cerrar los ojos para siempre, mira hacia aquel horrible cadáver reseco y verdoso en que habían convertido al otrora gran timonel de la Unión Soviética. Ojalá a él, piensa en el último momento, nadie tenga la idea de embalsamarlo. Un instante después se derrumbaba muerto justo debajo del péndulo.

Barcelona,
10.45 P.M. hora local

Gastón Garcelán despertó como de un anónimo y remoto sueño. Todo sonido había cesado. Estaba tumbado en posición fetal en un duro y frío suelo como de hielo. Sentía aún el dolor del costalazo y el picor de ojos. Había caído (¿desde qué altura?), por el hueco rectangular del sepulcro que se abría a ras del suelo de la cripta. La lápida de mármol marrón y el *Apparatus* habían saltado por los aires, la losa se había resquebrajado explotando como una bomba en todas direcciones. ¿Dónde estaba Jules Never? Y Vincenzo Furno... Se incorporó. Sentía todavía las magulladuras de la metralla, el polvo en la boca y en las fosas nasales, y el dolor de cabeza por el insistente sonido de los péndulos. Pero ya no se escuchaba nada. La vibración había cesado, y en su lugar, un denso silencio envolvía el invisible espacio de la tumba. Porque se encontraba dentro de la tumba de Antonio Gaudí. Pero si así era, de dónde provenía aquel extraño fulgor. Flotaba disuelto en el ambiente informe de aquel frío espacio inasible una niebla blanquecina, como irreal, que parecía brotar de todos lados como una secreción mística; un cierto olor a incienso y carbón litúrgico penetraba ahora en los pulmones de Gastón atosigados con los restos del polvo de la losa sepulcral. Si el sonido de antes era doloroso, ahora el silencio era opresor.

Y la niebla. La niebla... ¡La *Brouillard*! Lo último que le había dicho Jules Never antes de ser abatido de un disparo por Vincenzo Furno era que se encontraba allí para su graduación en la Sociedad de la Niebla. ¿Eso es lo que iba a ocurrir? ¿Un acto de graduación ocultista dentro de una tumba, como en los antiguos rituales masónicos? Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Avanzó a tientas notando cómo aquella niebla se destejía y se abría a su paso, para cerrarse después y envolverlo en ella igual que un sudario. Unos metros delante suyo acababa de distinguir un vago contorno que sobresalía poco más de un metro por encima del suelo. Eran los rasgos difusos de un objeto oblongo de unos dos metros de lado. Se acercó. Era como un brocal rectangular. ¡No! ¡Era un sepulcro! Miró hacia abajo y el horror le saltó a los ojos. A dos metros de profundidad, allí debajo, yacía un cadáver reseco. Todavía se le podían ver los largos cabellos de la cabeza y de las barbas. La podredumbre había descompuesto las vestiduras, y estaba irreconocible. ¿Quién era? ¿Antonio Gaudí?

La espesa niebla bituminosa comenzó a disolverse. Al principio, Gastón Garcelán

notó cómo su naturaleza gaseosa se condensaba y parecía convertirse en un rocío que lo empapaba todo sin mojarlo. En eso, una ráfaga de luz que llegaba recta como proyectada por un foco de cañón desde más allá del espacio incognoscible, causó una paulatina licuefacción, como si la poderosa y concentrada luz estuviese haciendo retroceder las sombras de la niebla con su radiación. La lucha de ambos elementos causaba una reverberación similar al efecto lumínico que provoca en el aire la proyección de un fenaquistiscopio.

Y entonces ocurrió lo inesperado. Todavía no se había repuesto de la impresión, cuando comenzaron a sonar los aplausos. Repentinamente, el haz luminoso se expandió y la luz se abrió en abanico abarcando zonas que hasta entonces habían permanecido en la sombra debido al contraluz.

Entonces los vio.

Gastón sintió que una arcada le acudía a la boca y que el corazón le reventaba en el pecho; el suelo cedía bajo sus pies. Sin darse cuenta, se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos. Se ahogaba.

Allí estaban todos, como un público entregado que acaba de ver una obra. Aplaudían, pero en la mente de Gastón reinaba un silencio inexplicable y gélido. No pudo soportar más la tensión. Se hundió. Las lágrimas se le escapaban abundantes rebosando de sus ojos asombrados y superados por aquella visión fantasmal y cruel. Sentados en las carcomidas butacas de nogal revestidas de una casi desecha tela roja. Allí estaban: Victoria, Pascual Alcover, Nico cogido de la mano de Natacha Mijailovsky, Louis, Blanca, su abuelo, María Salón, Vincenzo Furno, Jules Never, Pierre Rakosky... y Richard von Wagner.

Gastón suspiró con los pulmones faltos de aire. Allí estaban todos... aplaudiéndole sonrientes y cordiales. Unidos unos con otros con esa camaradería de los actores de reparto en el descanso de la obra.

Pero, un momento. Si aquello era una reunión de viejos conocidos, faltaba Colette, ¿dónde estaba?

Dejaron de aplaudir. Richard von Wagner le miró compasivo.

—¿Por qué yo? —preguntó Gastón casi sin aliento en el pecho.

—Por azar —respondió Von Wagner—; el azar es el principio creador del Universo, así lo consigna la física cuántica.

—Pero el libre albedrío... —comenzó a protestar Gastón con un gemido doloroso y decepcionado.

—Déjeme que le diga algo, señor Garcelán: la gente cree que puede elegir solo porque tiene varias opciones. Con frecuencia ocurre que si tienes muchas opciones crees que eres libre. Pero la única libertad posible es la libertad de elegir, eso cualquier tonto puede entenderlo. Sin embargo, he ahí la paradoja, al elegir ya no somos libres, entra en juego la voluntad. Y la voluntad deja de ser un acto de libertad, porque es una acción consciente, mediatizada por estímulos exteriores. La auténtica

libertad, en cambio, existe por sí misma, de manera subconsciente. Es el estado más natural del ser humano, pero lo hemos olvidado, llenos de cosas superfluas entre las que elegir, confundiendo el ser con el tener... Mire a los animales salvajes; son libres. Un águila es libre, muere libre sin entregarse a nada ni a nadie. Pero paga con orgullo el duro precio de la supervivencia en esa libertad. En cambio, una gallina se cree más lista porque vive bajo techo y la alimentan sin que ella tenga que buscarse el sustento. Piensa además, para mayor convicción de que está obrando como debe, que es útil y cumple una finalidad, porque pone huevos a cambio de la comida... pero al final su dueño termina matándola igualmente antes de que envejezca demasiado, para comérsela. Y encima, la gallina nunca sabrá lo que es la libertad.

»¿Entiende lo que le estoy sugiriendo, señor Garcelán? La libertad y la voluntad son dos cosas distintas, se puede ejercer una o la otra, pero no las dos a la vez. Pero si uno quiere ser exclusivamente libre, no quiere nada. Uno es libre de elegir una u otra cosa, pero al elegir, escoge la que *debe*. Sin embargo, el deber es una excrescencia de la voluntad, una trampa social. Y cuanto mayor certeza se tiene de que se elige libremente, más se elige *lo que se debe*. Y así, la voluntad propia se transforma en voluntad colectiva, en masa.

¿Qué significaba todo aquello?, se preguntaba Gastón confuso. ¿A qué venía esa lección filosófica no pedida?

—¿Qué quiere de mí? Yo no soy perfecto —sollozó Gastón.

—Nadie quiere que sea usted perfecto. El bien y el mal no existen, son dos polos de la realidad cuántica. Ser perfecto es una ilusión, no se puede conseguir en este mundo dual. Las religiones nos satanizan obligándonos a seguir esos aberrantes métodos de conducta moral imposible. La vida, en cambio, no le pide a usted que sea perfecto, sino tan solo diferente. Su obligación, señor Garcelán, es ser lo que puede llegar a ser, nada más..., pero nada menos. Distánciese de la masa. Sin duda habrá leído a Heráclito, ¿no? Ha de ser usted un *Aristoi*, no un *Polloi*. Ha de convertirse usted en un aristócrata.

jueves, 12 de agosto de 1999

Era el día después, pero parecía que hubiese pasado un siglo. Al día siguiente del eclipse lucía en lo alto un sol lustroso de verano que había surgido muy temprano desde el horizonte marino. El cielo barcelonés reventaba de luz con un esplendor reconfortante, todavía fresco y suave a estas horas de la mañana. La vida continuaba.

En el asiento de piedra chapado de mosaicos y rematado por una farola de hierro de varios brazos con estilo modernista, se encontraba sentado Gastón Garcelán con el semblante indolente. Volvía poco a poco a la realidad, respirando el aire cotidiano como una descompresión. Miraba con absorta lejanía a los ejecutivos trajeados que caminaban al trabajo con ese gesto envarado y dinámico de persona importante (aunque en su mayoría no son más que simples cajeros o interventores de banco), como quien conoce los oráculos secretos de las finanzas; los estudiantes arrastrando los pies, bostezando ante la perspectiva de un nuevo y aburrido día de mortecina teoría; las madres con el carro de la compra en una mano y el niño (o la prole) acarreada en la otra; las bocas de metro tragando y vomitando gente, los conductores impacientes y los peatones impacientados, los grandes almacenes, las fragorosas cafeterías que esparcen tentadoras sus efluvios de café y aroma de tabaco a los viandantes...

Nadie en este nuevo escenario parecía recordar hoy que dos mil millones de personas no pensaban ayer en otra cosa que en el eclipse del milenio. No se había acabado el mundo, como vaticinaron durante los días previos muchos agoreros, aunque Gastón pensaba que su mundo, tal como hasta entonces lo había conocido, acababa de terminar para siempre. Porque ahora sabía. Es más, ahora sabía que sabía.

Ya no quedaba en el límpido aire veraniego de Barcelona ni rastro de la ominosa sombra de la Luna, que ayer mismo, como un sudario de 14 000 kilómetros de largo, había cruzado la Tierra desde la península de Labrador hasta el golfo de Bengala a una velocidad media de 1200 kilómetros por hora. La gente, tan voluble y superficial como siempre (bendito nihilismo humano), había olvidado el eclipse del milenio con la misma rapidez que se había dejado extasiar por él. Pero Gastón no iba a poder olvidar de forma tan fácil los acontecimientos que habían trastornado para siempre su existencia. Ahora, derrumbado de cansancio y sueño, dormitaba al pie de la farola en el paseo de Gracia, muy cerca de la Pedrera de Gaudí. La vida seguía a su alrededor,

pero la suya iba a la deriva como un barco fantasma.

Claudicó de todo. Gastón Garcelán había tocado fondo. Como ya no había nada que le vinculara a Toledo ni a París, había decidido quedarse a vivir en Barcelona. Alquiló una pequeña habitación de mala muerte en una pensión cerca de la catedral, donde pasaba casi todo el día encerrado tumbado en la cama. Llevaba una típica vida bohemia. Vagaba por las calles como un mendigo, fuera de todo contacto con la sociedad. No tenía amigos; se había quedado solo. El viejo dueño de la andrajosa pensión, que vivía en el piso de abajo, subía a visitarle algunas veces.

—¿Cuánto hace que no has comido nada como Dios manda?

—Pues...

—Anda, siéntate, te he traído un poco de cocido, te lo calentaré. Te estás quedando solo con el pellejo, debería verte... Mira que tan joven y así de... —suspiraba preocupado el viejo arrendador.

Gastón había perdido por completo el interés por la ropa, así que iba vestido con prendas viejas, poco limpias y nunca planchadas. A veces, el casero le obligaba a quitarse una camisa o un jersey especialmente sucio y se lo llevaba para lavar. Al principio se había sentido herido en su antiguo orgullo intelectual por el hecho de que un hombre sin cultura, tan práctico y terrenal, cuidase de él con aquella caridad. Pero la penuria que arrastraba le había curado poco a poco de esos escrúpulos; ya no era un intelectual ni un filósofo. Las humillaciones rebajan la vanidad.

El juego de concordancias de su infancia había terminado por destrozar su vida, como un día vaticinaron Victoria y más tarde Pascual Alcover. La vida entera se había convertido para él en una conspiración. Se sentaba en un banco del parque y tornaba su bocadillo. A veces no tenía apetencia más que para una madalena (la madalena de Proust, pensaba sonriéndose agrio). No era capaz de reaccionar y buscar un trabajo, ya no pertenecía a este mundo. Era un muerto al que únicamente restaba enterrar.

Pasaba las horas lacerándose con el recuerdo de la tortura moral que le habían infligido. Había descubierto sin especial énfasis que en una cuenta bancaria tenía cierta cantidad de dinero ahorrada, pero aunque no era mucho, sí suficiente para pagar la pensión, comer todos los días y vagar con cierta tranquilidad por las calles de Barcelona hasta que se acabase, con la amorfa motivación de quien no tiene nada que perder ni que ganar.

Vagaba sin rumbo horas y horas, vivía en medio de una opaca desesperación. Tenía su habitación y su vida hechas un asco, y lo único que le vinculaba con un pasado que ya comenzaba a disolverse en su mente con la vaguedad de un sueño al despertar, eran sus antiguas gafas de plástico transparente. Se había encariñado con ellas. Lina patilla se había desprendido de la bisagra, y por no cambiarlas, la había reparado él mismo con cinta adhesiva. Estaba destrozándose. Su existencia se hundía y él, por primera vez, comenzaba a sentir lo que es estar solo. Muchas veces subía en mitad de la noche hasta el Tibidabo, y allí se quedaba contemplando las luces de la

ciudad a sus pies, como una enorme extensión de brasas. Luego bajaba de madrugada muerto de frío.

Transcurrieron varios meses. El paseo de Gracia y las Ramblas se llenaron de hojas pardas. Llegó el otoño volteando las primeras nubes por detrás del Tibidabo. Gastón parecía ya un espectro de sí mismo, pero poco a poco trataba de reconciliarse con su nueva existencia. Se fijaba en cosas nimias y sin importancia, pero ya no buscaba significados ocultos: una vieja mosca que había sobrevivido a los primeros fríos del otoño caminaba ahora cansina por encima de la mesa de la cafetería donde se encontraba Gastón dejando pasar el tiempo. Un niño, compadecido de un perrito callejero que se le había acercado en el parque, le había dado la merienda al animalito. Gastón había visto cómo antes de su buena acción, el niño había mirado alternativamente el Bollicao y al escuálido perro, su cara triste y zarandeada por el hambre, el frío y la soledad.

Gastón sabía que a pesar de la voladura moral con que le habían dinamitado no podía rendirse, algo le decía que debía conservar su dignidad. Aunque solo fuera por... Fue el recuerdo de Colette el que le salvó la vida aquellos días de perdición y locura. Llevaba siempre puesta su bufanda, ya sucia y sin apresto, como el viejo bohemio y filósofo que un día soñó ser. En el bolsillo del pantalón, siempre a mano, conservaba una pequeña pinza de plástico marrón para el pelo que ella se había dejado un día olvidada en el baño de su casa en París.

El recuerdo de Colette le santificaba, le devolvía la gracia y parte de la fe en el género humano; se aferraba a él como un náufrago a un flotador solitario en medio de la grandeza terrible del océano. Recordaba detalles del pasado que él había dejado correr entonces sin saborearlos ni valorarlos lo suficiente, como el agua escapada de entre los dedos. Cuando ella se quedaba dormida y parecía entonces mucho más joven, vulnerable, como una niña indefensa, y él sentía que debía de cuidarla. O las noches en que él invertía su postura en la cama antes de dormirse, para hacerlo con los pies de ella entre las manos, cubriéndolos de besos, admirando aquella prodigiosa y grácil arquitectura humana.

Creía encontrarla por todas partes, a cada paso. Veía un corte de pelo a lo *garçón*, como el de Colette, y le subían las palpitaciones. Descubría unos bonitos pies femeninos con sandalias y los seguía por toda la ciudad, sin atreverse a mirar a su dueña, incapaz de asimilar la decepción que le produciría comprobar que no era Colette.

Una tarde de primeros de noviembre, Gastón se encontraba sentado en el banco de madera de un parque, con los ojos medio cerrados saboreando la cálida reverberación que la luz del sol, como una siembra de diamantes flotando en la fuente, le proyectaba sobre su rostro macilento. Notó que alguien se acercaba a su lado, pero ni se molestó en mirar. No le importaba ya nada ni nadie.

—Amigo mío, a su edad debería usted estar haciendo algo útil, y no perder su

vida dejando pasar el tiempo como un jubilado ocioso.

Abrió los ojos. Delante tenía un hombre mayor pero no anciano, de aspecto recio y cara bonancible y severa al mismo tiempo. Iba vestido con un jersey abierto de amplio cuello y lana recia, una de esas prendas echas a mano por alguna aficionada a tricotar. Llevaba debajo una camisa marrón a cuadros, como de leñador, y pantalón de pana verdoso.

—¿Puede ayudarme? —preguntó a continuación el hombre—, he de bajarle para que tome el sol.

El recién llegado indicaba con la mano un viejo Seat 1500 blanco aparcado un poco más allá junto a la acera. Dentro había un joven paralítico. Gastón se prestó a ayudarlo.

—¿Es usted enfermero? —preguntó al hombre bonancible.

—No, soy sacerdote.

—Sacerdote —repitió Gastón extrañado mirando la indumentaria de paisano.

—Sí, sacerdote, sacerdote. Cura. ¿Tan raro es eso?

—No, perdone, es que...

—En la parroquia regentamos un centro de acogida diocesano para minusválidos físicos y psíquicos. Debería usted pasar por allí, quizá le guste —ofreció el sacerdote, que se llamaba don José, indicándole además el nombre de la parroquia.

—¿Yo? —preguntó Gastón como si aquello no fuese con él.

—¿Por qué no? ¿Tiene algo en contra de la Iglesia?

—Pues a decir verdad...

—Ande, hable. Con toda libertad... Diga lo que piensa.

Gastón dudó. Tampoco quería parecer descortés con aquel hombre que se veía buena persona. Se había sentado junto a él en el mismo banco, mientras el paralítico permanecía en su silla de ruedas ajeno a todo.

—¿Qué piensa de los jesuitas? —preguntó Gastón al fin.

—Yo mismo soy jesuita —contestó divertido don José.

Gastón se quedó mudo. Luego un vahído de calor le asaltó el estómago.

—Mire —dijo el cura—, los jesuitas son como todo, los hay buenos y menos buenos. La Compañía de Jesús no es santa, desde luego. Ni siquiera la Iglesia lo es. Ignacio de Loyola intentó crear una agrupación de personas a imagen y semejanza de los antiguos *collegia* romanos, que se fundaban alrededor de las ciencias, el arte y la filosofía. Lo que quiso es refundar el desaparecido *Compagnonnage*, el Compañerazgo francés...

—¡Los Compañeros! —exclamó Gastón sin poder controlarse.

—Sí, los Compagnons, ¿los conoce?

Pero Gastón no contestó de lo asombrado que estaba.

—Los Compagnons —siguió don José con una sonrisa benevolente— aparecieron en Francia en la Edad Media, en contraposición a las masas hambrientas e incultas que poblaban Europa, pasto de sectas, iluminados y herejes. Surgieron con

la intención de en lugar de acaparar la cultura como hacían las órdenes monásticas, difundirla entre los que la necesitaban para mejorar su vida. Pero con el tiempo los Compañeros se integraron en las mismas sociedades secretas y heréticas que combatían, y a raíz de ello nació la masonería. Pero como le he dicho, la verdadera intención inicial de Ignacio al crear la Compañía de Jesús era refundar el original *Compagnonnage*, dotándolo además de un espíritu más religioso y caritativo.

—¿Así que de ahí viene el nombre de compañía?

—Eso es. La Compañía de Jesús nació en 1540 y fue disuelta en 1773 por el papa Clemente XIV, en esta primera etapa había durado dos siglos y 33 años.

—¡Treinta y tres, el máximo grado de iniciación de las sociedades secretas! —Volvió a estremecerse Gastón.

—Está usted muy bien enterado para ser tan joven —sonrió don José—. Pero permítame que siga, quiero contárselo todo para intentar paliar en lo que pueda su suspicacia hacia los jesuitas. Ya sabe, la verdad nos hará libres.

—Si usted lo dice... —murmuró Gastón.

—Cuando se restauró la Compañía ya no era la misma. Las antiguas tesis humanistas de Loyola se habían perdido a causa en parte de la cruel persecución de los jesuitas en países inicialmente amigos como España, Portugal y Francia.

—Quizá se lo buscaron ellos...

—Sí —admitió don José—, es verdad que muchos sacerdotes jesuitas se habían pervertido ya antes de ser disueltos, porque siempre habían permanecido como una especie de quinta columna cerca de los gobiernos, los reyes y los poderosos, y eso conlleva un peligro. Sin ir más lejos, cuando el Papa le pidió al rey Carlos III de España que le justificara la expulsión de los jesuitas de su reino, el rey se limitó a decirle que «guardaré siempre en mi corazón la abominable trama que ha motivado mi rigor, a fin de evitar al mundo un grave escándalo». ¿A qué se refería Carlos III? Parece que desde hacía muchos años, los jesuitas se habían embarcado en una investigación no demasiado piadosa sobre ciertos secretos que ocultaban los judíos españoles, en concreto los sefardíes de Toledo.

—¡La cruz cósmica; el Año Cero de la humanidad! —profirió Gastón.

—Desde luego, está usted bien enterado... Sí, tengo entendido que era algo de eso lo que buscaban. Sea como fuere, el caso es que tras la refundación, la Compañía ya no fue la misma. Se desgajó en dos partes, una se mantuvo más o menos fiel al Compañerazgo inicial, pero la otra, establecida en la región balcánica, y más tarde saltando a Rusia, creó una terrible sociedad secreta llamada la Druzhina para robar los secretos de los judíos y exterminarles después.

—¡La sagrada Druzhina!

—¿También la conoce? Vaya, es usted una enciclopedia andante —sonrió don José—. Bien, no sé si sabrá entonces que ambas ramas jesuíticas tenían el mismo tronco común, de hecho la raíz de Druzhina es *Dru*, que en ruso significa *compañero*. Pero ambas siguieron distintos caminos para conseguir iguales fines. Algunos creen

que el Compañerazgo francés motivó las corrientes revulsivas y sociales de Europa, como la Revolución Francesa, y más tarde el socialismo. Mientras que la Druzhina, por su lado, crearía el comunismo, mucho más radical y sincrético. Según se piensa, detrás de las iniciales S. I. (de *Societas Iesu* o Sociedad de Jesús) se esconde en realidad otra S. I. (*Superiors Inconnu*), los Superiores Desconocidos que regían desde la clandestinidad sectas tan esotéricas y místicas como los iluminados alemanes, los rosacruces franceses y los cosmistas rusos.

El cura suspiró mirando al hombre paralítico, que no se había movido ni variado su postura en todo este tiempo.

—En fin —añadió como conclusión—, ya ve, no es justo meternos a todos en el mismo saco.

—¿Y en qué saco está usted? —preguntó Gastón.

—¿Por qué no viene por la parroquia y lo comprueba usted mismo?

Por aquellos días Gastón comenzó a sentir como si por fin, después de tanto tiempo, las piezas de un complejo y extenso puzzle comenzaran a encajarle. Ya no buscaba casualidades, concordancias ni significados, pero en su mente se le aclaraban y se unían los conceptos y las datos que hasta entonces habían permanecido opacos. Quizá eran los primeros indicios de recuperación. Había salido con el ánimo destrozado de aquel sepulcro de la Sagrada Familia sin saber ni cómo había llegado hasta él ni por dónde había salido. Se había encontrado a sí mismo al otro día muy temprano en la avenida Lesseps (una nueva casualidad, pero mejor dejarlo), y desconocía por dónde había llegado hasta ese lugar.

Hasta entonces no había querido pensar en los extraños sucesos vividos, que le dolían como una vieja herida que no terminaba de curar. ¿Comunicaba la cripta de Gaudí con algún subterráneo que conducía a aquel informe espacio neblinoso? ¿Qué hacían allí todos reunidos como si fuesen personajes de ficción? Bueno, todos no, porque Gastón se había dado cuenta de que aparte de Colette, faltaba el seminarista Balduino Letto. ¿Por qué? Estaba claro, él era el otro de los elegidos para el experimento cuántico, pero Letto no había superado la prueba.

Días después de su liberación había acudido a la catedral de la Sagrada Familia con la esperanza de ver algún rastro de aquellos hechos, para no sentir así que se hundía en la locura, pero al llegar a las torres, metido entre la fila de turistas japoneses y norteamericanos, había comprobado (no sabría decir si con alivio o decepción) que ningún péndulo sonoro colgaba de su interior. Dando la vuelta hasta la calle Provenza había entrado al templo, y luego había bajado a la cripta de Antonio Gaudí. La losa sepulcral estaba intacta, al igual que todas las lámparas y las velas votivas, como si allí no hubiese sucedido nada. ¿Es que querían volverle loco? Quizá lo habían limpiado todo y repuesto la lápida destruida por la explosión, quizá habían retirado y escondido los péndulos... ¿Pero quién? ¿Quién o quiénes estaban implicados detrás de todo aquel complot? ¿La actual logia que continúa las obras del

templo, la Iglesia...?

La mente de Gastón se estaba llenando de certezas, los cabos sueltos y los conceptos obtusos, incluso su, en apariencia, absurda y dolorosa *graduación* comenzaban a cobrar sentido conforme pasaba el tiempo, iluminados por algún tipo de lógica que ahora le parecía meridiana y matemática.

Había sido una especie de protagonista en un reparto de actores que actuaban en una obra, e interactuaban entre ellos sabiéndolo o no. El mundo era un escenario, eso ya lo había dicho William Shakespeare, y ahora estaba claro que el director de aquella monumental farsa, de aquella ópera cuántica, era el *Dramatiker* o *Doktor* Richard von Wagner. Gastón había sido Parsifal en busca del Grial, mientras que Balduino Letto, su *alter ego* malvado, había jugado el papel de Klingsor. Comprendía que el arquitecto Antonio Gaudí había sido mandado asesinar por los ocultistas de las logias secretas, los socialistas utópicos, los carbonarios y los anarquistas a los que había decepcionado al inclinarse hacia la Iglesia Católica en el último tramo de su vida. El conde Güell y su grupo de seguidores intelectuales wagnerianos querían instaurar en Cataluña una mitología pagana y nacionalista de corte griálico. Proclamaban que el Montsalvat que aparece en la leyenda del Grial era el Montserrat de Cataluña. Se creían el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda en versión española. Habían logrado incluso que el estreno del *Parsifal* de Richard Wagner se realizara en Barcelona antes que en ningún lugar de Europa. Pero ese paganismo insolente había desatado las alarmas de las sociedades secretas opuestas y contrainiciáticas. Ello les situó como blanco de las iras católicas, de modo que cuando Güell, a modo de rey Arturo, pretendió ser enterrado a su muerte en Montserrat, en una tumba cerca del famoso monasterio de la Virgen negra, en una tumba heroica que le había encargado realizar en la roca a su amigo Gaudí, la Iglesia lo prohibió, y finalmente el conde fue enterrado en Pedralbes. ¿Estaban locos por la magia, el esoterismo y la mitología y conocían algún secreto telúrico que la Iglesia no estaba dispuesta a compartir con ellos?

Las circunstancias se habían conjurado también para que Antonio Gaudí no fuese enterrado en la cripta que se había construido para sí mismo en la Sagrada Familia, seguramente para poder regresar a la vida el día del eclipse como una especie de mago Merlín, arquetipo que le iba que ni pintado al arquitecto. Por un error al identificar el cadáver en el hospital de la Santa Cruz, fue el coronel carlista Ambrosio Grimau, que precisamente había encontrado a los Compañeros justo al cabo de su vida, quien fue inhumado en el sepulcro destinado a Gaudí. Pero entonces, ¿por qué no había resucitado el coronel?

Estaba claro. Se había cometido un error. El péndulo de Fixlmillner, colgado en el monasterio rumano de Kreutzmünster, que había sido activado por Vincenzo Furno para emitir desde allí la influencia telúrica que provocaba la sombra del eclipse hasta la Sagrada Familia de Barcelona, no era el correcto. Furno hubiera debido utilizar el péndulo original que fue colgado por Foucault en el Pantheon de París. Por la

siguiente razón: el *Apparatus* era un arcaico pero efectivo emisor-receptor de radiofrecuencia especialmente ideado para sintonizarse con los relojes pendulares. La conexión de frecuencias entre péndulo y *Apparatus* se producía cuando el reloj del péndulo se encontraba en cualquier parte del mundo pero cuando se hallaban ambos en el mismo uso horario. París y Barcelona se encuentran en el mismo meridiano, y por tanto en igual uso horario. Pero Rumanía, cuyo péndulo de Fixmillner había utilizado Vincenzo Furno, no se encuentra en tal meridiano, de modo que el *Apparatus* colocado sobre la losa de la tumba no se había activado, y por eso Ambrosio Grimau no había resucitado, aunque los péndulos sonoros sí hubieran respondido al paso del eclipse.

Pero entonces, si el coronel carlista estaba en la cripta de Gaudí, ¿a quién pertenecía el cuerpo que se encontraba en el nicho del templo del reloj parado de París? A quién si no. Alessandro Giuseppe (AG) Volta. Volta se había enterrado en aquel sepulcro con uno de sus *Apparatus* para resucitar el día del eclipse, pero al robar Gastón el artefacto, había abortado tal posibilidad. Por su parte, Antonio Gaudí, como su amigo el conde Güell, tampoco habían logrado su sueño de inmortalidad, al haber sido enterrados en tumbas convencionales. Así pues, el monstruoso plan de resurrección ideado tantos años atrás para activarse el 11 de agosto de 1999 había fracasado. Debido a circunstancias fortuitas o a errores de cálculo, nadie había vuelto a la vida a causa del eclipse del milenio. Entonces, ¿las profecías sobre el nacimiento del Anticristo estaban equivocadas?

Gastón también comenzaba a entender, si no la finalidad, al menos sí el sentido de la experiencia al que había sido sometido a lo largo de varios años de su vida. Sabiéndolo o no, varias personas habían colaborado en esa graduación, a la vez que ellos mismos también habían sido probados en el crisol hermético, como su amigo Pascual Alcover. Cada uno de los actores ocupaban un rol distinto en el inmenso juego de coincidencias significativas urdido por el director o los directores de este proceso cuántico. Gastón entendía que había sido blanco de otras dos teorías enfrentadas: la de la relatividad de Albert Einstein, y la de la física cuántica desde que en 1921 Stern-Gerlach descubre la cuantización del espacio y en 1925 Goudsmit y Uhlenbeck descubren el efecto espín de las partículas. Los relativistas contra los cuánticos. Gastón había sido sometido a las tres teorías científicas sobre el determinismo: la mecánica newtoniana fundada sobre la causalidad científica y el principio del todo como la suma exacta de las partes. La relatividad de Einstein, donde el todo es algo más que la suma de las partes (o sea, que Dios no juega a los dados), y la física cuántica, con sus postulados sobre el principio sinérgico del universo regido por las probabilidades y las incertidumbres (o sea, que Dios sí juega a los dados).

Todo esto estaba muy bien, pero Gastón Garcelán seguía sin saber cuál era el sentido de la vida, que él había estado buscando desde su juventud como un moderno filósofo existencialista. Le parecía que había caído en una paradoja irresoluble, en un

laberinto sin salida, en una biblioteca borgeana. Porque ¿lo que había vivido y experimentado durante su proceso de graduación era verdadero o falso, o ambas cosas a la vez? La vida no tiene sentido ni lógica, como tanto defendía Aristóteles; vivir es el único sentido de la vida. Y los más avanzados, los *Aristoi*, deben ayudar a los menos evolucionados, los *Polloi*, como bien dijo Heráclito. Por eso no hay buenos ni malos, todos son aspectos diferentes de la misma realidad, todo está interconectado, es un juego de casualidades. Y Dios, en efecto, no juega a los dados. Porque los dados son Él.

Había transcurrido el otoño dando paso a los primeros fríos serios que bajaban de los Pirineos, y Barcelona vibraba aterida pero ilusionada con la expectativa de la Navidad cercana. Gastón había continuado su vida vagabunda y ociosa hasta que un día descubrió las primeras decoraciones navideñas y los montones de turroneos en los grandes almacenes y cobró aún más cruda conciencia de lo solo que se encontraba en la vida.

A él nadie le esperaba en casa para darle un beso de bienvenida, no tenía un hogar donde el fuego ardiera, o donde una estufa catalítica calentara una tarde lluviosa y fría de televisión y niños subiéndose por encima. No tenía una mujer que le admirara, que se comprara bonita ropa interior para resultarle atractiva, que se pasara el día en la cocina para prepararle una comida especial; no tenía a nadie a quien comprar regalos o dar una sorpresa, ni amigos con los que salir de cervezas o a ver un partido de fútbol. Iba al cine siempre solo, comía solo en la pensión o en algún bar. Carecía de hogar, y en cierto modo, poco le diferenciaba de aquellos mendigos tirados en los portales con una botella de vino barato, aún más desgraciados que él.

—Siempre hay alguien más desgraciado que uno mismo —le dijo don José, el bonachón cura jesuita, el día en que sin saber cómo ni por qué, cogiendo el papel donde había anotado la dirección de su parroquia, se plantó allí, frente a la iglesia.

Le habían dicho que diera la vuelta a la manzana y entrara por el otro lado del templo, que allí, encontraría al sacerdote. Detrás de la iglesia de barrio se alzaban unos altos muros cubiertos por el musgo, que cercaban un amplio jardín interior, del que sobresalían algunos viejos árboles. Allí, en la trasera de la casa de Dios, había habilitado don José su peculiar lazareto de desechos humanos. Personas de varias edades con el síndrome de Down, parálisis cerebral, varios en silla de ruedas, parapléjicos o tetrapléjicos, algunos muy jóvenes, otros sin piernas o sin brazos, ancianos sin familia, desahuciados por la sociedad y la medicina...

—Vaya, el hijo pródigo ha vuelto —sonrió don José volviendo la cabeza al escuchar el saludo de Gastón—; entre, ande écheme una mano.

El cura, como siempre de paisano, se hallaba de rodillas arremangado ante una pileta de hormigón revestida de azulejos blancos que hacía las veces de piscina, donde con visible esfuerzo, trataba de bañar a un pobre enfermo desvalido completamente inerte y derrumbado en el interior del agua como un muñeco de trapo. Gastón vaciló ante la invitación.

—Ande, hombre, acérquese. No le hará nada —como siempre, el persuasivo cura hacía gala de su eterna sonrisa y buen humor.

Gastón se acuclilló ante el enfermo, que babeaba con los ojos fijos en la nada y vacíos de expresión. Don José le alcanzó una esponja para que le ayudara a frotar la

entumecida carne de aquel vegetal.

—Cuánto tiempo sin verle, ¿cómo está? —preguntó jovial el cura.

Gastón hizo un gesto entre resignado y desprovisto de aspiraciones, como diciendo: me da igual como esté, ¿acaso no se me nota?

—Siempre hay alguien más desgraciado que uno mismo —le indicó don José señalándole al enfermo.

En eso se armó un tumulto. En otra habitación, que había sido habilitada como comedor, dos muchachos aquejados de mongolismo, o quizá ya eran adultos, era difícil precisar la edad, se habían enzarzado en una pelea por alguna nimiedad, y ahora habían contagiado su violencia a los excitados compañeros de almuerzo. La sala era un caos, los alimentos volaban por los aires.

—Tenga, siga usted, haga el favor —le indicó el sacerdote pasándole los útiles de limpieza— voy a ver qué pasa antes de que me lo destrocen todo.

Lo había dicho riéndose. ¿Aquel hombre nunca perdía el buen humor? Gastón se vio arrodillado, empapado de agua y jabón al borde de la pequeña piscina alicatada, frotando a aquel ser viscoso de piel pálida y resbaladiza como un sapo. Alzó la cabeza. Por los rincones de aquel espacio, aparte de los belicosos del comedor, figuraban varios viejos cabeceando rítmicamente ensimismados dentro del laberinto sin salida de su locura senil, otros con el típico temblor del Parkinson o hablando solos con la cabeza perdida en algún importante momento o lugar del pasado. Una vieja que se arrancaba mechones del canoso pelo de fregona, gritaba de cuando en cuando imprecaciones contra alguien que no estaba allí. Más vegetales inánimes en sus desvencijadas sillas de ruedas...

Un hombre encorvado, delgado como un junco, se aproximó. Gastón se estremeció al ver las ojeras púrpura y la mala cara de aquel ser atormentado por la enfermedad. ¿Tendría sida?

—¿Puede ayudarme a ir al retrete? —masculló suplicante.

Aquel pobre hombre temblaba como un animal callejero indefenso, la mirada llena de miedo y desesperanza. Gastón se levantó, se secó las manos y pasó uno de aquellos consumidos brazos del hombre por encima de sus hombros. No pesaba nada, parecía hecho de caña, era una madeja de bolillos. De pronto, miró hacia su cadera y entendió la enfermedad que le aquejaba. Llevaba una bolsa de plástico plana y llena de un líquido viscoso y oscuro, que emanaba un fuerte olor a mierda, sangre podrida y purulencias. Era un enfermo de Crown. Seguramente, le habían extirpado el colon debido a las ulceraciones, y ahora necesitaba de aquella bolsa de drenaje, que le atormentaba con un tubo de plástico saliéndole de las entrañas siempre borboteando mierda.

Mientras caminaba lentamente hacia el baño sujetando al enfermo, Gastón se descubrió de pronto con un pensamiento en mente, un pensamiento que se había abierto paso a través de la oscuridad, como un áureo y único rayo de luz que atraviesa las densas nubes de un temporal: aquello era el sentido de la vida. La vida no tiene

ningún sentido, si acaso el de ayudar a los que están todavía peor que nosotros. ¿Era eso ser un *Aristoi* como lo había definido Heráclito? Ahora comenzaba a entenderlo; él era un privilegiado, un aristócrata de la vida.

Así es como decidió acudir todos los días a ayudar a don José en sus ingratas tareas con aquellos desahuciados sin hogar, sin familia, sin esperanzas médicas, con la vida deshecha por los golpes de la fortuna y la enfermedad.

—No puedo darle un sueldo, pero puede comer todos los días con nosotros, si quiere —ofreció el sacerdote tan de buen talante que a Gastón le resultó imposible negarse.

Se habían hecho muy buenos amigos. Gastón necesitaba a alguien así, que a pesar de la podredumbre y desolación de la existencia, lo bendijera todo inasequible al desaliento con su eterna sonrisa y buen talante ante la adversidad. Don José era un verdadero *aristócrata* de la vida, un punto de luz entre tanto egoísmo y vanidad fatua, entre tanta farándula y farfolla innecesaria. Pero además era como un niño grande, siempre dispuesto a ver una nueva película, incluso interesado en la liga futbolera...

Gastón y don José salían juntos a ver alguna exposición, a tomar algo, a pasear tras una dura jornada con los minusválidos físicos y psíquicos, a quitarse el olor a mierda y miasmas paseando por los barrios modernistas de la ciudad. De cuando en cuando, Gastón veía una chica y creía reconocer a..., pero no, no eran más que espejismos. Don José lo notaba pero no decía nada. El sacerdote le estaba devolviendo a la vida, rescatándole del pozo donde se había sumido. No había querido compartir con él todos aquellos sucesos, el pobre cura no le habría creído, además, Gastón quería olvidar el pasado.

Se acercaban las Navidades, el ambiente era festivo, humano, cálido... Sonaban por todas partes villancicos que te espoleaban la nostalgia, veía a los niños ilusionados mirando los escaparates de las jugueterías y los grandes almacenes, las parejas jóvenes más cariñosas que nunca, todos preparando la Nochebuena para que no faltase de nada. Besos, abrazos, felicidad, bondad, buenos deseos... Soledad.

El día de Nochebuena Gastón estaba tumbado en el camastro de su pensión. Había oído dar sucesivamente las horas en las campanas de la catedral cercana, pero no se veía con fuerzas para levantarse y afrontar el día. La Navidad le ponía triste, y le recordaba todavía más lo solo que estaba. Su única familia eran los minusválidos. Cenaría con ellos limpiando miasmas de cuando en cuando y vaciando bolsas de colitis ulcerosa. «Soy un *aristócrata*, y este es el sentido de la vida», se dijo casi con una sonrisa en los labios. Vaya, malo, ya comenzaba a sonreír ante la adversidad. «Tendré que llevar cuidado, se dijo con sorna, o acabaré siendo tan feliz como don José».

Escuchó que llamaban a la puerta y el casero se asomó en el umbral.

—¿Estás despierto? Oye, que te llama tu amigo el cura.

Gastón bajó sin vestirse. Hacía frío por las escaleras hasta la recepción donde

estaba el teléfono. Cuando llegó tenía los pies helados.

—Diga —preguntó algo alarmado, pensando que quizá alguno de los muchachos, como llamaba el sacerdote a sus enfermos, había empeorado y habría que llevarle al hospital.

Pero no. Don José le llamaba por si quería salir con él a tomarse un aperitivo antes de la comida de Nochebuena que las monjas se estaban encargando de preparar en la parroquia.

—Pues...

—Ande, hombre, ánimo, hoy es un día radiante de amor y paz, ya sabe...

—Si usted lo dice...

Quedaron en el centro de la plaza de Cataluña. Bien abrigados, bajaron por las Ramblas, que bullían abarrotadas de gentío, sorteando a las entumecidas esculturas humanas, los cubos de flores, las jaulas con periquitos, loros, tórtolas y hasta gallinas... Griterío, chillidos, trinos, cloqueos, carteristas, claxon... A la altura del mercado de la Boquería se había formado un tapón de gente que se agolpaba en los puestos de venta haciendo las últimas compras para la comida especial y la cena de la noche. Había en lo alto un helor azul entre los árboles, un aire que penetraba frío y te limpiaba hasta lo más hondo de las entrañas. Ilusión, esperanza, amistad, bonhomía...

Don José tomó del codo a Gastón para no perderse entre la columna de gente que salía de las bocas del metro frente al Liceo. Pero de pronto se detuvo.

—He de volver un momento a la iglesia de Betlem, tengo que dar allí un recado. ¿Por qué no me espera usted aquí tomando un café?

Don José dejó plantado a Gastón frente al café de la Ópera, en el número 76 de la Rambla. El cura se volvió desde la misma puerta de la cafetería hasta la iglesia de los jesuitas. Gastón entró en el local. Al contraste de temperatura se le empañaron las antiguas gafas de plástico remendadas con esparadrapo. Ya había estado allí otras veces. Esa penumbra dorada y marrón de la madera oscura y el cremoso mármol de las mesas, las molduras de yeso en las paredes y el techo... Los camareros en chaquetilla blanca y pajarita, gentes; españoles desayunando tarde y extranjeros almorzando pronto. Al Fondo, traspasada la barra, se estaba más tranquilo. Gastón se quitó el abrigo, pero se dejó puesta la bufanda. La bufanda de ella... Reinaba un fragor y un calor de humanidad reconfortante. Se sintió bien, seguro, acogido en aquel lugar aromático y denso. Estaba en la mesa del final, a la izquierda, justo en el rincón. Miró despistado alrededor, mientras desplegabla el periódico que había comprado en un quiosco y esperaba a que llegase el camarero a tomarle nota y luego don José de vuelta de su recado en la iglesia de los jesuitas de la Rambla.

En la mesa de delante...

Había ojeado indiferente todo el periódico. Mientras, el camarero había venido un poco azorado por la prisa y él le había pedido un café con leche. Ahora, mientras removía el terrón de azúcar, había levantado la cabeza para otear por entre los parroquianos y ver si llegaba el cura. Pero don José no venía.

De pronto la vista se detuvo en aquella cabeza. En la mesa de delante había sentada una chica de espaldas a él. Llevaba el pelo cortado a lo *garçón*, igual que... Pero no, una nueva confusión, un nuevo producto de la imaginación. Entonces la chica se giró hacia su izquierda y se quedó de perfil.

¡Dios santo! ¡Colette!

Era ella. Gastón no dijo nada, no podía. Presa de la emoción, la mano se le había quedado congelada sobre la taza de café, todavía con la cucharilla entre los dedos, como un idiota. Colette se giró todavía más y se quedó mirándolo. ¡Santo Dios! ¡No puede ser! Estaba allí, tan hermosa, pura y bella, la mujer preciosa en que se había convertido, una belleza tan incontenible que a Gastón le parecía no poder soportar, incapaz de seguir mirándola directamente al rostro, metro y medio delante suyo.

Gastón era un manojo de nervios. Una lágrima le brotó y resbaló involuntaria por su mejilla. ¿Era real lo que estaba viendo? ¿Era real o formaba parte de las mascaradas sufridas? ¡Dios mío, Colette! Ella sonrió levemente y afirmó con los ojos, como diciendo, sí, soy yo. Soy real, soy de verdad y estoy aquí.

Un instante antes de hablar, Gastón Garcelán lo comprendió todo.

Ella era el sentido de su vida.

POST SCRIPTUM

Hay cuatro mesas de mármol frente al gran ventanal de la fachada principal del café Demel, el más exclusivo de Viena. Ahora es un lugar abierto a todo el público, pero recuerdo que antes de la anexión de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, en estas mesas privilegiadas solo se sentaban los *Stammgäste*, la gente importante y de abolengo de la ciudad.

Yo vengo cada vez que puedo. Aquí planeo y perfilo mis obras, tomo mis notas sobre la acción, los personajes, el nudo y el desenlace. Aquí recibo y entrevisto muchas veces a los jóvenes novicios que desean participar como protagonistas en mis creaciones dramáticas. Por eso los camareros me conocen bien, y me dispensan, creo yo, parte de aquella vieja consideración de antaño hacia la gente de cierta clase social. Pero no, no me refiero a ese tipo de clase excluyente, ya trasnochada. Soy un aristócrata, eso es cierto, pero no de título ni de sangre, sino de espíritu.

—*Herr von Wagner*, aquí está su café y su merienda.

¡Ah, *wunderbar!* La *crème grenoble* y la *sicilienne* son los postres típicos de este establecimiento, todavía revestido con sus típicos pandados de roble y sus mesas de café de hierro fundido con repisa de mármol blanco. Ja, los viejos cafés literarios de antaño... Todos los que me conocen saben que siento debilidad por ellos. Con su permiso, tomaré el café antes de decirles lo último que quiero que escuchen antes de despedirnos ustedes y yo. Miro por el ventanal y veo el alegre trasiego del *Kohlmarkt*, la gente comprando, viviendo...

En fin, antes de terminar esta obra, quisiera hacerte una propuesta final. Escucha, yo soy un *Dramaturg*, un director de escena que construye obras como si fuesen crucigramas, pero la diferencia con otros es que yo no incluyo las definiciones; dejo las casillas en blanco para que las llene el protagonista. Imagina esto: pongamos por caso el juego del ajedrez. ¿Cómo se desarrollaría una partida de ese juego con todas las casillas dibujadas sobre el tablero pero del mismo color? Nadie me negará que los movimientos atribuidos a las piezas pueden seguir realizándose a través de la retícula; sin embargo, ¿qué sucedería al desaparecer la polaridad de los cuadros blancos y negros, al confundirse el campo enemigo con el propio?

Pero vayamos más lejos: ¿qué sucedería en una partida en la cual todas las piezas fuesen del mismo color? El movimiento sigue siendo posible, pero el concepto de propiedad (blancas *versus* negras) comenzaría a diluirse conforme avanza el juego. Y ya puestos, por qué detenernos aquí. Imaginemos cómo transcurriría una partida de ajedrez si reinventamos el movimiento establecido de las fichas. Nada nos lo impide. Nosotros podemos establecer las nuevas reglas. ¿Y si además jugásemos cambiando de forma aleatoria los movimientos de las piezas para sorprender al contrario, y él a su vez hiciese otro tanto? Puestos a jugar...

Parece que un juego lo es en tanto que existen unas reglas establecidas comúnmente aceptadas. Sean cuales sean dichas reglas. En la vida ocurre otro tanto, sin embargo, al no ser conscientes de las reglas por las que se rige, pensamos que todo lo que nos sucede es azar, casualidad, suerte... Pero lo cierto es que la vida no es más que un gran juego cósmico sujeto, como todo, como una obra dramática, a unas reglas. Lo que ocurre es que la cantidad de ellas es tan sumamente enorme, que nos perdemos entre todas las posibilidades de movimientos de fichas, y al final nos bloquea y nos satura la percepción. En realidad todo es pura matemática. La vida funciona como los decimales del número pi. No existe un ordenador capaz de descubrirlos todos, pero en cambio conocemos perfectamente la operación (la regla) aritmética para calcularlos.

Con el legado de la cultura, quizá conozcamos algunas reglas del llamado juego de la vida, pero aun así carecemos de la capacidad natural y mental suficiente para poder controlar y manejar todas las opciones, y por tanto resultados y variables. Por eso terminamos creyendo en la casualidad y en la suerte; renunciamos a las reglas, y entonces es la vida la que juega con nosotros, nos abrumba, sentimos que si todo es aleatorio y casual, si todo está en el aire, ¿qué sentido tiene esta vida, qué sentido tiene un juego si no conocemos sus reglas pero aun así nos vemos empujados a jugar? ¿Qué hacer entonces? ¿Recurrimos al azar, a la intuición, a la fe, a la magia, a la informática?

No obstante, hay algo que a pesar de todo sí conocemos con certeza: el final del juego. Que, por cierto, es siempre el mismo para todos los jugadores. Su culminación es, de hecho, tan solo cuestión de tiempo: la muerte.

Así pues, el hombre, angustiado por esta perspectiva, se pregunta: ¿qué sentido tiene seguir jugando si ya conocemos el final? Hay algo muy claro aunque nos pese y aunque gastemos una gran cantidad de energía (y tiempo) en intentar olvidarlo. Me refiero a la finalidad de todo; el sentido de la vida es la misma muerte. Pero solo nosotros determinamos cómo queremos contribuir a las futuras reglas, qué caminos, qué nuevas bases inventaremos como guía para los que vengan detrás. Por ejemplo, hay dos formas de pasar a la posteridad: uno descubre la penicilina y salva millones de vidas; otro utiliza la recién descubierta fusión del átomo (que en sí misma no es ni buena ni mala) para matar en minutos a miles de personas. Un hombre dispara contra Kennedy y casi nadie recuerda su nombre; otro da el primer paso en la Luna y casi todo el mundo conoce su apellido. Una persona se gasta a lo largo de su corta vida una pequeña fortuna en cocaína y heroína, y termina muerta de sobredosis en algún callejón; una mujer sin dinero y sin trabajo, a la que el sinvergüenza de su compañero deja abandonada embarazada, decide valientemente tener a su hijo contra viento y marea...

Pero todos ellos ¿han podido elegir? Si queréis saber la respuesta tendréis que jugar, pero si juegas, te la juegas. Me explico. Asumamos el siguiente juego: en cada una de mis manos te ofrezco una cápsula. Ambas son similares, pero una de ellas es

totalmente inocua para el organismo, mientras que la otra es un poderoso veneno mortal sin posible antídoto. Las reglas del juego son que elijas la que elijas, has de tragártela de golpe. Entonces encontrarás el verdadero sentido a la vida. Como ves, sí puedes elegir.

Ha llegado del momento de despedirme. Pero antes, te propongo a ti, sí, a ti, que estés ahí con este libro entre las manos leyendo estas mismas líneas hasta llegar a este punto. Cierra el libro y respóndeme a esta pregunta:

¿Quieres ser el próximo elegido?



Joaquín de Saint Aymour es escritor y especialista en Semiótica. Cursó estudios de Teología, Comunicación y Marketing y ha escrito varios libros de diversa temática. Es experto divulgador sobre las teorías de Carl G. Jung: los Arquetipos, la Sincronicidad y el Tarot aplicados al Coaching personal y profesional.

Como novelista es autor de la trilogía, publicada por Martínez Roca (compuesta por: *Apocalipsis*, *El Elegido* y *Renacimiento*), *La heredera de David*, y *El efecto mariposa* (Ediciones Obelisco), que va por la quinta edición y lleva vendidos más de 80 000 ejemplares. *La última sangre azul*, novela de intriga histórica que tiene como motivo central a José Antonio Primo de Rivera, ha quedado finalista en el premio Fernando Lara en 2004.

Este albaceteño se fue a Madrid en 1992 persiguiendo un sueño, ser escritor, algo que finalmente ha cumplido con creces.